

BIBLIOTECA de LA NACIÓN

HISTORIA DE SAN MARTÍN Y DE LA EMANCIPACIÓN SUDAMERICANA

POR

BARTOLOMÉ MITRE

TERCERA EDICIÓN

TOMO QUINTO



BUENOS AIRES

VOLUMEN 91

HISTORIA DE SAN MARTÍN

Y DE LA

EMANCIPACIÓN SUDAMERICANA

TOMO V

BIBLIOTECA DE «LA NACION»

HISTORIA

DE

SAN MARTÍN

Y DE LA

EMANCIPACIÓN SUDAMERICANA

POR

BARTOLOMÉ MITRE

Serás lo que debes ser, y si no, no serás nada.

Máxima de San Martín.

TERCERA EDICIÓN

TOMO QUINTO



BUENOS AIRES

CAPITULO XXXVI

Revolución de Quito y Venezuela.—Primera caída de Venezuela

1809-1812

Nuevo teatro de operaciones.—Enlaces étnicos y geográficos.—Los grandes valles del Magdalena, Cauca y Orinoco.—Quito, Nueva Granada y Venezuela.—Los llanos y los llaneros de Colombia.—Tipos de la caballería sudamericana.—Antecedentes revolucionarios.—Insurrección de Venezuela en 1810.—Política de la Gran Bretaña en Sud América.—Aparición y retrato de Bolívar.—Influencia de su maestro Simón Rodríguez en sus ideas políticas.—Misión de Bolívar cerca del gobierno de Inglaterra.—Reaparición de Miranda.—La regencia española declara rebeldes á los revolucionarios de Venezuela.—Actitud que asume Venezuela.—Primeras hostilidades entre insurgentes y realistas.—Papel de Miranda en la revolución de Venezuela.—Reunión del primer congreso venezolano.—Venezuela declara su independencia.—Contrarrevolución de los canarios en Caracas.—Reacción realista en Venezuela.—Miranda, general en jefe de la revolución de Venezuela.—Venezuela se da una constitución federal.—Estado de la revolución venezolana en 1811.—Derrota de los independientes en la Guayana.—Progresos de la reacción al oriente de Venezuela.—Fenómenos revolucionarios y contrarrevolucionarios.—Aparición de Monteverde.—Terremoto en 1812 en Venezuela.—Contrastes de las armas independientes al oriente de Venezuela.—Miranda, generalísimo de la república venezolana.—Sistema defensivo que adopta.—La guerra á muerte recrudece.—Nuevos triunfos de la reacción.—Bolívar reaparece en la escena.—Los realistas se apoderan de Puerto-Cabello.—Enervación de la opinión pública.—Capitulación de Miranda.—Desorganización de la república de Venezuela.—Miranda entregado á los españoles.—Siniestro papel de Bolívar en esta emergencia.—Los realistas ocupan Caracas.—Sistema terrorista de la reacción triunfante.—Miranda y Bolívar.—Examen de la conducta de Bolívar en la prisión de Miranda.—Caída de la república de Venezuela.

I

El nuevo teatro de operaciones que va á abrirse en el extremo norte de la América meridional, presenta similitudes y contrastes con la naturaleza del extremo sur, que determinan y explican los movi-

mientos opuestos y concéntricos de las masas humanas agitadas por la revolución y atraídas por sus afinidades. Son dos sistemas geográficos y dos centros sociales diferentes, pero análogos, ligados por la continuidad territorial, en que se desenvuelven fuerzas espontáneas, tendencias uniformes y proyecciones homólogas, que mancomunadas ó asimiladas, convergen á un punto por gravitaciones recíprocas. El común origen, la lengua materna, la identidad de condiciones y el gran sacudimiento que simultáneamente experimentan, ponen en conmoción los diversos elementos de la embrionaria sociabilidad sudamericana que yacían adormecidos, dan su unidad á este movimiento multiforme, que se desenvuelve en virtud de una predisposición ingénita, y se subordina en definitiva á una ley físicomoral que rige hombres y cosas. Para mayor analogía y contraste entre la naturaleza física y la naturaleza humana, son dos hombres de carácter opuesto, pero con la misma intuición, los que se ponen al frente de las dos masas y se mueven impulsados por la fuerza de las cosas, modelan sus planes sobre el terreno en que operan y adunan las voluntades según la genialidad típica de las colectividades que representan. El uno, es un calculador sin ambición personal, que al trazarse un plan de campaña liberta la mitad de la América. El otro, es una alma ardiente, una ambición absorbente, que sueña con la gloria y el poder, y liberta la otra mitad de la América. Ambos están animados de la pasión de la emancipación de un nuevo mundo, como hijos de una misma raza y campeones de una misma causa. San Martín se llama el uno. Bolívar se llama el otro. El teatro de acción de San Martín, es la República Argentina, Chile y el Perú y penetra con sus armas en la zona del libertador del

norte. El otro, representa la hegemonía colombiana de Venezuela, Nueva Granada y Quito, que dominará el Perú y coronará con el triunfo final las armas redentoras de la América del sur y del norte del continente, disciplinadas para la lucha. El equilibrio estable será el producto de esta conjunción. La ley del territorio y los elementos orgánicos de la sociabilidad de cada uno de los particularismos, prevalecerá al fin, y las nuevas naciones se constituirán autonómicamente según su espontaneidad, determinando en el orden físico y político sus respectivas fronteras y su identidad democrática.

Una ojeada sobre el mapa de lo que se llamó Colombia, dará una idea de la configuración del territorio en que se desarrollarán los sucesos que van á relatarse; de la distribución geográfica de sus partes y de los particularismos étnicos, que al trazar las líneas estratégicas de la insurrección determinaron la amplitud de su potencia guerrera. Esta zona, que forma el extremo norte de la América meridional, se extiende como veinte grados á uno y otro lado del Ecuador, desde el istmo de Panamá y el mar Caribe hasta la frontera septentrional del Perú. En ella se comprendían en 1810, el virreinato de Nueva Granada, la capitanía general de Venezuela y la presidencia de Quito dependiente de Nueva Granada. Estas tres divisiones políticas respondían á tres divisiones hidrogeológicas, en que los relieves del terreno y las grandes corrientes de agua con sus hondas cuencas cavadas por los fuegos volcánicos, dibujan otras tantas zonas de constitución física análoga, pero con caracteres distintos, pobladas por razas heterogéneas que un mismo espíritu ó instinto animaba. Al tiempo de estallar la revolución, estas tres secciones tenían una población de 3.900 000 almas, de las cuales

1.400.000 correspondían á la Nueva Granada, 900.000 á Venezuela y 600.000 á Quito, que se descomponían por razas, en 1.234.000 blancos (criollos y europeos), 913.000 indígenas, 615.000 pardos libres y 138.000 negros esclavos. En Santa Fe de Bogotá y Caracas, capitales de Nueva Granada y Venezuela, estaban afocadas las luces de ambas colonias. La ciudad de Quito, cen tro de una antigua civilización precolombiana, y satélite del Perú ó Nueva Granada en la época colonial, era otro foco excéntrico.

La gran cordillera de los Andes, como una cadena de granito, con sus gigantes vestidos de nieves eternas y sus volcanes encendidos, liga las regiones de lo que fué Colombia con el resto de la América meridional. Quito, llamado el Tíbet del nuevo continente, por ser su punto más culminante, está enclavado entre las dos ramificaciones montañosas que forman la continuación del valle longitudinal de Chile, se unen en las fronteras del norte argentino, separándose en el Alto y Bajo Perú y se prolongan hasta el Ecuador.

Su litoral se abre sobre el mar del sur, como el de Chile y el Perú, y su territorio se extiende al oriente por las vertientes superiores del valle del Amazonas. Hacia el norte y bajo la línea, la doble cordillera ata otro nudo en el intermedio de Quito á Popayán, dentro del cual está la provincia de Pasto, límite de lo que propiamente se llamaba el nuevo reino de Granada, la que debía ser tan famosa como la Vendée, en la guerra de la independencia, por su porfiada fidelidad al rey de España. Siguiendo el mismo rumbo, la cordillera se divide en tres ramales, uno de los cuales forma la espina dorsal del istmo de Panamá, y los otros terminan en el golfo de Méjico. Dentro de esta triple cadena se diseñan tres valles;

pero es uno el que imprime su sello á la región. La Nueva Granada está encerrada en la cuenca del gran valle del río de la Magdalena, separado del valle del Atrato por la cadena central hasta el golfo de Darién, que después de recibir el tributo del caudaloso Cauca, derrama sus aguas en el mar de las Antillas frente á las islas de Sotavento. A lo largo de este litoral marítimo, que se prolonga hacia el oriente y dobla al sur, conocido con el nombre genérico de Costa-Firme, están situados los emporios comerciales y los puertos fortificados de Portobelo, Cartagena de Indias (la primera plaza fuerte de América), Santa Marta y Río-Hacha. La cordillera oriental, que separa á una parte de la Nueva Granada de Venezuela, al este, á la altura de Mérida, antes de tocar el litoral, traza con rasgos volcánicos las atormentadas costas venezolanas desde el golfo de Maracaibo hasta el de Paria y el delta del Orinoco, con las islas de Barlovento al largo del mar Caribe. Entre éstas, debe señalarse la isla de Margarita, que por su posición geográfica y la índole de sus habitantes, debía influir poderosamente en el éxito de la lucha colombiana por la independencia. Entre estos extremos marítimos, están situados los puertos comerciales y plazas fuertes de la Costa-Firme venezolana, que son: Maracaibo y Coro al occidente; Puerto Cabello, La Guayra, Barcelona y Cumaná al centro; y en la parte opuesta abierta al sudeste el Güiria en el golfo de Paria y la bahía de los Navíos en las bocas del Orinoco. Dentro del trazado de estas líneas generales y de la serranía destacada de Parima al sur, se asienta Venezuela en el extenso valle del Orinoco, con la Guayana española al oriente, limitada por impenetrables selvas seculares tan antiguas como el mundo orgánico.

En las nacientes del Orinoco y dentro de la red

que forman sus caudalosos tributarios, el Portuguesa, el Apure, el Caroní, el Meta, el Arauca, el Guaiviara y el Caquetá, se desenvuelven al pie de la cordillera oriental las inmensas sabanas ó llanos de las provincias de Casanare, de Barinas, del Apure y de Caracas, limitadas al sur por las selvas de las Guayanas, y al norte por las montañas que dibujan el litoral venezolano ya descripto. Esta llanura horizontal, que se divide en alta y baja, según sus respectivos niveles y declives, en un tiempo lecho de un mar, de confines monócromos y sin accidentes que la modifiquen, salvo sus dobles niveles, sus corrientes de agua y algunos grupos aislados de árboles—que los naturales llaman «matas»,—da su fisonomía al interior del país é imprime su sello al carácter de sus habitantes. En esta región, situada bajo el trópico de Cáncer, el invierno no se diferencia del verano, sino por las lluvias periódicas que hacen desbordar sus ríos, inundan sus praderas, dándole la apariencia de un mar sin horizontes. Cuando las aguas se retiran, el suelo se cubre de una rica alfombra de altas gramíneas, donde apacentan como en las pampas australes millones de ganado de la raza bovina y caballar. De la combinación de esta industria primitiva introducida por la colonización española, con el suelo y el hombre aclimatado, surgió una semicivilización pastoril y una nueva raza de centauros, hija del desierto: el llanero colombiano y el gaucho argentino, que dió su tipo á la caballería revolucionaria del sur y del norte. El llanero era en 1810, una agrupación heterogénea de indígenas, negros, zambos, mulatos y mestizos mezclados con algunos pocos españoles, que la influencia del medio y las comunes ocupaciones habían refundido en un tipo característico. Esparcidos en una vasta superficie, viviendo en chozas aisla-

llas y pobres caseríos, que los naturales llaman «hatos», en comunicación tan sólo con sus ganados bravíos y las fieras, sin más medio de comunicación que el caballo, los llaneros, endurecidos á las fatigas y familiarizados con los peligros, eran resueltos y vigorosos, diestros en el manejo de la lanza, jinetes, nadadores y sobrios. Una silla de montar de cuero crudo y una manta constituía todo su arreo; un pedazo de carne de vaca sin sal ó leche cuajada era todo su alimento; un calzón corto que no cubría la rodilla, y una camisa amplia que le llegaba hasta la mitad de los muslos, con un sombrero de paja de alas anchas, todo su vestido; y su arma se reducía á una lanza, compuesta de un rejón enastado en un gajo de bosque silvestre, construída por sus manos. Poseídos del fanatismo de los pueblos semicivilizados, unido al estoicismo y la astucia del salvaje, acaudillados por héroes de su estirpe mixta, eclipsarían las hazañas de los héroes épicos de la antigüedad.

Tal es el nuevo teatro de operaciones á que va á trasladarse la historia del movimiento simultáneo y convergente de la emancipación sudamericana.

II

La revolución que llamaremos colombiana, tuvo su origen en tres focos excéntricos: Quito, Venezuela y Nueva Granada, que, al fin, se refundieron política y militarmente en uno solo, comprendiendo el istmo de Panamá, que la ligaba con la de la América septentrional. Como antes se dijo, la primera revolución de Quito en el año 1809 (agosto), estalló casi simultáneamente con las primeras conmociones de Méjico al norte (agosto de 1809), y con las revoluciones de Chuquisaca y La Paz al sur (mayo y

julio de 1809). Este movimiento inicial, con tendencias políticas, que se diseñaba por la proclamación de una doctrina fundada en la razón de las razas y en los derechos del hombre, depuso al presidente y capitán general del reino, el conde Ruiz de Castilla, anciano de 84 años, quien fué substituído por una junta popular de gobierno que se atribuyó el título de «soberana.» Sofocada esta revolución por las fuerzas combinadas de los virreinatos contiguos de Santa Fe y del Perú, sus autores fueron asesinados en la cárcel (agosto de 1810), casi al mismo tiempo que los cabezas de los de La Paz morían en un cadalso (enero de 1810). Fueron éstos los primeros mártires de la emancipación sudamericana. — Estos estremecimientos sincrónicos en el centro y en los extremos del continente, con idénticas formas, iguales objetivos y análogos ideales, acusaban, desde entonces— á pesar de las largas distancias y del aislamiento de las colonias,—una predisposición innata y una solidaridad orgánica, como resultado de las mismas causas, que sin previo acuerdo producían los mismos efectos, y que, por lo tanto, tenían necesariamente que repetirse como un fenómeno natural.

Las revoluciones de La Paz y Quito, gemelas por la iniciativa simultánea y por el martirio, tuvieron inmediata repercusión en el norte y el sur de la América. El 25 de mayo de 1810, se insurrecciona Buenos Aires, destituye al virrey, desconoce el consejo de regencia de España, y elige popularmente su gobierno propio, proclamando la autonomía de las Provincias del Río de la Plata, en ausencia del monarca cautivo. El 19 de abril del mismo año—día de jueves santo,—la municipalidad de Caracas, asociada á los «diputados del pueblo», depuso al capitán general Vicente Emparán, desconoció la suprema autoridad que

se atribuía la regencia de Cádiz, asumió la soberanía del rey de España, y nombrando una junta suprema para regirse por sí, decretó la formación de «un plan »de gobierno conforme á la voluntad general del pue»blo», para las «Provincias Unidas de Venezuela.» El tribuno de esta transformación política, destinado á representar un papel de agitador parlamentario, fué el canónigo José Cortés Madariaga, natural de Chile, afiliado en la logia americana de Miranda, á quien había conocido en Londres, y del que era agente activo en Venezuela. Sus publicistas fueron: el doctor Juan Germán Roscio, jurisconsulto y escritor, y Martín Tobar Ponte, hombre de pensamiento y de acción, dos nobles caracteres, de alma abnegada, dotados ambos de gran valor cívico, con sanas ideas liberales, pero políticos abstractos, más teóricos que prácticos.

Las provincias venezolanas respondieron en su mayoría al llamado de Caracas, reconocieron su supremacía, y al deponer á sus gobernadores coloniales instituyeron juntas particulares de gobierno. De este modo, empezó á formarse de hecho una especie de confederación de provincias.

La junta, dando un paso más adelante en el camino de la propaganda revolucionaria, dirigió á las colonias hispanoamericanas un manifiesto de principios, en que las invitaba á formar una liga continental en resguardo de sus libertades. «Caracas debe »encontrar imitadores en todos los habitantes de la »América, en quienes el largo hábito de la esclavi»tud no haya relajado los muelles, y su resolución »debe ser aplaudida por todos los pueblos que con»serven alguna estimación á la virtud y al patriotis»mo ilustrado para despertar su energía á fin de con»tribuir á la grande obra de la confederación ameri»canaespañola. No se prostituya su voz y su carác-

»tor á los injustos designios de la arbitrariedad. Una »es nuestra causa, una debe ser nuestra divisa. Fra»ternidad y constancia.» Todas las secciones americanas proclamaban á la vez, como si se hubieran pasado la palabra de orden, la misma teoría política: la reasunción por el pueblo de la soberanía yaciente del monarca ausente, que se convertía en soberanía popular activa.

Consecuente con el principio político que daba su razón de ser al nuevo gobierno, convocó un congreso general de provincias para dar unidad al poder y legitimarlo, á la vez que para establecer una constitución sobre la base del sistema representativo. «Sin »una representación común, decía dirigiéndose á los »ciudadanos, la concordia es precaria y la salud pe»ligrosa. El ejercicio más importante de los derechos »personales y reales del pueblo, que existieran ori»ginariamente en la masa común y que le ha res»tituído el actual interregno de la monarquía, llama »á los hombres libres al primero de los goces del ciu»dadano, que es concurrir con su voto, para trans»mitirlo á un corto número de individuos, haciéndolos »árbitros de la suerte de todos. El suelo que habitáis »no ha visto desde su descubrimiento una ocurrencia »más memorable ni de más trascendencia. Ella va »á fijar la suerte de la generación actual, y acaso »envuelve en su seno el destino de muchas edades. »Ella va á ratificar, ó las esperanzas de los buenos »ciudadanos ó el injurioso concepto de los bárbaros »que os creían nacidos para la esclavitud.» Según el plan de organización, la junta suprema de Caracas debía abdicar sus facultades supremas en el congreso, y reasumir éste la representación soberana de todas las provincias venezolanas. Luego se verá el resultado que dió esta convocatoria.

Mientras la revolución seguía esta marcha expansiva, la reacción trabajaba por su lado en contener sus progresos. Las provincias de Maracaibo y Coro sobre el litoral del norte, con sus gobernadores los generales Fernando Miyares y José Ceballos á su frente, se pronunciaron decididamente contra el movimiento, siguiendo luego su ejemplo La Guayana. Para sostener su actitud, Miyares y Ceballos reunieron tropas, pidieron auxilios á Cuba y Puerto Rico, y se prepararon para resistir á los rebeldes ó someterlos por la fuerza. De este modo se diseñaron desde los primeros días los focos de la acción y de la reacción revolucionaria, que debían mantener encendida la guerra civil por el espacio de doce años.

La junta, á su vez, se apercibió á la defensa en sostén de los fueros soberanos que había proclamado. Después de proveer á la seguridad interna, y establecer los fundamentos de la constitución política, cubriéndose siempre con el nombre y la representación del monarca, decidió poner en ejercicio su soberanía externa, y abrió relaciones diplomáticas con los Estados Unidos para propiciarse su opinión, pero principalmente con la Inglaterra, á fin de estipular con el gabinete de Saint James una alianza para el caso de una invasión francesa á Venezuela, y sobre todo, buscar su mediación con el consejo de regencia, que evitase una guerra con la metrópoli. La Gran Bretaña, á la sazón aliada á la España, al saber la revolución de Venezuela, había prevenido al gobernador de Curaçao, que estaba decidida á sostener la integridad de la monarquía española y á oponerse á todo género de procedimientos que pudieran producir la menor separación de sus provincias de América; pero que, si la España fuese subyugada, la Inglaterra auxiliaría á las colonias hispanoamericanas que quisieran hacerse in-

dependientes de la España francesa, declarando que renunciaba á toda mira de apoderarse de territorio alguno. Partiendo de esta base y con las instrucciones antes indicadas, acordóse enviar una misión diplomática á Londres. Fueron nombrados para desempeñarla, D. Luis López Méndez y D. Andrés Bello, conjuntamente con el coronel de milicias Simón Bolívar.

III

En 1810, al hacer su primera aparición en el escenario americano, que debía llenar con su gran figura histórica, Bolívar contaba veintisiete años de edad. Nada en su estructura física prometía un héroe. Era de baja estatura—cinco pies, seis pulgadas inglesas,—de pecho angosto, delgado de cuerpo y de piernas cortas y flacas. Esta armazón desequilibrada, tenía por coronamiento una cabeza enérgica y expresiva, de óvalo alongado y contornos irregulares, en que se modelaban incorrectamente facciones acentuadas, revestidas de una tez pálida, morena y áspera. Su extraña fisonomía producía impresión á primera vista, pero no despertaba la simpatía. Una cabellera renegrida, crespa y fina, con bigotes y patilla que tiraban á rubio—en su primera época;—una frente alta, pero angosta por la depresión de los parietales, y con prematuras arrugas que la surcaban horizontalmente en forma de pliegues; los pómulos salientes, y las mejillas marchitas y hundidas, una boca de corte duro, con hermosos dientes y labios gruesos y sensuales; y en el fondo de cuencas profundas, unos ojos negros, grandes y rasgados, de brillo intermitente y de mirar inquieto y gacho, que tenían caricias y amenazas cuando no se cubrían con el velo del disimulo, tales eran

los rasgos que, en sus contrastes, imprimían un carácter equívoco al conjunto. La nariz, bien dibujada en líneas rectas, destacábase en atrevido ángulo saliente, y su distancia al labio superior era notable, indicante de noble raza. Las orejas eran grandes, pero bien asentadas, y la barba tenía el signo agudo de la voluntad perseverante. Mirado de frente, sus marcadas antítesis fisionómicas daban en el reposo la idea de una naturaleza devorada por un fuego interno; en su movilidad compleja, acompañada de una inquietud constante con ademanes angulosos, reflejaban actividad febril, apetitos groseros y anhelos sublimes; una duplicidad vaga ó terrible y una arrogancia, que á veces sabía revestirse de atracciones irresistibles que imponían ó cautivaban. Mirado de perfil, tal cual lo ha modelado en bronce eterno el escultor David, con el cuello erguido como lo llevaba por configuración y por carácter, sus ragos característicos declinaban el tipo heroico del varón fuerte de pensamiento y de acción deliberada, con la cabeza descarnada por los fuegos del alma y las fatigas de la vida, con la mirada fija en la línea de un vasto y vago horizonte, con una expresión de amargura en sus labios contraídos, y esparcido en todo su rostro iluminado por la gloria, un sentimiento de profunda y desesperada tristeza á la par de una resignación fatal impuesta por el destino. Bajo su doble aspecto, sus exageradas proyecciones imaginativas que preponderaban sobre las líneas simétricas del cráneo, le imprimían el sello de la inspiración sin el equilibrio del juicio reposado y metódico. Tal era el hombre físico en sus primeros años, y tal sería el hombre moral, político y guerrero.

Huérfano á la edad de tres años y heredero de un rico patrimonio con centenares de esclavos como los patricios antiguos, tuvo, como Alejandro, por ayo y

maestro á un filósofo, pero un filósofo de la escuela cínica, revuelta con el estoicismo y el epicureísmo grecorromano. Según este mentor, el «fin de la sociabilidad era hacer menos penosa la vida,» apotegma que contenía en germen la futura doctrina sansimoniana. Bien que fuera hasta cierto punto un sabio para su país, y un pensador original, sus ideas eran tan extravagantes, que á veces rayaban en locura. «No quiero parecerme á los árboles que echan raíces en un »lugar, decía: sino al viento, al agua, al sol, á todas »las cosas que marchan sin cesar.» Su pasión eran los viajes. Tenía, como Platón, una república ideal en su cabeza, que sólo tendría en el mundo un adepto. Partiendo de la base, que sentaba como teorema, de que la América no podía ser monarquía ni república semejante á las conocidas, ni gobernarse por leyes ó congresos, todo su plan constitucional consistía en hacer vitalicios los empleos desde el de presidente de la república hasta el de alcalde de barrio, «para evitar, »decía, los trastornos de elecciones frecuentes, y no »entregar los negocios públicos á aprendices.» Este filósofo y pensador extravagante, llamábase Simón Carreño, y era natural de Caracas. Hijo bastardo de un sacerdote y estigmatizado con la calificación de sacrílego, cambió su nombre en el de Simón Rodríguez, con el que ha pasado á la historia, unido al de su ilustre homónimo. El maestro depositó desde muy temprano en la cabeza de su joven discípulo estas ideas políticas, que debían germinar más tarde y esterilizarse como las suyas. Así, su «novísima verba,» después de ver disipados todos sus sueños, fué: «Murió Bolívar, y mi proyecto de república sepultóse con él.» Bolívar conservó toda su vida el sello que le imprimió el filósofo caraqueño, modificando sus lecciones según su naturaleza. Estoico en la adversidad, cínico á ve-

ces en sus costumbres, independiente y móvil, con más imaginación y no con mucha más prudencia que su inspirador, convirtió sus extravagancias en delirios de grandeza; su actividad, en acciones heroicas; sus sueños, en ambición de gloria y poderío; su república ideal, en monocracia vitalicia; y con él murieron las teorías políticas del reformador y los ensayos de gobierno del Libertador que, según la fórmula: «no era ni monarquía ni república.»

El mismo Bolívar reconoció siempre la influencia de su mentor en la dirección de sus acciones, de sus ideas y de sus sentimientos. «Las lecciones que me »ha dado—decía catorce años después, en el apogeo de »la gloria y del poder,—se han grabado en mi cora»zón: no he podido borrar una sola coma de las grandes instrucciones que me ha regalado; siempre »presentes á mis ojos intelectuales, las he seguido co»mo guías infalibles. Mis frutos son suyos.» Pero Carreño-Rodríguez no sólo enseñó á pensar á Bolívar y formó sus sentimientos: le inoculó también una pasión generosa, que debía convertirse en fuerza. Rebeldes ambos por temperamento, la noción de la independencia estaba en sus mentes, y desde los primeros años del siglo, era tildado Rodríguez en Caracas, de hombre sospechoso al poder. La ocasión en que maestro y discípulo se comunicaron su secreta aspiración, es dramática y ha sido relatada por el adepto en el lenguaje grandilocuente que es la antítesis del estilo algebraico del iniciador en el misterio de la emancipación de un mundo, que al fin fué verdadera república electiva en contradicción de su profecía.

No había cumplido aún los diez y siete años (1799), cuando Bolívar hizo un viaje á Europa. Era entonces teniente de un regimiento de milicias de que su padre había sido coronel á título de señor feudal. Vi-

sitó las Antillas y á Méjico; recorrió toda la España y viajó por Francia (1801), coincidiendo su permanencia en París, con la inauguración del glorioso consulado vitalicio de Napoleón Bonaparte, quien despertó en él gran entusiasmo. Formada su temprana razón por las impresiones que despertaba en su imaginación el espectáculo del mundo, más que por la observación y el estudio, regresó á su patria unido á la hija del marqués del Toro, nombre que figuraba en la alta nobleza de Caracas (1801). Antes de que transcurrieran tres años, era viudo. Emprendió entonces su segundo viaje á Europa (1803). Allí se encontró con su antiguo ayo, quien con su moral excéntrica, no era ciertamente el más severo mentor de una excursión de placer. En París, cultivó el estudio de algunas lenguas vivas; visitó á Humboldt, que había hecho célebre su nombre ilustrando la geografía física y la historia natural del nuevo continente, que él ilustraría con otros descubrimientos no menos sorprendentes, en el orden de la geografía política y la historia universal; atravesó los Alpes á pie, con un bastón herrado en la mano, y se detuvo en Chambery (1804), visitando como peregrino de la libertad y del amor, las «Charmettes» inmortalizadas por Rousseau, de cuyo «Contrato Social» tenía idea, pero en quien admiraba, sobre todo, por su estilo enfático, su creación sentimental de la «Nueva Eloísa», que fué siempre su lectura favorita, aun en medio de los trances más congojosos de su vida. En Milán presenció la coronación de Napoleón como rey de Italia y asistió á los juegos olímpicos que se celebraron en honor del vencedor de Marengo. Con estas impresiones y estas visiones resplandecientes de gloria, en que se renovaban las festividades de las antiguas repúblicas griegas, llegó Bolívar á Roma. Después de admirar las ruinas del Coliseo,

subió al monte Aventino, el monte sagrado del pueblo romano, en compañía de Carreño-Rodríguez. Desde allí contemplaron ambos el Tíber, que corre á su pie, la tumba de Cecilia Metella, y la Vía Apia, al lado opuesto; y en el horizonte, la melancólica y solitaria campiña de la ciudad de los tribunos y los Césares. Impresionados por aquel espectáculo, que despertaba tan grandes recuerdos, hablaron de la patria lejana y de su opresión. El joven adepto, poseído de noble entusiasmo, estrechó las manos del maestro, y cuenta que juró libertar la patria oprimida. Esta escena dramática, que tiene algo de teatral, jamás se borró de su memoria: «Recuerdo, decía veinte años después, »cuando fuimos al Monte Sacro, en Roma, á jurar so»bre aquella tierra santa, la libertad de la patria. »Aquel día de eterna gloria, anticipó un juramento »profético á la misma esperanza que no debíamos »tener.»

Pasaron seis años, y la revolución venezolana vino por la fuerza de las cosas y no por acción individual. El papel que representó en ella Bolívar, no correspondió á sus entusiasmos juveniles, ni prometía al héroe que debía hacerla triunfar. Después de su segundo regreso á Caracas, había vivido la vida sensual de un noble señor feudal de la colonia, alternado la residencia en sus haciendas en medio de esclavos que trabajaban para él, con sus mansiones placenteras en la capital. En 1809, al recibirse Emparán del mando de Venezuela, se le atribuye la duplicidad patriótica —que le honra por un lado y sombrea por otro,—de haber intimado con el nuevo capitán general para vender sus secretos á los que desde esa época preparaban la revolución. Así, su nombre se ve entre los conjurados que asistieron á las reuniones secretas; pero su persona no figura entre los que concurrieron al ca-

bildo abierto en que Emparán fué depuesto por el voto del pueblo. Consumada la revolución, no se le ve asumir actitud definida. Nombrado coronel, á título de herencia, del regimiento de milicias que mandaba su padre, en la circunscripción de sus haciendas de campo, no tomó ninguna parte en los aprestos militares. Al fin, su figura se diseña vagamente en la escena política; pero no como hombre de pensamiento ó de acción, sino como diplomático en una misión equívoca, que tenía por objeto declarado buscar un «modus vivendi» pacífico con la antigua metrópoli. Volvemos aquí al año de 1810, en vísperas de su viaje á Inglaterra.

IV

La misión conjunta de los tres agentes venezolanos, solicitó una audiencia del ministro de relaciones exteriores, que lo era á la sazón el marqués sir Ricardo Wellesley, la que le fué concedida en carácter confidencial. Bolívar, como el más caracterizado y el que mejor hablaba francés, llevó la palabra en este idioma. Olvidando su papel de diplomático, pronunció un ardiente discurso, en que hizo alusiones ofensivas á la metrópoli española aliada de Inglaterra y expresó sus anhelos y esperanzas de una independencia absoluta de su patria, que era la idea que lo preocupaba. Para colmo de indiscreción, entregó al marqués, junto con sus credenciales, el pliego de sus instrucciones. El ministro británico que lo había escuchado con fría atención, después de recorrer los papeles que se le presentaban, contestóle ceremoniosamente: que las ideas por él expuestas se hallaban en abierta contradicción con los documentos que se le exhibían. En efec

to, las credenciales estaban conferidas en nombre de una junta conservadora de los derechos de Fernando VII, y en representación del soberano legítimo, y el objeto de la misión era buscar un acomodamiento con la regencia de Cádiz, para evitar una ruptura. Bolívar no había leído sus credenciales ni sus instrucciones, ni dádose cuenta de su papel diplomático; así es que quedó confundido ante aquella objeción perentoria. Al retirarse, confesó francamente su descuido y atolondramiento, y convino, que el plan de la misión de que se había hecho cargo, estaba calculado con tanta perspicacia como sabiduría. Así sería siempre Bolívar, como político y como guerrero. Preocupado de una idea interna, personal; sin darse cuenta de los obstáculos externos, ni tomar en cuenta la opinión del medio en que se movía, iría siempre adelante, persiguiendo sus sueños ó sus propósitos; y vencido ó vencedor, perseveraría en ellos, cediendo á veces, para reaccionar después, sin leer «con sus ojos intelectuales,» según su propia expresión, otros documentos que los escritos en su mente por su maestro Carreño-Rodríguez, ni ver otra cosa que «su alma pintada» en ellos. Por el momento, era la idea de la independencia lo que lo llenaba, y allá iba por la línea recta.

A pesar de estos traspiés diplomáticos, la Inglaterra que tenía su plan hecho respecto de las colonias hispanoamericanas insurreccionadas, contestó á las proposiciones de los comisionados, redactadas en el sentido de sus instrucciones, que la Gran Bretaña no se consideraba ligada por ningún comprometimiento á sostener país alguno de la monarquía española contra otro, por razón de diferencias de opiniones sobre el modo con que debiera arreglarse un sistema de gobierno, con tal que convinieran en reconocer al soberano legítimo. Sobre esta base, ofrecía su mediación,

para reconciliar á las colonias disidentes con su metrópoli. A la vez, renovaba con más amplitud la anterior circular de lord Liverpool á los gobernadores y jefes de las Antillas inglesas, recomendábales proteger á los nuevos gobiernos sudamericanos contra toda agresión de la Francia y les encargaba muy especialmente promover con las colonias amigables relaciones mercantiles, sea que reconociesen ó no la autoridad de la regencia de Cádiz. El resultado era satisfactorio y no podía esperarse más; pero como se ve, fué debido á los cálculos de la política inglesa más que á la habilidad de los noveles diplomáticos venezolanos.

Durante su permanencia en Londres, conoció por la primera vez al general Miranda, é iniciado en los misterios de su Logia, afilióse en ella, renovando el juramento del Monte Sagrado, de trabajar por la independencia y la libertad sudamericanas. Así se ligaron por un mismo juramento en el viejo mundo, con un año de diferencia, Bolívar y San Martín, según antes se relató. Al contacto de la llama que ardía en el alma del precursor de la emancipación, la de Bolívar, encendida ya con las chispas de las ideas de Carreño-Rodríguez, se inflamó. Lleno siempre de su idea, volvió á olvidar sus instrucciones reservadas, que le prevenían no recibir inspiraciones de Miranda ni tomar en cuenta sus planes, que podían comprometer la aparente fidelidad de la Junta de Caracas. Pensando que la presencia de Miranda en Venezuela, daría impulso á la idea de independencia, invitóle á regresar juntos á la patria para trabajar de consuno por ella.

Bolívar regresó á Caracas al finalizar el año 1810 (5 de diciembre) conduciendo un armamento, y lo que creía más poderoso que las armas, al general Miranda, símbolo vivo de la redención del nuevo mundo meridional. Durante su ausencia la revolución había

mudado de aspecto, y su horizonte empezaba á nublarse.

Al tomar conocimiento de la revolución de Venezuela, la regencia de Cádiz declaró rebeldes á sus fautores; y esquivando la mediación de la Inglaterra, le declaró la guerra con la amenaza de severos castigos, decretando el bloqueo de sus costas. El consejero de Indias, Antonio Ignacio Cortabarría, anciano respetable, con la investidura de comisario regio, fué encargado de intimar la sumisión y en caso de resistencia, someterlos por la fuerza. Miyares fué nombrado capitán general en reemplazo de Emparán. En las Antillas españolas se prepararon elementos de guerra para sostener el ultimátum. Esta provocación, rompió el primer eslabón de la cadena colonial. La Junta de Caracas rechazó la intimación, reunió un ejército de 2.500 hombres para mantener su actitud y confió su mando al marqués Fernando del Toro, rico propietario, improvisado general, ordenándole atacase la plaza de Coro, baluarte de la reacción en la costa occidental de Tierra-Firme. Después de algunos combates parciales, el ataque sobre Coro fué rechazado (28 de noviembre de 1810). El ejército de la Junta emprendió en consecuencia su retirada. Interceptado en su marcha por una división de 800 hombres con un cañón y 4 pedreros, en el punto denominado la Sabaneta, la desalojó de su fuerte posición al cabo de dos horas de fuego, y continuó su marcha, perseguido de cerca por los corianos fanatizados, y hostilizado por la población del tránsito. El novel general, que había demostrado poseer pocas disposiciones militares, efectuó su retirada hasta Caracas, con pérdidas considerables. Por entonces las hostilidades quedaron suspendidas de hecho, por una y otra parte. Tal fué el resultado de la primer campaña revolucionaria de Venezuela, en que

se cambiaron las primeras balas entre insurgentes y realistas.

Este era el estado político y militar de la revolución cuando á fines de 1810, Bolívar y Miranda llegaban á Caracas.

V

Al pisar de nuevo la tierra americana, el precursor de su emancipación contaba sesenta años de edad. El pueblo lo recibió con grandes ovaciones. El gobierno le confirió el título de teniente general de su ejército. La juventud vió en él un oráculo, de cuyos labios iba á brotar la palabra reveladora del destino. Los soldados lo consideraron como un presagio de victoria. Todos cifraron en él sus esperanzas. Sin embargo, su influencia no se hizo por el momento sentir en la marcha de los negocios públicos. Grave, taciturno, de palabra dogmática y con opiniones intransigentes incubadas en la soledad, no admitía discusión, aunque buscaba prosélitos. Sus primeros actos no correspondieron á la expectativa pública. El gobierno, considerándolo un genio enciclopédico, le encomendó, en unión de Roscio y de D. Francisco Javier Ustáriz, republicanos de la escuela norteamericana, la formación de un plan de constitución sobre la base de una federación de provincias, para ser presentado al primer congreso venezolano que iba á reunirse. El viejo soñador, imbuído en las ideas constitucionales que en su imaginación se había fraguado, amalgamaba las tradiciones precolombianas y las reminiscencias de la antigüedad clásica con las teorías norteamericanas mal aplicadas, pretendiendo combinarlas con las vetustas instituciones de la colonia, sueño retrospectivo, que como el ideal reaccionario de Carreño-Rodríguez, de-

bía dar por resultado la negación de la república y el retroceso de la democracia. Según su plan, el gobierno debía confiarse á dos incas (cónsules romanos) nombrados por diez años, y en lo demás modelarse la república según el tipo municipal de las colonias. Los sucesos revolucionarios estaban más adelantados que él en teorías políticas. Para propagar su doctrina y fomentar el espíritu de independencia, organizó de acuerdo con Bolívar un club, á imitación del de los girondinos, de que había sido miembro conspicuo durante la revolución francesa. Esta asociación se hizo el centro de la opinión avanzada de los patriotas, que querían romper definitivamente los vínculos de la colonia con su metrópoli.

Bajo estos auspicios se reunió el congreso venezolano convocado, en número de treinta diputados por las provincias de Caracas, Cumaná, Barinas, Margarita, Barcelona, Mérida y Trujillo, y tomó la denominación de «Cuerpo conservador de los derechos de la »Confederación americana de Venezuela y de los del »rey Fernando VII» (2 de marzo de 1811). Miranda, elegido popularmente, formaba parte de él como diputado. El congreso encomendó el poder ejecutivo á una junta de tres miembros, creó una alta corte de justicia en substitución de la antigua audiencia, y nombró una comisión de su seno que redactara la constitución, compuesta de Ustáriz, Roscio y Tobar, las tres lumbreras parlamentarias de la revolución. La cuestión de independencia, fué la primera que ocupó al congreso. Miranda abogó resueltamente por ella en absoluto, apoyado por el pueblo, y arrastró tras sí la mayoría (5 de julio de 1811). En el mismo día se decretó que el pabellón nacional sería el amarillo, azul y rojo, enarbolado por Miranda en 1806 en las costas de Venezuela descubiertas por Colón. Y para conme-

morar estos tres grandes acontecimientos del nuevo mundo, se dispuso que á la era común se añadiese la colombiana. Fué así Venezuela la primera república independiente que se inauguró en Sud América, como sería también la primera que cayese vencida, para resurgir al fin vencedora.

A los pocos días de declarada la independencia estalló un movimiento reaccionario, promovido por los agentes del comisario regio Cortabarría, y encabezado por los colonos de las islas Canarias, que eran numerosos en Caracas (11 de julio). Reuniéronse en número de setenta en una altura que dominaba uno de los cuarteles, con el propósito de apoderarse de él. Iban armados de sables y trabucos, con planchas de lata sobre el pecho por corazas, y llevaban una bandera con la imagen de la Virgen del Rosario y de Fernando VII. Su grito de guerra fué: «Viva el rey y mueran los traidores.» Atacados por el pueblo y una parte de la guarnición, hicieron algunos tiros; pero fueron prontamente cercados y rendidos. Condenados á muerte los que se consideraron más culpables y desterrados los otros, las cabezas de los ajusticiados fueron expuestas en los caminos. «Castigo demasiado severo de un proyecto extravagante y ridículo,» dice el historiador más discreto de Venezuela, que un historiador universal señala como el fúnebre presagio de la guerra de exterminio que debía ensangrentar el suelo de Venezuela.

En el mismo día del tumulto de los Canarios de Caracas, estalló una revolución más formal en Valencia, ciudad importante á inmediaciones de Caracas al norte, fronteriza á Puerto Cabello, ocupado por los patriotas. Promovida por los españoles reaccionarios, en obediencia á las instrucciones de Cortabarría, proclamó á Fernando VII, y desconoció la autoridad del congreso venezolano. Sus habitantes se armaron en

defensa de la religión, según decían, y ocupando las posiciones que la dominan, se atrincheraron en su recinto con impávida resolución. Alarmado el congreso, dió facultades extraordinarias al poder ejecutivo. Un cuerpo de ejército á órdenes del marqués del Toro, salió á sofocar la sublevación. En los primeros encuentros obtuvo algunas ventajas, pero fué al fin rechazado. Nombrado Miranda general en jefe del ejército, avanzó sobre la ciudad rebelada, y le intimó rendición. La contestación fué romper el fuego con cuatro piezas de artillería desde el morro fortificado de la ciudad, ocupado por una división. Reconocida la posición, fué asaltada y tomada por los patriotas, apoderándose de su artillería. Halagado Miranda por este triunfo, penetró en las calles de la ciudad, pero fué rechazado por los valencianos, atrincherados en la plaza mayor. Bolívar mandaba las fuerzas de las tres armas, que sufrieron este rechazo. Miranda hubo de retroceder como su antecesor el marqués del Toro, que también asistió á esta función de guerra.

Reforzado Miranda, volvió á tomar la ofensiva. Procediendo entonces con más prudencia, apoderóse sucesivamente de los barrios exteriores de la ciudad, á pesar de la tenaz resistencia de los enemigos. Reducidos al fin á la plaza mayor y faltos de agua, viéronse obligados á rendirse á discreción. Esta campaña costó al ejército patriota como 800 muertos, sin contar los heridos, que han sido computados en casi doble número, lo que parece exagerado. Miranda no quiso manchar con sangre su victoria. El congreso, abundando en el espíritu generoso del vencedor, dió un indulto que comprendía hasta á los sentenciados á muerte por el tribunal marcial, clemencia que fué generalmente reprobada, y que contrastaba con el exceso de severidad en la conjuración de los Canarios.

Después de este sangriento paréntesis, abrióse el debate constitucional, que fué más laborioso que el de la independencia, aunque menos agitado. Las opiniones estaban divididas, entre federalistas y unionistas; pero la mayoría era decididamente federal. Todos tenían fijas las miradas en el gran modelo de la vecina república del norte de América. El proyecto, redactado por Ustáriz, fué calcado sobre la constitución de los Estados Unidos, y aprobado casi unánimemente. Miranda, ó viendo más claro ó lastimado de que no hubieran sido tomadas en cuenta sus peregrinas ideas de organización constitucional, le negó su voto como diputado, y al pronunciarse contra el sistema federalista á que parece se inclinaba antes al idear una confederación sudamericana, manifestó vagamente, que no la consideraba adaptable á las exigencias de la época, ni al estado social del país. Esta vez tenía razón el gran soñador retrospectivo, que por acción refleja veía más claro en el futuro. Era un código democrático muy adelantado en teoría, con su división de poderes coordinados, que consagraba todos los derechos humanos, y afirmaba todas las garantías de la libertad, pero mal calculado para las circunstancias, y en realidad más ideal que revolucionario. Confundiendo el valor de las palabras, sus autores daban el nombre de confederación á lo que debía ser una federación con arreglo al modelo que copiaban. Declaraban las provincias, soberanas, libres é independientes, en contradicción con su letra. Organizaban un poder ejecutivo de tres miembros, sin unidad de acción ni pensamiento. Era una máquina complicada y frágil, que no podía resistir á la prueba, como sucedió.

Valencia, la ciudad refractaria á la independencia, fué declarada capital de la nueva república.

VI

Un cataclismo de la naturaleza vino á poner fin á esta creación política, y producir una catástrofe, á que concurrieron más ó menos directamente causas de otro orden.

La opinión revolucionaria empezaba á enervarse; la miseria cundía por todo el país; el papel moneda decretado por el congreso y casi desmonetizado, contribuía á fomentar el descontento entre los que viven del estado, y especialmente de los soldados; Cortabarría, con una escuadrilla de seis buques y 1.000 hombres reclutados en Puerto Rico, al mando del brigadier Juan Manuel Cajigal, había reforzado á los realistas que mantenían alzado el pendón del rey al occidente de Venezuela. La reacción cobraba nuevos bríos.

El levantamiento de la Guayana española sobre la margen derecha del Orinoco, era otro peligro que llamaba la atención del nuevo gobierno por la parte del oriente. Una expedición de 1.400 hombres, á cargo del coronel Francisco González Moreno, español de origen, pero decidido por la revolución, logró establecerse en la margen izquierda del río cerca de su embocadura, pero careciendo de buques para dominar las aguas, nada serio podía emprender. Mientras tanto, los realistas, dueños de las plazas de Guayana-Vieja y de Angostura, fortificadas ambas, y de la marina, eficazmente auxiliados por los naturales que excitaban los frailes capuchinos directores de las misiones de aquella región, habían establecido su preponderancia en todo el país. Con estas ventajas, abrieron hostilidades sobre los destacamentos patriotas diseminados en la

margen izquierda, y derrotaron sucesivamente tres de ellos, apoderándose de tres cañones de sus baterías (septiembre de 1812). Los coroneles Manuel Villapol y Félix Solá, españoles como González Moreno, acudieron con nuevas tropas en auxilio de éste. Reunidas las tres divisiones amagaron Angostura por agua y por tierra, mientras una expedición de diez y nueve lanchas cañoneras, había logrado penetrar al Orinoco, las que unidas á las que navegaban el río, sumaban un total de veintiocho embarcaciones, se situaron en observación de la plaza. Las fuerzas sutiles de los realistas, superiores en calidad, atacaron con nueve goletas, dos balandras y seis cañoneras á la escuadrilla independiente (25 de marzo de 1812) en la bahía de Sorondo, y después de un combate de dos días, la destrozaron completamente, con pérdida de todos sus buques, 32 piezas de artillería, 200 muertos y 150 heridos y todo su armamento portátil. Desanimado González Moreno y sus compañeros con este contraste, emprendieron la retirada (28 de marzo). Activamente perseguidos, intentaron fortificarse en el pueblo de Maturín, donde los restos de la expedición, abandonada por sus caudillos, se rindieron á discreción.

Al mismo tiempo que estos desastrosos sucesos tenían lugar en el oriente, la reacción avanzaba triunfante por el occidente. Como había sucedido en las secciones insurreccionadas del sur, la lucha tomaba el carácter de una guerra civil, alimentada por los mismos elementos del país. Las autoridades oficiales de la colonia y las tropas regladas de que disponían, no podían contrarrestar el impetuoso movimiento revolucionario. De aquí la necesidad de buscar el punto de apoyo en la opinión y de reclutar los combatientes en la masa de la población, revolucionada en un sentido ó en otro. La reacción era una contrarrevolución con

los mismos hombres y los mismos medios. Localizada la reacción española en la Guayana, en Coro y Maracaibo, sus habitantes se decidieron con verdadero fanatismo por la causa del rey, y aparecieron nuevos caudillos, que como en Concepción de Chile y en el Alto y Bajo Perú, se pusieron á su frente, disciplinándolos y conduciéndolos al campo de batalla. Estos elementos, que así movidos, robustecieron en un principio la reacción realista, al revelar las fuerzas propias que el país poseía, debían servir más tarde para engrosar y dar su temple á los ejércitos independientes, cuando se pusieran á su servicio. De este modo, hasta la misma reacción contribuía á desarrollar las fuerzas revolucionarias, en el hecho de ponerlas en actividad en nombre de la autoridad que las había mantenido comprimidas hasta entonces. En Venezuela se produjo este mismo fenómeno, y debía dar el mismo resultado, como sucede toda vez que una guerra se convierte en planta indígena, sujeta á las influencias atmosféricas del medio en que se desarrolla.

Inmovilizada la guerra en el occidente, después del rechazo del ejército de la Junta en Coro, y de una expedición marítima de los realistas frustrada sobre las costas de Cumaná, resolvió Miyares hacer una incursión al interior del país. Al efecto, alistó una columna de infantería de 230 hombres con 500 fusiles, 10.000 cartuchos y un obús, y confió su mando al capitán de fragata Domingo Monteverde, natural de las islas Canarias, que había militado con alguna distinción en la armada española, y se hallaba á la sazón de guarnición en Coro. Esta pequeña fuerza y este nuevo caudillo, variando las condiciones de la lucha, daría en tierra con la república de Venezuela. Monteverde, eficazmente auxiliado por la propaganda de los curas, avanzó resueltamente hacia la frontera meridio-

nal de la insurrección, sublevó todo el país desde Coro hasta Barquisimeto, y batió una división patriota de 700 hombres en Carora, tomándole 90 prisioneros, 7 piezas de artillería, y lo que más necesitaba, fusiles y municiones. El pueblo de Carora fué entregado á saco y muertos varios patriotas sin forma de juicio (marzo de 1812). La guerra á muerte empezaba.

El 26 de marzo de 1813, día que correspondía al jueves Santo, conmemorativo de la revolución, y en la misma fecha en que la escuadrilla independiente era anonadada en el Orinoco, un gran trueno que salía de las profundidades de la tierra, hizo estremecer toda la región de la tierra de la sierra Mérida. Eran las 4 y 7 minutos de la tarde. El cielo estaba sereno y una luz resplandeciente bañaba el horizonte. A esa hora el suelo empezó á oscilar de norte á sur y de este á oeste, con violentas sacudidas. En menos de un minuto, el espantoso terremoto arruinó las ciudades de Mérida, Barquisimeto, San Felipe, La Guayra y Caracas, sepultando bajo sus escombros cerca de 20.000 almas. En la capital pereció casi toda su guarnición. En Barquisimeto, quedó enterrada con sus depósitos de armamento, la mayor parte de una división de 1.000 hombres que había salido á contener el avance de Monteverde. Bajo estas ruinas quedaría también sepultada la primera república de Venezuela.

VII

Esta catástrofe, acompañada de tan severas derrotas, infundió el pavor en las almas de las poblaciones y desanimó á los independientes. La circunstancia de haberse hecho sentir el terremoto tan sólo en el territorio ocupado por la revolución, y de no sufrir nada las

provincias de Coro, Maracaibo y Guayana, fieles al rey, fué explotada por el clero, propicio á la reacción, predicando que era un castigo del cielo contra los impíos y los rebeldes. El viento de la opinión comenzó á soplar del lado de la reacción. Monteverde extrajo de las ruinas de Barquisimeto, siete cañones, fusiles y municiones y armó la población sublevada, con lo que elevó su fuerza hasta el número de 1.000 hombres. Una fuerte columna de 1.300 reclutas, á órdenes del comandante Miguel Ustáriz salió á su encuentro en el pueblo de San José, al norte de San Carlos. En medio de la pelea que se trabó, un escuadrón se pasó á los realistas. Los independientes fueron hechos pedazos (abril 25). Monteverde se apoderó de dos piezas de artillería y quinientos fusiles, reforzándose con 500 hombres más. Los rendidos fueron pasados á cuchillo, y el pueblo de San Carlos entregado al saqueo y á las llamas. Desde este punto destacó á su segundo, el coronel Eusebio Antoñanzas, soldado grosero y tan cruel como él, á fin de sublevar los llanos de Caracas. Los pueblos de Mérida y Trujillo situados en la cordillera, se pronunciaron por el rey asegurando su flanco derecho. Las poblaciones y los soldados desertaban en todas partes de las banderas de la independencia. Monteverde, impelido y llamado por los pueblos, avanzaba sobre Valencia, adonde el congreso y el poder ejecutivo habían trasladado su residencia después de sancionada la constitución. A los cuarenta y cinco días de su salida de Coro (el 3 de abril de 1812) entraba Monteverde triunfante y sin oposición en la capital federal de Venezuela, vitoreado como un pacificador y un libertador.

En tan crítica situación, nombróse á Miranda dictador, con el título de generalísimo de mar y tierra, delegando en él todas las facultades necesarias para

salvar la patria (26 de abril). El gobierno federal se estableció en Victoria, entre Caracas y Valencia. Miranda, comprendiendo la necesidad de sostener á Valencia como base de operaciones, para cubrir el flanco izquierdo de la importante plaza fuerte de Puerto Cabello, al tiempo de ponerse en campaña desde Caracas, ordenó al gobernador de Valencia, que lo era el comandante Ustáriz—antes derrotado en San Carlos, —que lo hacía responsable con su cabeza de la defensa de la capital. Al recibir esta orden, Ustáriz, desalentado por los reveses y las defecciones en masa, habíase retirado al simple amago de la invasión haciendo abandono de los depósitos militares que custodiaba (30 de abril). Obligado á reaccionar á impulsos del deber militar, atacó á Monteverde en Valencia, una hora después de su entrada; pero otra vez fué completamente batido.

Miranda avanzó con su ejército hasta las inmediaciones de Valencia, y situóse en Guácara, al oriente del lago á cuyas orillas se levanta aquella ciudad. Sus fuerzas se componían de dos batallones de línea, siete de milicias regladas, dos escuadrones de caballería, y algunas compañías sueltas de estas dos armas con 10 piezas de artillería, que con los restos de la división de Ustáriz, que se le incorporaron, alcanzaba á cerca de 4.000 hombres. Confiado en la superioridad numérica, el generalísimo adelantó hasta Guayos, á cinco kilómetros de Valencia, un destacamento de 500 hombres. El enemigo salió á su encuentro. Trabado el combate, una compañía patriota se pasó en masa á los realistas, y decidió la victoria en favor de éstos. Descorazonado Miranda por este contraste, y con poca confianza en la lealtad de sus tropas, levantó su campo, y se replegó á la parte meridional del lago, donde éste y una serranía que corre al oriente, forman una estre-

chura fácil de defender llamada La Cabrera. En esta posición se fortificó el prudente general. Abrió fosos, clavó estacadas, estableció baterías y organizó en el lago una flotilla, para mantener las comunicaciones de su campo atrincherado. Este sistema de inerte defensiva, que dejaba á Monteverde en libertad de sus movimientos y nada prometía empezó á minar el crédito del dictador en quien todos tenían cifradas sus esperanzas. Nadie reconocía en él al famoso guerrero de la república francesa, en Valmy y Jemmapes, cuyo nombre estaba inscripto en el arco de triunfo de La Estrella, y el general irresoluto de Maestrich y Nerwinde volvía á aparecer en nuevo teatro. Para dar mayor vigor á su autoridad, hizose investir por medio de una junta de notables, de las facultades políticas y militares de un dictador, anulando todos los poderes públicos existentes. Publicó la ley marcial (mayo 20); ordenó que todos los ciudadanos en estado de llevarlas tomasen las armas; llamó al servicio á los esclavos, emancipando á los que se presentasen, medidas tardías é impolíticas, que produjeron más mal que bien.

Mientras tanto, la expedición de Antoñanzas á los llanos de oriente, había triunfado completamente. La villa de Calabozo fué tomada á viva fuerza, pereciendo en ella todos sus defensores. Unido Antoñanzas á un español llamado José Tomás Boves, destinado á alcanzar terrible celebridad, atacó á San Juan de los Morros, pasó á cuchillo su guarnición, y hasta los ancianos, las mujeres y los niños fueron sacrificados. La guerra á muerte recrudecía. Alentado Monteverde por estos triunfos, por el pronunciamiento en favor del rey de la importante provincia de Barinas, que resguardaba su espalda, y sobre todo por la inacción de su contendor, atacó de frente por dos

veces consecutivas las líneas atrincheradas de los patriotas; pero fué rechazado en ambas con pérdidas considerables (19 y 26 de mayo). No se desanimó empero el jefe español. Reforzado con tropas y municiones enviadas desde Coro, intentó un tercer ataque, en que nuevamente fué rechazado (junio 12). No desistió por esto de su empeño. Concibió la idea de flanquear las posiciones fortificadas que cerraban las avenidas de los valles de Aragua, por la parte meridional del lago, llevando el ataque por sendas extraviadas. El éxito coronó su audacia. Sorprendidos dos destacamentos que guarnecían la línea por el flanco, y ocupadas por los realistas las alturas de Maracay, Miranda, con un ejército superior en número, emprendió precipitadamente la retirada en la noche, incendiando sus depósitos de víveres y aun de municiones (17 de junio). Este movimiento retrógrado, que revelaba timidez, fué severamente criticado y aumentó el descrédito del generalísimo. Vióse claramente que en su cabeza no había inspiraciones salvadoras, ni en su alma la suficiente energía para infundirla á las tropas republicanas, tan desmayadas ya por las calamidades públicas y los repetidos contrastes.

Miranda se situó con su ejército en Victoria, cubriendo á Caracas. Hacía tres días que ocupaba esta posición, cuando inopinadamente fué atacada su línea de guardias avanzadas por algunas compañías dirigidas por Monteverde en persona. Los dispersos introdujeron la confusión en su campamento. Pero el generalísimo con gran valor y sangre fría, restableció el orden y repelió el ataque, obligando al enemigo á retirarse en desorden. Monteverde, débilmente perseguido, reunióse al grueso de sus fuerzas, que alcanzaban á 3.100 hombres; volvió caras, y se hizo fuerte en el Cerro Grande frente á Victoria. Miranda, per-

sistiendo en su sistema defensivo, se encerró en Victoria, fortificando sus calles con trincheras y 28 piezas de artillería. Reforzado Monteverde con la división de Antoñanzas, que regresaba de los llanos, triunfante y manchada de sangre, emprendió un segundo y formal ataque sobre la ciudad fortificada. El resultado fué un rechazo completo, después de un día entero de pelea, en que los realistas sufrieron considerables pérdidas, agotando todas sus municiones (29 de junio). Si Miranda hubiera sabido aprovecharse de esta ventaja, habría concluído quizá con el ejército realista. Tan debilitado quedó éste, que en una junta de guerra se resolvió la inmediata retirada á Valencia. Un consejero del jefe español, le persuadió á que aguardase tres días. Transcurridos los tres días, la revolución de Venezuela estaba perdida.

VIII

El 24 de junio (1812) estalló en los valles, al sudeste de Caracas una insurrección general de los esclavos, promovida por las armas españolas, que antes de entregarlos libres para el servicio de la república, según el decreto dictatorial de Miranda, preferían ponerles las armas en la mano para que combatiesen contra ella.—La reacción continuaba desenvolviendo las fuerzas revolucionarias que debían volverse contra ella. Los negros, entregados á sus instintos y sin dirección, cometieron todo género de excesos; asaltaron varios pueblos, cebándose en la población blanca, y llegaron hasta la misma ciudad de Caracas, indefensa, viéndose Miranda obligado á desprender alguna fuerza para protegerla. Pocos días después (30 de junio), el pabellón español flotaba en las murallas de Puerto

Cabello, depósito de los elementos de guerra de la república. La custodia de esta importante plaza, había sido confiada al coronel Bolívar. Existía allí un número considerable de prisioneros españoles, los que, aprovechándose de una ausencia de Bolívar, sublevaron la guarnición de la ciudadela y se hicieron dueños de ella. El jefe de la plaza, con el resto de la guarnición acantonada en la ciudad, hizo varios esfuerzos por someter á los sublevados. Sus guardias avanzadas se pasaban en masa al enemigo. A los tres días (4 de julio), supo que Monteverde marchaba en sostén de la sublevación. Desprendió á su encuentro los últimos 200 hombres que le quedaban, los que fueron completamente batidos, regresando á la plaza tan sólo un jefe con 7 soldados. Bolívar tenía aún 40 hombres, que al saber este contraste lo abandonaron. Para salvar su vida, vióse obligado á embarcarse en compañía de 7 oficiales, y se dirigió á La Guayra. Desde Caracas escribió al generalísimo, dándole cuenta de este desastre: «Lleno de vergüenza, después de haber ago»tado todas mis fuerzas físicas y morales, ¿con qué »valor me atrevería á escribirle habiéndose perdido »en mis manos la plaza de Puerto Cabello? Mi corazón »está destrozado, y mi espíritu se halla de tal modo »abatido, que no me hallo en ánimo de mandar un »solo soldado. Ruego se me destine á obedecer al más »ínfimo oficial, ó se me den algunos días para recobrar »la serenidad que he perdido.—Después de haber per»dido la primera plaza del estado, ¿cómo no he de »estar alocado? ¡De gracia, no me obligue á verle la »cara! No soy culpable, pero soy desgraciado, y basta.» Al recibir esta infausta nueva, Miranda exclamó: «¡Venezuela está herida en el corazón!»

Todo el occidente y los llanos de Venezuela estaban ocupados por las armas realistas, y al oriente, domina-

ban ambas márgenes del Orinoco, lo mismo que todas las costas marítimas. La insurrección de los negros esclavos, había avanzado á sangre y fuego, y amenazaba á Caracas con el exterminio. La opinión, herida de pavor por la catástrofe del terremoto ó quebrada por los contrastes ó la miseria, era una fuerza inerte contraria á la revolución. Apenas si un tercio del territorio quedaba á los independientes. En tan angustiosa situación, la pérdida de Puerto Cabello fué un golpe mortal. Si bien el ejército constaba de más 5.000 hombres, una gran parte eran reclutas forzados, y la otra, gente acobardada, que desertaba diariamente en grupos al enemigo. El general no tenía confianza en sus tropas, ni sus subordinados en él. El desaliento ó la irritación era general. Todos acusaban á Miranda de ser el causante de las calamidades que sufrían, y algunos le llamaban traidor. El dictador desesperó de la causa de la república, y aconsejado por una junta de gobierno que convocó en su cuartel general, resolvió abrir negociaciones pacíficas con el enemigo.

A fin de obtener mejores condiciones, Miranda llevó un ataque parcial sobre la línea avanzada del enemigo, y consiguió sorprender y derrotar algunas grandes guardias. En seguida propuso una suspensión de hostilidades para tratar de la pacificación. Monteverde aceptó, pero bajo la condición de que las tropas reales pudiesen continuar avanzando hasta Caracas. Miranda formuló nuevas proposiciones, autorizando á sus comisionados á firmar una capitulación que garantiese la libertad y las propiedades de los comprometidos en la revolución. Algunos oficiales del ejército, intentaron promover una protesta contra esta política, que tachaban de cobarde. Propalaron que debía deponerse al generalísimo para emprender la guerra con vigor. Con 6.000 hombres podía y debía atacarse al enemigo.

La victoria salvaba la situación. En la derrota no se perdía más que lo que iba á perderse por la capitulación, que era la sumisión sin gloria y sin garantías. Los que así razonaban sobre una base numérica, sin tomar en cuenta las fuerzas morales, que era el factor que dominaba la situación, ó eran excepciones de la desmoralización colectiva ó se daban el aire de héroes á poca costa, con la conciencia de que todo estaba perdido, y que sus proclamas no encontrarían ecos. El generalísimo, que no había tenido inspiraciones para salvar una situación fatalmente perdida por complicaciones extraordinarias de que la historia presenta raros ejemplos, y que, aun habiéndolas tenido, probablemente no habría encontrado entusiasmo y brazos fuertes para ejecutarlas, tuvo la fortaleza de la tremenda misión que había aceptado. Fácil le fué al dictador dominar esta agitación ficticia de última hora, imponiendo á todos la paz, que era lo que todos querían. Hay días nefastos en la vida de los pueblos, en que, ni aun fuerzas tienen para el sacrificio, cuando el sacrificio es preferible á la sumisión. Entonces eligen una víctima expiatoria á quien atribuir la cobardía de la colectividad impotente para pelear ó para morir. Venezuela pasaba por estos días, y necesitaba pasar por la dolorosa prueba de soportar el duro yugo de la reacción triunfante, para formar su conciencia, rehacer sus fuerzas y triunfar en la batalla por su independencia. La capitulación, con ser una triste derrota, haría más por ella que una victoria pasajera, que nada habría consolidado en la situación por que pasaba Venezuela en aquellos días.

Los comisionados del dictador ajustaron con Monteverde una capitulación, sobre la base de la entrega del territorio independiente y de todo el material de guerra de la república; la seguridad para las personas

y los bienes de los habitantes en el territorio no récon-quistado; la concesión de pasaportes á los que quisie-sen abandonar el país, y una amnistía general por opiniones políticas, poniéndose en libertad á todos los prisioneros de guerra de una y otra parte. Monte-verde concedió cuarenta y ocho horas para aceptar ó denegar estas capitulaciones. Miranda no se atrevió á ratificarlas, y procuró modificarlas, pero al fin, tuvo que autorizar á sus comisionados á pasar por todo. El hecho quedó consumado, con la denominación de capitulaciones de San Mateo, con que han pasado á la historia. Desde este momento, el dictador sólo se ocupó en proveer á la seguridad de la emigración de los patriotas, que era la consecuencia de un arreglo que no tenía más garantía que el beneplácito del ven-cedor reconocido. Al efecto, mandó cerrar el puerto de La Guayra, para impedir la salida de los buques neutrales, que era el último refugio, y se trasladó á Caracas, para cumplir de buena fe el compromiso de la entrega pacífica de la ciudad, dejando órdenes para la evacuación de Victoria. El ejército que la ocu-paba, una parte se pasó en masa al enemigo, y el res-to se dispersó en la marcha hacia Caracas.

IX

El 30 de julio entraba Monteverde triunfante á Ca-racas, y rompía de hecho la capitulación, imponien-do la dura ley del vencedor, sin condiciones y sin mi-sericordia. En el mismo día, era entregado á sus ver-dugos y consagrado al martirio por la mano de sus adeptos, el precursor de la emancipación del nuevo mundo meridional, y entre ellos, por el que debía coronar su obra, libertando toda la región equinoccial de la América del Sur.

Era comandante militar de La Guayra el coronel Manuel María Casas, y jefe político el doctor Miguel Peña, elegidos ambos por Miranda como patriotas probados, para asegurar la salvación de los comprometidos en la revolución. Abrumado de penas y fatigas llegó Miranda á La Guayra, el 30 de julio á las 7 de la noche, y se hospedó en la casa del comandante. El capitán Haynes del buque inglés Zafiro, que había ofrecido á Miranda recibirlo á su bordo, donde tenía ya su equipaje, invitóle para que se embarcase esa misma noche, porque deseaba darse á la vela antes que se levantara la brisa de tierra en la madrugada. Casas, Peña y Bolívar, que tenían su plan, dijeron que el general estaba muy fatigado para embarcarse, que la brisa no se levantaría antes de las 10 de la mañana, y lo persuadieron á que se quedase á dormir en tierra. El capitán inglés se retiró con un triste presentimiento, según lo manifestó después. Los cuatro camaradas sentáronse en seguida á la mesa, y juntos rompieron el pan de la hospitalidad. Después de la cena, que fué triste, y en que sólo Bolívar habló provocando explicaciones sobre la capitulación que Miranda esquivó, retiróse éste á dormir en una cama preparada por su huésped, quien había tenido la precaución de elegir un aposento cuya puerta no podía cerrarse por dentro.

Mientras Miranda descansaba en el lecho preparado por la traición de sus amigos, reuniéronse Casas, Peña y Bolívar con los coroneles José Mires, Manuel Cortés y Juan Paz del Castillo—el mismo que sirviera después en el ejército de los Andes,—y los comandantes Tomás Montilla, Rafael Chatillón (francés), Miguel Carabaño, Rafael Castillo, José Londaesta y Juan José Valdés. Constituídos por sí y ante sí en una especie de tribunal secreto, tomaron en conside-

ración la conducta política y militar del desgraciado ex dictador. Fué unánimemente condenado como autor de las desgracias sucedidas. Haciéndose eco de los calumniosos rumores que corrían, propalados tal vez por ellos mismos, que le atribuían haber recibido dinero de los españoles como precio de la capitulación, y hecho embarcar con anticipación tesoros usurpados, acordaron que debía detenérsele para dar cuenta de su conducta á sus compañeros y sincerarse ante ellos. Dijeron : que si pensaba que la capitulación había de ser cumplida, no debía anticipar su salida, y si no creía en ella, debía correr la suerte de todos, y que en ambos casos, su persona era una garantía del cumplimiento de lo capitulado. Bolívar, votó por la muerte de Miranda como traidor á la independencia, por haber tratado con los españoles. Quedó resuelto en definitiva, reducir á prisión á Miranda. Peña y Casas firmaron la orden como autoridades del punto. Bolívar en compañía de Montilla y Chatillón, encargóse de ejecutarla personalmente. No se atrevían á prenderlo á la luz del día, porque el ex dictador aun contaba con amigos fieles, y sus antecedentes históricos y su desgracia, escudaban su persona, sagrada para todo americano. Por eso lo hacían cubiertos por las sombras de la noche. A las 4 de la mañana Bolívar empujó la puerta del aposento en que dormía profundamente el anciano general, bajo la fe de la amistad. Apoderóse de su espada y sus pistolas, y lo despertó bruscamente. «¿No es muy temprano?» preguntó la víctima. Pero al recibir la orden de levantarse y seguirlos, comprendió que había sido traicionado por los suyos. No dijo una palabra y siguió resignado á sus carceleros, quienes le condujeron al castillo de San Carlos. Mires se encargó de su custodia. Peña fué á dar cuenta del

hecho á Monteverde, portador de comunicaciones de Casas, para congraciarse con el vencedor.

Al día siguiente, el puerto de La Guayra estaba cerrado por orden de Monteverde, y Casas cañoneaba desde sus fuertes á las embarcaciones cargadas de emigrados que intentaban hacerse á la vela á favor de la brisa matinal, echando á pique una goleta, en que se dice perecieron algunos. Tres días después (2 de agosto), el jefe español, dueño de Caracas, expedía una proclama en que ratificaba la amnistía, al mismo tiempo que encerraba en un calabozo á los mismos que habían prendido á Miranda, menos á Casas y Peña, y á Bolívar, que se ocultó. Sucesivamente, todos los comprometidos en la revolución que habían confiado en las falaces promesas de Monteverde corrían la misma suerte. La capitulación fué rota, imponiéndose la dura ley del vencedor, brutalmente y sin atenuaciones. Formáronse arbitrariamente listas de sospechosos; los bienes de los proscriptos fueron embargados; los domicilios villanamente violados; las cárceles se llenaron de presos, hasta el número de mil y quinientos ciudadanos, muriendo algunos de ellos, hacinados y atormentados en los calabozos. La persecución iba acompañada por el escarnio y la rapiña. Los presos eran despojados de su dinero y alhajas, que se repartían los captores, y conducidos por las calles en bestias de albarda atados de pies y manos. Los Canarios, que tenían sangre que vengar, eran los agentes de estas persecuciones, constituídos en asociación espontánea, con el título de «fieles servidores de Fernando VII.»

Miranda, trasladado á los calabozos de Puerto Cabello, fué sometido á los más duros tratamientos, cargado de cadenas, insultado y atormentado por sus carceleros. Desde el fondo de su prisión, oyó por la última

vez la América la voz del precursor de su redención. Con motivo de la reinstalación de la real Audiencia de Caracas, el pueblo concibió algunas esperanzas de caridad, ya que no de justicia. El desgraciado cautivo se hizo el eco de estas esperanzas, en un memorial que dirigió al supremo tribunal, abogando valientemente á costa de su propia seguridad, por la suerte de sus compatriotas perseguidos. Nada pidió para sí, de nadie se quejó, ni siquiera hizo la más remota alusión á su prisión ejecutada por sus mismos amigos. «He »guardado el silencio más profundo, decía, sepultado »en estrecha y obscura prisión y oprimido con grillos; »he visto correr la propia suerte á un número consi»derable de personas de todas clases y condiciones, y »ante mis propios ojos se han presentado las escenas »más trágicas y funestas. Con inalterable sufrimiento »he sofocado los sentimientos de mi espíritu. Estoy »ya convencido de que por un efecto lamentable de la »más notoria infracción, los pueblos de Venezuela gi»men bajo el yugo de las más pesadas cadenas. Pa»rece es tiempo ya de que por el honor de la nación »española, por la salud de estas provincias y por el »crédito y responsabilidad que en ellas tengo empe»ñados, tome la pluma en el único momento que se »me ha permitido para reclamar ante la superior ju»dicatura del país estos sagrados incontestables dere»chos.»

Después de hacer Miranda una exposición de su conducta como generalísimo y dictador y de los móviles que le impulsaron á ajustar la paz, bosqueja con colores sombríos el cuadro del terrorismo implantado por Monteverde, que acentúa con estas palabras: «Yo »vi entonces repetirse con espanto en Venezuela las »mismas escenas de que mis ojos fueron testigos en »la Francia.» Y recordando que estos escándalos se

perpetraban al mismo tiempo que se promulgaba la constitución española, sancionada por las cortes de Cádiz, que debía ser «Iris de paz, áncora de libertad y escudo para todos», preguntaba con reconcentrada pasión y dolor al supremo tribunal á quien se dirigía: «¿El interés de la Península es por ventura sembrar »en la América y la metrópoli las ruinas de un odio »eterno y de una perpetua irreconciliación? ¿Es acaso »la destrucción de los naturales del país, de sus hoga»res, familias y propiedades? ¿Es á lo menos »obligarlos á vivir encorvados bajo de un yugo »mucho más pesado que el que arrastraban en »tiempo del favorito Godoy? ¿Es por último, que »esta augusta, esta santa constitución sea un lazo »tendido para encerrar á la buena fe y á la lealtad?» El mismo se contestaba: «La representación nacional »de España ha invitado con la paz á la América. Ca»racas, después de haberla estipulado, es tratada co»mo una plaza tomada por asalto en aquellos »tiempos bárbaros en que no se respetaba el derecho »de gentes. Venezuela es declarada de hecho proscrip»ta de las leyes constitutivas y condenada á una degra»dación civil y absoluta, y lejos de disfrutar la igual»dad que se le ofrece, es casi tenido por delito el haber »nacido en este continente.» Y terminaba: «La ca»pitulación ha sido pública y evidentemente violada. »La constitución ha sido infringida en uno de sus »principales fundamentos: la suerte de los ciudadanos »no está asegurada, y expuesta á todos los desastres »que dictan las pasiones tumultuarias, el estado ac»tual de estas provincias es la consecuencia de unos »principios tan viciosos y opresores. Yo reclamo el »imperio de la ley; invoco el juicio imparcial del mun»do entero; dirijo por la primera vez mis clamores »en defensa de los habitantes de Venezuela para que

»no se les trate como criminales. Así lo exige de se»guro mi propio honor, y lo enseña la sabia política, »lo prescribe la moral y lo dicta la razón.»

Este precursor de la emancipación de la América del Sur que así hablaba por la última vez, que tuvo la primitiva misión de los destinos del nuevo mundo republicano, y había sido entregado á sus verdugos por el adepto que debía realizar el pensamiento del Maestro, fué transportado á Cádiz, donde pasó tres años de doloroso cautiverio, y murió, solo y desnudo en la más triste miseria en las mazmorras de las Cuatro Torres, el 14 de julio de 1816, á la una y cinco minutos de la mañana, en vísperas del triunfo de la independencia americana, que soñó en vida. Su cadáver, envuelto por la inmunda ropa de cama en que expiró, fué sepultado en el fango de uno de los islotes de la Carraca de la playa gaditana, que la marea cubre ó abandona todos los días. «¡Gloria victus victor!».

Mientras las persecuciones contra las que reclamaba Miranda afligían á Venezuela, Bolívar permanecía oculto en Caracas, según antes se apuntó. En tal situación, solicitó por intermedio de un español amigo suyo y de Monteverde, un salvoconducto para ausentarse del país, acogiéndose así á la capitulación violada, que había calificado de traición. Su protector lo presentó á Monteverde: «Aquí está don Simón Bolí»var por quien he ofrecido mi garantía. Si á él le »toca alguna pena, yo la sufro.» Monteverde contestó: «Está bien.» Y volviéndose á su secretario: «Se con»cede pasaporte al señor (mirando á Bolívar), en re»compensa del servicio que ha prestado al rey con la »prisión de Miranda» (26 de agosto). Era la marca de fuego puesta por la mano brutal del vencedor. Según uno de sus biógrafos, Bolívar repuso que «había preso »á Miranda para castigar á un traidor y no por ser-

»vir al rey», palabras que no tienen sentido, pues si Miranda hubiese sido traidor, habría merecido favores y no martirios de parte de los verdugos á quien él contribuyó á entregarlo. Sea que las pronunciase ó no en aquella ocasión, la única interpretación que pueden dárselo, es la que el mismo Bolívar ha dado, al sostener hasta el fin de sus días—confidencialmente,—que su ánimo había sido fusilar á Miranda en la mañana siguiente, y no el entregarlo á sus enemigos, y que sin la oposición de Casas, lo habría ejecutado. La defensa es tan siniestra como tremenda la acusación. Los más grandes admiradores de Bolívar—incluso sus panegiristas,—jamás han pretendido excusar el hecho, que ha quedado como una sombra sobre la frente del libertador, que todas las luces de gloria no han podido disipar.

Así nació y sucumbió Venezuela, acabó Miranda y apareció Bolívar.

CAPITULO XXXVII

Revolución de Nueva Granada y Quito

1809-1813

Marcha regular de la revolución sudamericana.—Centros regionales de insurrección.—Las dos hegemonías emancipadoras de la América del Sur.—Primera revolución de Quito.—Sus enlaces con la revolución de Nueva Granada.—Revoluciones de Cartagena, Casanare, Pamplona y del Socorro.—Carácter complicado de la revolución neogranadina.—Revolución de Santa Fe de Bogotá.—Anarquía política.—Federalistas y unionistas.—Constitución republicano-monárquica de Cundinamarca.—Reaparición de Nariño.—Revolución interna de Santa Fe.—Nariño, dictador de Cundinamarca.—Acta de federación de las provincias de Nueva Granada.—Cartagena y Santa Marta declaran su independencia de la metrópoli.—El federalismo y unitarismo conspiran contra la organización nacional.—El congreso federal se traslada á Mariquita.—Sombra del gobierno parlamentario.—Geografía de la reacción realista en Nueva Granada.—Guerra entre Cartagena y Santa Marta.—La reacción en el Istmo de Panamá.—La reacción al sur de Nueva Granada.—Primer triunfo de la insurrección en Palacé.—Derrota de Tacón.—La guerra de Popayán contra Pasto y Patía.—Nueva revolución de Quito.—La guerra en Quito.—Quito declara su independencia.—Muerte de Ruiz de Castilla.—Campaña de Montes contra Quito.—Caída de la revolución quiteña.—Revolución interna de Nueva Granada.—Segunda guerra civil.—Situación política y militar de Nueva Granada á fines de 1812.—Los realistas de Quito invaden á Nueva Granada por el Sur.—Nariño es nombrado general de la Unión.—Campaña de Nariño sobre Pasto.—Derrota del ejército de la Unión.—Nariño prisionero.—Reaparición de Bolívar.—Su campaña en el Alto-Magdalena.—Segunda guerra de Cartagena y Santa Marta.—Bolívar concibe el proyecto de reconquistar á Venezuela.—Atraviesa los Andes.—Primera campaña de los valles de Cúcuta.—Memoria política y militar de Bolívar.—El Presidente Camilo Torres apoya el pensamiento de Bolívar.—Nueva Granada resuelve la reconquista de Venezuela.

I

Lo más notable en los movimientos concéntricos y excéntricos de la revolución hispanoamericana, es la regularidad de su marcha convergente y la simetría

de sus líneas generadoras. Podría ser una mera coincidencia que en 1809 se hiciesen sentir por la primera vez dos estremecimientos orgánicos y simultáneos en las extremidades del continente meridional—La Paz y Quito,—que parecerían indicar desde su origen una solidaridad de la masa viva. Podría ser otra coincidencia que en 1810 naciesen dos revoluciones gemelas en dos hemisferios—Buenos Aires y Caracas,—con idénticas formas, iguales propósitos, análogos objetivos y hasta con la misma doctrina política, como hijas de una madre común. Pero, cuando se observa que estos movimientos homólogos son espontáneos, que reconocen una misma causa, que tienden desde un principio á formar sistema y siguen por el espacio de quince años una dirección general en sus proyecciones iniciales, no es posible desconocer la existencia de una ley que la gobierna, y que la revolución sudamericana fué verdaderamente una revolución orgánica que tuvo su razón de ser. Y lo más notable aun en esta evolución uniforme es que, al insurreccionarse aislada y simultáneamente todas las colonias hispanoamericanas como movidas por un mismo resorte interno, se diseñan desde luego dos evoluciones concéntricas, que tienen sus núcleos regionales y un centro común que responden á un plan general de insurrección, determinando los dos teatros de la guerra continental, en que se mueven táctica y estratégicamente dos grandes masas que parcialmente se condensan y que recíprocamente se atraen.

Vese así claramente que las dos revoluciones simultáneas y gemelas que hemos señalado, se convierte cada una de ellas en centro de un sistema revolucionario, que en el orden internacional representan dos hegemonías emancipadoras, distintas en sus medios de acción, pero concurrentes en sus fines. Conocemos

ya cómo se formó en el sur el gran grupo internacional de las Provincias Unidas del Río de la Plata, Chile y Alto Perú, bajo la hegemonía argentina primero, y de la chilenoargentina después, con San Martín á su frente, y cómo su acción se extendió al Perú, penetrando en la región del norte. Va á verse ahora cómo se formó el grupo nacional del norte, que comprende á Venezuela, Nueva Granada y Quito, bajo la hegemonía colombiana acaudillada por Bolívar, y cómo se extendió á su vez hasta el Perú, operándose en un centro la conjunción de las dos grandes masas revolucionarias, animadas de una misma vitalidad. Entonces se verá que los movimientos de los dos extremos en su afocamiento responden á un sistema general de insurrección y son el producto de las idénticas causas que lo engendran. Las revoluciones del norte siguen la misma ley que las del sur en sus enlaces recíprocos y en sus agrupaciones respectivas.

La revolución de Quito en 1809 tuvo una sorda repercusión en Nueva Granada, conmovida ya profundamente por los sucesos de que era teatro la metrópoli. El virrey Antonio Amar, hombre sin cualidades de mando, que la gobernaba desde 1806 al tiempo de la expedición de Miranda, alarmado por tan ruidosa novedad, reunió una asamblea de corporaciones y notables para aconsejarse (9 de septiembre de 1809). Los americanos que la integraron, no sólo apoyaban la creación de la junta quiteña, sino que también pidieron un gobierno análogo en la capital de Santa Fe de Bogotá, que rigiese todo el virreinato. Los españoles, en contrario, opinaron por la disolución del gobierno revolucionario. Amar se decidió por este partido. En consecuencia, despachó una expedición de 300 hombres de línea, con órdenes de disolver la junta á viva fuerza. Al mismo tiempo, el virrey del Perú desprendía

desde Lima una columna de 800 hombres con el mismo encargo.

El nuevo gobierno de Quito, que había decretado la formación de tres batallones para sostener su autoridad, destacó hacia el norte dos compañías con tres cañones, para hacer frente á las tropas del virrey Amar, las que fueron completamente derrotadas por los habitantes armados de la provincia de Pasto, que desde entonces se pronunciaron decididamente por la causa del rey (16 de octubre de 1809). Este contraste amilanó á los revolucionarios. Aislados, atacados por dos fuerzas que no podían contrarrestar, pactaron con el depuesto capitán general Ruíz de Castilla devolverle el mando bajo la condición de una amnistía, la que se publicó solemnemente por bando. Reunidas en Quito las tropas expedicionarias de Nueva Granada y del Perú, empezaron las persecuciones contra los promotores de la revolución. Sometidos á juicio, fueron condenados á muerte unos y á presidio otros. Indignado el pueblo por esta violación de las capitulaciones, un pequeño grupo de hombres armados de cuchillos asaltó los cuarteles, y consiguió por un momento posesionarse de uno de ellos. Dominado este tumulto por la fuerza pública, la soldadesca—y especialmente la de Lima,—asesinó en la cárcel á casi todos los presos políticos, en número de veinticinco, y se lanzó á las calles matando bárbaramente como ochenta personas, entre ellas tres niños y tres mujeres. El vecindario se armó de palos y piedras para defender sus vidas. La carnicería se habría prolongado sin la interposición del obispo, que consiguió apaciguar los ánimos de uno y otro lado (2 de agosto de 1810).

La noticia de los asesinatos de Quito se difundió en todos los pueblos del virreinato, en momentos en que estallaba la revolución de Venezuela, ya relatada.

y prendía la primera chispa de la insurrección en Nueva Granada. Aterrado Ruíz de Castilla, convocó una junta de autoridades civiles y eclesiásticas y de notables de la ciudad. En ella se acordó, bajo la denominación de «Tratados», ajustados con intervención de la real audiencia, un indulto general, y el sobreseimiento en el proceso que se seguía á los revolucionarios sobrevivientes. Las tropas de Lima, que se habían acarreado el odio general, fueron despedidas y el pueblo volvió á entrar en sosiego (4 de agosto de 1810).

Al mismo tiempo que Quito se pacificaba, la Nueva Granada se conmovía de un extremo á otro. El virrey Amar había hecho reconocer y jurar el consejo de regencia, á tiempo que arribaban á Cartagena, en calidad de comisarios regios, D. Antonio Villavicencio y D. Carlos Montufar, ambos hijos de Quito, y ligados por lazos de parentesco y afinidades políticas con los revolucionarios. Hallaron éstos la ciudad cartaginesa en gran efervescencia á consecuencia de la revolución de Caracas. El pueblo, encabezado por el cabildo, pedía á gritos la instalación de una junta provincial. Resolvió al fin, con acuerdo del comisario regio, Villavicencio—que era el encargado de arreglar la cuestión de Nueva Granada,—que, de conformidad á una ley de Indias, violentamente interpretada, el gobernador de la provincia ejerciese la autoridad, conjuntamente con el cabildo, quien nombró por su parte dos diputados al efecto. La municipalidad quedó preponderante en el gobierno. No aviniéndose el gobernador con este nuevo orden de cosas, pretendió reaccionar; pero, depuesto por el cabildo apoyado por el pueblo, fué deportado á la Habana (11 de junio de 1810). Así quedó consumada en Nueva Granada la primera revolución, que, como se verá des

pués, entrañaba un principio de prematura desorganización.

Un levantamiento parcial en los llanos de Casanare respondió al movimiento de Cartagena. Dos jóvenes ardorosos, seguidos por algunos parciales, dieron el grito de insurrección al este de la cordillera oriental, y se apoderaron á viva fuerza de varios puntos. Atacados por tropas enviadas por el virrey, fueron aprisionados y condenados sumariamente á muerte. Sus cabezas fueron conducidas á la capital para ser fijadas en escarpias en los lugares públicos. La agitación popular fué tal, que los mandatarios, intimidados, mandaron enterrar furtivamente las cabezas. Casi simultáneamente, el corregidor de Pamplona fué depuesto por el cabildo, y se instaló una junta de gobierno (4 de julio de 1810). Pocos días después estallaba una verdadera revolución en la ciudad del Socorro, cuna de la formidable insurrección de los comuneros en 1781 (véase cap. I, párrafo VIII).

Para mantener el orden alterado por el levantamiento de Casanare y las agitaciones de Pamplona, habíanse acantonado dos compañías de línea y de milicia en el Socorro, las que, en un momento de falsa alarma, hicieron fuego sobre el pueblo, encabezado por la municipalidad. Reunidos como ocho mil ciudadanos, sitiaron á la tropa en su cuartel, y la rindieron después de un combate. El gobierno se depositó en el cabildo, adjuntándole ocho diputados elegidos por el pueblo, los que se constituyeron en junta. Su manifiesto de paz ó de guerra fué formulado en una enérgica solicitud á la audiencia, en la que, á la vez de protestar los revolucionarios sostener la nueva situación á todo trance, y declarar que al efecto se aunaban todos sus habitantes, pedían que, para evitar mayores males, se autorizase la formación

de juntas de gobierno, así en la capital como en las demás provincias (15 de junio de 1810). Cinco días después estallaba la revolución de Santa Fe de Bogotá, que sucesivamente se extendió por todas las provincias.

II

La revolución de la Nueva Granada es una de las más difíciles de caracterizar, por la complicación de sus evoluciones políticas en sus perturbaciones anárquicas, como consecuencia del orden administrativo de la colonia, de su estado social, de su constitución geográfica y de la índole de sus habitantes. Vaciada en el mismo molde municipal y popular de las que la precedieron en Sud América, con las mismas formas legales y los mismos objetivos inmediatos, mostró desde luego su carácter incoherente y civil, diseñándose muy tempranamente en ella dos tendencias opuestas y concurrentes: la autonomía elemental de las provincias y la centralización gubernamental, que envolvían los gérmenes de la unidad y de la federación. Estos dos principios existían latentes en el estado embrionario de la sociabilidad política, en los antecedentes históricos y en las leyes municipales, y puestos en actividad por la revolución, tenían necesariamente que intervenir como hechos preexistentes y elementos de organización y desorganización á la vez. Dentro de este círculo giraron todos sus movimientos. Estas mismas tendencias habíanse manifestado en el Río de la Plata con los mismos caracteres y por las mismas causas; en Chile con menos intensidad, y señaladamente en Venezuela; pero, confundidas en el movimiento general ó tomadas en cuenta en la organización constitucional, no paralizaron la marcha re-

volucionaria, si bien la enervaron. En Nueva Granada asumieron el carácter de fenómenos permanentes y fuerzas antagónicas, que inmovilizaron la revolución dentro de sus propios elementos, gastando en un roce estéril toda la energía que encerraban en sí. De aquí su debilidad militar y su fracaso en el primer ensayo constitucional.

Lo que propiamente se llamaba el nuevo reino de Granada al tiempo de estallar la revolución de 1810—sin incluir la presidencia de Quito,—contaba con una población de 1.600.000 habitantes. Estaba dividido en catorce ó quince provincias, enclavadas en las tres cadenas de los Andes ecuatoriales, entre dos mares, con marcados rasgos étnicos y geográficos. Cuatro de ellas eran litorales, en la prolongación de la Costa Firme, sobre el golfo de Méjico: Cartagena, Santa Marta, Río Hacha, Panamá y Veraguas. En la parte superior del gran valle de la Magdalena estaba la extensa provincia central de Santa Fe. En su promedio se encontraban los corregimientos de Tunja, Socorro y Pamplona, sobre las vertientes occidentales de la cordillera del este, con los llanos de Casanare y los valles de Cúcuta al oriente. Mariquita y Neiva hallábanse en las vertientes orientales de la cordillera del medio, sobre el río Magdalena, y aunque se consideraban como subdivisiones administrativas de Santa Fe, tenían la importancia de verdaderas provincias. En el Alto Cauca, al norte del nudo andino que determina los dos grandes valles de Nueva Granada—el Magdalena y el Cauca,—estaba enclavado Popayán comprendiendo los distritos de Pasto y Patía, limítrofes con Quito, y en el Bajo Cauca, la de Antioquía en contacto con las provincias del istmo. Sobre el litoral marítimo del Pacífico, paralelamente á los territorios de Popayán y Antioquía, se desarrollaba la región del Chocó, di-

vidida en dos provincias: Citará y Novitas. Las provincias de Quito eran cinco: la capital del mismo nombre en la montaña; Cuenca, Loja y Jaén en su vertiente occidental, limítrofes con el Perú, y Guayaquil sobre el mar del sur. Eran pues—sin tomar por ahora en cuenta á Quito,—tres sistemas geográficos marcados, ocupados por razas diversas y con diversas costumbres, ligados por un plan de centralización política y subdivididos en administraciones municipales autonómicas, que, si bien funcionaban con cierta regularidad bajo la dirección centralista de la metrópoli, encerraban en sí los gérmenes de la federación y de la disgregación, á la par de los antecedentes del unitarismo gubernativo.

Santa Fe de Bogotá, capital del virreinato, y la más importante de las provincias, donde se había afocado la raza criolla en toda su pureza y con mayor energía, representaba en Nueva Granada el mismo papel complejo que Buenos Aires en el Río de la Plata. Como metrópoli colonial continuaba la tradición centralista histórica y tendía á la unidad gubernamental. Como provincia autonómica, centro de un particularismo coherente, podía ser, ó el núcleo de una nación unitaria, ó una unidad típica en un régimen federativo. Menos feliz, ó con menos poder de atracción que Buenos Aires, no fué ni lo uno ni lo otro, aunque repitiendo sus mismas peripecias; y sí sólo el punto donde se chocaron las dos tendencias y el campo en que se trabó la discusión y la lucha, que dió por resultado final el anonadamiento de ambas. Pero lo singular en este movimiento complejo, es que son los pensadores, divididos por opiniones abstractas, los que le imprimen carácter y lo impulsan; son los congresos los que llevan la palabra, y los que, juntamente con las municipalidades autonómicas, dirigen los ejércitos,

que aparecen en el segundo plano, siendo sus generales hombres civiles, que se arman de la espada para sostener sus ideas.

Era la Nueva Granada, al tiempo de estallar la revolución, «una civilización mestiza, con elementos de »semibarbarie, según la ha definido un escritor neo»granadino, en que todas las razas del globo se habían »dado cita para mezclar su sangre, sus tradiciones, »sus fuerzas y caracteres, y concurrían simultáneamen»te á la obra de la civilización.» Pero la raza blanca, ó la criolla, factor principal de la revolución, como instinto, como fuerza y como idea encarnada, prevalecía sobre las razas mixtas. Para 313.000 indígenas, 140.000 pardos y 70.000 negros esclavos, había 877.000 blancos que, no sólo los superaban por su número y su inteligencia, sino que además estaban condensados en los centros de la civilización, donde residía la potencia gubernamental á que se subordinaba la fuerza bruta. De aquí el carácter civil de la revolución; pero, desgraciadamente, de aquí también su dispersión de fuerzas y su debilidad orgánica en la lucha por la independencia, que requería unidad de ideas y fuerzas compactas. Si á todo esto se agregan la disidencia profunda de los directores de la revolución en principios fundamentales de gobierno y las aspiraciones excéntricas ó concéntricas de las provincias llamadas á una nueva vida autonómica, las rivalidades del litoral contra la capital y de las localidades según su situación geográfica, que determinaban otras tantas acciones y reacciones, y por último, el predominio y el aislamiento de la capital por consecuencia de estas complicadas emergencias, se tendrá en compendio la síntesis de la revolución neogranadina, que explica la desorganización de su primera república y da la clave de los sucesos que vamos á narrar.

III

Todo estaba preparado en Bogotá para una revolución. Era una mina cargada. Los patriotas, bien dirigidos y apoyados por la opinión criolla, habían hecho varias tentativas para realizarla, pero sin resultados hasta entonces. La noticia de la revolución de Venezuela, á que se siguieron los movimientos de Cartagena, Casanare, Pamplona y el Socorro, y sobre todo, el arribo de los comisarios regios, Villavicencio y Montufar, cuyas buenas disposiciones en favor de los americanos despertaron nuevas esperanzas, les decidieron á dar el grito de insurrección en el mismo día de la llegada de éstos á la capital. La agitación era tan grande, que un incidente imprevisto la precipitó antes de la hora prefijada. El 20 de julio (1810) por la mañana, un español profirió algunas palabras en menosprecio de los americanos. Esta fué la chispa que produjo el incendio. El pueblo se levantó en masa, se agolpó á la plaza, pidió un cabildo abierto y una junta de gobierno, apoyado en su exigencia por la municipalidad. Como el virrey se negase á la petición intimada por dos diputaciones de vecinos, el pueblo mandó tocar á rebato en todas las iglesias, y seis á siete mil hombres armados se reunieron al pie de las casas consistoriales para sostener la actitud del cabildo. La noche se acercaba, la fermentación crecía, el virrey contaba con 1.000 hombres de tropa, que permanecían fieles, y se temía de un momento á otro un conflicto. El virrey, intimidado, cedió al fin, y autorizó la reunión de un cabildo extraordinario.

La sesión del cabildo popular se abrió á las seis de la tarde en la sala del ayuntamiento, bajo la presidencia de un oidor. Siguióse un debate borrascoso,

en que se distinguió por su varonil elocuencia el doctor Camilo Torres, hombre de gran carácter y poderosa inteligencia, destinado á representar un notable papel en la nueva república. Los patriotas exigían la formación inmediata de una junta de gobierno, nombrada por ellos. Los españoles resistían, y procuraban ganar tiempo. Uno de los oradores populares de la asamblea declaró traidor al que se moviera de su puesto antes de instalarse la junta. Así se decidió. Comunicado este acuerdo al pueblo por un regidor, que salió á los balcones á proclamarlo, fué saludado con grandes aclamaciones. El virrey, que por su prudencia se había captado la benevolencia general, fué nombrado presidente nominal de la junta, que se instaló á las 3 de la mañana del día 21 de julio de 1810.

En el acta en que se formuló el programa de la revolución se declaraba: que la junta investiría el carácter de gobierno general, para velar por la seguridad de la Nueva Granada y formar la constitución, mientras se pedían diputados á las provincias, sobre la base de la libertad é independencia respectiva de ellas ligadas por un vínculo federativo, cuya representación debía residir en la capital del virreinato, con mandato de no abdicar los derechos imprescriptibles de la soberanía del pueblo en otra persona que en la del rey Fernando VII, siempre que éste fuese á reinar entre ellos, reconociéndose empero sujeto á la junta de regencia, con arreglo á la constitución que se diese, ínterin existiera aquélla en la península. Con propósitos radicales en el fondo, era en la forma una transacción con el antiguo régimen, un acomodamiento provisional con el gobierno de la metrópoli y una concesión al espíritu federativo de las provincias, manteniendo de hecho la unidad del reino.

La junta empuñó con mano incierta las riendas del

gobierno. Mal compuesta, colocada en una situación equívoca bajo la presidencia del virrey y el reconocimiento de sujeción á la regencia española, y dominada por la multitud movida por demagogos exaltados, careció en los primeros días de unidad de acción y pensamiento, y fué el instrumento pasivo de las exigencias de lo que se llamaba pueblo soberano que continuaba gobernando á gritos desde la plaza pública. Al fin, el virrey fué depuesto, como debió serlo desde el primer momento; se anuló el juramento de obediencia prestado á la regencia española, y declaróse que la junta continuaría mandando á nombre del rey durante su cautiverio, manteniendo el vínculo de unión con la nación española, aunque sin depender de los gobiernos y autoridades de la península. Dos días después de este acuerdo arribaban á Santa Fe los comisarios regios Villavicencio y Montufar, que sancionaron tácitamente lo hecho. Montufar, cuya comisión era especial para Quito, continuó su viaje, y luego le veremos reaparecer representado el papel de revolucionario activo.

IV

La anarquía y la reacción no se hicieron esperar. Los antagonismos comprimidos por el centralismo colonial; las autonomías locales exageradas por la revolución; las disidencias profundas, teóricas y prácticas, de los pensadores llamados á dar forma y dirección al movimiento; los intereses encontrados de americanos y españoles; los instintos de las masas que se agrupaban según su distribución geográfica bajo las banderas opuestas, hicieron su aparición en la escena y determinaron las complicaciones políticas y las luchas civiles de que la Nueva Granada fué teatro, gas-

tando estérilmente sus fuerzas, sin llegar pór entonces á ningún resultado.

La junta de Santa Fe, consecuente con su programa, dirigió á las provincias una circular, llena de prudencia y moderación, invitándolas á reunirse en congreso. Sin pretender la supremacía que de hecho y por necesidad estaba depositada en sus manos, se daba el simple carácter de provisional al solo efecto de mantener la unidad política y administrativa, reconociendo que debía ser subrogada por la autoridad que nombrasen los pueblos de común acuerdo. Dejaba á las provincias la libertad de dictar la regla para la elección de sus diputados. Protestaba renunciar á toda coacción para promover la unión, y terminaba: «La »capital se anticipa á precaver la desunión y la guerra »civil. Si alguna de las provincias intentase substraer»se á la liga general, tranquilos en la santidad de nues»tros principios y firmes en nuestra resolución, la »abandonaremos á su suerte, y las consecuencias de »la desunión serán imputables á quien la promovió.» Desgraciadamente, este plan de organización rudimental quedaría tan sólo consignado en el papel: la capital conviviría en definitiva á la desunión, tanto como las mismas provincias.

Casi todas las provincias del reino siguieron el ejemplo de Bogotá, instituyendo juntas de gobierno, y uniformaron en este sentido su política revolucionaria con ella. No así en el orden político. La mayor parte de ellas se manifestaron dispuestas á enviar sus diputados á Santa Fe, al reconocer dependencia; pero otras pretendieron erigirse en entidades supremas ó republiquetas aisladas, y se resistieron á reunirse en congreso unionista. Cartagena, desligada del sistema geográfico del interior del país, que por su importancia comercial y su poder militar aspiraba á figurar co-

mo cabeza, fué la primera en dar la señal de la disgregación, rompiendo la tradición histórica. La junta cartaginesa, declarándose soberana é independiente, impugnó la convocatoria bogotana en un manifiesto, pronunciándose contra la institución de una junta central, que calificó de «gobierno monstruoso» á la vez que proclamaba la excelencia del sistema federal. En consecuencia, invitaba por sí á las provincias á reunirse en congreso con arreglo á esta base fundamental en Medellín, pueblo central del valle de Magdalena, nombrando un diputado por cada cincuenta mil almas, al que dejaba la decisión del reconocimiento ó desconocimiento de la regencia de España, que por su parte continuaría reconociendo como lo había jurado (19 de septiembre de 1810). Sólo Antioquía respondió á la invitación de Cartagena; pero bastó esta disidencia para paralizar la reunión del congreso neogranadino promovido por Bogotá, y retardar la formación de un gobierno general, que era la necesidad suprema del momento.

Varias tentativas patrióticas se hicieron para organizar al menos un núcleo de congreso, pero todas abortaron. En la primera de ellas los diputados de sólo cinco provincias, reunidos en Bogotá, pretendieron reasumir el poder supremo en todas las ramas, dirigir la fuerza armada y centralizar la autoridad. La junta de Santa Fe le negó obediencia, y esta sombra de representación nacional desapareció. Así se formó un partido federal y separatista en el mismo centro unionista (fines de 1810). Los directores de la revolución, que habían establecido su base de operaciones en Bogotá, observando que todas las provincias concentraban su administración interior, y que la opinión estaba pronunciada por el sistema federativo, se decidieron á organizar la provincia de Santa Fe, que abra-

zaba la jurisdicción de la capital bajo la forma de estado federal, y crear la unidad que debía servir de tipo al conjunto. Reunida al efecto una asamblea popular con la denominación de «Colegio constituyente», en que figuraban los hombres más distinguidos de la Nueva Granada, y tomando por modelo la constitución de los Estados Unidos, crearon una república monárquica, bajo la denominación de «Estado de Cundinamarca», que era la que la provincia había tenido antiguamente. Según su constitución, se reconocía por rey á Fernando VII, quien sería admitido á ejercer el poder, toda vez que se trasladara al país. El poder legislativo se confiaba á una cámara popular y á un senado conservador. Durante el cautiverio del rey, el poder ejecutivo sería desempeñado por un presidente y dos consejeros. Fué elegido para desempeñar el puesto de presidente de Cundinamarca el Dr. Jorge Tadeo Lozano, un sabio, de ideas adelantadas en política, aunque sin el temple de carácter que requerían las circunstancias (abril de 1811).

El presidente Lozano, animado de propósitos conciliadores, propuso á las provincias un nuevo plan de organización nacional, sobre la base de la formación de cuatro grandes departamentos que se agruparían por zonas geográficas, teniendo cada uno de ellos un río navegable, de manera que, en igualdad de condiciones, tuvieran todos y cada uno los suficientes medios y recursos para bastarse á sí mismos en su régimen interior (mayo de 1811). Este pensamiento, teóricamente bueno, fué un nuevo obstáculo para la instalación del proyectado congreso. Los diputados de ocho provincias—incluso las de Cartagena y Antioquía, antes disidentes,—al reunirse en Bogotá, se encontraron con la doble novedad de la organización parcial de Cundinamarca y el nuevo proyecto. La proposición de

Lozano no tuvo empero ulterioridad, y fué desechada por las provincias, declarando que «no tenían autori»dad para hacer una variación tan substancial en el »sistema adoptado, que pertenecía á los pueblos, y que »sólo el congreso general podía decidir la cuestión.» Coincidió con este plan otro análogo en más vasta escala, que encerraba el bosquejo de la futura república de Colombia. El famoso tribuno de la revolución de Caracas, Cortés Madariaga, había sido enviado por el gobierno de Venezuela cerca del de Nueva Granada, con el objeto de celebrar una alianza ofensiva y defensiva. En vez de esto, ajustóse un tratado de confederación, en que ambos estados se garantían mutuamente su integridad territorial y su seguridad, formando Cundinamarca y Venezuela dos grandes departamentos de ella, que admitirían á los demás en calidad de coestados con igualdad de derechos y representación, fijándose la capital de común acuerdo en un punto céntrico. Este proyecto tampoco tuvo efecto. Venezuela se constituyó federalmente, según se ha visto, como república soberana é independiente, y Nueva Granada siguió como antes.

V

Pensóse entonces seriamente en llevar adelante el propósito de reunir el congreso nacional, que todos los pueblos anhelaban, fatigados por la anarquía y por el absolutismo sin ley ni regla de sus juntas locales. Lozano, siempre conciliador, sin insistir en su plan departamental, se puso decididamente al frente de este movimiento patriótico, y el congreso abrió sus sesiones preparatorias, protegido por su autoridad. Fué precisamente éste el momento en que la anarquía hizo crisis. Su agente principal fué Antonio Nariño, el

primer propagador de los derechos del hombre en Sud América y uno de los precursores de su emancipación á la par de Miranda, á consecuencia de lo cual había sufrido largas prisiones y destierros. Restituído á la patria, considerábase como el patriarca de la revolución, y redactaba á la sazón un periódico en Bogotá, con la pasión de tribuno y el talento de escritor que siempre lo distinguió, y que el pueblo leía con avidez. Hombre de un fogoso patriotismo nativo, aunque moderado en la acción; poseído de ambición flotante, manso en cuanto á los medios, pero sin escrúpulos legales para alcanzar sus fines, era en teoría un secretario intransigente en materia de organización de gobierno, que sacrificaba lo relativo á lo absoluto. Agitador por temperamento, convirtió sus ideas abstractas y de aplicación en elementos de disociación política y guerra civil. Adversario del sistema federal, pensaba seriamente, aunque sin tomar en cuenta la opinión de los pueblos, que lo único que podía dar consistencia y vigor á la revolución, era el centralismo gubernativo. Por una contradicción, que estaba en su naturaleza y en la influencia de su teatro de acción, al mismo tiempo que se presentaba como el apóstol de la unión nacional, se constituía en campeón del localismo de la provincia de Santa Fe. La capital era el núcleo en torno del cual pretendía organizar la república, según su plan de agregación ó de absorción y supremacía metropolitana, que repugnaba así al patriotismo como al federalismo.

Los escritos de Nariño en oposición á la política constitucional del congreso, las rivalidades que se despertaban entre Santa Fe y las demás provincias, y las noticias alarmantes que les servían de corolario pintando á la Nueva Granada al borde de un abismo por falta de un vigoroso poder central, pusieron en conmo-

ción la ciudad de Bogotá. La plebe, entre la cual era muy popular Nariño, movida por sus parciales, pidió tumultuariamente medidas prontas y enérgicas para salvar la patria en peligro. Bajo la presión de la multitud, reuniéronse los miembros de los tres poderes, y se pronunciaron violentamente contra la administración del presidente Lozano, á quien obligaron á renunciar. Nariño fué elegido en su lugar, pero aceptó bajo condición expresa de que se suspendiesen los artículos de la constitución que le impedían obrar con la fuerza y energía necesarias. Así se hizo, y Nariño quedó constituído en dictador de Cundinamarca (19 de septiembre de 1811).

El congreso nacional continuó sus sesiones preparatorias, y al constituirse en convención con los diputados de siete provincias, dió comienzo á su tarea constituyente. Después de maduras y tranquilas discusiones, resolvió adoptar el sistema federativo, bajo la denominación de «Provincias Unidas de la Nueva Granada», tomando por tipo el acta de confederación de los Estados Unidos en 1776. La forma que se dió á esta deliberación fué la de un pacto constitutivo de las provincias representadas sujeto á su ratificación, invitando á las demás á adherirse á él, que fué formulado por la pluma magistral de Camilo Torres. Los diputados de Santa Fe y de Chocó, obedeciendo á las sugestiones de Nariño, le negaron su aprobación, y declararon que sólo el sistema unitario podía salvar la revolución. Subscribiéndose solamente los diputados de Antioquía, Cartagena, Neiva, Pamplona y Tunja (27 de noviembre de 1811).

El federalismo triunfaba en la discusión, y era un hecho que estaba en los instintos; pero era otro hecho la anarquía, que conspiraba á la vez contra el federalismo y el unitarismo obstando á toda organiza-

ción nacional compacta. Al mismo tiempo que se cele braba el pacto federativo, la provincia de Santa Fe declaraba que sólo entraría en la federación, reservándose las rentas que debían ser nacionales, y cuando formaran parte integrante de ellas los corregimientos de Tunja, Pamplona, Socorro, Mariquita y Neiva, que eran precisamente los que con el carácter de provincias habían subscripto el acta de unión. Cartagena, que hasta entonces reconocía el consejo de regencia de España, y después de promover la reunión de un congreso disidente había concurrido al congreso, declaró su independencia absoluta de la España, y dióse una constitución republicana como estado soberano (11 de noviembre de 1811). Casanare, Tunja y Pamplona, trataron de unirse á la confederación venezolana. El congreso, coartado en Bogotá, y luchando con las resistencias que le oponía Nariño, se vió forzado á trasladar el sitio de sus deliberaciones al pequeño pueblo de Ibagué, en la provincia de Mariquita. Allí constituyó una sombra de gobierno parlamentario, á la manera del de los Estados Unidos en la primera época de la guerra por su independencia, pero sin autoridad real ni moral, y sin un Wáshington que diese cohesión á sus elementos dispersos.

VI

La reacción realista en Nueva Granada siguió el mismo movimiento que en Venezuela: desalojada del centro, se afocó en los extremos y en la parte occidental del país, para converger simultáneamente sobre el centro. Al sur de Santa Fe se organizó militarmente en el valle del Alto Cauca, en Popayán, con los distritos de Pasto y Patía á su retaguardia y la costa de Chocó

sobre su flanco por punto de apoyo, y Quito por base de operaciones, con Guayaquil como puerto en el Pacífico. Al norte, sobre el litoral marítimo del golfo de Méjico, operóse el mismo movimiento de Costa Firme en Venezuela, con las Antillas españolas por base. Mientras la plaza fuerte de Cartagena en Nueva Granada, como Puerto-Cabello en Venezuela, se pronunciaba por la revolución, Santa Marta reaccionó decididamente, y se convirtió, como Coro, en cuartel general de los realistas, en comunicación con Maracaibo, al este de la cordillera oriental. Las provincias del istmo de Panamá, apoyadas en la plaza fuerte de Portobelo, dominaban el golfo de Darien y el bajo Cauca, en comunicación con las Antillas y la costa del Chocó. De este modo, la reacción realista dueña de las costas del Atlántico y del Pacífico, envolvía la revolución neogranadina, por el sur, el norte y el occidente, y Cartagena quedaba amagada por sus dos flancos sobre el Magdalena y por su frente marítimo.

Santa Marta, situada como Cartagena en las bocas del Magdalena, que al principio había formado su junta de gobierno como las demás provincias, hizo su contrarrevolución apoyada por los españoles europeos, y especialmente por los catalanes preponderantes allí (diciembre de 1810). Río Hacha siguió su ejemplo. Para sostener su actitud, levantó un cuerpo de tropas de voluntarios españoles, y se fortificó en varios puntos sobre la margen derecha del Magdalena, interceptando el comercio de Cartagena con las provincias del interior, y extendió su línea militar desde la orilla del mar hasta Ocaña en los límites de Pamplona, en las vertientes de la cordillera oriental. Todos los realistas del virreinato, así americanos como europeos, acudieron á Santa Marta como punto de reunión, la que, reforzada desde Cuba con un batallón español de línea

(el Albuera) y tres buques de guerra, organizó un cuerpo de ejército de 1.500 hombres decididos, enrolando bajo su bandera las milicias del país (año de 1811). Cartagena dirigió una expedición fluvial con tropas de desembarco, á fin de apoderarse de la villa de Tenerife, situada en el punto medio de la línea enemiga. Fué completamente batida por los realistas, que echaron á pique gran parte de su escuadrilla sutil, apresando el resto (marzo de 1812).

La convención constituyente de Cartagena, para hacer frente á los peligros de la situación, nombró dictador al Dr. Manuel Rodríguez Torices, joven de 24 años, inteligente, activo y resuelto, pero inexperto y desprovisto de prudencia. Los de Santa Marta, por su parte, alentados por la victoria, tomaron la ofensiva y atravesaron el Magdalena, dominando las sabanas centrales del valle. Cartagena quedó aislada. El dictador Torices confió el mando de las tropas de la república á un aventurero francés llamado Pedro Labatut, hombre de empresa, pero duro y codicioso. Labatut, con una pequeña flotilla de lanchas cañoneras y una columna ligera, atacó sucesivamente las posiciones realistas tomándolas por asalto con toda su artillería, y se posesionó de la navegación del bajo Magdalena (noviembre de 1812). Después de destruir las fuerzas sutiles del enemigo, salió á la mar, y ocupó sin resistencia la capital de Santa Marta, evacuada por los defensores que se refugiaron en Portobelo (enero de 1813).

Por la parte del istmo la reacción se había establecido sólidamente en las provincias de Veraguas y Panamá, fieles á la causa del rey, y sostenidas por Méjico y la Habana. Su situación se vigorizó con la llegada de un nuevo virrey de Nueva Granada, nombrado por la regencia de Cádiz que fué don José Domingo

Pérez, quien la trajo algunos elementos de guerra, con que auxilió á los de Santa Marta, y estableció el asiento de su gobierno en Portobelo. Las provincias neogranadinas, insurreccionadas, desconocieron su autoridad. Esto sucedía al mismo tiempo que la revolución venezolana sucumbía, y la reacción cerraba el círculo en contorno del virreinato (principios de 1813).

VII

Por la parte del sur la guerra se había encendido también entre patriotas y realistas, con los elementos del mismo país. Al tiempo de estallar la revolución, era gobernador de Popayán el coronel Miguel Tacón, que reunía á un carácter enérgico, bastante inteligencia y larga experiencia en la guerra. Sostenido por una parte de la opinión de la provincia y contando con la decisión de los habitantes semibárbaros de Pasto y Patía, se opuso decididamente al establecimiento de una junta patriótica, que los cabildos promovieron de acuerdo con la revolución de Santa Fe. El regidor Joaquín Caicedo, se puso al frente de los cabildos, formó una confederación de los pueblos del valle del alto Cauca, y reunió los diputados en el pueblo de Cali, donde se estableció la junta revolucionaria de gobierno. El gobernador mandó disolverla con tropa armada, declarándola rebelde al rey. Los confederados del valle levantaron tropas para resistirse y pidieron auxilios á Santa Fe, de donde salieron 300 hombres al mando del coronel Antonio Baraya, con lo que se formó un ejército de 1.100 hombres, compuesto en su mayor parte de indígenas armados de lanzas. Tacón formó otro ejército de 1.500 hombres, y se situó sobre el puente del río Palacé, entre Popayán y Cali. Baraya lo atacó en sus posiciones con las tropas confede-

radas, y después de una obstinada pelea, lo obligó á retirarse en desorden sobre el Cauca, dejando en el campo setenta muertos y treinta prisioneros (28 de marzo de 1811). Esta fué la primera victoria de la insurrección neogranadina. El jefe realista se replegó á Pasto con 700 hombres bien armados, donde se hizo fuerte en las gargantas que comunican á Quito con la Nueva Granada. Por este tiempo, había estallado de nuevo la revolución en Quito, de la que nos ocuparemos después, continuando por ahora con las operaciones de la guerra del sur.

Dueño Tacón de las provincias de Pasto y Patía, cuyas poblaciones sublevó en masa, abrió hostilidades sobre Quito al frente de una columna de 600 hombres. El nuevo gobierno de Quito salió á su encuentro con 800 reclutas, al mando de don Pedro Montufar, quien, después de un ligero combate, se estableció en un punto fuerte, y abrió comunicaciones con Popayán para obrar en combinación con sus fuerzas. Tacón, colocado entre dos fuegos, intentó cubrir su retaguardia amagada. Las tropas patriotas de Popayán, al mando de Baraya y el regidor Caicedo, avanzaron resueltamente y dominaron á Patía. Tacón, desamparado por los suyos, emprendió con sus restos su retirada hacia la costa del Chocó, y se posesionó del distrito de Barbacoas y de la isla de Chumaco, donde, auxiliado desde Guayaquil, organizó una división de 200 hombres, protegida por una escuadrilla de dos goletas y una lancha con algunas embarcaciones menores. Los patriotas de Popayán desprendieron una pequeña columna al mando del capitán José Ignacio Rodríguez, quien atacó decididamente á los realistas, dirigiendo personalmente una flotilla de canoas, sostenida por su tropa emboscada en los manglares de la playa. Tacón fué derrotado en las aguas y en tie-

rra, con pérdida del bergantín y de la cañonera, y avergonzado de ser batido con canoas por fuerzas menores, se retiró al Perú, donde figuró en la guerra con distinción, aunque señalándose por su crueldad con los independientes.

Mientras tanto, la división de quiteños, mandada por Pedro Montufar, atravesó el río Guáitara, atacó á los pastusos en las márgenes del río Blanco y los dispersó completamente, entrando triunfante en su capital, que encontró casi totalmente abandonada por sus habitantes. Caicedo, al frente de una columna de 600 hombres de Cauca, ocupó á su vez la ciudad de Pasto. Las tropas quiteñas se retiraron á su territorio. De este modo se abrieron las comunicaciones interceptadas entre Quito y Nueva Granada, y toda la provincia de Popayán quedó sometida á la ley de la revolución.

Aprovechándose los patianos de la dispersión de las tropas patriotas, volvieron á insurreccionarse desde Popayán hasta el río Juanambú, cometiendo horribles asesinatos, estimulados por frailes fanáticos, que predicaban el incendio de las habitaciones y el degüello de los revolucionarios herejes. Al frente de un ejército de 1.500 hombres atacaron á Popayán, y aunque fueron rechazados en el primer asalto, consiguieron sitiar la ciudad, cortando la retirada á sus defensores. Hallábase por acaso allí un joven norteamericano llamado Alejandro Macaulay, quien, al observar los movimientos de los sitiadores, y que sólo estaban armados de lanzas, propuso una salida nocturna con 400 fusileros, á cuyo frente se puso él mismo. Los patianos fueron sorprendidos y derrotados, viéndose obligados á emprender la retirada en desorden (abril 27 de 1811). La junta de Popayán desprendió en su persecución una columna de 600 hombres, y

para vengar los asesinatos cometidos por los patianos, hizo fusilar á un cura que cayó prisionero, hecho que provocó nuevas y sangrientas represalias.

Los patianos, derrotados, se rehicieron, y marcharon aceleradamente sobre Pasto en número de 200 hombres, con un obús sin cureña. Pusieron sitio á la ciudad, defendida por 436 fusileros de la expedición de Caicedo que la había ocupado, según antes se dijo. Reforzados por los pastusos, dieron el asalto, y cada casa se convirtió en una fortaleza contra los sitiados, que se vieron obligados á capitular, quedando prisioneros. La columna de Popayán, salida en persecución de los patianos, al mando de Macaulay, marchó en auxilio de Caicedo, pero llegó cuando éste se había rendido. Empero, consiguió rescatar á los capitulados por medio de un convenio. Sabedor Macaulay de que una expedición de Quito marchaba sobre Pasto, determinó atravesar el Guáitara para incorporarse á ella, y al efecto emprendió una marcha nocturna. Sentido por los pastusos, fué atacado en Catambuco (12 de agosto de 1811), triunfando en el campo los de Popayán, pero quedaron impotentes para tomar la ofensiva. Al día siguiente celebróse un convenio verbal entre los beligerantes, en virtud del cual quedaba restablecida de hecho la paz. Aprovechándose de la tregua, los pastusos sorprendieron traidoramente el campo de Macaulay, mataron como 200 hombres y tomaron como 400 prisioneros, entre ellos, Caicedo y Macaulay. La expedición de Quito, después de obtener algunos triunfos efímeros, regresó á la capital, á la sazón amagada al sur por las tropas realistas del Perú y Guayaquil. Así volvió á quedar aislada la revolución de Quito y organizada y triunfante la Vendée neogranadina de Pasto y Patía. Volvamos ahora á Quito, de nuevo revolucionado.

VIII

Dijimos antes que el comisario regio Carlos Montufar había continuado su viaje al sur en desempeño de su misión, después de sancionar con su colega Villavicencio la revolución de Bogotá. Montufar fué recibido con gran entusiasmo por el pueblo quiteño, y se hizo el árbitro de la situación. Bajo sus auspicios formóse pacíficamente una junta de gobierno, con Ruiz de Castilla por presidente, y de la que él formó parte como vocal nato, debiendo integrarla un diputado por cada cabildo (19 de septiembre de 1810). Esta transacción fué aprobada por un cabildo abierto, acordóse al mismo tiempo continuar reconociendo al consejo de regencia, mientras funcionara en un punto de la metrópoli libre de enemigos. Sólo en la jurisdicción de la capital fué jurado el nuevo gobierno. Las provincias meridionales de Cuenca, Loja y Guayaquil, dominadas por el virrey del Perú, desconocieron su autoridad. La junta formó un ejército de 2.000 hombres para someterlas á la obediencia, y confió su mando á Montufar, que estableció su cuartel general en Ambato, cubriendo los desfiladeros de la gran cordillera de Chimborazo y del Pichincha. La primera sangre que corrió en esta guerra en perspectiva manchó la bandera revolucionaria. Uno de los oidores y el administrador de correos de Quito, acérrimos realistas, comprometidos en las matanzas y procesos que habían exaltado al pueblo, intentaron huir por el Amazonas. Traídos á la capital, la plebe de los suburbios, compuesta en casi su totalidad de indígenas, se amotinó, los mató á palos y arrastró sus cadáveres hasta el pretil de la casa de gobierno, pretendiendo hacer lo

mismo con el presidente Ruíz de Castilla. La reacción mientras tanto se organizaba militarmente en el sur y oeste.

Poco después de instalada la junta de Quito, llegaba á Guayaquil el jefe de la escuadra Joaquín Molina, nombrado presidente y capitán general en reemplazo de Ruíz de Castilla. Auxiliado por el virrey Abascal, reunió un ejército no menos fuerte que el de la junta, y cubrió con él las provincias amenazadas. Montufar, para ganar tiempo á fin de dar alguna consistencia á sus tropas colecticias, abrió negociaciones con el enemigo, quien, por su parte, poco confiado en las suyas, aceptó la invitación pacífica, que no dió ningún resultado. Rotas de nuevo las hostilidades, la campaña se redujo á pequeños encuentros y avances y retrocesos alternativos, quedando los beligerantes en las mismas posiciones. Por este tiempo se abrían las comunicaciones entre Quito y Nueva Granada, con la fuga de Tacón y la derrota de los patianos y pastusos.

La junta de Quito, que sucesivamente había reconocido á la regencia y á las cortes españolas reunidas en Cádiz, y depuesto á su presidente nominal Ruíz de Castilla, convocó un congreso y proclamó su independencia absoluta de la España (11 de diciembre de 1811). El populacho, cada vez más embravecido, extrajo al ex presidente Ruíz de un convento en que se hallaba retirado, y como pretendiera resistirse, fué herido mortalmente á puñaladas. La discordia se introdujo en las filas de los revolucionarios. Mientras tanto, los realistas avanzaban de nuevo por el oeste. Nombrado presidente de Quito el mariscal Toribio Montes, soldado de ímpetu y general entendido, abrió de nuevo la campaña al frente de 2.000 hombres, y batió al ejército quiteño en Mocha, pasando á cuchillo

á todos los vencidos para infundir espanto (2 de septiembre de 1812).

El general quiteño Carlos Montufar, con un nuevo ejército, se fortificó en las posiciones inaccesibles de Jalupana, profunda quebrada de costados perpendiculares y cruzada por torrentes, que cubría el camino preciso de la capital, y fué coronada con artillería. Montes, por medio de una hábil y atrevida marcha de flanco, guiado por un práctico del país, tomó la ruta del pie de la cordillera occidental, de manera de envolver la izquierda patriota, evitando las fortificaciones. A la altura del nudo andino de Chisinche, que limita la meseta de Quito por el sur, trepó la montaña, y con los gigantescos picos del Chimborazo y del Cotopaxi á la vista, marchó durante nueve días por entre páramos y precipicios. Orilló el cráter del volcán de Ninahuilca, contorneó el cerro nevado de Corazón, y amagando la retaguardia del enemigo, lo obligó á replegarse sobre la capital, ocupando él los altos de Belén, al pie del Pichincha.

Reconcentrados los independientes en la capital en número de seis mil hombres, se fortificaron con mucha artillería, ocupando todas las alturas del circuito. Montes intimó rendición. Los de la plaza contestaron que se defenderían hasta el último trance, y en señal de desafío hicieron ejecutar á un ciudadano notable de Quito, Pedro Calixto, juntamente con su hijo llamado Nicolás, prisioneros hechos fuera de combate. Los realistas atacaron la ciudad por tres puntos, y se apoderaron de ella después de un reñido combate de tres horas (3 de noviembre de 1812). El general español se mostró clemente con los habitantes de la vencida ciudad.

Montufar, con las últimas reliquias del ejército quiteño, se retiró al norte. Alcanzado por una divi-

sión mandada por el coronel Juan Sámano, destinado á siniestra celebridad, fué batido y dispersado en dos acciones sucesivas con pérdida de toda su artillería y armamento, dejando en el campo 100 muertos. Sámano continuó su persecución, y con arreglo á sus instrucciones, pasó por las armas á los jefes que cayeron en sus manos. Al llegar á Pasto, recibió órdenes de Montes, para quintar á los oficiales y diezmar á los soldados prisioneros de Popayán que allí se encontraban. Caicedo y Macaulay fueron fusilados junto con ellos. Así terminó á fines de 1812 la nueva revolución de Quito, domada por segunda vez, y cerróse el círculo de la reacción de la Nueva Granada por el norte, al mismo tiempo que la revolución de Venezuela sucumbía (principios de 1813).

IX

La revolución externa é interna de la Nueva Granada giraba en círculos concéntricos. A la par que el uno se estrechaba el otro se dilataba, hasta casi confundirse. El antagonismo entre el federalismo y el centralismo de Cundinamarca con las provincias, y de Nariño con el congreso nacional, había convertido el país en un caos político. Después de la retirada del congreso á Ibagué (véase párrafo v de este capítulo), Nariño, desarrollando su plan de absorción, agregó á lo que llamaba la «provincia legal» de Santa Fe, el corregimiento del Soccorro, y los cantones de Tunja y Neiva, que ocupó militarmente, con amenaza de apoderarse de Pamplona. La provincia de Mariquita había sido absorbida ya por Cundinamarca. El congreso reclamó contra estos actos violentos, y aunque en un principio fué desatendido, como las resistencias

locales arreciaban, Nariño, mejor aconsejado, se prestó á entrar en arreglos. Contribuyó á esto la noticia de la caída de la revolución de Venezuela, que amenazaba á la Nueva Granada con una invasión por el oriente. En el curso de las negociaciones que se entablaron, las tropas cundinamarcanas que ocupaban Tunja, al mando del brigadier Baraya—el vencedor de Palacé,—se pronunciaron por la reunión del congreso. Nariño se puso inmediatamente en campaña al frente de 800 hombres y ocupó sin oposición la capital de Tunja; pero, al mismo tiempo, separóse de Cundinamarca la provincia del Socorro, sostenida por la columna de Baraya, que batió á las tropas centralistas que la ocupaban, en dos encuentros sucesivos. Estos contrastes obligaron á Nariño á firmar un tratado con el gobierno de Tunja, en que se convino en la inmediata reunión del congreso, librar á su decisión la cuestión de las agregaciones territoriales de Cundinamarca, y poner sus armas y recursos á disposición del gobierno nacional contra los españoles. Nariño renunció en seguida la presidencia de Cundinamarca, y declaró que, aunque persistía en sus opiniones, no quería ser un obstáculo á la organización nacional.

Cuando todo parecía aquietado, alborotóse de nuevo la movible opinión santafecina, con motivo de esparcirse el rumor de que el gobierno general intentaba dominar militarmente á Cundinamarca. Nariño, que había ejercido su autoridad con gran moderación, y observaba siempre su popularidad, fué aclamado de nuevo dictador con facultades absolutas (septiembre 11). Poco después, el congreso se instalaba en Leiva, punto intermedio entre Santa Fe y Tunja, con asistencia de once diputados en representación de siete provincias. Camilo Torres, antagonista de Nariño en ideas, y enemigo suyo, fué nombrado presidente y en-

cargado del poder ejecutivo. El primer acto del nuevo gobierno general fué intimar á Nariño que se arreglase al sistema representativo, y ordenarle que entregase quinientos fusiles para la defensa de las provincias del norte, previniéndole á la vez que la villa de Leiva, adscripta á Cundinamarca, había sido declarada territorio federal por el congreso.

Nariño sometió la cuestión á una asamblea extraordinaria de corporaciones y notables padres de familia, de mil quinientas personas, la que resolvió confirmarlo en el poder, que no se obedeciesen las órdenes del congreso y que Cundinamarca no entrase en la confederación. El congreso contestó con una nueva intimación, emplazándolo para dentro del séptimo día, caso de no obedecer. Nariño replicó haciendo responsable de las consecuencias al congreso. Este lo declaró á su vez «usurpador y tirano de Cundinamarca.» En consecuencia, el presidente de la Unión fué autorizado para suprimir el gobierno dictatorial de Santa Fe, y restituir á la provincia su libertad. La guerra civil quedó declarada por una y otra parte. El congreso, que funcionaba en territorio enemigo, se trasladó á Tunja. Nariño, sin perder tiempo, se pasó al frente de una columna de 1.500 hombres y marchó sobre Tunja. Derrotado completamente por las fuerzas federales, con la pérdida de diez piezas de artillería, replegóse á Bogotá, donde se fortificó. El ejército de la Unión, mandado por Baraya, puso sitio á la ciudad, y se apoderó de algunas posiciones importantes de ella. Nariño ofreció capitular, con la condición de renunciar al mando, reconocer el congreso y poner á su disposición las armas, bajo la garantía de una amnistía general. Baraya desoyó estas moderadas proposiciones, exigió que se rindiera á discreción, entregándose á la clemencia del congreso, y dióle para

decidirse el plazo de 24 horas. Ante tan duras condiciones, la opinión de Bogotá reaccionó, y entusiasmada por la actitud serena y resuelta del dictador, se apercibió á una defensa desesperada, á pesar de que sus fuerzas no alcanzaban á la mitad de las sitiadoras.

Baraya, que en el curso de esta campaña mostró ser una nulidad militar, llevó un ataque desordenado á la plaza al frente de tres mil hombres, que fué rechazado, desbandándose el ejército de la Unión, que dejó en poder del vencedor, mil prisioneros, trescientos fusiles y veintisiete cañones. Nariño no abusó de su triunfo. Limitóse á ajustar un convenio, en que, salvando la autonomía de Cundinamarca bajo su presidencia, estipuló la paz recíproca, sin pactar nada respecto de organización nacional, que era el punto capital (30 de marzo de 1813). Coincidió esto con la llegada del mariscal de campo Francisco Montalvo, natural de la Habana, nombrado virrey en reemplazo de Pérez, que fué desconocido por los pueblos de Nueva Granada como su antecesor. El patriotismo, enervado por la guerra civil, se reanimó. Cundinamarca, que hasta entonces se regía por su constitución republicano-monárquica, anulada de hecho, declaró su independencia absoluta de la España (16 de julio de 1813), imitando el ejemplo dado antes por Cartagena. Antioquía hizo lo mismo. El país enarboló un nuevo pabellón nacional y acuñó su primera moneda en señal de soberanía.

X

En los trabajos ajustados entre Cundinamarca y el congreso, Nariño había prometido reforzar las expediciones que debían marchar en auxilio de las provincias del sur y del norte, amenazadas por los rea-

listas triunfantes en Quito y Venezuela, que ocupaban las fronteras. El estado de la Nueva Granada no podía ser más deplorable. La revolución, tan espontánea y llena de ideas y de bríos, se había mostrado orgánicamente débil, dando por único resultado negativo una absoluta impotencia militar y una desorganización política. No tenía ejército ni gobierno; no se había preparado á la defensa, y ni de armas siquiera se había provisto. Todas sus fuerzas militares se reducían á 300 hombres en Popayán, 500 en Tunja, 300 en Pamplona, 1.000 en Cartagena y otros tantos en Santa Fe, y estas mismas, dispersas, desorganizadas y en guerra entre sí algunas de ellas. Tampoco había aparecido un hombre capaz de dar dirección á los acontecimientos ó impulsar la acción revolucionaria. Lozano, la primera figura que apareció en su escena, con ideas conciliatorias, desapareció por su debilidad de carácter. Torices era un atolondrado de talento. Baraya como soldado, ya se ha visto que era una nulidad. Camilo Torres, noble carácter y clara inteligencia, era un hombre aferrado á sus ideas teóricas de federalismo que anteponía á todos los principios. Nariño, el único que por sus cualidades y su influencia pudo haberse hecho el árbitro de la situación contemporizando con la opinión declarada de los pueblos, era la antítesis de Torres en punto á centralismo, y el papel contradictorio que representó, muestra que tampoco era el hombre que reclamaban las circunstancias; empero, era el único hombre, y lo probó como va á verse.

Montes, después de dominar á Quito, dispuso que el general Sámano, á la cabeza de una expedición de 2.000 hombres organizada en Pasto, invadiese la Nueva Granada. Popayán fué ocupado por los realistas del sur, y dominado todo el valle del alto Cauca, ame-

nazando ocupar la provincia de Antioquía (agosto 1813). Nariño, que hasta entonces se había mantenido en una inacción egoísta, después de su victoria, movido por un impulso de enérgico patriotismo, se ofreció á marchar en persona contra la invasión del sur con las tropas de Santa Fe, si el gobierno ponía á sus órdenes las de la Unión. El congreso aceptó su oferta y le proporcionó todos los auxilios necesarios al efecto. Nariño, sin innovar nada en el orden de la política nacional, abdicó la dictadura, y delegó el mando constitucional en su tío Manuel Bernardo Alvarez. Nombrado teniente general de la Unión, se puso en campaña en dirección al sur. Las primeras operaciones fueron felices. Reconquistó el valle de Cauca, su vanguardia batió la columna principal del enemigo mandada por el mismo Sámano, y el 31 de diciembre de 1813 entró en Popayán. Sámano reconcentró todas sus fuerzas, y se estableció en la hacienda de Calibio, á inmediaciones del Bajo Palacé. El general de la Unión, al frente de 1.800 hombres, lo atacó en su posición por tres puntos. Empeñada la acción, y prolongándose por el espacio de tres horas, Nariño mandó á su infantería cargar á la bayoneta, y la victoria se decidió por los independientes. Los realistas dejaron en poder de sus contrarios ochenta prisioneros y ocho piezas de artillería (13 de enero de 1814). Sámano se retiró á Pasto en fuga. Si Nariño hubiese sido un general experimentado con la inspiración de la guerra, y sabido aprovechar su victoria, habría podido dominar fácilmente á Pasto, y probablemente llegar triunfante hasta Quito. Desgraciadamente, se detuvo en Popayán más de dos meses. Este tiempo lo aprovecharon los enemigos para rehacerse.

El general Melchor Aymerich reemplazó á Sámano en el mando, quien reorganizó activamente el ejér-

cito, preparándose á contener el avance de los independientes. Cuando Nariño reabrió su campaña al frente de 1.400 hombres, tuvo que abrirse paso por entre las guerrillas de Patía, que hostigaban día y noche sus flancos, y cortaron sus comunicaciones de retaguardia. Al llegar al Juanambú, encontró la margen opuesta fortificada en sus principales vados. Este río, que es la formidable barrera que defiende á Pasto por el norte, es un torrente impetuoso que se precipita de la cordillera oriental en rumbo al occidente, y corre entre inaccesibles rocas escarpadas, arrstrando peñascos enormes. Raras veces da vado, y por lo general, sólo puede ser atravesado en puentes de taravitas. A estas dificultades de la naturaleza agregó el general que las defendía, las del arte. Cerró con trincheras los principales vados y estableció en ellos fuertes baterías, distribuyendo convenientemente sus tropas para cubrir toda la línea. Nariño consiguió plantar una taravita unos diez y seis kilómetros más abajo del campo atrincherado, en un punto en que el camino era tan acantilado, que sólo 45 hombres pudieron treparlo durante la noche, haciendo escalas con los portafusiles. Descubiertos con las primeras luces del alba, se lanzaron sobre una batería y tomaron un cañón; pero, atacados por fuerzas superiores, perecieron casi todos ellos. Al fin, consiguió forzar uno de los vados bajo la protección de una batería, asaltando la trinchera enemiga artillada, y establecerse con una división en la margen meridional del río. Aymerich acudió con sus reservas al punto atacado y se trabó la pelea. Los independientes fueron rechazados, y repasaron el Juanambú, con 50 heridos, dejando en el campo como 100 muertos y algunos prisioneros. A pesar de esta ventaja, Aymerich resolvió levantar su campo y se replegó hacia Pasto.

El ejército independiente atravesó libremente el Juanambú por medio de taravitas, después de veinte días de demora, y adelantó sus marchas en busca del enemigo. Aymerich, al frente de 1.600 hombres, de los cuales 800 fusileros, lo esperaba en una fuerte posición llamada el cerro de las Cebollas ó de Chacapamba. Al avistarse ambos ejércitos, los soldados realistas gritaron: «Este no es Calibio.» el primer ataque sobre la posición, fué rechazado. El espíritu de los invasores desmayó, y muchos opinaban por la retirada. Sabiéndolo Nariño, reunió á sus oficiales en junta de guerra, y los persuadió de que el más seguro modo de perderse y de perder el honor, era retirarse. El ataque inmediato quedó decidido. Los independientes se movieron en tres columnas, y protegidos por los fuegos de su artillería que batía la falda del cerro, treparon un tercio de la áspera cuesta. A esta altura, los realistas que estaban cubiertos por un espeso bosque, rompieron un vivo fuego, que los asaltantes recibieron al descubierto. El combate se prolongó por espacio de cuatro horas. Los independientes empezaban á cejar. Dos compañías del Cauca habían vuelto la espalda y huían en desorden. Nariño las contuvo; les enrostró su cobardía, y, espada en mano, las condujo de nuevo al fuego. Reanimados los patriotas con esta valerosa acción de su general, cargaron con ímpetu y arrebataron la posición (8 de mayo de 1814). Esta victoria fué caramente comprada. Los independientes tuvieron más de 100 muertos, mientras que los realistas, que combatían emboscados, sólo perdieron 12 hombres.

Considerándose Aymerich perdido, emprendió su retirada hacia Quito. Los pastusos, resueltos á defender sus hogares, se negaron á seguirle, estimulados por sus mujeres, que, cuchillo en mano, ofrecían sus vestidos femeninos á los cobardes que las abandonasen.

Nariño, que pensaba entrar sin resistencia á la ciudad de Pasto, se adelantó con la vanguardia; pero, recibido en los arrabales á vivo fuego, fué rechazado y deshecho. Los dispersos llevaron al campamento la noticia de que todo estaba perdido y el general prisionero. Las tropas neogranadinas, poseídas de pánico, clavaron sus cañones y se pusieron en precipitada retirada. De los 1.400 soldados que invadieron á Pasto, sólo llegaron 900 hombres á Popayán. Nariño, al regresar fugitivo á su campamento, con sólo trece hombres, se encontró sin ejército. Abandonado por sus últimos compañeros, vagó solo por algunos días en la montaña, alimentándose con frutas silvestres. Desesperado y hambriento, resolvió presentarse á sus enemigos, con el intento de ver si podía negociar un armisticio. Entregado á Aymerich, fué remitido engrillado por segunda vez á España.

XI

Mientras estos graves sucesos ocurrían en el sur, por la parte del norte y del occidente se desarrollaban otros que cambiarían la faz de la revolución, salvando por el momento á la Nueva Granada de una pérdida segura.

Queda explicado (párrafo VI, de este capítulo), cómo terminara á fines de 1813 la primera guerra entre Cartagena y Santa Marta después de la catástrofe de Venezuela. Fué en este momento cuando reapareció Bolívar en la escena revolucionaria, y se diseñaron los primeros perfiles de su gran figura. Emigrado de la patria, después de permanecer algún tiempo en Curaçao, ofreció sus servicios al gobierno de Cartagena. Fué nombrado comandante de armas del distrito de

Barrancas sobre el alto Magdalena, y resolvió por sí abrir una campaña contra los samarios que aún ocupaban la banda oriental del río obstruyendo su navegación. Aquí empezó á revelarse el genio emprendedor del futuro libertador sudamericano. A la cabeza de una pequeña columna de milicianos, atacó la villa fortificada de Tenerife y obligó á su guarnición á evacuarla, apoderándose de su artillería y de la flotilla que la sostenía. En seguida reconquistó el importante pueblo de Mompox, en la margen occidental, situado en el punto en que el Cauca se derrama en el Magdalena. Labatut, que como superior de las armas de Cartagena, operaba al mismo tiempo en las bocas del Magdalena contra Santa Marta, según antes se relató, encelado contra este intruso que se permitía triunfar sin órdenes, pidió que fuese sometido á juicio; pero, sostenido por el dictador Torices, y reforzado con alguna tropa reglada y quince embarcaciones armadas en guerra, abrió una nueva campaña, remontando el río con una columna de 500 hombres. Sucesivamente se posesionó de Banco, batió á su guarnición en Chiriguaná, avanzó hasta Tamalaneque y Puerto-Real, y entró triunfante en Ocaña, en medio de las aclamaciones de la población (enero de 1813).

Santa Marta fué tratada por los cartageneros como país conquistado. Exasperados los samarios por la dominación de Cartagena, expulsaron á Labatut que los tiranizaba cruelmente, y en combinación con Río-Hacha, auxiliados desde Maracaibo y Portobelo, alzaron de nuevo el pendón del rey (marzo de 1813). Cartagena volvió á quedar flanqueada por el este y por el oeste. Eran dos cuñas metidas en la confederación neogranadina, que neutralizaban las fuerzas de uno de sus más poderosos estados. El dictador Torices lo comprendió así y preparó una expedición marítima, á

cuyo frente se puso personalmente confiando el mando de las tropas de desembarco al coronel francés Luis Fernando Chatillón. La expedición cartagenera fué rechazada y vencida, dejando 400 muertos en el campo de batalla, entre ellos Chatillón, con pérdida de su artillería (11 de mayo de 1813). Torices, con su escuadrilla, se retiró desalentado, y desde entonces se limitó á cubrir la línea del Magdalena á la defensiva. Santa Marta quedó triunfante.

Antes de que este suceso se produjese, los realistas, dueños de Venezuela, que tan eficazmente cooperaron á la restauración de Santa Marta, habían proyectado reconquistar el virreinato de Santa Fe. Con este objeto, aglomeróse un ejército de 2.600 hombres en la provincia de Barinas, al mando del capitán de fragata Antonio Tizcar, con una división como de mil hombres, á cargo del coronel Ramón Correa, en los valles de Cúcuta, amenazando á Pamplona, y 700 en el Guasdalito sobre el Arauca con el mismo objetivo sobre el otro flanco á la vez que el del Socorro y Tunja. Estas fuerzas habrían podido reconquistar fácilmente el virreinato de Santa Fe, en el estado de desorganización en que se encontró durante el año de 1812; pero permanecieron en la inacción y en esta actitud se mantenía cuando entró Bolívar en Ocaña. El futuro libertador había llegado al punto en que debía decidirse su destino en los comienzos y al final de su gloriosa carrera, y Santa Marta, como una nube negra en el horizonte, marcaba el sitio de su melancólica muerte.

Hallábase en la provincia limítrofe de Pamplona el coronel de la Unión, Manuel del Castillo Rada, que á la sazón organizaba allí un cuerpo de tropas para oponerse á la invasión con que el coronel realista Correa amenazaba á la Nueva Granada desde los valles de Cúcuta. Este jefe solicitó el auxilio de Bolívar á

fin de cooperar á su empresa, y el gobierno de Cartagena le otorgó el permiso, poco antes de la derrota de su expedición contra Santa Marta.

XII

Bolívar concibió entonces el atrevido plan de reconquistar á Venezuela, y comunicó su idea al dictador Torices y al presidente de la Unión, Camilo Torres. «La suerte de Nueva Granada, les decía, está »íntimamente ligada con la de Venezuela. Si Venezue»la continúa en cadenas, Nueva Granada las llevará »también. La esclavitud es una gangrena que empieza »por una parte, y si no se corta, se comunica al todo »y perece el cuerpo entero.» Simultáneamente, comisionó á su compañero y amigo, el coronel José Félix Rivas, á fin de persuadir á Torres de la necesidad de su empresa, y para esforzar sus razones, puso desde luego en ejecución una parte de su plan. Con 400 hombres abrió la campaña, llevando los fusiles necesarios para armar un batallón que organizaba Castillo en Pamplona. Sin esperar este refuerzo, atravesó con celeridad el primer ramal de la cordillera oriental, frente á Ocaña, por un camino fragoso; sorprendió la primera gran guardia enemiga de 100 hombres en un desfiladero que, bien defendido, habría detenido su avance; obligó á retirarse á un destacamento de 200 hombres que servía de reserva á la gran guardia, y desparramando la voz de que iba al frente de un poderoso ejército, cayó sobre el coronel Correa, á tiempo que le llegaban dos compañías de infantería del batallón de Pamplona. Bolívar, aunque con fuerzas inferiores, atravesó el caudaloso río Zulia, en una sola canoa, y resolvió atacar al enemigo. El jefe español se encontraba con 800 hombres en San José de Cúcuta. En este

punto se trabó el combate. Después de cuatro horas de fuego sostenido, una impetuosa carga á la bayoneta, ordenada por Bolívar, decidió la victoria á su favor, quedando en su poder toda la artillería española (28 de febrero de 1813). Los independientes quedaron dueños de los valles de Cúcuta, amenazando las provincias de Barinas y Maracaibo. Poco después llegó Castillo con el contingente de Pamplona, y la columna invasora contó con más de 1.000 hombres y 1.200 fusiles de repuesto.

El pensamiento de Bolívar de reconquistar Venezuela era considerado por todos como una locura, como lo había sido el de San Martín de reconquistar á Chile cuando por la primera vez fué enunciado. Venezuela estaba defendida por un ejército de seis mil hombres, ensoberbecidos con sus recientes triunfos. La Unión neogranadina apenas podía disponer de mil hombres para acometer la empresa. Felizmente, Bolívar encontró su Pueyrredón en Nueva Granada, como el libertador del sur lo encontrara en el Plata, según va á verse. Bolívar había publicado una memoria que produjo profunda sensación en Nueva Granada. En ella expuso por la primera vez el futuro libertador sus ideas políticas y militares, respecto de la organización que debía darse al gobierno republicano para impulsar la revolución y del modo de conducir la guerra de la independencia americana, á la vez que desarrollaba el gran plan de campaña que desde entonces lo ocupaba. Explicando las causas de la caída de la república venezolana, condenaba el republicanismo teórico que la había precipitado. «Los códigos que consultaban nues»tros gobernantes, no eran los que podían enseñarles »la ciencia práctica del gobierno, sino los que han »formado ciertos visionarios que, imaginándose repú»blicas aéreas, han procurado alcanzar la perfección

»política, presuponiendo la perfectibilidad humana.
»Tuvimos filósofos por jefes, filantropía por legisla-
»ción, dialéctica por táctica y sofistas por soldados.
»Con semejante subversión de principios y de cosas, el
»orden social se conmovió, y el estado corrió á pasos
»agigantados á una disolución universal.» Pronunciá-
base absolutamente, como San Martín en el Plata, contra el sistema federal de gobierno: «Bien que sea el »más perfecto y el más capaz de proporcionar la feli»cidad humana en sociedad, es el más opuesto á los »intereses de nuestros nacientes estados. No es posi»ble regirse por un gobierno tan complicado en medio »de facciones intestinas y de una guerra exterior. Es »preciso que el gobierno se identifique al carácter de »las circunstancias, de los tiempos y de los hombres »que los rodean. Si los tiempos son prósperos y sere»nos, el gobierno debe ser dulce y protector; si son »calamitosos y turbulentos, debe mostrarse terrible y »armarse de una firmeza igual á los peligros, sin aten»dor á leyes ni constituciones, ínterin no se restable»cen la felicidad y la paz. Mientras no centralicemos »nuestros gobiernos americanos, los enemigos obten»drán las más completas ventajas: seremos envueltos »en disensiones civiles, y conquistados vilipendiosa»mente por un puñado de bandidos.» Atacaba de frente la propensión revolucionaria de levantar inconsistentes ejércitos populares en vez de ejércitos reglados que diesen nervio á la lucha: «De aquí la oposición »decidida, agregaba, á levantar tropas veteranas, dis»ciplinadas y capaces de presentarse en el campo de »batalla, á defender la libertad con suceso y gloria.
»El establecimiento de innumerables cuerpos de mili»cias indisciplinadas, además de agotar las cajas del »erario y destruir la agricultura, alejando á los pai»sanos de sus hogares, hizo odioso el gobierno que

»los obligaba á tomar las armas y abandonar sus fa»milias. Es una verdad militar que sólo ejércitos agueȓrridos son capaces de sobreponerse á los infaustos su»cesos de una campaña.» Y, nuevo Scipión, terminaba con un «delenda Carthago»: «La seguridad de Nueva »Granada está en la reconquista de Venezuela. A pri»mera vista parecerá este proyecto imposible. Una me»ditación profunda hace conocer su necesidad. Es un »principio del arte de la guerra, que toda guerra de»fensiva es perjudicial y ruinosa, pues debilita las »fuerzas sin esperanzas de indemnización. Las hosti»lidades en territorio enemigo siempre son provecho»sas, por el bien que resulta en mal del contrario. No »debemos por ningún motivo emplear la defensiva. La »naturaleza nos proporciona la ventaja de aproximar»nos á Maracaibo por Santa Marta y á Barinas por »Cúcuta.» Allí estuvo, movido por su idea, á los ochenta días de escrita esta memoria en Cartagena antes de abrir su campaña del Alto Magdalena.

El presidente Camilo Torres había leído con profunda atención la memoria de Bolívar. Espíritu abierto á las grandes cosas, y no obstante que en ella se impugnasen sus ideas radicales sobre el federalismo, comprendió que era la obra de un hombre de pensamiento y de acción, capaz de llevar á cabo grandes empresas. Vistas tan nuevas y reflexiones de tan largo alcance, expuestas en lenguaje tan viril como brillante, que hablaba al instinto, á la razón y al corazón, conquistaron el presidente de la Unión al atrevido plan de Bolívar. Cuando Rivas llegó á Tunja, ya el presidente estaba persuadido. Las recientes ventajas alcanzadas en la invasión parcial de Cúcuta, lo acabaron de decidir. La reconquista de Venezuela quedó resuelta.

CAPITULO XXXVIII

Reconquista de Venezuela. — Guerra á muerte. Primeras grandes campañas de Bolívar.

1813

Retrospecto venezolano.—Terrorismo de Monteverde.—El golfo Triste y el islote de Cachacachare.—Insurrección de Cumaná.—Aparición de Santiago Mariño, Piar y Bermúdez.—Atrocidades de Cervería.—Combates de Maturín.—Derrota de Monteverde.—Aparición de Arismendi.—Sublevación de la isla Margarita.—Sitio y toma de Cumaná.—La guerra á muerte ley del vencedor.—Reconquista del oriente de Venezuela por los independientes.—Invasión de Bolívar por el Occidente.—Antecedentes sobre la guerra á muerte.—Nueva Granada decide la reconquista de Venezuela.—Combate de la Grita.—Desavenencias de Bolívar y Castillo.—Distribución del ejército realista de Venezuela.—Bolívar reconquista las provincias de Mérida y Trujillo.—Combate de Carache.—Bolívar declara la guerra á muerte.—Juicio sobre ella. —Continúa la campaña de Venezuela bajo su responsabilidad.—Atrevida marcha estratégica de Bolívar.—Batalla decisiva de Naquitao.—Disolución del ejército de Tizcar.—Ocupación de Barinas.—Batallas de los Horcones y de Taguanes.—Fuga de Monteverde.—Resultados de la campaña.—Juicio universal sobre ella.—Entrada triunfal de Bolívar en Caracas.—Dictadura de Bolívar. — Los dos dictadores de Venezuela. — Primer sitio de Puerto-Cabello.—Batallas de Bárbula y de las Trincheras.—El corazón de Giradort.—Bolívar declarado libertador.—La orden de los libertadores.—Sublevación realista de los Llanos.—Aparición de Boves y Morales.—El realista Yáñez.—Ocupación de los Llanos por los realistas.—Aparición de Campo-Elías.—Batalla del Mosquitero.—Combates de Bobare, Yaritagua y Barquisimeto.—Ataques de Vigirima.—Batalla de Araure.—Asedio de Puerto-Cabello.—Reacción de Boves y Yáñes.—Sublevación en masa del país contra la república.—Efectos de la guerra á muerte.

I

Habíamos dejado pendiente la crónica de la revolución venezolana, en el momento de la primera restauración realista por Monteverde, después de la ca-

pitulación de Miranda en San Mateo. Llegamos ahora al punto en que la insurreción independiente vuelve á aparecer por el oriente de Venezuela, y Bolívar va á emprender su reconquista por el occidente. Para ligar estos sucesos con los anteriores y dar su significación á los personajes que sucesivamente irán apareciendo en la escena histórica, se hace necesario volver á tomar el hilo de la narración en el punto en que la dejamos.

Arbitro absoluto Monteverde de Venezuela después de la capitulación de San Mateo, y nombrado posteriormente capitán general con el título de «pacificador» dió comienzo á su obra de pacificación «con actos »que hacen erizar los cabellos—según las palabras de »un historiador imparcial,—y de que hasta los más »calurosos partidarios de la España apartan los ojos »estremecidos de horror.» Queda ya relatado cómo violó la capitulación, y cómo inició su sistema de terrorismo brutal, con prisiones en masa, confiscaciones, vejámenes, y rapiñas, á punto de faltar cárceles para contener los presos y morir algunos de ellos de hambre y de sofocación en inmundas crujías. El fiscal de la audiencia real de Caracas, decía con este motivo: «En el país de los cafres no pueden ser tratados los hombres con más desprecio y vilipendio.» En las provincias el terrorismo asumió formas más bárbaras hasta degenerar en un bandolerismo desenfrenado. Al principio, las persecuciones se redujeron como en la capital, á prisión, saqueo, secuestro, azotes y algunos asesinatos aislados. Nombrado procónsul en la provincia de Cumaná el coronel Francisco Cerveris, uno de los seides de Monteverde, hizo gemir bajo su férula á los habitantes, con un lujo de insolencia que lo hacía más odioso. No satisfecho con esto, propuso á su jefe un plan de gobierno militar con suspensión de la

constitución y disolución de los tribunales para pasar por las armas á todos los rebeldes, protestando que por su parte lo ponía en práctica. Tan inhumano fué, que reemplazado en el gobierno por Antoñanzas, el perpetrador de la matanza de San Juan de los Morros, fué considerado éste como un alivio al compararlo con su antecesor. La real Audiencia de Venezuela, escandalizada por estos excesos, reclamó en vano, y abrió causa criminal á Cerveris, elevando su queja al gobierno de España con condenación de estos procedimientos inicuos, que calificó de «imprudentes é injustos.» Y esto no era sino el preludio de la guerra atroz que iba á abrirse por una y otra parte, provocada por la de los realistas, con asesinatos, incendios, mutilaciones y tormentos espantosos, de que ni las tribus salvajes presentan ejemplo.

Esto sucedía cuando los desgraciados habitantes de Venezuela, quebrados por la derrota, herida su imaginación por las calamidades públicas y los trastornos de la naturaleza, estaban dispuestos á recibir de nuevo la dominación colonial como un descanso. Una política mansa los habría mantenido en paz, deteniendo por algún tiempo al menos el curso de la revolución. El terrorismo de la reacción hizo huir de las almas los pavores supersticiosos que las amedrentaban, y convirtió en fuerza real lo que era una debilidad moral. Las poblaciones se escondieron en los bosques y en las montañas, huyendo de sus verdugos. Los patriotas comprometidos y perseguidos, emigraron. La miseria, la desesperación, el odio á la tiranía y el sentimiento de la venganza, encendieron la rabia hasta en los indiferentes y los tímidos. Todos comprendieron por el exceso del dolor, que eran preferibles los sacrificios por la independencia al sufrimiento de todos los instantes bajo los golpes de un despotismo sin

caridad siquiera, que ni el descanso les proporcionaba. La insurrección latente estalló en los corazones, provocada por el desenfreno de la reacción. Un puñado de proscriptos dió la primera señal desde un peñasco de las Antillas, y todo el oriente del país volvió á reunirse bajo la bandera revolucionaria.

II

Es famoso en la historia del Nuevo Mundo, el golfo conocido con la denominación de Triste, descubierto por Colón en su tercer viaje, cuando tocó sin saberlo el continente prometido que buscaba. En su canal de entrada, situado entre la extremidad oriental de la península de Paria y la isla de La Trinidad, se levanta un islote que lleva el nombre de Chacachacare. Allí se refugiaron los proscriptos de Cucumá, huyendo de las persecuciones de Cerveris. Reunidos en número de 45 hombres, resolvieron renovar la guerra, invadiendo la costa de Cumaná, y levantar de nuevo el país contra la restauración española. Púsose á su cabeza un joven gallardo, natural de Margarita, llamado Santiago Mariño, acaudalado propietario, inclinado á la ostentación, poseído de una ambición inquieta que lo extraviaría en su camino. Formaban su estado mayor: el mulato Manuel Piar, nativo de Curaçao, hermoso de presencia, de temple heroico y de pasiones ardientes, destinado á una gloriosa y trágica carrera; los dos hermanos José Francisco y Bernardo Bermúdez, valerosos ambos pero tan violento y brutal el uno, como era el otro juicioso y reposado; y el ingeniero venezolano José Francisco Azcue.

Los proscriptos, sin más armas que seis fusiles y pistolas de bolsillo, con unas pocas municiones ad-

quiridas en La Trinidad, tomaron tierra en la punta de Paria, y sorprendieron un destacamento que vigilaba la costa, apoderándose de 23 fusiles. Sin dar tiempo para volver de su asombro á los realistas que ocupaban la península, se dirigieron resueltamente sobre la inmediata villa fortificada de Güiria. La guarnición, compuesta de 300 hombres naturales del país, se pasó en masa á los expedicionarios, quienes dueños de nueve cañones y cantidad de fusiles, pudieron organizar una columna de 200 hombres bien armados (13 á 16 de marzo de 1813). Bernardo Bermúdez se internó con una partida de 75 hombres, y ocupó el pueblo de Maturín, punto importante por su inmediación al Orinoco y su comunicación con los llanos, sobre el río navegable del Guarapiche, donde existía un considerable depósito de pertrechos de guerra. José Francisco Bermúdez se fortificó en Irapa, en el fondo de la península sobre el golfo, donde Mariño estableció su cuartel general esperando ser allí atacado.

El golfo estaba dominado por una escuadrilla realista, y Cerveris disponía de 400 hombres, pero tan cruel como cobarde, permaneció á la distancia en observación, en un punto medio entre Cumaná, Barcelona y Maturín. Reforzado con 300 hombres mandados por el vizcaíno Antonio Zuazola, en vez de abrir hostilidades contra los invasores de la península en combinación con su escuadrilla, le ordenó que se dirigiese sobre Maturín. Zuazola, monstruo destinado á alquirir siniestra celebridad, desde su salida de Cumaná empezó á señalar su camino, incendiando las habitaciones y las cosechas, y matando y mutilando bárbaramente á los pacíficos habitantes de la comarca. Los expedicionarios de Maturín habían desprendido algunas partidas volantes para proporcionarse elementos de movilidad en los llanos y sublevar el interior del

país. Reconcentradas en Magüeyes primero, y en Aragua después, resolvieron esperar á Zuazola, y fueron fácilmente derrotadas. Todos los vencidos fueron pasados á cuchillo. El vencedor remitió á Cumaná como trofeos de su victoria, varios cajones llenos de orejas cortadas á los vivos y á los muertos, que los realistas de la ciudad clavaron en sus puertas, y se asegura que adornaron con ellas sus sombreros á manera de escarapelas. En seguida, Zuazola, y su segundo, José Tomás Boves, el compañero de Antoñanzas en las matanzas de Barinas, publicaron bandos ofreciendo garantías á los que habían huído espantados á los bosques. Los que se presentaron—hombres, mujeres, ancianos y niños,—fueron todos ó asesinados fríamente, ó mutilados, ó atormentados bárbaramente. Algunos fueron desollados vivos. A unos les cortaron las orejas y la nariz, ó les desollaron la planta de los pies, ó les desjarretaron como bestias de carnicería; otros fueron degollados, ó cosidos de dos en dos, con tiras de cuero fresco espalda con espalda, y arrojados en seguida á una laguna putrefacta por la descomposición de los cadáveres. Sucedió que un niño de 12 años, se presentó ofreciendo su vida para salvar la vida de su padre, único sostén de una numerosa familia pobre. Zuazola hizo degollar á los dos, y al hijo primero que al padre.

Reunido el gobernador de Barcelona, coronel Lorenzo Fernández de la Hoz, á la fuerza del bárbaro Zuazola, atacó á los patriotas en Maturín al frente de una columna de 1.500 hombres. Piar mandaba la plaza en ausencia de Bernardo Bermúdez, asistido por el ingeniero Azcue. Sólo contaba con 500 hombres para la defensa. Después de 24 horas de resistencia, hubo de emprender la retirada. Pero antes de ceder el terreno llevó un ataque de caballería á la brusca, con-

siguiendo desordenar completamente al enemigo (marzo 20). Rehecho y reforzado Fernández de la Hoz, atacó de nuevo á Piar con 1.600 hombres, y fué otra vez batido completamente, replegándose en derrota sobre sus reservas (abril de 1813). Los patriotas, preponderantes, aunque todavía con cortas fuerzas, amenazaban á Cumaná, Barcelona y la Guayana. La expedición de Mariño, que al principio se consideró una calaverada por los realistas, alarmó seriamente á Monteverde, que por ese tiempo se ocupaba en preparar la invasión á Nueva Granada. Sus aduladores le habían hecho creer que era un gran guerrero y, lleno de vanidad, reunió un ejército de 2.000 hombres, y se puso en marcha sobre Maturín, intimando rendición en término de seis horas, pasadas las cuales «entregaría la población al furor de sus soldados.» Piar, al frente de 150 infantes, 300 hombres de caballería y dos piezas de artillería, contestó que se defendería hasta la muerte en honor de la libertad. Emprendido el ataque de la posición, las tropas de Monteverde se desordenaron bajo los fuegos certeros de la infantería y artillería de plaza. Una carga de caballería por el flanco, llevada por Piar en persona, completó la derrota. Monteverde escapó «de milagro»—según propia confesión oficial,—dejando en el campo más de 400 muertos, su artillería, armamento, municiones, bagajes y hasta la caja militar (mayo 25). La defensa del territorio invadido, quedó confiada al mariscal Cajigal, que limitó sus operaciones á la más estricta defensiva en Barcelona. Los proscriptos, triunfantes, tomaron la ofensiva y convergieron sobre Cumaná.

III

La isla de Margarita, frente á la extremidad de la Península de Arayo, que ocupa al norte casi la misma posición que La Trinidad frente á la de Paria, al sur, efectuó su levantamiento por este mismo tiempo, exasperada por la tiranía de los mandones españoles y estimulado su patriotismo por los sucesos de Cumaná. Esta isla, hasta entonces obscura, con una escasa población en una superficie de 300 kilómetros cuadrados, estaba destinada á representar un gran papel en la historia de la lucha por la independencia. Separada del continente por un brazo de mar como de 50 kilómetros, á la altura del golfo de Cariaco—que es al norte la repetición del golfo Triste al sur,—y dentro del cual está Cumaná, su dominio era de la mayor importancia para los expedicionarios de tierra firme, así por su posición como punto de ataque y de retirada en comunicación con el exterior, cuanto por la índole de sus habitantes, que avezados á los trabajos de la mar, podían cooperar á la insurrección con elementos navales, combinando operaciones á lo largo de las costas. Esta isla está dividida en dos partes por una montaña, que la corta en dos valles, uno al sur, y otro al norte, que sólo comunican por un estrecho desfiladero fácil de defender. El principal puerto de la parte meridional, está defendido por el castillo de Pampatar, y en el centro, su capital, La Asunción, dominada por la fortaleza de Santa Rosa. La parte norte lleva el nombre de Juan Griego, con un buen puerto sobre el Mar Caribe, tenía una casa fuerte para su defensa. Esta descripción necesaria para la inteligencia de los memorables sucesos de que fué

teatro la Margarita, hará comprender la importancia de su posesión, así para los independientes como para los realistas.

Mandaba por entonces en Margarita en calidad de gobernador el coronel Pascual Martínez, un tiranuelo de la ralea de Cerveris, que había implantado allí el mismo sistema terrorista de prisiones, azotes, secuestros, destierros y muerte sin forma alguna de juicio y con lujo de vilipendios. La Audiencia había reprobado sus tropelías, y mandado poner en libertad á los perseguidos por él. Enfurecido, declaró que fusilaría á los reos absueltos por la Audiencia que se atrevieran á pisar su territorio. Entre sus víctimas, contábase un hombre de sangre mezclada, pescador en su origen y á la sazón uno de los principales propietarios de la isla, considerado por los isleños como su caudillo natural. Era el tipo grosero pero enérgico del héroe popular, de valor estoico y ferocidad nativa, con rasgos de generosidad, en quien las vehementes pasiones de su indómito carácter, se combinaban con una astucia fría y una ambición aventurera. Llamábase Juan Bautista Arismendi. Perseguido al tiempo de la restauración, habíase ocultado. El gobernador hizo prender á su mujer y á sus hijos, y amenazó fusilarlos si no declaraban su paradero. Arismendi se presentó. Sus bienes fueron secuestrados, su familia quedó en la miseria, y él fué enviado preso á la Guayra. Arismendi juró vengarse. Amnistiado, y de regreso á la tierra natal, fué nuevamente encerrado en un calabozo. Los margariteños se sublevaron en masa. Martínez tuvo que encerrarse con la guarnición en el castillo de Pampatar, donde fué sitiado y rendido. Nombrado Arismendi gobernador de la isla, cumplió su terrible juramento: el gobernador Martínez y 29 españoles que cayeron con él prisioneros, fueron pa-

sados por las armas. La guerra á muerte por una y otra parte, empezaba á ser la ley del vencedor.

Inmediatamente se puso en comunicación Arismendi con los expedicionarios de tierra firme, y les ofreció todos los recursos de la isla para cooperar á su empresa. Mariño, que había tomado la ofensiva resueltamente, y sitiaba á la sazón la plaza de Cumaná, le pidió una escuadrilla para dominar el golfo de Cariaco y bloquear el puerto. Arismendi, con gran actividad, y con la influencia que tenía entre la gente de mar, consiguió armar en breve tiempo tres goletas y once embarcaciones menores, que al mando del italiano José Bianchi envió á Cumaná, juntamente con un cargamento de armas y municiones que puso á disposición del jefe de la insurrección de oriente. La plaza de Cumaná quedó de este modo sitiada por tierra y bloqueada por mar.

IV

Después de la derrota de Monteverde en Maturín, los expedicionarios con el prestigio de la victoria, considerablemente engrosados y bien armados, convergieron, según queda dicho, sobre Cumaná. Los realistas, á órdenes del gobernador Antoñanzas, desmoralizados y sucesivamente quebrados en diez pequeños combates, se encerraron en número de 800 hombres en la capital de la provincia, bien fortificada y artillada con 40 cañones. Mariño estableció el asedio y lo estrechó progresivamente formando una línea de circunvalación como de 15 kilómetros. Empero, el sitio se habría prolongado indefinidamente, desde que los sitiados tenían libres sus comunicaciones por la parte de la marina. El oportuno y eficaz auxilio naval de los margariteños, hizo escasear los víveres en la

plaza, y los sitiados desmayaron. Intimada la rendición á Antoñanzas, contestó con una baladronada; pero amilanado, no pensó ya sino en la fuga. Al efecto hizo embarcar á bordo de la escuadrilla que tenía en el golfo, cuanto pudo, con el pretexto de ir en busca de auxilios, pero en realidad para salvarse, aprovechando de algún descuido de la flotilla bloqueadora (31 de julio). Dejó encomendado el mando del punto á su segundo, quien, considerándose perdido, hizo otro tanto en las embarcaciones que aún había en el puerto, mientras negociaba una capitulación con los sitiadores á la vez que clavaba la artillería, y se reunió á Antoñanzas, que no había podido burlar la vigilancia de Bianchi. En tal situación, resolvieron á todo trance aprovechar una ventolina y salir á la mar con ocho velas. Atacados á la salida por la flotilla margariteña, fueron apresados cinco de los buques españoles, salvando sólo tres, y uno de ellos con Antoñanzas, herido en el combate, de cuyas resultas murió poco después en Curaçao.

Dueños los expedicionarios de Cumaná, marcharon sobre Cerveris, quien se replegó intimidado; pero antes de hacerlo, mandó fusilar al comandante Bernardo Bermúdez, que había caído prisionero en su poder, el que habiendo salvado moribundo de la ejecución, fué ultimado por su orden en el hospital. Piar, con una fuerte columna, se apoderó de Barcelona. Cajigal, que la defendía, noticioso de que Bolívar invadía por el occidente, se retiró por tierra á la Guayana (agosto de 1813). Al pasar el Orinoco, Boves, y un canario llamado Francisco Tomás Morales, destinado á la celebridad, que lo acompañaban, pidieron quedarse en los llanos, para hostilizar á los rebeldes. Dióles el general español 100 hombres y algunos recursos. Este fué después el núcleo de un ejército formidable que

debía hacer desaparecer por segunda véz la República de Venezuela.

José Francisco Bermúdez, al frente de otra columna, ocupó Curiaco, Carúpano y Río Caribe sobre la costa de Paria. Poseído de la furia de la venganza por la muerte de su hermano, pasó á cuchillo á cuantos realistas cayeron en sus manos, como lo había jurado, adquiriendo desde entonces la fama de cruel y sanguinario á la par de valiente. Antes, al tiempo de ocupar la plaza de Cumaná, los vencedores, estimulados por él, habían hecho pasar por las armas 25 prisioneros de los más señalados en represalia de los sufrimientos que habían hecho experimentar á los patriotas. La guerra á muerte tomaba así el carácter de una guerra de exterminio sin misericordia.

De este modo fué conquistado por los independientes, en menos de ocho meses, todo el oriente de Venezuela. Mariño fué reconocido como jefe supremo y dictador de las provincias orientales de Cumaná, Barcelona y Margarita, y Piar por su segundo. Al mismo tiempo (agosto de 1813), Bolívar entraba triunfante en Caracas y era aclamado dictador en el occidente, después de libertar las provincias centrales de Mérida, Trujillo, Barinas y Caracas, en una de las campañas más extraordinarias de la época, que puede, hasta cierto punto, parangonarse bajo algunos aspectos con la primera campaña de Bonaparte en Italia.

V

Al finalizar el anterior capítulo, dejamos á Bolívar en los valles de Cúcuta, al frente de 1.000 hombres, triunfante de la división realista del coronel Correa que los ocupaba, y reunido á las fuerzas de Pamplona mandadas por Castillo. En esta posición, tomaba por

la espalda á Santa Marta, por el flanco á Maracaibo y Coro, y amenazaba de frente las provincias de Mérida y Trujillo, manteniendo en jaque á la de Barinas (marzo de 1813). Ocupábase en gestionar ante el gobierno de Nueva Granada la autorización correspondiente para invadir y llevar adelante la empresa de libertar á su patria, cuando se le presentó un joven venezolano, abogado y coronel, que había sido miembro del congreso de Caracas. Era un hombre instruído y de talento, pero de una exaltación patriótica que rayaba en el frenesí. Enfurecido por los excesos de Monteverde y sus seides, había publicado en Cartagena un plan de exterminio de la raza española, que firmaron con él algunos proscriptos y varios aventureros extranjeros. Consistía en la organización de un cuerpo juramentado de exterminadores «con el principal fin de destruir en Venezuela la raza maldita de los españoles europeos y los isleños canarios, de manera que no quedase uno solo vivo,» y adjudicarse la mitad de sus bienes, ofreciendo grados y premios á «los que presentasen de veinte cabezas de españoles para arriba.» Bolívar y Castillo prestaron su aprobación á este plan, con la única salvedad de «matar por el momento á los que se tomasen con las armas en la mano,» y someter á la aprobación del gobierno de la Unión lo relativo á la distribución de caudales y cabezas cortadas. Briceño, con esta credencial de sangre, abrió de su cuenta campaña sobre los llanos de Casanare, con una gavilla de ciento cincuenta juramentados. Pocos días después, Bolívar y Castillo recibían una carta, cuyas primeras líneas estaban escritas con sangre, y las cabezas de dos españoles como primeros trofeos de guerra á muerte por ellos sancionada. Ambos rechazaron con indignación el horrible presente, sobre todo Castillo, que repudió enérgicamente

toda solidaridad con el hecho. Derrotado Briceño por fuerzas superiores y tomado prisionero, fué juzgado por un consejo de guerra y fusilado en Barinas conforme á la ley de guerra. Este antecedente de la guerra á muerte que iba á abrirse, tiene su importancia histórica, porque precisamente la ejecución de Briceño fué una de las causales que dió Bolívar para declararla después, cuando aún no había tenido lugar.

En el intervalo de este sangriento episodio, se habían formalizado los convenios para la reconquista de Venezuela entre el gobierno de la Unión y Bolívar. La República de Venezuela sería restaurada bajo los auspicios de la Nueva Granada en su primitiva forma federal, y sus antiguas autoridades repuestas. El ejército neogranadino, conservaría simplemente el carácter de libertador, sin inmiscuirse en el orden interno. La República de Venezuela restablecida, pagaría los gastos de la expedición. Tales fueron las condiciones que subscribió Bolívar, y que juró cumplir fielmente.

Resuelta la invasión, Bolívar ordenó á Castillo avanzar con 800 hombres sobre Correa, fortificado con otros tantos en la angostura de La Grita. El jefe patriota atacó resueltamente la posición enemiga, flanqueándola, y después de un reñido combate, obligó á sus sostenedores á retirarse en derrota hacia Trujillo, con abandono de su artillería desmontada, y á recostarse á Maracaibo. Envanecido Castillo con su victoria y celoso de su jefe, pretendió cruzar los planes de éste, representando al gobierno federal que la expedición tendría un mal éxito del modo que la llevaba. Retiróse luego con parte de sus tropas, y presentó su renuncia en la creencia tal vez de que sería preferido como neogranadino. El presidente Camilo Torres no vaciló. Optó por Bolívar, y con el grado de brigadier le confirió facultad para libertar las provincias ve-

nezolanas de Mérida y Trujillo, con la prevención de no pasar más adelante y esperar las instrucciones que le llevaría una comisión del congreso, la que representaría el papel de los convencionales militares en los ejércitos de la revolución francesa.

Las fuerzas con que contaba Bolívar para acometer su ardua empresa, muy disminuídas por la separación de Castillo, constaban de dos batallones en cuadro (como 100 hombres cada uno), otro casi completo y un piquete de artilleros, sumando un efectivo total que apenas alcanzaba á 600 soldados. Todo su material se reducía á 5 obuses y 4 piezas de campaña, 1.400 fusiles de repuesto y 140.000 cartuchos. Las fuerzas que tenía que vencer alcanzaban á cerca de seis mil hombres, distribuídos de tal manera que cualquiera de las divisiones enemigas podía batirlo con doble número. Sobre el litoral y en el valle de las vertientes occidentales de la cordillera en que operaba, aún le hacía frente Correa con los restos de su división, cubriendo á Maracaibo, donde mandaba Miyares, que contaba con una fuerte guarnición, sostenido por los partidarios armados de la comarca y en comunicación con Santa Marta. Otra división de 400 hombres ocupaba Trujillo. Coro estaba defendido por un cuerpo de tropas regladas de 400 hombres, al mando del inteligente general Ceballos. Una columna de 900 hombres situada en Barquisimeto, cubría á Coro y protegía á Valencia en el fondo del valle. En las vertientes orientales de la sierra y en los llanos centrales, estaba Tizcar, con un cuerpo de ejército como de 1.300 hombres, dominando la provincia de Barinas, sostenido por una columna de observación de 900 hombres al mando del canario José Yáñez en los llanos de Casanare. En San Carlos protegía á Tizcar, y cubría á la vez á Valencia y Caracas—que

contaba con fuertes guarniciones,—otra columna de 1.200 hombres. A retaguardia de todo, estaba Monteverde con la reserva que no bajaba de 700 hombres, con el apoyo de la plaza fuerte de Puerto Cabello. Empero, tres meses después, el centro de Venezuela estaba reconquistado, como ya lo estaba el oriente, y Bolívar entraba triunfante en Caracas

VI

La primera marcha invasora de Bolívar por las vertientes occidentales de la cordillera oriental, que cruza el territorio de Venezuela, fué una serie de relámpagos, que terminó con un rayo. Apoderóse sin resistencia de Mérida, que le ofreció el contingente de un batallón de 500 plazas y un escuadrón de caballería (30 de mayo). Adelantó la vanguardia, fuerte de 500 hombres, á órdenes del comandante Atanasio Girardot, gallardo oficial neogranadino que se había distinguido en las primeras campañas de la revolución, y ocupó Trujillo. Desprendió con un grueso destacamento al comandante Luciano D'Eluyar, otro valeroso oficial granadino de la escuela de Girardot, y obligó á Correa que se había atrincherado en Ponemesa, á refugiarse en Maracaibo. Una gruesa división enemiga de 400 infantes y 50 jinetes, que defendía Trujillo al mando del marino español Manuel Cañas, se replegó á Carache, pueblo decidido por la causa del rey. Girardot con su vanguardia la atacó y la dispersó en una hora de combate, tomándole 70 prisioneros y un cañón (19 de junio). Los prisioneros españoles fueron pasados por las armas, y el pueblo de Carache declarado «infame» en una proclama del general en jefe. En cincuenta días, las provincias de Mérida y Trujillo fueron barri-

das de enemigos, cuyo número representaba el doble de los primitivos invasores. Desde este momento, el general expedicionario asumió una actitud independiente como representante de la soberanía de la República de Venezuela y se invistió de hecho del carácter de dictador. En contravención de las órdenes expresas del gobierno de que dependía y contrariando la política bélica de la república cuyas armas comandaba, fulminó por sí una ley de exterminio que comprendía á los beligerantes y á la población en masa del país invadido, á que dió el carácter de ley fundamental, como él mismo la calificó.

La aprobación dada por Bolívar, aunque condicionalmente, al plan de exterminio de Briceño, y las proclamas con que abriera su campaña, indicaba que iba poseído del delirio de la venganza, á consecuencia de las atrocidades cometidas por Monteverde y sus seides. Al ocupar á Mérida había dicho: «Las víctimas serán »vengadas; los verdugos serán exterminados. Nues»tros opresores nos fuerzan á una guerra mortal. Ellos »desaparecerán de la América. Nuestra tierra será pur»gada de los monstruos que la infestan. Nuestro odio »será implacable y la guerra será á muerte.» En Trujillo, la declaró solemnemente por medio de un tremendo decreto-proclama, con el acuerdo de una junta de guerra que le prestó su aprobación unánime. El documento en que se promulgó es célebre en los anales sangrientos de la humanidad. «La justicia, dice »en su proclama, exige la vindicta y la necesidad nos »obliga á tomarla.» Y disponía en consecuencia: «To»do español que no conspire contra la tiranía en favor »de la justa causa, por los medios más activos y efica»ces, será tenido por enemigo, castigado como traidor »á la patria, y en consecuencia será irremisiblemente »pasado por las armas.» La sentencia de muerte ter-

minaba con estas amenazadoras palabras, que han tenido la sanción de la sangre: «Españoles y canarios: »contad con la muerte, aun siendo indiferentes, si no »obráis activamente en favor de la libertad de Vene»zuela. Americanos: contad con la vida, aun cuando »seáis culpables.» Desde entonces fechó sus bandos dictoriales abriendo una nueva era en los anales americanos: «Año III de la independencia y primero de la guerra á muerte.»

La guerra á muerte declarada por Bolívar en Trujillo y ejecutada al pie de la letra como el terrorismo de la revolución francesa, ha sido contradictoriamente juzgada, bajo diversos aspectos. Preconizada como acto de fortaleza, explicada por la necesidad como cálculo de fría prudencia, justificada como medio de hostilidad, excusada por las perturbaciones morales de la época, nadie, con excepción de los españoles, la ha condenado en absoluto como acto de ferocidad personal, que no estaba en la naturaleza elevada y magnánima aunque soberbia del dictador. En medio de tan contradictorios juicios, inconsistentes unos y sofísticos otros, sólo dos hombres la han condenado francamente. Uno de ello, es el mismo Bolívar. En sus últimos años, aleccionado por la experiencia, y después de haber defendido apasionadamente la guerra á muerte ante sus contemporáneos, confesó: que fué un «dedirio», y un delirio estéril, pues que sin la guerra á muerte habría triunfado también; pudiendo agregar que hubiera triunfado mejor. Es que la guerra á muerte estaba en el corazón de los combatientes enconados en la lucha, y el dictador, impregnado de las pasiones de su tiempo y de su medio, y con sus instintos de criollo americano, no fué sino su vehículo; pero al recibir la impresión de su alma fuerte y tomar forma definida bajo su pluma impetuosa, se

magnificó trágicamente, y él la exageró como todo lo que caía en su cerebro, en que la imaginación predominaba. El otro que la ha condenado, y sin remisión, es un escritor venezolano, admirador de su genio, que apoyándose en la misma confesión, la estigmatiza ante la moral y la justicia, ante la conveniencia y la necesidad; sienta al Libertador en el banco de los acusados en nombre de su propia posteridad, y calificándola de «crimen» condensa su severo fallo en esta conclusión: «La guerra á muerte, ó llámese el «Te»rror» de los años 13 y 14, lejos de ser un medio de vic»toria, fué un obstáculo para conseguirla. Creó á la re»pública millares de enemigos en lo interior y le arre»bató las simpatías exteriores. Fué la rabia de una »tempestad, es una mancha de lodo y sangre en nues»tra historia.»

VII

La guerra á muerte no fué inventada por Bolívar. Desde los primeros días de la revolución, las provincias del Río de la Plata proclamaron la doctrina terrorista, de que eran reos de rebelión, sin remisión, los que encabezaran resistencias contra sus armas, y en nombre de ella, perecieron en un patíbulo el ex virrey Liniers y sus compañeros civiles y militares, del mismo modo que los generales y funcionarios españoles del Alto Perú que cayeron prisioneros. Chile siguió el ejemplo, proclamando la misma doctrina revolucionaria, y la ejecutó en el coronel Figueroa. Los españoles á su vez, hicieron la guerra á muerte en Méjico, en el Alto y Bajo Perú, tratando como á rebeldes, según sus leyes, á los que levantaran armas contra el rey. Montes la practicó en Quito, aunque no sistemáticamente como se ha visto. La Nueva Granada

fué una excepción, al reprobar los excesos de sus jefes en las primeras campañas de su revolución, como reprobó el plan de exterminio de Briceño, ordenando á Bolívar ajustarse á las instrucciones que le prescribían la observancia de las leyes regulares de la guerra.

En Venezuela, la lucha no tomó un carácter feroz hasta tanto que los elementos indígenas no entraron á intervenir en ella, asumiendo el carácter de contienda intestina. Y debe decirse, en honor de la verdad histórica, que la iniciativa de la guerra á muerte en nombre de la doctrina revolucionaria proclamada en el Plata, en Chile y el Alto Perú, corresponde á los patriotas en Venezuela y no á los realistas. Los jefes españoles Miyars, Ceballos y Cajigal, que encabezaron la reacción, hicieron la guerra con humanidad, reprimiendo ó condenando los excesos de sus subordinados, y el comisionado de la regencia Cortabarría ejerció su alta representación con prudencia. Verdad es que la regencia, en el hecho de declarar rebeldes á los insurrectos de Venezuela, los condenaba de derecho á muerte como tales, con arreglo á las leyes de Indias, pero ni las aplicó ni las invocó siquiera. Fueron, por otra parte, los patriotas de Venezuela los primeros que declararon rebelde á la provincia de Coro por no reconocer la supremacía de la junta revolucionaria de la capital, como fueron ellos los primeros en dar el ejemplo de ejecuciones sangrientas y exposición de cabezas cortadas, según se dijo y comprobó antes. Hasta que apareció Monteverde en la escena, después del terremoto, y puso á saco el pueblo de Carora (marzo de 1812), las tropas españolas no habían cometido ningún exceso. Las horribles matanzas de San Juan de los Morros, Calabozo y Villa del Cura, fueron la obra personal de Antoñanzas y Boves acaudillando á los llaneros vene-

zolanos, y no se erigieron en sistema. Después de la capitulación de San Mateo, el terrorismo del mismo Monteverde en Caracas, no fué sangriento, limitándose á vejámenes oprobiosos, á prisiones crueles y secuestros, y alguno que otro asesinato aislado. Las violencias de Cerveris y las atrocidades de Zuazola, fueron resistidas por el gobernador español Emeterio Urueña, que amparó á los perseguidos en Guayana y Cumaná; condenadas por el tribunal de la Real Audiencia en nombre de la ley común, y protestaron enérgicamente contra ellas con su voz autorizada los realistas más señalados, como Urquinicna, Montenegro, Costa Gali y los generales Miyares y Cajigal, haciendo escuchar las quejas de Miranda desde el fondo de su calabozo. Además, esas atrocidades fueron vengadas por Arismendi en Margarita, por Mariño en Cumaná y por Bermúdez en Paria, y la cuenta corriente de sangre estaba saldada en el oriente de Venezuela.

Cuando Bolívar, después de invadir á Venezuela por el ocidente, declaró en Trujillo la guerra á muerte á los españoles, por razón de raza y no como beligerantes, comprendiendo hasta á los indiferentes, no había corrido más sangre que la de los combates, ningún exceso bélico había sido cometido por los realistas durante esa campaña en el teatro de sus operaciones. Faltaba, pues, la razón de hecho, aun para decretar la represalia. La primera transgresión á las leyes de la guerra y de la humanidad, fué cometida por los patriotas acaudillados por Briceño, que iniciaron la invasión cortando las cabezas de dos españoles inermes en ejecución del plan de exterminio de raza que había merecido antes la aprobación, aunque condicional, de Bolívar. La razón de la represalia estaba más bien de parte de los españoles. Cuando Briceño fué hecho prisionero y ejecutado previo un consejo de guerra, los

realistas usaron de un derecho. Briceño se había colocado hasta fuera del derecho de gentes como los bandidos y los piratas. Sin embargo, esta ejecución fué la única causal que pudo aducir Bolívar para justificar su declaración, lo que importaba hacerse solidario del injustificable crimen de la víctima, al dar á su plan de exterminio la fuerza de una ley. Y es de notarse por lo que respecta á la verdad histórica, que cuando Bolívar invocaba como única causal la muerte de Briceño, éste vivía aún, y su ejecución tuvo lugar en el mismo día en que firmaba su decreto-proclama. Así, la declaración á muerte careció hasta de causal, y fué más bien una provocación á ella, como en realidad lo fué. Y no sólo fué una medida de guerra injustificada aun como retaliación, sin razón de ser ni necesidad, sin lógica y sin filosofía política, como producto de un delirio según propia confesión, sino también la causa de las derrotas que le hicieron experimentar sus mismos compatriotas acaudillados por los jefes españoles armados con la misma arma de dos filos por él forjada, como lo enseña la historia, quedando así probada por el experimento su esterilidad, hasta como medio de victoria que pudiese darle la sanción del éxito.

En Carache empezó á ejecutarse el decreto de guerra sin cuartel, con el fusilamiento de los prisioneros, según se explicó antes.

VIII

En Trujillo terminaba la misión militar encomendada á Bolívar por el congreso de Nueva Granada; pero el general expedicionario, que al asumir el papel de dictador independiente se había puesto en contra

dicción con sus instrucciones, no vaciló en desobedecer la orden de detenerse en su invasión que le fué á la sazón comunicada. No podía renunciar al propósito preconcebido de redimir el territorio esclavizado de Venezuela, y de ceñirse la corona cívica de libertador de su patria; ni debía permanecer en la inacción sin peligro de perder todas las ventajas adquiridas. Decidióse por lo tanto á continuar la campaña bajo su responsabilidad. Las razones que para ello dió al gobierno de la Unión, fueron bien fundadas, y se imponían hasta á la misma prudencia, revelando su gran penetración política á la par que su audacia como guerrero para acometer empresas heroicas. Sus victorias eran el resultado de la celeridad de sus movimientos y del ímpetu de sus ataques, que habían desconcertado al enemigo magnificando sus fuerzas. Detenerse, era perderse, y abrir las fronteras desguarnecidas de la Nueva Granada á la invasión realista por él contenida, y al avanzar, las defendía mejor. «Si cometiese la debilidad, decía, de suspender mis marchas, »sería perdido indefectiblemente junto con las tropas »de la Unión. Los enemigos reconocerían el corto »número de soldados invasores, reunirían sus tropas »dispersas y darían un golpe seguro. Así, mi reso»lución es obrar con la última celeridad y vigor; vo»lar á Barinas, destrozar allí las fuerzas del enemigo, »y de este modo libertar á Nueva Granada de los »enemigos que podían subyugarla.» Como lo dijo, lo hizo. Pero otro móvil igualmente poderoso, lo impulsaba á ir adelante. Desde Cúcuta, resonaban en sus oídos como un toque de clarín, el grito de los proscriptos que acaudillados por Mariño, Piar y Bermúdez, reconquistaban el oriente de Venezuela. «No me pa»rece imposible, decía entonces, llegar hasta Caracas »y libertar aquella capital, si ya no lo está

»por los patriotas del oriente.» Y una vez lanzado á la empresa, escribía poco después al presidente neo-granadino, impulsado por la noble emulación: «Temo »que nuestros ilustres compañeros de armas de Cuma-»ná y Barcelona, liberten nuestra capital antes que »nosotros lleguemos á dividir con ellos esta gloria; »pero nosotros volaremos, y espero que ningún liber-»tador pise las ruinas de Caracas primero que yo.»

Tizcar, que como queda dicho, ocupaba Barinas con un cuerpo de ejército de 1.300 hombres, ni sostuvo á Correa para defender á Mérida, ni apoyó á Cañas en Trujillo como pudo haberlo hecho, ni se atrevió á atacar á Bolívar que le presentaba el flanco. Decidióse al fin á operar por la retaguardia de los invasores, pero en vez de marchar en masa, cometió el error de dividir sus fuerzas. Destinó al coronel José Martí al frente de una columna de 700 hombres de las tres armas con el propósito de cortar las comunicaciones de los republicanos con la Nueva Granada, y atravesar al efecto la cordillera interpuesta entre ambos contendientes. Bolívar que lo supo y tenía la resolución hecha de invadir á Barinas, previno el movimiento de Tizcar, y tomó la ofensiva por una atrevida marcha estratégica, que fué la operación, si no la más bien combinada, la más feliz de su campaña. Sin perder momento, se puso al frente de la vanguardia considerablemente engrosada, cruzó la cordillera frente á Trujillo y sorprendió un destacamento de 50 hombres que cubría el paso de Boconó. Su objeto era cortar á Tizcar sus comunicaciones con Caracas y alejarlo de sus reservas echándolo al interior de los llanos. Al emprender su marcha, ordenó á su mayor general Rafael Urdaneta (que sería uno de sus primeros generales), que le siguiera por otro camino más al sur, con la retaguardia á cargo del comandante José Félix Ri-

vas, á quien ya conocemos y que sería el héroe de esta campaña. El punto de reunión era la llanura de Guanare en las nacientes del río Portuguesa. Al cruzar la cordillera, Rivas y Urdaneta al frente de 400 ó 500 hombres, en su mayor parte reclutas de Mérida, encontraron á su frente la fuerte columna de Martí, situada en las mesetas de Naquitao al pie de la sierra oriental, interpuesta entre ellos y su vanguardia, la que á su vez quedaba entre los dos cuerpos de ejército de Tizcar. Si Martí contramarchaba, noticioso de la marcha de Bolívar, éste estaba perdido, tomado entre dos fuegos por fuerzas superiores. De la decisión de este momento pendía el éxito de la campaña. Rivas con gran resolución, de acuerdo con Urdaneta, se decidió por el ataque, y marchó en busca del enemigo á pesar de la superioridad de sus fuerzas. Los realistas estaban posesionados de una alta meseta, con hondos barrancos á su pie. Atacados á las 9 de la mañana (1° de julio) fueron desalojados de esta posición que parecía inexpugnable, y se replegaron á otra más fuerte aún. Atacados de nuevo por la espalda al día siguiente (julio 2), quedaron deshechos después de cinco horas de combate. Cuatrocientos prisioneros y un cañón, fueron los trofeos de esta jornada decisiva. Los prisioneros fueron fusilados sobre el campo, conforme al decreto de guerra á muerte.

El 1.° de julio, el mismo día en que triunfaba Rivas en Naquitao, Bolívar estaba en Guanare. Sabedor allí que Tizcar se hallaba tan sólo al frente de 500 hombres, determinó marchar sobre él, antes que pudiera reunírsele la columna de Yáñez. El general español amedrentado, abandonó la posición que ocupaba en los llanos, y se replegó en fuga á las Nutrias en la margen izquierda del Apure. Perseguido activamente por la vanguardia al mando de Girardot, quien

se interpuso entre él y Yáñez, obligó á éste á retirarse, y determinó la sublevación de la columna de Tizcar, que se puso en fuga con sus restos hacia la Guayana (julio 13). Mientras tanto, Bolívar ocupaba la capital de Barinas y se apoderaba de 13 piezas de artillería y un considerable depósito de armas y municiones (julio 6). De este modo, en menos de cuarenta y cinco días, estaban reconquistadas las provincias de Barinas, Mérida y Trujillo, vencidas cinco divisiones que sumaban cerca de tres mil hombres, y tomados 600 prisioneros—tantos como fueron los invasores,—con 18 piezas de artillería.

IX

Dueño el general republicano de la provincia de Barinas, rica en recursos naturales y elementos de guerra, remontó sus fuerzas, disciplinó nuevos batallones y formó con los naturales de la comarca numerosos escuadrones de buena caballería, completando así la organización de su ejército, que dividió en tres cuerpos de operaciones, vanguardia, centro y retaguardia. Con la actividad que le era característica, formó un nuevo plan de campaña y lo puso inmediatamente en ejecución. Dispuso que Urdaneta con el centro, se situase en Araure, al pie oriental de la cordillera, en observación de la división española que en San Carlos cubría á Valencia y Caracas, ordenando á la retaguardia destacada de Girardot, se reconcentrara en el mismo punto. Adelantó sus partidas hasta los llanos de Calabozo, buscando ponerse en comunicación con los patriotas de Barcelona y Cumaná en el oriente. Rivas, con la división de vanguardia, repasó la cordillera,

cubierto por el movimiento de avance del centro. El plan no podía ser más vicioso. Comprometía el núcleo de su ejército en una posición avanzada, hacía depender su seguridad del refuerzo contingente que podría prestarle la retaguardia comprometida en el interior de los llanos. Dividía sus fuerzas con la cordillera por medio, acercando á las masas enemigas una división débil á la que no podía proteger, y se exponía á ser batido en detall en todas sus partes. Si los enemigos hubiesen reconcentrado las dos gruesas divisiones que tenían al oriente y al occidente de la cordillera y que podían obrar en combinación, cayendo con cuádruples fuerzas sobre Rivas aislado y sin protección, otro habría sido el resultado. Pero cálculo atrevido, en que la imprudencia es prudencia contando con los errores del enemigo, ó favores de la fortuna, el plan, tan vicioso como era, surtió todos sus efectos y fué coronado por el éxito más brillante.

El objeto del movimiento aventurado de Rivas, era destruir la columna situada en Barquisimeto, al mando del coronel español Francisco Oberto, considerablemente aumentada con los restos de la división de Cañas batida en Carache, y que á la sazón constaba de 800 infantes y 200 hombres de caballería. El jefe español, confiado en la superioridad numérica y la calidad de sus tropas, salió al encuentro de Rivas, en el punto llamado de los Horcones. Rivas cuya fuerza no alcanzaba á 600 hombres de infantería y de caballería, no vaciló en tomar la ofensiva. Rechazado en los dos primeros ataques, volvió por tercera vez á la carga hasta triunfar completamente (22 de julio). Cuatro piezas de artillería, cien muertos, el parque y los bagajes del enemigo, fueron los trofeos de esta victoria, complemento de la de Naquitao, que aseguró el éxito de la campaña. Los prisioneros españoles to-

mados en el campo, fueron fusilados conforme al decreto de guerra á muerte de Trujillo.

Bolívar no se durmió sobre sus verdes laureles: mostróse hábil y activo para recoger los frutos de su nueva victoria. Repitió sus órdenes á Girardot para que á marchas forzadas se le incorporase con la retaguardia, que acudió á tiempo. Llamó á sí la división triunfante de Rivas, que repasó por tercera vez la cordillera en el espacio de 30 días. Reunió su nueva caballería llanera, y al frente de 1.500 hombres más ó menos, marchó sin pérdida de momento sobre la división realista situada en San Carlos. Era ésta la última esperanza de los españoles. Constaba de 700 infantes y poco más de 300 hombres de caballería, al mando del coronel Julián Izquierdo. El jefe español, tan valiente como poco cauto, cometió la imprudencia de presentar batalla en la llanura descubierta de Taguanes frente á San Carlos, siendo inferior en caballería. Atacados de frente los realistas por la infantería republicana, á la vez que la caballería llanera amenazaba cortarles la retirada hacia Valencia, pusiéronse en retirada, marchando y combatiendo en orden cerrado por el espacio de seis horas. Ya estaban próximos á alcanzar el pie de la inmediata serranía, que era la salvación, cuando cortada otra vez su retirada por la caballería y atacados de nuevo por la infantería republicana, sus escuadrones se desbandaron y sus batallones se desordenaron, cayendo mortalmente herido el coronel Izquierdo. Fué una victoria completa. Los que no se dispersaron ó fueron muertos, quedaron prisioneros. Los historiadores españoles confesaron una pérdida de 700 infantes. Bolívar dice, con tanta energía como concisión: «Todos sus batallo»nes perecieron ó se rindieron. No se salvó un infan-

»te, un fusil.» Fué la batalla final de la campaña del occidente de Venezuela y de la primera gran campaña del libertador sudamericano.

X

Monteverde, confiando en que el ejército de Tizcar daría cuenta de la invasión del occidente, al saber la ocupación de Barinas, se trasladó á Valencia, con el objeto, según decía, de dar dirección á las operaciones. Dejó sacrificar, sin darles instrucciones, á la columna de Oberto en Barquisimeto, y dió órdenes y contraórdenes á la de Izquierdo en San Carlos para retroceder ó avanzar, debilitándola en vez de auxiliarla oportunamente como pudo, sin acertar siquiera á reunir ambas, ó reconcentrarlas á su reserva, ó reforzar una de ellas, lo que le habría dado el triunfo. Aquí, como en Maturín, mostró que no tenía cabeza militar, y que sólo la fortuna ciega le había favorecido en su empresa de la restauración de Venezuela, que parecía anunciar, si no un genio, por lo menos un hombre de corazón ó de cabeza. Las derrotas sucesivas de los Horcones y de Taguanes, lo anonadaron moral y materialmente. Contaba aún con un cuerpo de tropas de 700 á 800 hombres. Había empezado á fortificarse en Valencia con el propósito de defenderse, cuando supo el avance de Bolívar sobre San Carlos. Tardíamente salió en apoyo de Izquierdo con algunas compañías de infantería y caballería; pero en el camino recibió la noticia de su derrota, retrocedió en fuga, abandonó cobardemente á Valencia y encerróse en Puerto Cabello. Bolívar ocupó Valencia sin resistencia, apoderándose allí de treinta piezas de artillería de grueso calibre y un gran parque de armas y municiones.

La ciudad de Caracas contaba todavía con una guarnición como de 1.500 urbanos y voluntarios; pero aterrada por los desastres y el anuncio de la marcha del vencedor sobre la capital, se disolvió en su mayor parte, y el jefe de la plaza, que lo era el general Manuel Fierro, se resolvió á capitular, de acuerdo con una junta de guerra que reunió al efecto, en que sólo un oficial subalterno votó por la resistencia. Bolívar acordó generosamente una capitulación honrosa, prometiendo olvido del pasado y garantías á las personas y propiedades, bajo la condición de que se le entregaran todos los pueblos comprendidos en la provincia de Caracas ocupados por los españoles. Fierro, temeroso de que Bolívar observase la misma conducta que Monteverde después de la capitulación de San Mateo, se anticipó á evacuar la plaza embarcándose en La Guayra con lo que pudo. Monteverde por su parte, se negó á ratificar la capitulación de Caracas, y con razón, pues ella le imponía la obligación de evacuar á Puerto Cabello, y dejó así entregados á merced del vencedor á más de quinientos españoles comprendidos en la ley de guerra á muerte, que no pudieron huir con Fierro.

La reconquista de la República de Venezuela quedó así operada. La revolución y la reacción volvían á ocupar las mismas posiciones de 1810 y 1812: todo el centro y el oriente, por los independientes, desde la cordillera al Orinoco; y en los dos extremos, el litoral de occidente y la Guayana por los realistas. Una nube que amenazaba otra reacción, aparecía en los llanos del oeste, pero aun no se había condensado. Sólo quedaba Puerto Cabello por las armas del rey en la provincia de Caracas. Si Bolívar, después de ocupar á Valencia hubiese marchado con su acostumbrada actividad y resolución sobre esta plaza, la habría tomado

fácilmente, pues nada había previsto para su defensa, y hasta sus fortificaciones estaban desmanteladas. Pero en vez de esto, el Libertador atraído por la vanagloria, se dirigió con todo su ejército á Caracas en busca de las embriagantes ovaciones que le esperaban, y dejó tiempo á Monteverde (veinte días) para hacerse inexpugnable, cometiendo el mismo error de San Martín después de Chacabuco, al dar respiro á los enemigos vencidos para fortificarse en Talcahuano.

De todos modos, la campaña reconquistadora estaba gloriosamente terminada. En ella mostró Bolívar por la primera vez, que si no era un general metódico ni tenía una educación militar, poseía en alto grado, á la par de las dotes del caudillo revolucionario, el genio de la guerra, y la inspiración ardiente en medio de la acción, elevándose de un golpe, en su escala, al rango de los célebres capitanes antiguos y modernos. La rapidez para concebir y la audacia para ejecutar sin vacilación; la fortaleza para sobreponerse á los contrastes y el ímpetu heroico para ir siempre adelante; el prestigio para dominar moralmente al enemigo é infundir confianza á los suyos; la intuición para prevenir las maniobras, aun cometiendo errores que el éxito coronaba, y la presencia de espíritu para utilizar sobre la marcha los frutos de sus victorias, tales fueron las grandes cualidades morales y militares que reveló como hombre de acción y de pensamiento en esta memorable campaña. Sus resultados fueron: seis grandes combates, que valen batallas, ganados en un trayecto de 1.200 kilómetros sin un solo revés, al través de dos cordilleras; cinco gruesos cuerpos de ejército que sumaban 4.500 hombres, dispersados, muertos y prisioneros ó rendidos con sus armas y banderas; la captura de 50 piezas de artillería y tres grandes depósitos de guerra; la reconquista de todo el occidente

de Venezuela de cordillera á mar, ligando sus operaciones con las del ejército del oriente ya rescatado, y la restauración de la república independiente de Venezuela. Y todo esto, con 600 hombres y en noventa días. Nunca con menos se hizo más, en tan vasto espacio y en tan breve tiempo. Con razón un historiador europeo, al condensar el juicio universal á su respecto, ha dicho: «Esta rápida campaña, que los entendidos »colocan al lado de las más atrevidas empresas milita»res de que la Europa era entonces teatro, ha sido el »germen de la grandeza futura de Bolívar, y le ha »merecido el primero, y quizá el más hermoso y el »más puro florón de su corona triunfal, cuya gloria no »puede ser marchitada ni aun por el acto de triste »memoria en que proclamó la guerra á muerte.»

XI

Bolívar entró en triunfo en su ciudad natal (6 de agosto), de la que había salido un año antes, proscripto, obscuro y con un tizne en la frente. El pueblo lo aclamó con entusiasmo como su libertador, las campanas se echaron á vuelo, las salvas de artillería resonaban en Caracas y en las fortalezs de la Guayra; el camino que recorría estaba sembrado de flores y las flores y las bendiciones llovían sobre su cabeza. Un grupo de bellas jóvenes vestidas de blanco adornadas con los colores nacionales tomó las riendas de su caballo y le coronó de laureles, mientras las músicas militares sonaban la marcha triunfal de la independencia y la libertad. El triunfador merecía esta ovación á doble título: había vencido y no manchó su victoria con ninguna venganza. A pesar de la sentencia de muerte que pesaba sobre la cabeza de los espa-

ñoles, y que sólo había ejecutado hasta entonces en los prisioneros tomados con las armas en la mano en el campo de batalla, no usó de su tremenda facultad, y se limitó á mantenerlos presos, secuestrando sus bienes. Las prisiones de los cautivos patriotas se abrieron. Los vencidos quedaron amparados por el contento general, según el testimonio de uno de los más acerbos enemigos del triunfador.

Dos días después anunciaba al pueblo el establecimiento de la República de Venezuela, bajo los auspicios auxiliadores de la Nueva Granada, que había ido, según sus palabras, «no á dictar leyes, sino á restablecer su independencia y su libertad, dejándolo dueño de sus destinos.» Empero, guardóse bien de restaurar (con arreglo á las intrucciones neogranadinas que había jurado) la antigua república federal de Venezuela, á la que era radicalmente opuesto por principios y por instinto de la seguridad común. «Recórrase la presente campaña—decía sobre este tópico en una proclama posterior,—y se hallará que un sistema muy opuesto ha restablecido la libertad. Malograríamos todos los esfuerzos y sacrificios hechos si volviéramos á las embarazosas y complicadas formas de administración que nos perdió.» En consecuencia, se proclamó dictador y se dió á sí mismo el título de «Libertador.» «La urgente necesidad de acudir á los enemigos, decía á sus conciudadanos, me obliga á tomar en el momento deliberaciones sobre las reformas que eran necesarias en la constitución. Una asamblea de hombres virtuosos y sabios debe convocarse y sancionar la naturaleza del gobierno en las circunstancias extraordinarias que rodean á la república. El Libertador de Venezuela renuncia para siempre y protesta formalmente, no aceptar autoridad alguna que no sea la que conduzca nuestros soldados á los peligros

»para la salvación de la patria.» Esta fórmula que descubría la ambición de mando que desde entonces empezó á devorarlo, y que repetiría toda vez en que lo reclamase en el hecho como una propiedad suya, era, empero, la única que respondía á las necesidades de la situación. La república federal bajo su antigua forma, era la anarquía y la derrota segura, y Bolívar obró con previsión y patriotismo al asumir la dictadura política y militar, como lo único que podía salvar, quizá, á Venezuela. Asimismo se perdió por segunda vez.

Venezuela tuvo así dos dictadores á la vez: uno en oriente, otro en occidente. Tan ambicioso el uno como el otro, ambos aspiraban al mando general. Mariño, que como se dijo antes se había hecho proclamar jefe supremo de las provincias orientales de Cumaná, Barcelona y Margarita, envió comisionados á Bolívar, para tratar de igual á igual respecto del sistema de gobierno que convendría adoptar para la república, lo que importaba la exigencia del reconocimiento previo de la autoridad independiente de que estaba en posesión. Bolívar, que temía que esta división rompiese la unidad de las provincias y debilitase el nervio de la guerra—además de la supremacía á que se consideraba con derecho,—retardó por algún tiempo hacer tal reconocimiento. El patriotismo y la recíproca seguridad aconsejaban centralizar el mando, ó por lo menos combinar los esfuerzos contra el enemigo común. La autoridad de hecho del uno era tan legítima como la del otro á título del territorio por ellos ocupado, como igualmente ilegal del punto de vista de las formas; pero la de Bolívar se imponía como necesaria, porque era el alma de la revolución, representaba el sentimiento nacional y la alianza con Nueva Granada cuyas armas mandaba; mientras la de Mariño, sin plan político y sin idea-

les, sólo tenía por objetivo inmediato el mantenimiento de una informe confederación militar de dos satrapías independientes, que entrañaban la disolución. Pero mientras su carácter de dictador de oriente no fué expresamente reconocido por Bolívar, Mariño se mantuvo en inacción con un poderoso ejército, absteniéndose de concurrir á la guerra de occidente, y hasta de hacer sentir su acción militar en los llanos intermedios donde á la sazón empezaban á reaccionar los realistas, sin abrir siquiera hostilidades sobre la Guayana, donde el enemigo se resistía.

Bolívar aunque tardíamente, había establecido el sitio de Puerto Cabello; pero los veinte días perdidos con su vana entrada triunfal en Caracas, nunca los pudo recuperar; y no sería esta la última vez en que llamado por la vanagloria, sacrificase á ella la verdadera gloria de una campaña, que es el triunfo definitivo. El 25 de agosto se presentó delante de la plaza, y se apoderó bajo el fuego, de las defensas exteriores, reduciendo á los sitiados al castillo y sus aproches, merced al valor de las tropas granadinas, que constituían el nervio del ejército unido, según el mismo general en jefe. En seguida, con las piezas de artillería tomadas en Valencia, estableció contrabaterías, y apagó los fuegos de la escuadrilla del enemigo que hostilizaba uno de sus flancos, dominando el río adyacente con tres bergantines. El general sitiador intentó apoderarse de la plaza por medio de un golpe de mano nocturno. Al efecto hizo avanzar dos divisiones ligeras (31 de agosto) y atacó los fuertes destacados, obligando al enemigo á replegarse á las estacadas que protegían los aproches de sus murallas. El ataque fué rechazado. El único resultado de esta tentativa, fué tomar prisionero al bárbaro Zuazola, que mandaba uno de los fuertes. Bolívar propuso canjearlo por uno

de sus jefes prisioneros, pero Monteverde se negó. Zuazola fué suspendido en una horca delante de los muros de Puerto Cabello.

Mientras tanto, la reacción volvía á levantar la cabeza por todas partes: en los alrededores de Caracas, en las costas de sotavento, en la cordillera, en los valles, en los llanos altos y bajos del centro y en Barinas. El dictador fulminó entonces su último rayo de guerra á muerte, que debía ser seguido por una de las hecatombes más sangrientas que recuerde la historia. Decretó, en su forma habitual de proclama (6 de septiembre), que incurrirían en la pena de muerte todos los americanos antes exceptuados, y que los declarados traidores á la patria, serían juzgados y condenados por simples sospechas vehementes. De este modo corregía y agravaba el error de lógica de la proclama-decreto de Trujillo, igualando ante la traición á españoles y americanos; pero lógicamente produjo efectos más desastrosos, y contribuyó, aunque indirectamente, á su final derrota en la nueva campaña que emprendía, no obstante los grandes triunfos que alcanzó. ¡Lógica del destino!

Por este tiempo (16 de septiembre), arribó á Puerto Cabello una expedición salida de España, compuesta de la fragata Venganza, de 40 cañones, una goleta de guerra y seis transportes, conduciendo un regimiento de 1.200 plazas, denominado de Granada, mandado por el coronel José Miguel Salomón. El general republicano, con sus tropas enfermas y debilitadas por la insalubridad del clima de Puerto Cabello, vióse obligado á levantar el sitio, y se retiró á Valencia, con el objeto de reponerse, y de atender á las provincias del interior convulsionadas á su espalda, á la vez que observar los movimientos del enemigo por su frente, y

por el flanco occidental que había descuidado, como Mariño había descuidado el suyo por el oriente así como su frente de los llanos del Apure.

XII

Envalentonado Monteverde con la retirada de los republicanos y con el refuerzo recibido, se puso en campaña, al frente de 1.600 hombres, dejando guarnecida la plaza con los voluntarios españoles. Con esta fuerza bien dirigida, con el concurso simultáneo de la sublevación de los llanos y de las guarniciones de Maracaibo y Coro, el general español habría podido tomar por segunda vez la revolución de Venezuela; pero cometió el error de no concertar ningún plan, y el más grave de dividir sus fuerzas (septiembre 25).

Puerto Cabello se halla dividido de la planicie en que se asienta la ciudad de Valencia, por uno de los últimos ramales de la cordillera oriental que la envuelven por el oeste, el cual sólo tiene dos caminos de acceso: el uno llamado de Aguacaliente y de las Trincheras, y el otro el del valle de San Esteban, dominado á su entrada por las alturas de Bárbula. Monteverde ocupó las Trincheras y se fortificó en esta posición, adelantando una vanguardia de 500 hombres sobre las alturas de Bárbula, á distancia de 10 kilómetros sobre su flanco derecho. Bolívar permaneció indeciso por el espacio de cuatro días ante este despliegue inexplicable de fuerzas, á la espera del desarrollo del plan del enemigo; pero convencido al fin de que no tenía ninguno, resolvió tomar la ofensiva, aprovechando la ventaja que la incapacidad de Monteverde le brindaba. Lanzó sobre Bárbula, las probadas tropas granadinas al mando de Girardot y D'Eluyar,

sostenida por una columna á órdenes de Urdaneta, que treparon valientemente las fuertes posiciones del enemigo desalojándolo de allí. Al coronar los neogranadinos triunfantes la altura de Bárbula, una bala de fusil hirió en la cabeza al valeroso Girardot, derribándolo sin vida (30 de septiembre). Las tropas granadinas pidieron en premio de su victoria que se les concediera el honor de llevar solas el ataque sobre las Trincheras, para vengar la muerte de su jefe, y Bolívar lo concedió; pero hízolas apoyar por una columna de 1.000 venezolanos, exaltando así el noble sentimiento de emulación de los ejércitos unidos. Monteverde fué forzado en sus atricheramientos, con pérdidas considerables, y herido él mismo en la pelea (3 de octubre), volvió á encerrarse en Puerto Cabello. El coronel Salomón tomó interinamente el mando de la plaza. El sitio de los republicanos volvió á restablecerse bajo la inmediata dirección de D'Eluyar con las tropas granadinas.

Bolívar, siempre ávido de emociones teatrales, voló de nuevo á la capital en busca de nuevas ovaciones y honores para los muertos y los vivos. Excesivo en todo, después de comparar la reconquista de Venezuela á las Cruzadas de la cristiandad, decretó en forma de ley, honores á la memoria de Girardot, cual no se habían tributado jamás á un general vencedor muerto en el campo de batalla. Hizo su elogio fúnebre en una proclama en que lo comparó á Leónidas por sus hazañas, declarando que á él debía muy principalmente la República de Venezuela su restablecimiento, y la Nueva Granada sus más importantes victorias. Los ciudadanos llevarían luto por su pérdida, durante un mes consecutivo; su corazón sería llevado en triunfo á Caracas, y depositado en un mausoleo erigido en la catedral; sus huesos se transportarían á Antioquía, su

patria; su batallón llevaría por siempre su nombre, el cual se inscribiría en todos los registros públicos de las municipalidades de Venezuela, «como el primer bienhechor de la patria»; y por último, acordaba el goce de sus sueldos á toda su posteridad, con las gracias y preeminencias de la gratitud pública empeñada. Después de esto, ya no quedaba más que un honor posible á los sobrevivientes, y es el que se reservaba él al dirigirse á la capital. «Yo no me aparto de vos»otros—dijo en tal ocasión á su ejército,—sino para »ir á conducir en triunfo el gran corazón del inmor»tal Girardot.» Este viaje fúnebre, en momentos en que la reacción realista triunfaba en los llanos—del modo que luego se explicará y una invasión lo amenazaba por el occidente,—ha sido severamente criticado por sus contemporáneos en Europa y América, y hasta por sus mismos ministros como acto de vanidad pueril y de ostentación teatral. El único historiador nacional que lo excusa, tiene que asignarle otros motivos más serios que los dados por él mismo. El secreto del viaje fúnebre iba encerrado en la urna del corazón de Girardot.

En el mismo día en que se tributaron honores póstumos á Girardot (octubre 14), el gobernador político de Caracas nombrado por el dictador, convocó apresuradamente á la municipalidad, con asistencia tan sólo de los corregidores de la ciudad, el prior del consulado y el administrador general de rentas, hasta completar con dificultad el número de veinte empleados. Constituídos por sí y ante sí en asamblea soberana, decretaron sobre tablas en nombre del pueblo, á propuesta del gobernador, que se invistiese á Bolívar del carácter de capitán general de los ejércitos de Venezuela, y le confirieron por aclamación y á perpetuidad el «sobrenombre» (palabra del acta) de «Libertador».

que él mismo se había anticipado á darse en documentos públicos, y nunca dado por ninguna asamblea soberana á ningún hombre del mundo. Al mismo tiempo mandaron fijar en las portadas de todas las municipalidades una inscripción: «Bolívar, Libertador de Venezuela.» He aquí el origen del glorioso título con que Bolívar ha pasado á la historia. La posteridad lo ha confirmado, olvidando los pobres medios por que fué alcanzado y la pequeñez moral del que lo aceptó en nombre de la soberanía popular, de quienes no podían hacer otra cosa que lo que él les permitiese, cuando había negado al pueblo, al proclamarse justificadamente dictador, la capacidad de instituir un gobierno propio. Era el primer síntoma del delirio de las vanas grandezas personales.

Bolívar aceptó el título como sometiéndose á la voluntad del pueblo, manifestando que era para él «más glorioso que el cetro de todos los imperios de la tierra.» Al mismo tiempo declaró con modesta justicia, que el congreso de Nueva Granada y sus compañeros de armas eran los verdaderos libertadores, que merecían más que él la recompensa de la gratitud pública. Para pagar esta deuda instituyó la Orden Militar de los Libertadores. Invocando la voluntad de los pueblos, decretó una estrella de siete radios, símbolo de las siete provincias de la república, condecoración que usarían los que hubiesen merecido el renombre de tales por una serie no interrumpida de victorias, los que serían denominados así y considerados como bienhechores de la patria, con derecho incontestable á ser preferidos á personas de igual mérito en los empleos. Esta fué la primera Orden de su género instituída en Sud América, menos aristocrática que la Cincinatus, creada antes por Wáshington, y más democrática que la Legión de Mérito y la Orden del Sol, instituídas por O'Hig-

gins y San Martín en Chile y Perú, no establecía desigualdades artificiales, y después de servir de noble estímulo, debía extinguirse con la vida de los libertadores sin transmitirse á título de herencia de la gloria.

XIII

Mientras el Libertador malgastaba su tiempo en teatrales ceremonias fúnebres, haciendo acordar ó aceptando en vida honores póstumos, la reacción se aprovechara para sublevar las poblaciones de las campañas en pro del rey, haciendo á su vez la guerra á muerte.

Van á reaparecer ahora aquellos 100 hombres desprendidos en el Orinoco, de la columna dispersa de Cajigal, que según lo anunciamos, debía ser el núcleo de un ejército formidable que haría desaparecer por segunda vez la República de Venezuela. Como se recordará, estos 100 hombres eran mandados por dos oficiales obscuros llamados José Tomás Boves, peninsular, y Francisco Tomás Morales, canario, destinados ambos á adquirir una gran celebridad. El verdadero nombre de Boves, era José Tomás Rodríguez, natural de Gijón, en Asturias. Piloto en su mocedad, había sido condenado á 8 años de presidio en Puerto Cabello, por actos de piratería. Indultado, cambió su nombre por el de Boves, en gratitud á uno de sus benefactores, y se dedicó al comercio de mercerías. Al estallar la revolución, hallábase en la ciudad de Calabozo, y se alistó bajo sus banderas; pero perseguido en su persona y en sus bienes como desafecto á ella, se hallaba en la cárcel del pueblo de Calabozo cuando Antoñanzas invadió por la primera vez los llanos bajos de Caracas, y fué uno de los verdugos de la matanza de

San Juan de los Morros. Desde entonces abrazó con ardor la causa del rey, y, como queda dicho, hizo la campaña del oriente con los realistas, hasta que después de la pérdida de Barcelona, se retiró con ánimo de mantener en los llanos la guerra de partidarios. Francisco Tomás Morales, su compañero y su segundo, ordenanza de milicias en su origen y pulpero después, había hecho sus primeras armas al frente de una partida independiente en Barcelona, después de la capitulación de San Mateo, siendo entonces nombrado subteniente de artillería por Monteverde. Eran dos hombres del mismo temple, pero de diverso temperamento. Los dos eran tan valientes como feroces, y sin más luces que las naturales, tenían el instinto de la guerra y la astucia del salvaje, con una actividad infatigable y una terrible voluntad de hierro, que se imponía en el mando asimilándose á la naturaleza semibárbara de las tropas que acaudillaban, sin retroceder ante ningún medio de hostilidad, por horrorosa que fuera. Pero Boves, en medio de su ignorancia y su brutalidad, poseía cierta elevación moral; mataba y destruía sin complacencia hombres y cosas, como quien suprime obstáculos, pero era generoso á su manera, y buscaba el triunfo de su causa más que el provecho personal, abandonando el botín á sus soldados. Morales, por el contrario, rapaz y de una fría crueldad, sin retroceder ante ningún peligro, y con cabeza para combinar empresas atrevidas, se gozaba en presenciar la agonía de las víctimas que hacía sacrificar, y se aprovechaba de los despojos de la guerra para enriquecerse. Estos dos hombres, que descubrieron el talón vulnerable de la revolución, son los que le dieron el conocimiento de las fuerzas populares, que más tarde supo ella asimilarse y poner en actividad para triunfar.

Hasta entonces el movimiento revolucionario de Venezuela, estaba circunscripto á las ciudades. El mismo Bolívar con todas sus grandes cualidades de caudillo revolucionario, no había sospechado que existiese otra fuerza que pudiera contrarrestarlas. Boves y Morales, por instinto de la masa popular á que pertenecían, descubrieron esa gran fuerza latente, y la utilizaron en favor de la causa del rey. Usando de la tremenda arma esgrimida por Bolívar como medio de guerra, proclamaron á su vez la guerra á muerte, exaltando las propensiones feroces de las multitudes de los llanos, y les ofrecieron la matanza y el saqueo. A su voz se levantaron todos los llaneros del centro de Caracas. Los que no obedecieron al primer llamado fueron compelidos por el temor de la muerte. Su sistema de alistamiento era tan elemental como su organización militar. En cada localidad publicaban un bando llamando á enrolarse bajo su bandera á todos los hombres aptos para tomar las armas bajo pena de la vida, y la amenaza se cumplía sin remisión. Con los hombres así reunidos en cada localidad, cualquiera que fuera su número, formaban escuadrones con la denominación del distrito. Cada hombre acudía con su lanza, y los caballos, que abundaban en el llano, se tomaban donde se encontraban. La táctica no era mucho más complicada, consistía en marchar sobre el enemigo y acometer sin mirar para atrás. Boves, con lanza en mano á la par de ellos, los conducía á la pelea, enseñándoles el secreto de vencer, que era el desprecio de la muerte. Así, consiguió formar un ejército de 2.500 hombres de intrépida caballería, cual hasta entonces no se había visto en América, que dominó los llanos de Caracas.

Otro hombre del temple de Boves y Morales, era el comandante realista José Yáñez, de quien hemos

hecho mención antes, canario también, no menos atrevido y sagaz, pero más metódico en sus empresas militares. Replegado á San Fernando del Apure después de la disolución del cuerpo de ejército de Tizcar, había organizado allí, auxiliado desde la Guayana, una invasión compuesta de un batallón de 500 plazas, á que dió el nombre de Numancia, y dos regimientos de caballería llanera de 4 escuadrones de 125 cada uno; en todo, como 1.500 hombres. Con esta fuerza invadió la provincia de Barinas, sin esperar á que las llanuras, á la sazón inundadas, se secaran (septiembre), y apoderóse de ella, abriendo comunicaciones con Maracaibo y Coro. De este modo Yáñez y Boves se dividieron el dominio de los llanos: el primero en los del Apure y llanos altos de Barinas, y el segundo en los llanos bajos de Calabozo, y demás de la provincia de Caracas.

Boves abrió su campaña derrotando una división de 1.000 hombres de las tres armas, salida á su encuentro al mando del comandante Tomás Montilla. Lo sorprendió cerca de Calabozo, en el hato de Santa Catalina (septiembre 20), y pasó á cuchillo á los prisioneros, en retaliación de la guerra á muerte; apoderóse de los depósitos de guerra allí existentes, é incorporando á sus filas la caballería republicana que se le pasó en masa, avanzó hasta la villa del Cura, que entregó al saqueo.

En este momento hizo su aparición en la escena de la guerra, un hombre singular del temple férreo de Boves, que con no menos valentía y ferocidad, puso á raya su terrible ímpetu. Nada se sabía de él sino que era español. Había pasado muy joven á América, donde casó. Al abrir Bolívar su campaña libertadora, encabezó el pronunciamiento de Mérida, levantó un batallón, abandonando esposa é hijos se embanderó en

la causa de la independencia, y le entregó, con su vida y alma, su fortuna adquirida por el trabajo. Asistió á todas las batallas de la campaña libertadora, desde la de Carache, hasta la de las Trincheras, donde fué ascendido á teniente coronel sobre el campo, señalándose siempre por su valor indomable y por su crueldad por los prisioneros, á quienes no daba cuartel. Se ignora la causa de su pasión dominante, que era un odio mortal á sus paisanos, de quienes decía: «Después »que matara á todos los españoles, me degollaría yo »mismo, y así no quedaría ninguno.» Llamábase Vicente Campo Elías. Este fué el hombre del momento.

Destacado Campo Elías del ejército de Valencia, con una división de 1.000 fusileros, reunió bajo su bandera 1.500 hombres más de caballería, y marchó en busca de Boves, que á la entrada de los llanos le esperaba con 2.500 jinetes y 500 infantes mandados por Morales en el punto denominado El Mosquitero, que sería famoso. La batalla se empeñó en el mismo día en que Bolívar se hacía dar el título de Libertador, en Caracas. Boves, con su audacia acostumbrada, envolvió con una impetuosa carga de caballería toda el ala izquierda de los republicanos, y se empeñó sin orden en la persecución. Campo Elías, sin desconcertarse, cargó en masa sobre el grueso del enemigo, con tal ímpetu, que en 15 minutos lo dispersó completamente. La infantería rendida fué degollada casi en su totalidad sin miseriordia, escapando Morales gravemente herido. La caballería llanera fué lanceada en su mayor parte. Boves y Morales, derrotados, se retiraron con 20 hombres á la margen izquierda del Apure. Los llanos inundados en esta estación del año, no permitieron que fuesen perseguidos.—Pronto los veremos reaparecer al frente de un nuevo ejército más formidable.—Mientras tanto, en el pueblo de Calabozo rescatado, sus vecinos

indefensos, americanos todos ellos, fueron fusilados como traidores, por haber auxiliado á Boves. Esta conducta sanguinaria de Campo Elías, ajustada al segundo decreto de guerra á muerte de Bolívar, acabó por decidir á los llaneros. Al ver que no se les daba cuartel, con armas ó sin ellas, abandonaron sus hogares y buscaron en Boves un vengador. Este fué uno de los frutos de la guerra á muerte.

XIV

La victoria de El Mosquitero fué pagada con tres derrotas que se sucedieron casi simultáneamente. El general Ceballos, desde Coro, al anuncio de la llegada del refuerzo del regimiento Granada, y de la sublevación de los llanos, se puso en campaña al frente de todas las fuerzas disponibles de su provincia, que no pasaban de 350 hombres, y llamando á sí todos los partidarios de la comarca, combinó un plan de invasión con la guarnición de Puerto Cabello, que constaba de 1.700 hombres, á la que debía concurrir Yáñez con su columna situada en Barinas (septiembre 24). Una división republicana avanzada en Bobare, al occidente de Barquisimeto, fué batida por él, dejando en su poder un cañón y varios muertos y prisioneros (17 de octubre). Ocho días después (23 de octubre), los dispersos de Bobare, reforzados por 300 hombres de caballería, eran nuevamente deshechos en Yaritagua, al oriente de Barquisimeto, dejando 126 muertos en el campo. Ceballos estableció su cuartel en Barquisimeto. Los restos de los independientes derrotados se replegaron á Valencia.

El general Urdaneta que, al frente de 800 hombres había avanzado hacia el occidente para abrir opera-

ciones sobre Coro, vióse obligado á detener sus marchas y dió parte á Bolívar de su apurada situación. El Libertador se puso inmediatamente en campaña, y reforzando la columna de Urdaneta, marchó en busca de Ceballos á la cabeza de mil trescientos hombres. Ceballos tenía 500 hombres de infantería y 300 de caballería con un pedrero. Bolívar atacó con 200 jinetes por uno de los flancos la posición que ocupaban los realistas en Barquisimeto, que se halla situada en una alta meseta, y dispersando la caballería realista consiguió apoderarse con la infantería de una parte de la ciudad, donde hizo repicar las campanas en señal de triunfo. La infantería realista, que había cejado en un principio, pero que se mantuvo hecha, dirigida por Ceballos cargó á los independientes por la espalda, y los puso en completa derrota, matándoles 350 hombres y les tomó 400 prisioneros, con dos piezas de artillería, 3 banderas y 700 fusiles. El general vencedor, atravesó entonces la Cordillera, penetró á los valles de Caracas, y efectuó en Araure su reunión con la columna de Yáñez, fuerte de 1.500 hombres, formando así un respetable ejército, regularmente disciplinado. Al mismo tiempo invitó al coronel Salomón á reunírsele con la guarnición de Puerto Cabello, para operar de concierto y dar un golpe mortal á los independientes con una masa compacta de 3.500 hombres de las tres armas. Salomón, que, como se ha visto, disponía de una fuerza de 1.700 hombres, en vez de seguir este acertado consejo se puso en campaña por su cuenta al frente de 800 infantes del Granada, y 200 jinetes del país, con 4 piezas de artillería ligera y de montaña, y situóse en las alturas de Virginia, al oriente de Valencia, amagando á Caracas por el este. Allí se fortificó (noviembre 16).

Bolívar, que se hallaba á la sazón en Valencia con

sólo las tropas granadinas, en observación del camino de Puerto Cabello, hizo acudir la guarnición de Caracas al mando de Rivas, quien le trajo el contingente de un nuevo batallón de 500 plazas, formado en su mayor parte con jóvenes estudiantes de la universidad, y 200 jinetes reclutados en los alrededores. Atacadas las fuertes posiciones enemigas, llevando á la cabeza las tropas granadinas, y no bien sostenidas éstas por la reserva, que era bisoña, los republicanos fueron rechazados. Al día siguiente se renovó el ataque, y los realistas fueron desalojados por los granadinos, abandonando 4 piezas de artillería (25 de octubre). Salomón, humillado, volvió á encerrarse en Puerto Cabello. El Libertador rescató el tiempo perdido y, aprovechando esta victoria, llamó á 1.500 hombres de la fuerte columna de Campo Elías, y dejó á Calabozo defendido con 1.000 hombres. Ocho días después (1 de diciembre), se hallaba en San Carlos, al frente de un ejército de 3.000 hombres, y abría nueva campaña contra Ceballos, que por su parte contaba con 3.500 hombres y 10 piezas de artillería. Los dos ejércitos se encontraron frente á frente en la llanura de Araure, al pie de la Cordillera oriental, entre las nacientes de los ríos Cojedes y Turen.

El prudente general español se había posesionado de la villa de Araure, situada en un suave plano inclinado, apoyando su espalda en la montaña á fin de asegurar su retirada, cubiertas sus alas por espesos bosques. Un batallón independiente de 500 plazas, que se adelantó imprudentemente á reconocer la posición, recibido por los fuegos de la infantería y de la artillería, y flanqueado por una columna de 1.000 caballos del enemigo, fué exterminado, salvándose únicamente el comandante con seis oficiales. Bolívar, á pesar de este contraste, avanzó denonadamente, y formó su lí-

nea sobre el campo marcado por los cadáveres de su vanguardia. Roto el fuego y después de cambiar algunas descargas, mandó cargar á la bayoneta. Era su maniobra favorita. No era un general táctico: daba el impulso á las masas y encomendaba la victoria al valor de los soldados. La numerosa caballería de Yáñez, prolongando sus alas, pretendió envolver el centro atacante; pero cargada á su vez de flanco por la caballería republicana, se dispersó y fué acuchillada, abandonando á su infantería. La línea de Ceballos fué rota en una última carga, y se puso en derrota, dejando en el campo su artillería, 500 muertos, 300 prisioneros y 1.000 fusiles. Todos los prisioneros españoles, fueron pasados pos las armas (5 de octubre). Como 800 hombres de infantería de los derrotados se replegaron hacia el oriente. Yáñez huyó hacia el Apure con 200 hombres. Ceballos se refugió en la Guayana. Esta fué la primera batalla ganada en persona por Bolívar. La musa de la revolución le saludó entonando el Himno del Libertador:

¡Gloria al héroe Bolívar
Gloria al Libertador!
¡De Ceballos espanto,
De Araure vencedor!

Bolívar, que tenía rasgos á lo César, y procuraba imitar á Napoleón en ciertos golpes y proclamas de efecto, tuvo también su inspiración. Después de la derrota de Barquisimeto, había formado un batallón con los fugitivos del campo de batalla, y en castigo de su cobardía lo dominó «Batallón sin Nombre», imponiéndole que no tendría bandera mientras no la conquistase con su valor. Este cuerpo tuvo los honores do la jornada. Entre las banderas cogidas estaba la del ba-

tallón Numancia, formado por Yáñez en Apure. Bolívar se la dió al «Batallón sin Nombre», diciéndole: «Vuestro valor ha ganado en el campo de batalla un »nombre para vuestro cuerpo. En medio del fuego os »vi triunfar, y lo proclamé «Vencedor de Araure». Ha»béis quitado al enemigo banderas que un momento »fueron victoriosas. ¡Llevad, soldados, esta bandera »de la República!»

Después de Araure, Bolívar se dirigió á Puerto Cabello, cuyo bloqueo terrestre había sido mantenido por D'Eluyar con las tropas granadinas. La ocasión era propicia para estrechar el sitio. La fragata Venganza, y los buques de guerra que condujeron el regimiento de Granada, habíanse retirado á la Habana. El coronel Salomón, que después del contraste de Vigirima, habíase puesto de nuevo en campaña con 1.300 hombres, buscando la incorporación concertada con Ceballos y Yáñez, supo en el camino la derrota de Araure, y hostilizado por las fuerzas independientes, vióse obligado á refugiarse en Coro, con pérdida de los cañones y más de la mitad de su gente. La plaza sólo contaba con una guarnición de 600 hombres. El puerto estaba bloqueado por la escuadrilla margariteña que Mariño había enviado al mando de Piar, cediendo á las instancias de Bolívar, pendiente el arreglo de la división del mando supremo entre ambos dictadores. La escasez de víveres empezaba á afligir á los sitiados. Monteverde, desacreditado por sus derrotas y desaciertos, había sido depuesto ignominiosamente del mando, y despedido á Curaçao (diciembre 28). Ceballos, que debía sucederle en el gobierno estaba derrotado y no podría auxiliar la plaza sitiada. Cajigal, nombrado por el gobierno de España capitán general de Venezuela, viejo y enfermo, aún permanecía en la Guayana, donde nada había hecho. Empero, la

plaza sitiada continuó resistiendo, y los independientes no pudieron enseñorearse de Puerto Cabello.

Mientras tanto, la doble dictadura daba sus frutos. Las victorias del occidente eran estériles, sin el concurso del poderoso ejército de oriente, que permanecía inactivo. Mariño se negaba á combinar operaciones con Bolívar, hasta tanto no fuese reconocido en el mando supremo de que estaba en posesión. El Libertador le rogaba modestamente que hiciese marchar sus tropas sobre la parte de los Llanos Bajos, donde á la sazón se rehacían Boves y Yáñez. Lejos de prestarse á esta operación, que la común seguridad indicaba, hubo un momento en que mandó retirar su escuadrilla, y sin las instancias de Bolívar á Piar, así se habría hecho. El resultado de esta desinteligencia fué, que Bolívar no pudiendo atender á la vez al sitio de Puerto Cabello, á la guerra de occidente, y á la de los llanos, Boves y Yáñez reaccionaron vigorosamente. Boves, sobre todo, con una actividad prodigiosa y una energía incontrastable, que no retrocedía ante ningún medio por terrible que fuese, se hallaba en aptitud de abrir una nueva campaña, antes de transcurrir dos meses de la derrota que le infligiera Campo Elías. Dictó un bando (1 de noviembre) llamando á las armas á todos los hombres en estado de llevarlas; ordenó perseguir y matar sin tregua á los traidores ó sea á los patriotas; dispuso que los bienes se distribuyesen entre sus tropas, y finalmente dió libertad á todos los esclavos que se alistasen bajo la bandera del rey. Los llaneros, embravecidos por la matanza de Calabozo, y atraídos por el cebo del botín, acudieron en masa con decisión. Auxiliado desde La Guayana con 100 veteranos de infantería, un cañón, 300 fusiles y 100.000 cartuchos, á mediados de diciembre contaba un atropamiento de 3.000 hombres de caballería, armados de lanzas con moha-

rras, hechas de las rejas de las ventanas. Con esta turba invadió los Llanos Bajos, derrotó en San Marcos una división de 1.000 hombres que la guardaba (14 de diciembre) pasándola á cuchillo, ocupó Calabozo, donde continuó la matanza sin perdonar á nadie, y distribuyó los bienes de los vencidos como lo había ofrecido. En seguida dominó todo el país llano desde la Cordillera que se extiende por la costa de barlovento de Venezuela hasta el golfo de Paria. Más adelante necesitaba infantería para proseguir la guerra con ventaja; y el indomable caudillo realista se ocupó en formarla. Al mismo tiempo, Yáñez que se había reorganizado en el Apure auxiliado como Boves desde Guayana, invadía á Barinas con 2.000 hombres de infantería y caballería, y ocupaba la capital de la provincia. Cajigal, ya posesionado del mando de capitán general, y Ceballos, formaban en las costas de sotavento un nuevo ejército.

Los llanos y el occidente estaban perdidos para la revolución. Bolívar quedaba reducido al litoral de Caracas, y los valles inmediatos, con la atención del sitio de Puerto Cabello, y bloqueado por las guerrillas realistas, con su reserva debilitada en Valencia. Una columna de 1.600 hombres, al mando de Urdaneta, que marchaba á apoderarse de Coro después de Araure, se detuvo en Barquisimeto, y acudió con un destacamento á asegurar su retaguardia amenazada. Mariño, en la inacción, permanecía con 3.500 hombres reconcentrado en las costas de Barcelona y Cumaná y sus valles adyacentes. Todo el resto del territorio estaba ocupado por la reacción realista, y todos sus habitantes sublevados en masa contra la república. Los patriotas tenían que refugiarse á las ciudades para salvarse de la persecución de las poblaciones en las campañas. Los ejércitos independientes andaban á ciegas;

no podían encontrar ni un guía del país que los condujese, ni siquiera un vecino que les diera noticia de los movimientos del enemigo. Para comunicarse las divisiones entre sí, tenían que escoltar sus correos con fuertes destacamentos de compañías, y á veces no llegaban vivos sino cuatro de ellos. Tal era el estado de la guerra y de la opinión en Venezuela al terminar el año XIII. El mismo fenómeno que al tiempo del terremoto en 1812 se producía: las masas populares desertaron de las banderas de la independencia, movidas por el terror, animadas por la venganza y desesperadas por la espantosa miseria del país. Los historiadores colombianos atribuyen esta insurrección popular al decreto de guerra á muerte de Bolívar, y á los excesos que autorizó. Por causas opuestas y por los mismos efectos, Bolívar caería esta vez como antes había caído Miranda. ¡Siempre la lógica del destino!

CAPITULO XXXIX

Segunda caída de Venezuela

1814

Síntesis cronológica.—Llamada de Bolívar á la opinión.—Papel duplo de Bolívar.—Es investido de la dictadura.—Acuerdo entre Bolívar y Mariño.—Crítica situación militar de los independientes.—Combate de Ospino.—Muerte de Yáñez.—Derrota de Campo-Elías en La Puerta.—Matanza de ochocientos prisioneros.—Defensa de Victoria por Rivas y Campo-Elías.—Combate de Charayave.—Atrocidades de Rosete.—Bolívar se pone en campaña.—Se atrinchera en San Mateo.—Invasión de Boves.—Defensa de las líneas de San Mateo.—Muerte de Campo-Elías.—Muerte heroica de Ricaurte.—Combate de Ocumare.—Reunión de Ceballos y Calzada.—Sitio de Valencia.—Avance del ejército de Oriente.—Mariño combate á Boves en Bocachica.—Reunión de los ejércitos de Oriente y de Occidente.—Batalla del Arado.—Cajigal toma el mando del ejército realista.—Primera batalla de Carabobo.—Errores militares de Bolívar.—Nueva invasión de Boves.—Bolívar y Mariño son derrotados en la Puerta.—Capitulación de Valencia.—Se levanta el sitio de Puerto-Cabello.—Retirada de Bolívar al Oriente.—Derrota de Aragua.—Deserción de Bolívar y Mariño.—El tesoro de Bolívar.—Bolívar y Mariño destituídos.—Reacción de los republicanos en el Oriente.—Triunfo de los republicanos en Maturín.—Derrota de Piar en Cumaná.—Rivas y Bermúdez.—Derrota de los republicanos en Urica.—Muerte de Boves.—Morales, general en jefe de los realistas.—Toma de Maturín.—Muerte de Rivas.—La paz del sepulcro.—Guerrillas independientes.—Retirada de Urdaneta á Nueva Granada.—Ocupación de Casanare.—Aparición de José Antonio Páez.—La insurrección de Margarita.

I

El año XII había sido en Venezuela de lucha sin tregua y de grandes cataclismos naturales, políticos y sociales. El año XIII fué de triunfos y de reveses, de guerra sin misericordia y de reacción violenta. Inicia-

do con el restablecimiento de la república, termina con la decadencia política y militar de su revolución, y se repiten en él los mismos fenómenos en el orden social determinantes de los acontecimientos. El año XIV será de evoluciones dentro del mismo círculo de acción, de peripecias y de matanzas inauditas, que terminará por dos catástrofes con la repetición de las escenas de 1812, señalando su segunda caída trágica.

Bolívar, en medio de los peligros que le rodeaban al terminar el año XIII, con su autoridad dictatorial no bien cimentada, sintió la necesidad de llamar en su auxilio la opinión para agregarse fuerzas morales, porque no hay poder por grande que sea, que pueda prescindir del concurso de las voluntades sin caer en el vacío. La dictadura era una necesidad de los tiempos, y él la había justificado con sus triunfos en pro de la independencia nacional, aunque haciéndola servir á su engrandecimiento personal y á su anhelo de vanagloria; pero no era reconocida en toda la extensión del territorio dominado por las armas libertadoras, y tenía que compartirla con su rival poderoso, sin más títulos que los de la fuerza uno y otro. De aquí la necesidad de darle una base legal, al menos en su forma. Todo se reducía á una simple evolución dentro de los elementos de fuerza que constituían la dictadura de hecho, para revestirla como tal, siquiera fuese del ropaje del derecho consentido. Bolívar, que había considerado funesta la restauración de la primitiva república federal y prematura ó impracticable la convocación de un congreso, imaginó que podía hacer un llamamiento á la opinión, convocando una especie de asamblea política que legitimase su dictadura. Este momento señala en la vida del Libertador una nueva fase, que con modificaciones aparentes y cambiantes de colorido, se ha de repetir periódicamente en

el curso de su gran carrera bajo faz dupla, con luces de reflejo y luces propias. Jamás ningún hombre público presentó mayores contradicciones entre la palabra y la acción. Poseído de una insaciable ambición en que se mezclaba lo sublime y lo impuro, como en los torrentes que arrastran el lodo del fondo en sus ondas impetuosas, buscaba con avidez la realidad del poder supremo sin contralor que repudiaba en teoría, y renunciaba teatralmente el mando absoluto de que estaba en posesión, y que tenía que ejercer por necesidad y por deber, protestando no aceptarlo jamás, para recibirlo después sin condiciones como lo buscaba. Es una escena de su gran comedia política, en que contradiciéndose á sí mismo, expondrá con sinceridad moral una doctrina, que prácticamente no podrá serle aplicada. De esta duplicidad proviene que él sea el inventor en Sud América de las repetidas renuncias de los que identificados con el poder, hacen falsa ostentación de desinterés, señalando los peligros de la perpetuidad de los gobernantes en una democracia, sin la sinceridad de Wáshington ni el ánimo deliberado de San Martín. Hay que tenérselo, empero, en cuenta. En medio de su grandeza, de su influencia preponderante, con un temperamento más que autoritario, monocrático, amando con toda su alma y sensualmente el poder como lo amaba y creyendo irreemplazable su persona, desde este día, en que hizo un llamamiento, aunque de mera forma á la opinión, siempre invocó la alta autoridad de los congresos representantes de la opinión, cedió algunas veces ante sus deliberaciones libres, y aun para hacer prevalecer sus excéntricas teorías constitucionales ó satisfacer su anhelo de vanagloria, buscó en todo tiempo su sanción y compartió con ellos su responsabilidad, hasta que al fin se inclinó ante el voto del último congreso que puso el sello del

destino á su última renuncia impuesta forzosamente por la opinión á que apelara en 1814.

Para evitar la complicación de un congreso nacional—cuya elección y reunión era por otra parte imposible,—y siguiendo la tradición municipal de los cabildos abiertos, á que la revolución diera representación popular y privilegios parlamentarios, y aun facultades constituyentes, convocó una asamblea de notables, compuesta de las corporaciones civiles y de los padres de familia de la capital, á la que atribuyó por una ficción convencional, la soberanía del pueblo y el poder de dictar la ley suprema. Dióle cuenta de su administración dictatorial, que sometió á su fallo; abdicó en sus manos la potestad de que se había investido, y protestando no poder ni querer continuar en ella, cuando su espada era el único punto de apoyo de la república vacilante, la volvió á recibir incondicionalmente de las manos en que por ficción la entregaba, después de representar su doble papel. Era la renovación de la escena al recibir el título de Libertador, que se repetiría constantemente con cambio de palabras y sin variación de asunto, en circunstancias y condiciones análogas.

La peroración de Bolívar, en esta ocasión—elocuente, difusa, declamatoria, personal, patriótica y espontánea como todas las suyas,—es el único recuerdo que de la asamblea de Caracas en 1813 haya quedado, y sólo merece recordarse como manifestación compleja de la naturaleza de un grande hombre de acción y pensamiento en un momento solemne. Pronunció tres discursos: uno para abdicar la dictadura, haciendo el elogio de sus acciones; otra para excusarse de continuarla, al hacer su biografía; uno final, para consagrar su apoteosis en vida, confirmado por la asamblea, y aceptar incondicionalmente el poder dictatorial. Ja-

más héroe alguno fué más héroe de sus discursos que Bolívar. El dijo en tal ocasión: «Yo no os he dado la »libertad. Yo no soy el soberano. Vuestros represen»tantes deben hacer vuestras leyes. Anhelo por el mo»mento de transmitir este poder á los representantes »del pueblo, y espero me eximiréis de un destino que »alguno de vosotros podrá llenar dignamente.» Pero agregaba inmediatamente, al dar cuenta de sus actos: «Para salvaros de la anarquía y destruir los ene»migos admití y conservé el poder soberano. Os he »dado leyes, os he organizado una administración: os »he dado un gobierno. Vuestro honor se ha repuesto; »vuestras cadenas han sido despedazadas; he extermi»nado vuestros enemigos, y os he administrado con jus»ticia.» Ante el voto de la asamblea de continuar ejerciendo la dictadura como una necesidad pública, después de «oir con rubor» según sus palabras, pronunciar su elogio, trazó él mismo el cuadro de su vida pública desde la proscripción hasta la reconquista, y al mezclar incidentalmente al propio encomio de sus acciones el de sus compañeros de trabajos, replicó con palabras elocuentes, bellas máximas y protestas ficticias subentendidas, en que reconociendo contradictoriamente la necesidad de la dictadura, insistió en abdicarla: «Yo no he venido á oprimiros con mis ar»mas vencedoras: he venido á traeros el imperio de las »leyes. No es el despotismo militar el que puede ha»cer la felicidad de un pueblo, ni el mando que obten»go puede jamás convenir sino temporariamente á la »república. Un soldado feliz no adquiere ningún dere»cho para mandar á su patria; no es el árbitro de las »leyes ni del gobierno: sus glorias deben confundirse »con las del país. Yo os suplico me eximáis de una »carga superior á mis fuerzas. Elegid vuestros repre»sentantes, vuestros magistrados, un gobierno justo;

»y contad con las armas que han salvado la república.»
La samblea lo proclamó unánimemente dictador, y le votó por aclamación una estatua en vida que perpetuase la memoria de su desinterés en los triunfos. El se sometió ante la insistencia, reconociendo la necesidad imperiosa de la dictadura, y declaró que no pretendía con supercherías afectar una perfecta moderación para arrancar sufragios. «Los oradores han hablado por el pueblo. ¡Ciudadanos! En vano os esforzáis por que continúe ilimitadamente en ejercicio de »la autoridad que poseo. Las asambleas populares no »pueden reunirse en toda Venezuela sin peligro, lo conozco, y me someto á mi pesar á recibir la ley que »las circunstancias me dictan. Confieso que ansío impacientemente el momento de renunciar á la autoridad. Entonces espero que me eximiréis de todo, excepto de combatir por vosotros. Os suplico no creáis »que mi moderación es para alucinaros, y para llegar »por este medio á la tiranía. No soy un Pisistrato.»

Fuerte moralmente Bolívar con el voto de confianza de sus conciudadanos, que á pesar de sus formas artificiales era dictado por un sincero entusiasmo, él comprendía que la lucha era desesperada sin la concentración de todas las fuerzas independientes, y que esto no era posible sin un acuerdo franco y patriótico con Mariño. En uno de sus discursos á la asamblea había designado al «libertador de oriente como digno de regir los destinos de la república» para propiciarse su buena voluntad. Dando un paso más en este sentido, resolvióse al fin á reconocer como hecho que se imponía la doble dictadura, y se dirigió á su émulo al reclamar su cooperación en términos tan dignos y moderados como firmes: «Repetidas veces he implorado »los auxilios de V. E. para que marchando á cubrir »con sus tropas á Calabozo, se impidiera el que los ene-

»migos la ocuparan; y para que destinándolas contra »Boves cooperasen con las de Caracas á su destrucción. »Suplícole me revele las causas que han influído para »unas determinaciones tan contrarias, en tanto que, á »nombre de la libertad comprometida de la repúbli»ca le pido instantáneamente todos sus socorros para »sostenerla.» Reconocido Mariño como jefe supremo del oriente, firmóse entre ambos dictadores un tratado (mediados de enero), uniendo sus armas y esfuerzos contra el enemigo común. Ya era tarde. La lucha se prolongaría, pero la República de Venezuela estaba por segunda vez irremisiblemente perdida.

II

Como se explicó antes, los llanos estaban perdidos: Yáñez ocupaba á Barinas y Boves á Calabozo. El occidente reaccionaba, y el ejército triunfante en Araure tenía que retroceder para cubrir su retaguardia amenazada, al mismo tiempo que Cajigal y Ceballos en el litoral de Sotavento reaccionaban, formando un nuevo ejército para tomar de nuevo la ofensiva. Evacuada la provincia de Barinas por las fuerzas republicanas que la defendían, Urdaneta que había suspendido su marcha hacia Coro, retrocedió para ampararla; pero ya era tarde, Yáñez, triunfante, avanzaba con 1.000 hombres por la falda oriental de la cordillera, con su fuerza dividida en dos columnas de maniobra. Urdaneta, trasmontó la cordillera hacia el oriente, y reunió como 700 hombres en Ospino, al oeste del campo de batalla de Araure. Puestos ambos cuerpos de ejército uno frente de otro, empeñóse la pelea con orden por una y otra parte. La caballería llanera, mandada por Yáñez en persona, cargó sobre la infantería patriota,

y su jefe cayó muerto herido por dos balazos. La victoria quedó por los independientes. El cadáver de Yáñez fué dividido en trozos y sus miembros repartidos en varias localidades teatro de sus hazañas y de sus crueldades (febrero 2). Sucedióle en el mando su segundo Sebastián de la Calzada, que de soldado raso habíase elevado al rango de coronel, y que no menos bárbaro que su muerto jefe, vengó su muerte y los ultrajes á su cadáver incendiando el pueblo de Ospino, que abandonó después del combate.

Boves, mientras tanto, avanzaba hacia el corazón de Venezuela, al frente de un ejército de llaneros, que los historiadores hacen subir exageradamente al número de 8.000 hombres. Bolívar había dispuesto que saliese á su encuentro Campo Elías, con una columna de 1.500 hombres, que se situó en la villa del Cura á la entrada del Llano Bajo, donde tenían los republicanos un gran parque, destinado á armar un cuerpo de ejército del oriente, que al mando de Mariño debía acudir á aquel punto según lo convenido entre los dos dictadores. El auxilio de oriente no acudió, y el vencedor del Mosquitero quedó solo para hacer frente á la tremenda invasión. Boves desprendió una columna de 1.200 hombres al mando del español Francisco Rosete, otro monstruo de la raza de Zuazola y Antoñanzas, que excedería á éstos en atrocidades. Esta columna, destacada, penetró por los valles del Tuy y ocupó Ocumare á 83 kilómetros al oeste de Caracas (11 de febrero). A pesar de no haber encontrado si no una débil resistencia, pasó á cuchillo hombres, mujeres y niños, degollando hasta á los que se refugiaron en el templo, hecho inaudito hasta entonces en el transcurso de la guerra á muerte. La ciudad de Caracas, temerosa de ser atacada, se fortificó, preparándose á una defensa á todo trance.

Al anuncio de la invasión de Boves, que avanzaba degollando cuantas partidas caían en su poder, Campo Elías se adelantó como 12 kilómetros á su frente, hasta el lugar llamado La Puerta, por ser el sitio donde se reunen los caminos que de los llanos conducen á varios puntos del Alto y Bajo llano. Varios ángulos salientes de la cordillera oriental se avanzan por el norte, y hacia el sur se desenvuelve una vasta llanura, marcándose con caracteres definidos los lindes de las dos zonas limítrofes. En este sitio se trabó la batalla (febrero 3). La formidable caballería de Boves, con su gran masa, aplastó la división de Campo Elías en dos horas de combate, haciendo pedazos su infantería que pasó á cuchillo. Boves fué gravemente herido en la pelea. Su segundo Morales, con 1.000 jinetes y 300 cazadores de infantería montada, penetró á los valles de Aragua, y avanzó sobre Victoria, punto inmediato al oeste de Caracas y Valencia. Campo Elías, con sus destrozados restos, se replegó y atrincheró en la Cabrera, la angostura cercana á Valencia, tristemente famosa por la desgraciada defensa que en ella hiciera Miranda en 1812.

Rivas, el vencedor de Naquitao y Horcones, que mandaba en la capital, acudió con 1.000 hombres y 5 piezas de artillería en defensa de Victoria, donde fué sitiado. Atacado allí por Morales y reducido al recinto de la ciudad, se defendió tenazmente, quedando la mitad de su tropa fuera de combate (10 de febrero). Iba ya á sucumbir, cuando se levantó en el horizonte una nube de polvo que hizo renacer la esperanza en los sitiados. Era el impertérrito vencedor de Mosquitero y el vencido en La Puerta, que al frente de 220 hombres acudía desde la Cabrera de Valencia en auxilio de la plaza. Protegido en su entrada á las trincheras, por una vigorosa salida que hizo Rivas atacando

por la espalda al enemigo que saliera á contener á Campo Elías, ambas fuerzas reunidas rechazaron un nuevo asalto que llevó Morales, aunque á costa de grandes pérdidas. El jefe realista vióse obligado á levantar el sitio, y perseguido en su retirada hacia el Cura, perdió toda su artillería.

Triunfante Riva de Morales, marchó á los valles del Tuy en persecución del feroz Rosete al frente de 800 hombres, y lo asaltó en el pueblo de Charayave, deshaciéndolo completamente. No dió cuartel á los prisioneros. Desde Charayave, avanzó hasta el pueblo de la sabana de Ocumare, donde encontró desparramados en sus calles como trescientos cadáveres insepultos de niños, mujeres y hombres sacrificados bárbaramente por el feroz Rosete. Sobre ellos juró Rivas venganza, y exterminio de la raza española. El famoso caudillo margariteño Juan Bautista Arismendi, que mandaba en Caracas en ausencia de Rivas, hizo el mismo juramento. Estos juramentos eran precursores de una de las hecatombes más sangrientas que recuerda la historia.

III

Bolívar, que después de ser proclamado dictador habíase puesto en campaña, recibió en Puerto Cabello la infausta noticia de la derrota de Campo Elías en La Puerta. Una vez más se ponía á prueba la fortaleza de su alma en los contrastes. Trasladóse inmediatamente á Valencia, donde estableció su cuartel general, reconcentrando todos sus destacamentos dispersos, sin levantar el sitio de Puerto Cabello á cargo de D'Eluyar con las tropas granadinas, y llamó á sí el grueso de la división de Urdaneta, quien quedó en Barquisimeto con sólo 700 hombres haciendo frente á la

invasión del occidente. En tan críticas circunstancias recibió una consulta del comandante de la Guayra. «Qué hago en estos momentos de peligro con la multitud de españoles que existen en las prisiones de esta plaza: ellos son numerosos y la guarnición muy poca.» Bolívar tomó la pluma y contestó en el acto: «Ordeno que inmediatamente se pasen por las armas todos los españoles presos en las bóvedas (de la Guayra) y en el hospital, sin excepción alguna» (febrero 8). Arismendi fué encargado de la tremenda ejecución. En las instrucciones que le dió el dictador, preveníale empero: «con excepción de los españoles que tengan carta de naturalización.» El feroz margariteño exclamó al leerla: «Este secretario del Libertador es un burro: ha escrito con «excepción,» en vez de poner con «inclusión.»

Existían en aquella época como 1.000 españoles presos—no prisioneros de guerra,—de los avecindados en la capital, que al tiempo de su ocupación por los independientes fueron encerrados en las cárceles de la Guayra, y sobre quienes pesaba la sentencia de muerte de Trujillo, por razón de su origen aun siendo indiferentes. Bolívar propuso en varias ocasiones su canje por un pequeño número de prisioneros y presos patriotas que se hallaban en Puerto Cabello; pero Monteverde se había negado constantemente á ello. En la cabeza de estos desgraciados iba á cumplirse el terrible decreto de guerra á muerte del dictador. Arismendi, con un lujo de crueldad que espanta, lo cumplió como fiel ejecutor, y como verdugo.—Mandó formar con los condenados una gran pira, en que debían consumirse sus cadáveres, y á que ellos pusieran fuego con sus propias manos.—En seguida empezó la matanza: en Caracas y en la Guayra simultáneamente. Las víctimas eran extraídas en grupos de los calabo-

zos, como reses destinadas al matadero. Al toque de degüello de una corneta, los soldados caían sobre ellos, y á bayoneta, hacha, sable, lanza, machete ó puñal, eran sacrificados, y muertos ó moribundos arrojados á la hoguera.—Poca pólvora se gastó en la ejecución.—Durante ocho días consecutivos se mató así sin misericordia en Caracas y en la Guayra.—Así perecieron ochocientos sesenta y seis españoles y canarios, entre ellos, según los mismos historidadores colombianos, «muchos hombres buenos,» que habían amparado á los republicanos defendiéndolos contra la crueldad de sus compatriotas.—Esta hecatombe, una de las más sangrientas que recuerda la historia, ordenada en virtud de una bárbara ley de exterminio, puede ser explicada por la seguridad, y la disculparía la necesidad de vencer á todo trance; pero la conciencia la condena como derecho y como hecho, y con razón se ha dicho, que es «una mancha de lodo y sangre en la historia de Venezuela.» Como represalia, fué el resultado de las matanzas que autorizó el decreto de guerra á muerte de Bolívar al abrir su campaña reconquistadora, que dos cabezas de españoles pacíficos degollados por sus guerrillas iniciaron. La necesidad fué creada por la absurda teoría en que se fundaba la guerra á muerte, que como absurdo tenía necesariamente que producir un hecho brutalmente lógico. Como medio de terror y como medio de victoria que pudiera justificarla, no tuvo ni la sanción del éxito: fué causa de derrota, la ensangrentó inútilmente sin impedirla, y la hizo más trágica y dolorosa. Empero, manifestación de un alma fuerte, no fué acto de ferocidad emanado de la naturaleza generosa de su ordenador, y esto le absuelve ante la moral de la historia. Y debe repetirse lo que en su descargo ha dicho un historiador imparcial: «Poco »tiempo antes, iguales monstruosidades habíanse co-

»metido en medio de la misma Europa, con su refinada »civilización, entre los pueblos del mediodía, en España y el reino de Nápoles. Los españoles habían engendrado en el seno del obscurantismo, esta fuerza »que se desencadenaba contra ellos. Según el código »natural de todos los pueblos groseros, los criollos les »aplicaban la ley que ellos les enseñaran como maestros, buscando su salvación en el mal, ya que no la »encontraban en el bien. Al menos, Bolívar, sintió la »necesidad de justificar ante el mundo este terrible »acto de represalias, mientras los españoles ni siquiera »pensaron en disculpar sus atrocidades.»

Bolívar, sólo contaba á la sazón con 1.500 infantes y 600 jinetes para hacer frente á la irrupción de Boves con sus semibárbaras masas de llaneros, indisciplinadas, pero resueltas á todo y cuatro veces más numerosas. En campo abierto no podían contrarrestarlas. Encerrarse en Caracas ó permanecer concentrado en Valencia, era entregar todo el país al enemigo. Su resolución fué la más prudente y la más valerosa. Asegurada la capital de un golpe de mano, fortificó á Valencia, formando una flotilla en su lago; atrincheró el estrecho de Cabrera, y ocupó Victoria (20 de marzo). De este modo cubría todas las posiciones que constituían sus puntos de apoyo en el terreno montañoso de la cordillera del litoral; cerraba el camino que traía Boves, ya restablecido de su herida, y mantenía abiertas sus comunicaciones por el flanco izquierdo á la espera del ejército de oriente que venía en su auxilio, mandado por Mariño en persona. La posición era estratégica.

La ciudad de Victoria se halla situada en el ameno valle de Aragua, río que derrama sus aguas en el lago Valencia por el oriente y en el mar por el occidente, envolviendo los valles del Tuy inmediatos á Caracas.

A este punto convergen los caminos de la costa y de los llanos bajos. Desde las altas colinas en que está asentada la ciudad, se descubre un vasto y pintoresco panorama de campiñas cultivadas, dominado al norte por una eminencia llamada del Calvario, á cuyo pie hacia el oeste, se desenvuelve la llanura en que se encuentra el inmediato pueblo de San Mateo. Aquí estableció el Libertador su cuartel general. En el vértice de las alturas que rodean esta posición, encontrábase una casa de propiedad de Bolívar, y hacia el oriente se extendía la hacienda llamada del Ingenio, uno de sus más ricos feudos patrimoniales. Iba á combatir «pro aris et focis.» Hizo construir trincheras defendidas por fuertes estacadas, para cortar el camino principal de Victoria, que atraviesa el pueblo de San Mateo y se desenvuelve al pie de la casa del Ingenio y del Calvario, y situó el parque en el Ingenio. Por la primera vez iban á encontrarse Bolívar y Boves frente á frente.

IV

El 25 de febrero aparecieron sobre las alturas fronterizas de San Mateo las muchedumbres de Boves, compuestas de 5.000 jinetes, precedidos por 2.000 fusileros. Las avanzadas cambiaron los primeros tiros río Aragua por medio, replegándose unos y otros á sus reservas al anochecer. Al día siguiente cargó Boves sobre los atrincheramientos con grande algazara. Morales atacó la derecha de las líneas, donde estaba situada la casa de Bolívar, y fué completamente rechazado. En la trinchera del centro, donde mandaba Bolívar en persona, el ataquo dirigido por Boves, fué tan impetuoso como tenaz la resistencia. Los fuegos de la infantería republicana hicieron estragos en las filas

contrarias. Los enemigos cargaron entonces sobre el Calvario, para flanquear la derecha de la línea apoderándose de unas casas fronterizas desde las cuales abrieron un fuego mortífero. El Libertador, hizo reforzar la posición con tropas de reserva al mando del coronel Manuel Villapol y Campo Elías, ambos españoles de nacimiento, antiguo general el uno en los patriotas en la Guayana en 1812, y el segundo, vencedor del Mosquitero y salvador de Victoria. Los dos cayeron mortalmente heridos. El joven capitán Rafael Villapol, hijo de Venezuela, reemplaza á su padre, restablece el combate, arroja al enemigo de sus posiciones, y gravemente herido se replegó al anochecer al Calvario, manteniendo la posición, al mismo tiempo que Boves, gravemente herido también, era conducido en brazos de sus soldados. Dos horas y media había durado el combate. El campo estaba cubierto de cadáveres de una y otra parte. Bolívar extendió y perfeccionó sus defensas, esperando un nuevo ataque. Morales tomó el mando del ejército llanero en reemplazo de Boves, herido.

Los realistas habían agotado sus municiones de infantería. Durante quince días permanecieron en inacción. El 11 de marzo repitieron el asalto, y fueron otra vez rechazados. Boves, algún tanto restablecido de su herida, se puso de nuevo al frente de su ejército que lo recibió con grandes aclamaciones (marzo 17). El 20, Boves atacó por tercera vez las líneas. Los fuegos de la infantería y de la artillería republicana, hicieron estragos en sus filas, obligándolo á desistir de su intento por el momento. Empeñado en arrebatar la posición, costase lo que costase, combinó un nuevo plan de ataque. Una fuerte columna de fusileros, tomaría por la espalda los cerros en que se apoyaba la izquierda de las líneas, y descendiendo aceleradamente de las

alturas se apoderaría del Ingenio donde estaba establecido el parque de Bolívar. Al mismo tiempo, él atacaría por el frente de la llanura de San Mateo con el grueso de sus fuerzas.

Al rayar el día 25 de marzo, rompióse simultáneamente el fuego en toda la línea. El ataque del centro es vigorosamente resistido por Bolívar en persona. En lo más recio del combate aparece la columna flanqueadora de Boves sobre las alturas que dominan el Ingenio, que custodiaban tan sólo cincuenta hombres, al mando del capitán Antonio Ricaurte, joven de veinte años de edad, natural de la villa Leiva en Nueva Granada. Perdido el parque, estaba perdida la batalla. La expectativa fué angustiosa. La columna flanqueadora avanza á paso de carga; llega á la casa del Ingenio, situada en lo alto del cerro, y dando alaridos de triunfo, su cabeza penetra por sus puertas sin resistencia. En aquel instante una estruendosa explosión hizo estremecer el campo y los corazones. El parque se había incendiado: la casa había desaparecido y gran parte de la columna al parecer triunfante volaba por los aires. Ricaurte había hecho volar el depósito de municiones. Sin medios ni esperanza de sostener la posición y comprendiendo que de él dependía la salvación del ejército republicano, ordenó á su tropa evacuar el punto, y se pusiera en salvo. El quedó solo con una mecha en la mano. Al penetrar el enemigo en el recinto del parque, pone fuego al almacén de pólvora y vuela su alma inmortal junto con los miembros despedazados de los asaltantes. Despavoridos los restos del enemigo salvados de la explosión se ponen en precipitada fuga. La victoria estaba ganada por un hombre solo. Bolívar, al ver aparecer la columna flanqueadora por la espalda y desfilar la pequeña guarnición del Ingenio en retirada, lo dió todo por perdido si el parque se

perdía: mandó desensillar su caballo y proclamó á sus soldados que «sería el primero en morir entre sus filas.» Para honrar aquel sublime sacrificio sólo tuvo después una frase retórica sin poder olvidarse de sí mismo: «¿Qué hay de semejante en la historia á la muerte de »Ricaurte? Este suicidio para salvar á la patria, á la »independencia y á mí, es digno de cantarse por un »ilustre genio como Alfieri.» Los sitiadores se retiraron con una pérdida de 800 hombres entre muertos y heridos en la jornada. Los sitiados quedaron triunfantes dentro de sus líneas con una pérdida menor que la del enemigo en los diversos asaltos que repelieron; pero por la retaguardia y el occidente, amenazaba otra tempestad.

A la vez que atacaban las líneas de San Mateo, Boves había desprendido por el flanco derecho y retaguardia de los sitiados una fuerte columna al mando del feroz Rosete, con el objeto de apoderarse por segunda vez de los valles del Tuy y amagar la capital. Rivas, que mandaba en la plaza, estaba postrado en cama. Arismendi, su segundo, salió al frente de una columna de 800 hombres, compuesta de la flor de la juventud de la ciudad, y fué batido en la sábana de Ocumare, y todos sus soldados lanceados y degollados (11 de marzo). Bolívar, que tuvo anticipadamente noticias del movimiento de Rosete, había desprendido 300 hombres escogidos en auxilio de Caracas al mando del comandante don Mariano Montilla, nuevo personaje que veremos más adelante figurar en primera línea. Este oportuno auxilio salvó la capital. Sobre esta base, el animoso Rivas formó una nueva división de 900 hombres, se pone á su frente tendido en una camilla, ataca á Rosete en Ocumare y lo hace pedazos (20 de marzo). La población de Caracas salvada, lo recibió en triunfo.

Los peligros se multiplicaban. Cajigal, situado en Coro, y en posesión del cargo de capitán general, había formado una división de 1.000 hombres compuesta de las reliquias del batallón Granada y de las tropas regulares corianas, las que al mando del general Ceballos debían ponerse en campaña y obrar en combinación con el ejército del Apure mandado por Calzada después de la muerte de Yáñez. Todo el occidente de la cordillera estaba, como los llanos, pronunciado por los realistas, que dominaban con sus guerrillas ambas zonas de la cordillera occidental. Urdaneta, que al frente de 700 hombres había quedado en Barquisimeto al tiempo de reconcentrarse Bolívar en San Mateo, fué batido y dispersado por Ceballos (9 de marzo). El jefe patriota se replegó con sus restos á San Carlos, donde fué sitiado por Calzada, viéndose obligado después de algunos recios combates á la defensiva, á evacuar la villa y retirarse á Valencia. Desde este punto avisó al Libertador, que el occidente estaba perdido, y que esperaba ser atacado de un momento á otro por las fuerzas reunidas de Coro y del Apure. Bolívar le contestó que defendiese la ciudad hasta morir, pues allí estaban depositados todos los elementos de guerra de la república, ordenándole á la vez que reforzase con 200 hombres á D'Eluyar en la línea de Puerto Cabello, á fin de impedir que los sitiados auxiliasen á Boves con armas y municiones. Urdaneta quedó sólo con 280 fusileros para defender á Valencia.

Reunidos en San Carlos Ceballos y Calzada, en número de 3.000 hombres, se presentaron delante de Valencia (29 de marzo) y le intimaron rendirse á discreción. Urdaneta contestó que se defendería hasta la muerte, y se preparó á una vigorosa defensa. Al día siguiente la ciudad fué embestida. Felizmente los realistas no tenían artillería, y los republicanos pudie-

ron resistir los diversos ataques que les llevó el enemigo durante cuatro días; pero al fin se vieron reducidos al recinto de las últimas trincheras centrales, con el agua cortada y expuestos á perecer de sed. Urdaneta, en junta de oficiales, acordó, que en el caso de ser forzada la plaza, la guarnición se replegaría al cuartel de artillería, incendiarían las municiones y volarían todos, cumpliendo la orden del Libertador. ¡El ejemplo de Ricaurte inflamaba las almas!

V

Rechazado Boves en sus repetidos ataques y quebrado el nervio de sus tropas, limitóse á mantener el sitio de las líneas de San Mateo. Los llaneros, fatigados y defraudados en sus esperanzas de botín, empezaron á desertarse. Empero, la situación de Bolívar era desesperada. Hacía un mes que duraba el sitio. Su ejército estaba en esqueleto. Oprimido á su frente por fuerzas superiores, su flanco y retaguardia por el norte estaba amenazado, y Valencia era la última esperanza en occidente. Sólo podía salvarlo el auxilio del ejército de oriente. Este avanzaba á marchas forzadas, en cuatro columnas de maniobra que sumaban 3.500 hombres, barriendo de enemigos los llanos á espalda de Boves. Este, hizo entonces un último y desesperado esfuerzo contra las líneas; pero fué rechazado una vez más, y hubo de emprender su retirada (30 de marzo), con el intento de atacar á Mariño antes de que penetrase á las tierras altas, cerrándole al efecto la entrada de La Plata. El general de oriente maniobró de manera de penetrar en los valles de Aragua y situarse entre La Puerta y la villa del Cura, donde tomó fuertes posiciones en el punto de-

nominado de Boca Chica. Buscado allí por el enemigo, empeñóse la batalla (31 de marzo). La fuerza de ambos ejércitos estaba equilibrada, preponderando en ellos el arma de caballería. Después de una reñida pelea á la defensiva, los independientes quedaron dueños del campo, con sólo la pérdida de 200 hombres entre muertos y heridos. Boves, rechazado en su ataque, y agotadas sus municiones, se retiró en orden, sin ser perseguido, dejando 500 cadáveres en el campo. La jornada no fué decisiva. Mariño se concentró en Victoria. Bolívar, en el mismo día de la batalla, se puso en movimiento con su mutilado ejército en persecución de Boves, que emprendió la marcha hacia el norte con el objeto de incorporarse á Ceballos. Reunidos en Valencia los cuerpos de ejército del Apure, los llanos bajos y de Coro, alcanzaban á 6.000 hombres. La plaza continuaba resistiendo heroicamente. La escasez de municiones y el temor de ser atacados por los ejércitos de Mariño y Bolívar reunidos, les aconsejó levantar el sitio (3 de abril). Boves volvió á los llanos, á reunir sus dispersos y levantar nuevas tropas, siendo seguido muy luego por todos sus llaneros. Ceballos se replegó á San Carlos, en busca de una nueva base de operaciones en los llanos y á la espera de los refuerzos que le traería Boves. El mismo día en que se levantaba el sitio llegó Bolívar á Valencia. El gran depósito de guerra de la república estaba salvado. Las tropas granadinas con D'Eluyar habían mantenido impertérritas el cerco de Puerto Cabello, sitiadas y sitiadoras á la vez. Una nueva campaña iba á abrirse.

La reunión de los ejércitos de oriente y de occidente, no produjo los resultados que eran de esperarse, sea por falta de concierto ó por falta de plan. En vez de formar una sola masa y aplastar con ella al enemigo

en retirada, Mariño, de acuerdo con Bolívar, se desprendió con un cuerpo de ejército de 2.000 infantes y 80 jinetes, compuesto de orientales y occidentales, con el objeto de atacar á Ceballos situado en San Carlos. El general de oriente, que no tenía experiencia de la guerra ni cabeza militar, comprometió imprudentemente una desordenada batalla paralela en la llanura del Arado que se extiende frente á San Carlos, donde Ceballos lo esperó con 2.500 hombres. La línea independiente fué rota casi sin pelear, y la mayor parte de sus cuerpos se dispersaron ó huyeron, con el general en jefe á la cabeza (abril 17). Afortunadamente estaba allí Urdaneta, quien con 600 infantes de occidente, se mantuvo firme en el campo: reunióse á una división de oriente mandada por Bermúdez, restableció la línea de batalla al anochecer, y emprendió la retirada hacia Valencia, salvando toda la infantería, sin dejar ningún trofeo al enemigo. Ceballos, general de la antigua escuela española, apático y lento en sus movimientos, no supo sacar partido de su ventaja, y se mantuvo inmóvil en sus posiciones. La pérdida de los patriotas en este encuentro, fué pequeña.

Cajigal, que como queda dicho habíase posesionado del cargo de capitán general, se puso en campaña desde Coro, al frente de una fuerte división, con la que se reunió á Ceballos en San Carlos, asumiendo el mando en jefe, después de hacer retroceder á los destacamentos republicanos que se habían adelantado hasta Carora. Reconcentrados los ejércitos beligerantes, el uno en San Carlos y el otro en Valencia, ambos evolucionaron durante algunos días, avanzando ó retrocediendo, hasta que Cajigal se situó en posiciones ventajosas, en actitud de provocar una nueva batalla defensiva. Bolívar, reforzado con una columna de 800 hombres,

que desde Caracas le llevó el infatigable Rivas, tomó decididamente la ofensiva al frente de 3.000 hombres. La fuerza del enemigo era superior á la de los independientes. La batalla se empeñó en la llanura de Carabobo, sitio que debía ser dos veces famoso. Después de algunas peripecias, y alternativos conatos de orden oblicuo por una y otra parte, la victoria se declaró por las armas del Libertador. La tempestad de occidente estaba disipada por el momento. El enemigo dejó en el campo 300 cadáveres, su artillería, 500 fusiles y sus banderas (mayo 26). Los republicanos no tuvieron sino 12 muertos y 40 heridos.

Carabobo no fué, empero una jornada decisiva, como tal vez pudo serlo. La República de Venezuela estaba destinada á sucumbir por segunda vez. La catástrofe estaba cercana. Bolívar había vencido á las tropas regulares de Cajigal y Ceballos, pero no había vencido la insurrección popular alimentada por los nativos que acaudillaba el indomable Boves, ni el espíritu de resistencia pasiva que ansiaba por el descanso, en medio de la espantosa miseria que afligía al país. El Libertador, tan determinado á veces, como Ceballos era tardío en sus resoluciones, y que como general no tenía cabeza estratégica, en vez de condensar sus masas y marchar atrevidamente á sofocar la reacción en los llanos con probabilidades de éxito aprovechando el prestigio de su victoria, desprendió á Mariño con un cuerpo de ejército de 2.300 hombres de las tres armas para hacer frente á Boves, que avanzaba á la cabeza de un numeroso ejército de cuatro á cinco mil jinetes y 2.000 á 3.000 infantes, bien pertrechado y municionado con los recursos obtenidos en Guayana. Desparramó el resto de sus fuerzas, haciendo que dos divisiones, una de 700 infantes al mando de Urdaneta se dirigiese hacia el occidente, y otra de

400 infantes y 700 jinetes marchase en persecución de Cajigal y de Ceballos, alejándolas así del teatro de las operaciones donde estaba el verdadero peligro. Esta operación, según los historiadores, fué criticada en su tiempo, hasta por los oficiales del ejército, que con tan errada dirección presintieron la derrota. Afortunadamente, ó desgraciadamente, una de estas divisiones—la más numerosa de 1.100 hombres,—se incorporó á Mariño, quien tan imprudente y poco experto como siempre, al verse al frente de 3.400 hombres, resolvió esperar á Boves en La Puerta, ignorando la fuerza que traía, pues la opinión del país estaba uniformada de tal modo, que los republicanos no podían contar con un solo habitante que les sirviese de espía ó les diese noticias de los movimientos del enemigo. Bolívar se incorporó á Mariño en La Puerta cuando ya no era tiempo de retroceder. Boves cayó sobre ellos como un torrente, y en poco tiempo y con solo dos cargas anonadó de un golpe todo el ejército republicano, pasando á cuchillo hasta á los que rendían las armas sin pelear (junio 14). Pocos se escaparon del terrible desastre. Dos mil seiscientos cadáveres de republicanos quedaron tendidos en el campo, según Boves, y según otros, no menos de 1.200. Los oficiales patriotas prisioneros, fueron ahorcados y mutilados.

Bolívar huyó á Caracas. En vez de reunir sus últimas fuerzas organizadas, que dispersas se perdían irremediablemente, ó replegarse con tiempo hacia el oriente, ordenó al jefe de la plaza de Valencia que se sostuviese hasta el último extremo, y á D'Eluyar que mantuviese el sitio de Puerto Cabello á todo trance. La estrechura de la Cabrera en la zona fortificada, que defendía el camino de Valencia, fué forzada, y todos sus defensores en número de 250 hombres pasados á cuchillo. Valencia, después de una valerosa resisten-

cia, vióse obligada á capitular, y á pesar de la capitulación solemnemente jurada por Boves, toda su guarnición y parte de su población, en número de 450 individuos, fué bárbaramente degollada ó lanceada. D'Eluyar, encerrado en su posición y cerrada su retirada por tierra, vióse obligado á clavar su artillería, y afortunadamente pudo salvarse con su tropa en la escuadrilla que bloqueaba á Puerto Cabello. Urdaneta quedó interceptado al occidente con su columna destacada. Antes de sucederse estos desastres, que estaban al alcance de la más vulgar previsión, Bolívar, que había manifestado su resolución de hacer pie firme en Caracas, renunció á este propósito, y con el resto de sus rotas tropas emprendió la retirada hacia el oriente, llevando toda la plata y las alhajas preciosas de las iglesias, con objeto de emplearlas en la prosecución de la lucha por la independencia. Una numerosa emigración que embarazaba su marcha, le siguió.

VI

Bolívar hizo pie firme en las nacientes del río Aragua, que de la cordillera del litoral de Cumaná se derrama en el llano meridional de Venezuela. Sobre su margen y en el pueblo del mismo nombre á 73 kilómetros de Barcelona, se fortificó con 2.000 hombres, formando con los jóvenes caraqueños que le seguían un batallón de 800 plazas. Mariño lo auxilió desde Cumaná con dinero, armas y pertrechos, y lo reforzó con una división de 1.000 hombres al mando de Bermúdez. Dividió su ejército en tres cuerpos, situándolos de manera que pudiesen auxiliarse recíprocamente.

El 17 de agosto presentóse Morales en Aragua al

frente de un ejército de cerca de 8.000 hombres, compuesto casi en su totalidad de negros, indios, zambos y mulatos, sedientos de sangre y de botín. Al día siguiente ordenó el ataque, que llevó á la vez de frente y por uno de los flancos, forzando el vado, cuyo camino cruza el pueblo. Replegado el centro independiente á las calles atrincheradas, sus alas siguieron el mismo movimiento. Los republicanos pelearon con desesperación, como hombres que no esperaban recibir cuartel. A las dos horas de combate en que sucumbieron batallones enteros, entre ellos el de la juventud de Caracas, Bolívar, considerando inútil la resistencia, se retiró por el camino de Barcelona con parte de sus fuerzas. Bermúdez quedó solo en el campo sosteniendo tenazmente por dos horas más la pelea, hasta que obligado á retirarse lo efectuó por el camino de Maturín con los restos de su caballería. La carnicería que se siguió fué espantosa, y sin ejemplo en la guerra á muerte de Venezuela. No se dió á nadie cuartel. Todos los rendidos fueron pasados á cuchillo. Más de tres mil personas fueron bárbaramente degolladas hasta en la misma iglesia, donde se había refugiado la población aterrada. La pérdida de los realistas fué, según propia confesión, de 1.840 hombres, entre ellos más de 1.000 muertos.

Reunidos en Cumaná, Bolívar, Mariño, Rivas, Piar y D'Eluyar, resolvióse (25 de agosto), concentrar la resistencia en Güiría, posición fácil de defender y con comunicaciones francas con el exterior, teniendo los independientes el dominio de las aguas, merced á su escuadrilla, mandada siempre por Bianchi, desde el tiempo de la rendición de Barcelona. En sus buques había hecho embarcar Bolívar el tesoro de las iglesias de Caracas. Bianchi, al verse en posesión de tanta riqueza, resolvió apropiársela, y se iba á hacer ya

á la vela, cuando Bolívar y Mariño, sabedores de su desvergonzada resolución, se trasladaron á su bordo, y á fin de rescatarla, siguieron viaje con él hasta la Margarita, abandonando sus soldados en pos de la plata. El comodoro aventurero se prestó á devolverle dos tercios de la plata labrada y de las alhajas, apropiándose el resto en pago de lo que, según él, le debían por la parte de las presas que como corsario había hecho. Además, les cedió generosamente dos buques de la flotilla, para que continuasen la guerra por su cuenta. Los dos dictadores, que tan singular papel representaban, se dirigieron á Costa-Firme, con el resto de su malhadado tesoro. Al desembarcar en Carúpano, la población se amotinó contra ellos (3 de septiembre). Estaban proscriptos. Rivas y Piar se habían apoderado del mando en jefe, declarándolos desertores cobardes que habían abandonado á sus compañeros en el peligro. Rivas trató con alguna consideración á su antiguo jefe Bolívar, y lo dejó en libertad, aunque degradado, arrestando á Mariño, á tiempo que llegaba Piar con la intención de hacer con Bolívar lo que éste había querido hacer con Miranda en 1812. Felizmente, Bianchi, por una caprichosa generosidad de corsario, se presentó en el puerto y con amenazas logró rescatar las personas de los que tan desvergonzadamente había despojado. Bolívar entregó á Rivas la parte del tesoro de que era depositario, y se retiró humillado á Curaçao. Al reembarcarse dió un manifiesto, en el que las consideraciones político-filosóficas se combinaban con las preocupaciones personales. Declarábase instrumento de la fatalidad y de la Providencia para el bien y el mal, desdeñaba responder á las acusaciones que se le hacían, y al apelar al juicio del congreso de Nueva Granada, fiaba al porvenir su defensa. «Entonces sabréis—terminaba diciendo,—si

»he sido indigno de vuestra confianza, ó si merezco el »nombre de Libertador. Yo os juro que este augusto »título, que vuestra gratitud me tributó cuando os »vine á arrancar las cadenas, no será vano. Yo os ju»ro que Libertador ó muerto, mereceré siempre el ho»nor que me habéis hecho, sin que haya potestad hu»mana sobre la tierra que detenga el curso que me »he propuesto seguir.» Bolívar tenía la conciencia de su destino.

Rivas, hombre de acción impulsiva, ambicioso, enérgico y cruel, que había ensangrentado sus laureles exagerando la guerra á muerte, se apoderó del mando en jefe, dominando hasta cierto punto á Piar y Bermúdez; pero los tres juntos no podían reemplazar la acción reguladora de Bolívar. Su decisión fué heroica, pero tenían que sucumbir. Cumaná se prounció por los realistas (26 de agosto). Morales, después de la batalla de Aragua, dirigióse con 6.500 hombres sobre Maturín, donde se había atrincherado Bermúdez con 18 piezas de artillería, 1.500 hombres de caballería y 250 de infantería. Intimada rendición á la plaza, los republicanos contestan que prefieren la muerte á la esclavitud, y el fuego se rompe por una y otra parte (7 de septiembre). Los sitiados, tomando consejo de la desesperación y fiados en el ímpetu de su caballería, resuelven adoptar la ofensiva, y hacer una vigorosa salida. Contra todas las probabilidades la victoria corona las armas republicanas. Morales fué hecho pedazos, y huyó dejando en el campo como dos mil muertos y otros tantos fusiles. Boves acudió con 2.000 hombres en auxilio de Morales.

El plan de Rivas era concentrarse en Maturín y obrar en masa sobre los realistas. Al efecto, se trasladó allí con una columna de 400 hombres, y en poco tiempo él y Bermúdez consiguieron formar un ejér-

cito de 2.200 infantes y 2.500 de caballería bien armados y municionados. Dispuso que Piar, que con 800 hombres maniobraba sobre la costa, se concentrase también; pero éste, obrando por su cuenta, abrió operaciones aisladas, se dirigió sobre Cumaná, batió su guarnición, y reuniendo hasta 2.000 hombres, resolvió sostenerse allí (septiembre 29). Atacado por Boves en la inmediata sabana del Salado, fué deshecho después en un reñido combate, y todos sus soldados degollados. Boves entró á Cumaná á sangre y fuego, saqueó la población matando á cuantos hombres se encontraban en las calles, en las casas y en las iglesias. Se asegura que las víctimas sacrificadas en esta ocasión, pasaron de mil. Cumaná quedó desierta. Boves, con su ejército considerablemente aumentado, se reunió á Morales que había reorganizado el suyo, y después de algunos combates parciales provocados por los independientes, marcharon sobre Maturín al frente de 7.000 hombres. Los republicanos salieron á su encuentro con fuerzas muy inferiores mandadas por Rivas y Bermúdez. Los dos ejércitos se encontraron en Urica al oeste de Maturín (5 de diciembre). Boves, formado en dos líneas, esperó el ataque. Los republicanos, tomando la iniciativa, y con una impetuosa carga de caballería, rompieron el ala derecha realista. En esta carga, fué muerto Boves de una lanzada. Morales, con su ala izquierda triunfante y la reserva, restableció el combate, y el último ejército de la república quedó anonadado. A nadie se dió cuartel.

Morales fué aclamado general en jefe del «Ejército de Barlovento» nombre con que lo había bautizado su muerto caudillo. Sin pérdida de tiempo marchó sobre la plaza de Maturín, bien fortificada y artillada, pero defendida tan sólo por 600 soldados mal armados. La defensa fué valerosa, haciendo experimentar

á los realistas pérdidas considerables; pero este último baluarte de la república, cayó también (11 de diciembre). El implacable vencedor pasó á cuchillo hombres, mujeres y niños. Bermúdez pudo escapar con 200 hombres. José Félix Rivas, errante por los campos, cayó en poder de sus enemigos y fué muerto en el acto. Su cabeza, cubierta con el gorro frigio que Rivas usaba como símbolo de libertad, se colocó en una jaula de hierro en el camino de la Guayra á Caracas, votada á los manes de la sangrienta hecatombe ejecutada en aquel sitio. Según memorias contemporáneas, pasaron de tres mil las víctimas sacrificadas por el feroz Morales en holocausto de su triunfo. La paz del sepulcro reinó en Venezuela.

Tres caudillos populares mantuvieron encendido el fuego de la insurrección en las nacientes y márgenes del Orinoco y sus afluentes. Llamábanse los principales: Pedro Zaraza, José Tadeo Monagas y Manuel Cedeño, nombres que repercutirán más tarde como guerrilleros famosos. En el occidente, todo quedó pacificado después de la derrota de La Puerta. La columna de Urdaneta, destacada imprudentemente después de Carabobo, quedó interceptada al ocupar Boves á Valencia. Aunque engrosada hasta el número de 1.000 hombres, vióse obligado á refugiarse en la frontera de Nueva Granada, activamente perseguida por el cuerpo de ejército de Calzada. Urdaneta desprendió una división de 200 infantes y un cuadro de oficiales de caballería para defender la provincia de Casanare, perteneciente á la Nueva Granada. Este fué el núcleo del famoso ejército republicano del Apure, que debía cambiar los destinos de la revolución de Venezuela, asimilándose las fuerzas populares hasta entonces al servicio de la reacción. Entre los que componían el cuadro de la caballería, contábase un oficial obscuro

llamado José Antonio Páez. Era el Aquiles venezolano, destinado á eclipsar las hazañas fabulosas de los héroes de Homero, que hacía su aparición. En Venezuela sólo quedó tremolando el pabellón republicano en la isla de Margarita. Allí se refugiaron Arismendi y Bermúdez con los restos de Maturín.

CAPITULO XL

Disolución de Nueva Granada.—Expedición de Morillo.—Terrorismo colonial.

1815-1817

Restablecimiento de la monarquía absoluta en España.—Regreso de Bolívar á Nueva Granada.—Es aprobada su conducta por el congreso de Tunja.—Retirada de Urdaneta.—Bolívar, general en jefe de las tropas de la Unión.—Sometimiento de Nueva Granada.—Expedición de Bolívar al Bajo Magdalena.—Su inacción en Mompox.—Rompe hostilidades con Cartagena.—Funestas consecuencias de la guerra intestina promovida por Bolívar.—Resistencia de Cartagena.—Bolívar entrega los restos de su ejército y se retira á Jamaica.—Publica un manifiesto intempestivo justificándose.—La raza de los silenciosos.—Memoria de Bolívar sobre la organización de la América Meridional.—Expedición de Morillo sobre Costa Firme.—Retrato de Morillo.—Instrucciones de Morillo.—Las tropas indígenas y españolas de los realistas.—Sometimiento de Margarita.—Primeros actos de la administración de Morillo.—Establece el despotismo militar en Venezuela.—Expedición de Morillo contra Cartagena.—La opinión de los llaneros reacciona en Venezuela en favor de la independencia.—Morillo marcha sobre Cartagena.—Descripción de Cartagena.—Memorable sitio de Cartagena.—Campaña de Calzada contra Nueva Granada.—Desorganización política y militar de Nueva Granada.—Ultimos días de la primera república granadina.—Invasión de Sámano por el Sur.—Heroicos combates de las últimas tropas granadinas en el Sur.—Plan de pacificación de Morillo.—Pacificación de Bogotá por los realistas.—Sistema terrorista que establece Morillo.—Martirologio revolucionario.—Sueños de Morillo.—Nueva insurrección de Venezuela.—Morillo retorna á Venezuela.—Sámano le sucede en el mando de Bogotá imitando su crueldad.—El suplicio de La Pola.—Sámano, virrey de Nueva Granada.

I

La segunda caída de la República de Venezuela, coincidió con la del régimen constitucional en la metrópoli. El rey absoluto de España é Indias, después

de someter á su autoridad sin ley ni regla á sus vasallos de la Península, ocupóse en someter por la fuerza de las armas á sus colonos de ultramar insurreccionados. Con excepción de Nueva Granada y Venezuela, hasta entonces ninguna de las colonias hispanoamericanas había declarado su independencia ni proclamado la forma republicana, que por una ficción se gobernaban en nombre del rey ausente y cautivo, sin perjuicio de hacer la guerra á los que sostenían su bandera. Natural era que esos dos estados rebeldes llamaran preferentemente la atención del monarca absoluto y de sus ministros. Cuadraba la circunstancia de que en el año anterior (1813), habíase hecho una variación substancial en el régimen administrativo de Costa Firme. Venezuela y Nueva Granada habían sido reunidas en un solo gobierno nominal, y el mando político y militar recayó en el mariscal de campo Francisco Montalvo, con la representación de un virrey. Fué entonces nombrado el bueno aunque poco activo Cajigal, capitán general interino de Venezuela, según antes se dijo, y puesta á sus órdenes la provincia de Maracaibo, pasó el general Miyares á ocupar la capitanía general de Guatemala. Las tropas peninsulares habían hecho un triste papel en la guerra de Venezuela. Las dos restauraciones fueron operadas por los naturales del país, acaudillados por Monteverde, Boves y Morales, quienes miraban con desprecio á los generales españoles que reprobaban sus excesos, y de hecho habíanse substraído á la obediencia de las autoridades legales de la colonia. De aquí que Montalvo mirase de mal ojo la preponderancia de los nativos, que consideraba un peligro y un deshonor, aun cuando estuviesen alistados bajo el pendón real, y por esto había representado á su gobierno la conveniencia y la necesidad de enviar refuerzos de la Península pa-

ra pacificar ambos reinos. Mientras tanto, las tropas regulares realistas, en posesión de Puerto Cabello, Coro, Maracaibo y Santa Marta sobre la Costa-Firme de Sotavento, á órdenes de Cajigal y Ceballos, dominaban el occidente de Venezuela, y en combinación con las fuerzas irregulares de Apure y Barinas, al mando de Calzada, amenazaban invadir la Nueva Granada después de expulsar la columna de Urdaneta del teritorio. En Nueva Granada iba á renovarse ó continuarse la guerra, y allí acudió Bolívar con el objeto de tomar parte en ella ó buscar nuevos auxilios para reconquistar otra vez á Venezuela.

El congreso de Nueva Granada reunido en Tunja, á quien se presentó para darle cuenta de su gloriosa y desgraciada campaña, aprobó su conducta como era de justicia. El presidente de la Unión, Camilo Torres, le dió las gracias por sus servicios, manifestándole que, aunque se hubiera perdido Venezuela, ella existía en Bolívar, y existiría mientras él viviese. Confiósele inmediatamente el mando en jefe de un cuerpo de tropas, de que formaba parte la columna venezolana que Urdaneta había salvado en su retirada, y se le ordenó que al frente de 1.800 hombres marchase á someter á Cundinamarca, que aún mantenía alzado el pendón de la resistencia contra el gobierno federal. Como se recordará, Mariño, al emprender su campaña del sur, que tan desgraciado fin tuvo en Pasto, había delegado la dictadura en su tío Manuel Bernardo Alvarez, quien, tan centralista y localista como su sobrino, resultó ser más obstinado que él en su sistema de aislamiento. En presencia de los peligros de la república, atacada al sur por la reacción de Quito triunfante, al oriente por los ejércitos realistas dueños de Venezuela, y con la amenaza de una nueva expedición española, el congreso había dado una nueva

organización al gobierno de la Unión, constituyendo bajo el régimen federal una junta suprema, que fué reconocida por todas las provincias, con excepción de Cartagena que ofreció dificultades, y Cundinamarca que resistió abiertamente á someterse á ninguna autoridad que no fuese unitaria. Santa Fe de Bogotá era el centro de los recursos, y allí estaban los grandes depósitos de pertrechos de guerra de la república. Bolívar fué, pues, encargado de hacer entrar por la fuerza á Cundinamarca en la confederación.

La campaña contra Santa Fe fué activamente conducida por Bolívar. Todos los pueblos de Cundinamarca se pronunciaron por el congreso así que el Libertador pisó su territorio. El dictador Alvarez quedó reducido á la capital de Santa Fe, donde se fortificó, resuelto á resistir á todo trance. Intimado el sometimiento á nombre de las leyes supremas de la república, y desoído este llamamiento á la unión, Bolívar puso sitio á la ciudad, y después de algunos combates vigorosamente llevados, redujo á los sitiados al recinto de la plaza mayor, cortándoles el agua. El dictador Alvarez capituló. Cundinamarca se uniformó con las demás provincias (12 de diciembre de 1314). Bolívar fué nombrado capitán general de la confederación, título no dispensado hasta entonces á ningún otro. El congreso se trasladó á la ciudad de Santa Fe. La república tuvo por la primera vez una capital, y su gobierno adquirió más vigor y respetabilidad. El congreso, que había autorizado á Bolívar á conservar el título de Libertador, le acordó el de «Ilustre Pacificador». El héroe no podía perder la ocasión de hacer un discurso para hablar de sí con jactancia y con entusiasmo de sus ideales, manifestando sus planes como libertador:—«Por dos veces el desplome de la »República de Venezuela, mi patria, me ha obligado

»á buscar un asilo en la Nueva Granada, que por dos »veces he contribuído á salvar. Pagué con mis servi»cios su hospitalidad. La guerra civil ha terminado. »Este ejército pasará con una mano bienhechora rom»piendo cuantos hierros opriman con su peso y opro»bio á todos los americanos que haya en el norte y »sur de la América Meridional.»

II

El nuevo plan de Bolívar consistía en abrir operaciones por la línea del Bajo Magdalena, atacar á Santa Marta y posesionarse de Coro, abriendo otra campaña por el occidente de Venezuela, para operar por segunda vez su reconquista. El gobierno de la Unión puso al efecto á sus órdenes tres batallones de infantería y un escuadrón de caballería, que sumaban 2.000 hombres. Este ejército debía ser provisto de armas y municiones en Cartagena, donde existía el gran parque de la república. Dominaba en esta provincia confederada el coronel Castillo, quien, movido por sus antiguos resentimientos con el Libertador, y por los emigrados venezolanos que allí se habían refugiado (entre ellos Mariño y Mariano Montilla, quien desde esta época se declaró enemigo de Bolívar), se puso en pugna con el general expedicionario, negándole los auxilios que reclamaba. Bolívar, estableció su cuartel general en el pintoresco pueblo de Mompox sobre la margen occidental del Alto Magdalena (principios de febrero). Allí permaneció en la inacción, disipando su tiempo en festines, en organizar una guardia de honor de las tres armas para custodia de su persona y en obscuras conspiraciones para cambiar la situación política de la provincia de Cartagena, movido á su vez

por su enemistad con Castillo. La desmoralización se introdujo en sus filas, la deserción y las enfermedades redujeron sus tropas á la mitad, su caja militar se agotó, y últimamente optó por el peor de los partidos.

Bolívar, en vez de extender su línea sobre el Magdalena, se decidió á abrir hostilidades sobre Cartagena, provocando la guerra civil. Fué un delito y una falta. El enemigo, que amagaba su flanco y su retaguardia, ocupó inmediatamente á Mompox, llave del gran valle. La comunicación fluvial entre el Alto y el Bajo Magdalena quedó interceptada. Este movimiento ofensivo obligó á Cartagena á abandonar la defensa del Bajo Magdalena. Al llegar á Cartagena, estaba perdido. La población en masa habíase sublevado contra él y preparado á la defensa, infeccionando hasta los pozos de las cercanías en que podía proveerse de agua. Cartagena era la primera plaza de América, y estaba artillada con ochenta piezas de grueso calibre. No obstante, le puso sitio, y pretendió rendirla á viva fuerza, con sólo una pieza de artillería. ¡Había perdido la cabeza! Después de algunas negociaciones malogradas y criminales combates en presencia del enemigo común, las enfermedades acabaron de diezmar sus tropas y hacer insostenible su posición. En estos momentos precisamente una fuerte expedición española conducida por una poderosa escuadra, desembarcaba á barlovento de Costa Firme y amenazaba á Nueva Granada por la espalda en toda su frontera oriental. El Libertador, afectando hacer un gran sacrificio en obsequio de la paz interna por él comprometida, firmó un convenio con su competidor Castillo, poniendo á su disposición las reliquias de su destruído ejército anarquizado, y despidióse de sus compañeros de armas en una proclama sentimental, en que deplo-

raba no participar de los imaginarios triunfos que les esperaban (mayo 8). Al alejarse, lanzó su último dardo, que se volvió contra él: «Cartagena prefiere su »propia destrucción al deber de obedecer al gobierno »federal.» El también había preferido su destrucción al cumplimiento de su deber é inoculado un nuevo germen de disolución á la república granadina.

Bolívar tenía el talento de la palabra escrita y hablada, pero no pertenecía como San Martín á la raza de los grandes silenciosos, que sólo hablan para acompañar la verdad ó reforzar la acción con la palabra, y que, como se ha dicho, son la sal de la tierra. Un grande hombre de acción y de palabra poderosa, desterrado á la sazón (1815), como él, en una isla, decía: «Nadie debe hablar ni quejarse, cuando no tenga en »vista un resultado que conduzca á algo que pueda »hacerse. Cuando nada se puede hacer, se calla.» Emigrado en la Jamaica, escribió allí una exposición llena de recriminaciones, en que, sin justificarse de los graves cargos que sobre él pesaban, hizo su propio proceso. Mejor inspirado, publicó poco después bajo el pseudónimo de «Un americano meridional», una bien elaborada memoria sobre la revolución hispanoamericana, y sobre la organización futura de las nuevas repúblicas en germen, que es la refutación del quimérico plan de monocracia continental que pretendió ensayar más tarde. «La América computa, decía, la »creación de diez y siete naciones. No puedo persua»dirme de que el nuevo mundo sea por el momento »regido por una gran república, y como es imposible, »no me atrevo á desearlo, y menos deseo monarquía »universal de la América, porque este proyecto, sin »ser útil, es también imposible. Para que un solo go»bierno dé vida, anime, ponga en acción todos los re»sortes de la prosperidad pública, corrija, ilustre y

»perfeccione al nuevo mundo, sería necesario que tu»viese las facultades de un Dios, y cuando menos, las »luces y virtudes de todos los hombres. Sería un co»loso deforme que su propio peso desplomaría á la me»nor convulsión.» La única excepción que hacía en esta distribución de autonomías democráticas, era una idea que había enunciado antes y que lo ocupaba desde entonces: «La Nueva Granada se unirá con Vene»zuela, si llegan á convenirse en formar una repúbli»ca central. Esta nación se llamará Colombia.» Visión del destino.

III

La gran expedición española de que antes se hizo mención, avistó la costa de Cumaná en los primeros días de abril, precisamente en los días en que Bolívar declaraba de hecho la guerra á Cartagena. Componíanla una escuadra de veinticinco buques, de los cuales un navío y tres fragatas, que convoyaban sesenta transportes con 10.600 hombres de desembarco, y un tren de artillería de batir como para atacar una plaza de segundo orden. Era el más grande esfuerzo que hasta entonces hubiese hecho la metrópoli para dominar la insurrección sudamericana, y sería el último. El ejército expedicionario constaba de seis regimientos y un batallón de infantería, dos regimientos de caballería, un escuadrón de artillería volante, y algunas compañías de artilleros de á pie, zapadores y obreros, pertenecientes á los mejores cuerpos que habían hecho la guerra de la península contra las armas de Napoleón, y formádose en la escuela de Wéllington. A su frente estaba el mariscal de campo Pablo Morillo, el mejor general que tenía entonces la España. Desde la clase de sargento de marina habíase

elevado por su valor hasta el puesto que ocupaba, desenvolviendo su energía nativa en la sangrienta escuela de las guerrillas españolas, y completado su educación práctica en los grandes ejércitos anglohispanos. No era ciertamente un genio militar, muy lejos de eso, ni tenía cultura; pero estaba dotado de un talento natural, era un buen peleador, popular entre los soldados, firme en el mando y tenaz en sus empresas. En lo moral era un hombre imperioso y frío, cruel por sistema más que por inclinación, con arranques espontáneos de franqueza y aun de generosidad intermitente, pero desconfiado y sujeto á accesos de ira que lo ponían fuera de sí. No conocía el país ni tenía más plan que el que le trazaban sus instrucciones, las que revelaban tanta ignorancia respecto del estado de la América Meridional, como desprecio encubierto por la canalla sudamericana, sentimiento de que él participaba.

Esta expedición había sido destinada en un principio al Río de la Plata, como se ha apuntado antes en esta historia, pero la noticia de la pérdida de Montevideo en 1814, que le privaba de un punto de apoyo indispensable en las costas, hizo variar su destino, encaminándola á Costa Firme. La razón fundamental que aconsejó esta variación, fué pacificar la parte norte del continente meridional, considerando el istmo de Panamá como llave de ambas Américas y punto de más fácil comunicación entre los dos océanos, para combinar operaciones en las colonias y obrar con más eficacia sobre la parte sur insurreccionada. Al efecto, se dirigió simultáneamente otra expedición de 2.500 hombres al mando del general Miyares, que por este mismo tiempo desembarcó en Veracruz, y cuyo objeto era dominar todo el istmo hasta darse la mano con la de Costa Firme. La parte de este vasto plan encomen-

dada á Morillo, era dominar toda la costa Firme desde Guayana hasta el Darién, someter ante todo la isla de Margarita, apoderarse de la plaza de Cartagena, subyugar la Nueva Granada después de consolidar el orden en Venezuela, abriendo comunicaciones con Quito para obrar sobre el Perú. Tan fácil se consideraba la realización de este plan, que, dándolo todo por hecho, se prevenía al general enviar al Perú y á Méjico todas las tropas que resultasen sobrantes en el teatro de sus operaciones en el curso del año de 1815. Tan vasto como era este plan, que importaba la pacificación de toda la América Meridional desde Méjico hasta el cabo de Hornos, él se realizó en todos sus puntos en el término señalado, quedando subyugadas de nuevo todas las colonias insurreccionadas, con excepción de las provincias del Río de la Plata, á donde se destinara en un principio la expedición.

En otro sentido, las instrucciones estaban concebidas en un espíritu benévolo hacia los americanos, aunque llenas de desconfianzas y revelando en el fondo un gran menosprecio hacia los criollos, fueran realistas ó independientes. Las atrocidades cometidas bajo el pendón del rey, eran condenadas sin recriminación, y se inspiraban en los informes de Cajigal más que en los bárbaros ejemplos de Boves y Morales. «La conducta »que se ha de seguir, decíase en ellas, con los caudi»llos que tengan fuerza y opinión, no puede detallarse, »y el general en jefe podrá aprovechar las circuns»tancias negociando el partido más ventajoso y decen»te á las armas del rey; debiendo desaparecer toda »idea que no contribuya á asegurar la felicidad de los »vasallos de S. M. en aquellas regiones.» Y agregaba en otro artículo: «En un país donde desgraciadamen»te están el asesinato y el pillaje organizados, con»viene sacar las tropas y jefes que hayan hecho allí la

»guerra, y aquellos que, como algunos de nuestras »partidas, han aprovechado los nombres del rey y pa»tria para sus fines particulares cometiendo horrores. »Debe separarlos, etc.» Pero estas prevenciones teóricas, que no eran sino una máscara, como luego se vió, quedaban anuladas por el hecho de facultarlo ampliamente para alterar en todo ó en parte sus instrucciones, y suprimir hasta los tribunales de justicia. De este modo queda todo librado á merced del pacificador.

El primer hombre del nuevo mundo con quien habló Morillo, fué Morales. Después de la destrucción de Maturín había quedado dueño de todo el oriente de Venezuela y dominaba con 5.000 hombres el interior del país y toda la costa de Cumaná. Para asegurar este dominio había formado una escuadrilla de 22 buquecillos, armados en guerra, con que se proponía atacar la isla de Margarita, cuando la expedición llegó á Costa Firme. Al efecto, en tres de sus bergantines tenía embarcada una división de infantería con la que fué en persona á ponerse á órdenes del general expedicionario. Uno de los jefes que formaba parte de la expedición, y que sería más tarde el historiador de las armas españolas en la guerra sudamericana, ha pintado al natural el extraño aspecto de las tropas indígenas que habían hecho triunfar la causa del rey, consignando sus comprensiones de largo alcance. «Cuan»do los soldados europeos vieron entre los buques de »la expedición los pequeños barcos que conducían co»mo 800 hombres de Morales, naturales todos de Cos»ta Firme, muy morenos y sin otro vestuario los más »que un sombrero redondo de paja y una canana pen»diente de un taparrabo, no hay términos con que pin»tar la sorpresa que recibieron á la vista de un espec»táculo tan nuevo para ellos. Eran aquellos los ven-

»cedores, y nuestros europeos, llevados de la apa»riencia, incidieron en el error de concebir por »los vencidos la idea más despreciable, lo que no ha »dejado de ser por desgracia harto general en otros »puntos de América, y sin duda funesta en todo. Ve»nezuela y Caracas se perdieron después que llegaron »allí tropas europeas de la mejor calidad y bien man»dadas.»

IV

De conformidad con sus instrucciones, Morillo se dirigió á Margarita con todo su ejército, reforzado por 3.000 hombres de las tropas de Morales embarcados en la escuadrilla venezolana. La posesión de esta isla era de la mayor importancia para la pacificación de Costa Firme. Era el talón vulnerable de Venezuela. Asilo de los corsarios que hostilizaban el comercio español en el mar de las Antillas, en comunicación libre con el exterior, á inmediación de la costa de Paria y con una población insurreccionada apta para la guerra marítima y terrestre, la isla de Margarita era un peligro para los realistas y una esperanza para los independientes. Por uno de los buques del convoy apresado por los margariteños, los patriotas de la isla tenían conocimiento de la importancia de la expedición. Bermúdez, que con los restos escapados en Maturín se hallaba aún allí, fué de opinión de resistir á todo trance; pero, no siendo apoyado en su resolución, se dirigió á Cartagena. Arismendi hizo su sumisión, y fué benévolamente tratado por el general español, quien le recibió á su mesa, pareciendo olvidar que había sido el verdugo de ochocientos españoles cruelmente ejecutados por él. El vencedor tomó pacífica posesión de la isla (9 de abril de 1815), y expidió una proclama ofreciendo amnistía á los insurgentes que se

presentaran, promesa que fué cumplida, con excepción de quince que se presentaran á Morales, que fueron asesinados. La rendición de Margarita fué señalada por el incendio del navío San Pedro, el buque de más poder de la escuadra, en que se perdió la caja militar y considerables equipos y pertrechos de guerra. Era el primer triunfo y el primer contraste de la expedición.

Precedido por la fama de su generosa conducta en Margarita, llegó el pacificador á Caracas, donde fué recibido por una opinión que ansiaba por el descanso después de tantas y tan dolorosas agitaciones (11 de mayo de 1815). Su conducta posterior burló estas esperanzas. Su primer acto fué la imposición de un empréstito forzoso, bajo el pretexto de la pérdida de los caudales de la expedición en el navío San Pedro. Restableció el sistema del secuestro de las propiedades, que se hizo extensivo no sólo á los que habían tomado parte en la revolución, sino también á los ausentes y á los sospechosos, medida que se ejecutó con todo rigor, y dió por resultado la ruina de los últimos restos de la fortuna de los venezolanos. Cajigal y Ceballos, hombres moderados que podían templar el rigor de estas medidas, fueron al fin alejados. Para mandar en Venezuela, nombróse al brigadier Salvador Moxó, hombre cruel y rapaz, que restablecería el régimen del terror de Monteverde, y aunque con menos crueldad, la guerra de exterminio de Boves y Morales. Suprimióse la audiencia y todos los tribunales civiles, estableciéndose consejos y comisiones de guerra para juzgar los delitos políticos y administrar todo lo concerniente al país conquistado. Venezuela quedó sometida al más crudo despotismo militar.

Morillo contaba á la sazón con un ejército de más

de 16.000 hombres, incluyendo las tropas indígenas, y ocupóse en dar á sus fuerzas una distribución conveniente. Remitió á Puerto Rico un batallón de cazadores. Despachó en auxilio del Perú, por el istmo de Panamá, la cuarta división del ejército expedicionario, fuerte de 1.700 hombres, compuesta del regimiento de infantería Extremadura, dos escuadrones de caballería y dos compañías de artilleros y zapadores, de la que formaban parte el coronel Mariano Ricafort y los comandantes Baldomero Espartero, Vicente Sardina y Andrés García Camba, que se harían famosos en la guerra del Pacífico. El resto lo dividió en tres cuerpos de ejército. Destinó tres mil hombres á la ocupación de Venezuela, estableciendo guarniciones de 800 y 1.000 en Margarita, Cumaná, Barcelona, Caracas y Calabozo. Reorganizó y reforzó la división de Calzada en Barinas con contingentes europeos, á fin de concurrir por tierra á las operaciones que preparaba contra Nueva Granada. Con el resto de su ejército disponible, que alcanzaba á 5.000 europeos y 3.500 naturales de las fuerzas de Morales mandadas por éste, dirigióse por mar con cincuenta y seis velas á la costa de Sotavento, para emprender la restauración de Nueva Granada, empezando por el dominio de la plaza fuerte de Cartagena (12 de julio de 1815). La traslación de las tropas nativas que habían operado la restauración realista en Venezuela, respondía á la política prescripta al general en sus instrucciones. Esta medida y el desprecio con que fueron tratados por los europeos, introdujeron el descontento en sus filas. Más de mil llaneros desertaron al tiempo de embarcarse, y despertado en ellos el instinto nativo, se decidieron por la causa de la independencia, de que habían sido azote y de que serían los más esforzados campeones.

V

Morillo desembarcó en Santa Marta con la resolución de apoderarse de Cartagena, para cerrar así la única puerta de comunicación de Nueva Granada con el exterior. La plaza se había preparado á la defensa, aunque sumamente debilitada por la reciente guerra intestina. Carecía de armas, de numerario, de tropas suficientes para cubrir su vasto recinto, de los víveres necesarios para sostener un sitio, no podía contar con el apoyo del gobierno de la Unión y ni siquiera con la esperanza de un ejército de socorro. Estaba aislada por mar y por tierra. Sin embargo, decidióse por la resistencia á todo trance. Mandó talar todos los alrededores tres leguas á la redonda, dispuso que los habitantes de la campaña se refugiaran en los bosques, ordenó la reconcentración de las tropas regladas que se hallaban fuera de murallas, organizó una escuadrilla para defensa de la bahía, montó sesenta cañones á más de los ochenta y cuatro que tenía en batería, y se proclamó la ley marcial. Ordenóse un alistamiento general de todos los hombres en estado de llevar armas desde la edad de diez y seis á cincuenta años, reuniéndose 3.600 soldados, de los cuales 1.300 de línea, correspondiendo el pico de 300 á los restos del ejército que Bolívar había sacado de Santa Fe. Castillo era el jefe de las armas, y Mariano Montilla fué nombrado mayor general. En esta actitud esperó el ataque que le iba.

Cartagena era entonces la primera plaza fuerte de América. Tomada en 1697 por los franceses mandados por el almirante de Pointis, había rechazado triunfalmente el ataque de una poderosa escuadra inglesa con

9.000 hombres de desembarco á órdenes del almirante Vernon. La España había concentrado allí todo su poder ofensivo, combinando las obras de arte con los obstáculos naturales. Cartagena era una especie de Venecia militar. Edificada sobre un promontorio de arena batido por el mar, rodeada de canales y dividida de la tierra firme por pantanos, es una península que puede considerarse como una isla. La ciudad está dividida en dos partes: la que propiamente se llama Cartagena, sobre la orilla del mar que baten las aguas del golfo de Méjico por el noroeste, y el arrabal de Getzemaní al oeste. Ambos barrios se comunican por un puente fortificado, tendido sobre un ancho foso ó canal, cuyas dos bocas están cerradas por fuertes estacadas. Getzemaní comunica á su vez por otro puente como el anterior, que lo liga con las posiciones dominantes de la tierra firme. Toda la ciudad estaba circundada por altas y fuertes murallas bastionadas. Al oriente de Getzemaní, sobre la tierra firme y como á 700 metros de distancia, hallábase situada una elevada colina coronada por un fuerte castillo llamado de San Lázaro que dominaba con sus fuegos los dos barrios, el cual á su vez estaba dominado al norte por el cerro fortificado de La Popa, que descubre todo el horizonte y defendía todos los aproches por la parte del campo. La isla ó península de Cartagena, inabordable por la parte del mar y muy difícil de atacar por tierra, sólo era accesible por su bahía que se desarrolla de norte á sur en una extensión de 1.300 kilómetros dentro de la cual las islas y costas que la circundan, dibujan varias ensenadas que comunican entre sí por bocas estrechas ó canales. Hacia el sur y á lo largo de la costa exterior del golfo, se prolonga una gran isla que se llama Tierra Bomba, á que sigue otra isla fronteriza denominada de Barú, separada de la tie-

rra firme por un canal—ó «caño» como dicen en el país,—que lleva el nombre de Pasacaballos. Estas islas y el contorno de la costa interior, forman la gran bahía de Cartagena. La bahía sólo tiene dos entradas marítimas: la llamada Boca Grande, que da acceso á la parte norte de ella, por donde penetró el almirante Vernon en 1741 y que desde entonces mandó cerrar el gobierno español, y la Boca Chica al sur, defendida por dos castillos y algunas baterías de costa. En su interior se subdivide en cuatro ensenadas: las dos que corresponden á las bocas grande y chica, y dos que yacen al pie de las fortificaciones del sur, cuyas estrechas gargantas estaban defendidas por fuertes que cruzaban sus fuegos combinados con los de las cortinas y bastiones de la plaza. Al norte se halla la ciénaga ó laguna marítima de Tescas, que comunica con la plaza por canales de bajo fondo. Una escuadrilla, compuesta de una corbeta, siete goletas y algunas balandras pertenecientes en su mayor parte á corsarios y tripuladas por ellos, dominaba las aguas de la bahía y defendía sus dos entradas, manteniendo la comunicción entre los castillos de Boca Chica y la plaza. La boca interior del canal ó caño de Pasacaballos, así como la laguna de Tescas, estaban defendidas por una flotilla sutil de bongos armados en guerra, tripulados por los cartageneros, que son excelentes marinos formados en la escuela de la pesca. Tal era el antemural de la Nueva Granada que iba á atacar el ejército español.

El general español dispuso que Morales con sus 3.500 venezolanos, marchase por tierra, atravesase el Magdalena y estableciera el bloqueo terrestre, mientras él con el resto de su ejército, reforzado por las milicias de Santa Marta, se dirigía por mar, á fin de bloquear el puerto y estrechar el sitio, como lo verificó

18 de agosto). La división de Morales ocupó el circuito interior de la bahía hacia la parte norte, ocupando la isla Barú, y por varias veces intentó forzar una batería en Pasacaballos; pero la flotilla de bongos que defendía la boca del canal, se lo impidió, y le hizo desistir de su empeño. El grueso de las fuerzas se limitó á mantener el asedio. El plan de Morillo era rendir por hambre á la ciudad. Una comunicación (de 7 de septiembre) interceptada á los sitiados, le había hecho saber positivamente, que la plaza no contaba con víveres ni aun para cuarenta días, incluyendo los caballos, mulas, burros y perros, y que las tropas de pelea para la defensa no pasaban de mil.

VI

Los cartageneros no desmayaban á pesar de todo. Descontentos con Castillo que conducía con debilidad la resistencia, lo depusieron, nombrando al general venezolano Bermúdez jefe de las armas, que no se mostró más capaz que su antecesor. A los sesenta días de sitio, la peste empezó á diezmar la población, y los víveres escasearon á tal punto, que hubo que apelar á los ratones para elimentarse. A pesar de esto, nadie hablaba de rendirse. Morillo, que en sus «Memorias» hace alarde de generosidad por no haber bombardeado la ciudad, mientras esperaba reducirla por el hambre, ensayó al fin este medio de hostilidad (25 de octubre), que no le dió más resultado que matar algunos niños y mujeres. Al mismo tiempo la disentería y las fiebres diezmaban el ejército sitiador, y más de tres mil seiscientos enfermos llenaban sus hospitales. Las copiosas lluvias de la estación hacían muy penosa la estancia de las tropas en el campo sitiador, y las tempestades

del golfo, muy contingente el bloqueo por la escuadra española, á lo largo de una extensa costa, sin puerto de refugio, pues la bahía le estaba cerrada. En tal situación, Morillo proyectó apoderarse de la laguna Tescas, á fin de introducir artillería por la parte del norte y batir con más eficacia la plaza desde tierra; pero la flotilla de bongos que la defendía, había cerrado con una estacada la boca que comunica con el mar, y rechazó vigorosamente dos ataques sucesivos que le llevaron los realistas. En los primeros días de noviembre, sitiados y sitiadores mantenían con tesón sus respectivas posiciones.

El general español, sabedor de que la guarnición de la plaza había disminuído considerablemente, determinó estrechar el asedio. Al efecto, ordenó un ataque simultáneo sobre La Popa y sobre Tierra Bomba. El ataque sobre La Popa, llevado por 800 hombres, fué rechazado por el comandante venezolano Carlos Soublette al frente de 130 soldados, marcando con este hecho su aparición en la historia (11 de noviembre de 1815). El ataque sobre Tierra Bomba, llevado por Morales con una división de bongos y barcas armados en guerra, fué rechazado en los primeros días por la flotilla de la plaza, pero en el tercero vióse ésta obligada á replegarse á la ensenada interior al amparo de los fuegos de las murallas (13 de noviembre). Los enemigos, que habían establecido una batería sobre la costa interior de tierra firme, construyeron otras en Tierra Bomba, que cruzando sus fuegos, dominaban la gran bahía. Con la pérdida del punto de Tierra Bomba quedaron aislados los castillos que defendían Boca Chica, y la plaza se halló privada del recurso de la pesca que se hacía por esta parte, que como antes se explicó, es la prolongación de la península en que está asentada Cartagena y separa las aguas de la bahía de las del

golfo. Morales pretendió entonces apoderarse de uno de los castillos de Boca Chica, defendidos por poco más de 200 hombres, al mando del coronel francés Ducoudray-Holstein, pero fué rechazado con pérdida considerable. Los españoles quedaron así dominando con sus fuerzas sutiles la gran bahía, pero sin poder penetrar á ella su escuadra.

La resistencia había tocado los últimos límites. Se habían comido hasta los cueros que existían en la plaza. El hambre y la peste reinaban en la ciudad. Los centinelas al tiempo de ser relevados, se encontraban muertos en sus puestos. Empero, nadie hablaba de rendirse. Como último recurso resolvióse hacer salir dos mil bocas inútiles, inválidos, niños y mujeres. Los padres y los maridos se despidieron de sus hijos y sus ésposas, que entregaban á la piedad del enemigo, permaneciendo en sus puestos de combate. Fué aquella una emigración de espectros ambulantes, de la que sólo una tercera parte—el resto murió en el camino, — tuvo fuerzas para alcanzar hasta los puestos avanzados de los sitiadores. Los españoles trataron con genorosidad á los expulsados. El general español dijo, y con razón, que, conforme á las leyes de la guerra, podía hacerlos retornar inmediatamente á la plaza, pero que, movido por sentimientos de humanidad, no lo hacía. Hasta entonces Morillo no había hecho derramar sangre sino en los combates, y podía creerse en la sinceridad de su palabra; empero, su proceder obedecía á un cálculo. Dirigióse á las autoridades de Cartagena, diciéndoles con tal motivo: «He preferido »escuchar el grito de la humanidad, y he querido acor»dar una tregua á esos desgraciados habitantes, como »término á los males que los afligen. La defensa toca »á su fin, y ni aun entre los bárbaros se sacrifica in»útilmente á una población entera. Elija el gobierno

»de Cartagena: ó recibir de nuevo las familias que la »necesidad ha hecho salir de la plaza, ó rendirse en »el término de tres días, con la seguridad de que la »clemencia del rey no tiene límites.»

Una vela que apareció en el horizonte, y que se creía portadora de víveres, alimentó por algunas horas la esperanza de los sitiados. La vela desapareció en el horizonte y con ella la última seperanza. El 4 de diciembre, día de la intimación de Morillo, murieron trescientas personas de hambre en las calles. Pero todavía los sitiados no hablaban de rendirse. Era empero humanamente imposible prolongar la resistencia. Pero nadie habló de entregarse. Resolvióse la evacuación de la plaza á todo evento, antes que rendirse ó capitular. En la noche del 5 de diciembre se clavaron los cañones de La Popa y del castillo de San Lázaro. Al amanecer del siguiente día estaban embarcados á bordo de la escuadrilla compuesta de trece buques, como dos mil emigrados, últimos restos de la heroica población de Cartagena. Los enemigos, observando sus movimientos, habían establecido cuatro baterías que cruzaban sus fuegos sobre la bahía y una línea de veintidós lanchas cañoneras que cerraban el paso. La escuadrilla rompió la línea bajo el fuego de las baterías, con alguna pérdida; tomó á su paso la guarnición de Boca Chica, después de clavar los cañones de los castillos, y en la noche del 7, cuando iba á cumplirse el plazo dado por Morillo, el convoy se hizo á la mar, y atravesó por en medio de la escuadra española bajo un recio temporal que lo dispersó.

Así terminó el sitio de Cartagena en 1815, uno de los hechos más memorables de la lucha por la independencia americana. Morillo, en vez de una ciudad, ocupó un hospital de muribundos y un cementerio con montones de cadáveres hacinados en sus calles (6 de

diciembre). La atmósfera estaba corrompida. El sitio había durado ciento ocho días. Se calcula en seis mil almas el número de muertos en la plaza por el hambre y las enfermedades, sin contar los muertos en los combates. El ejército sitiador perdió cerca de tres mil quinientos hombres. El triunfo de los realistas fué coronado por un acto de barbarie. Morales ocupó los castillos de Boca Chica. Dió una proclama ofreciendo amnistía á los que se presentasen. Confiados en esta promesa, presentáronse, en número de cuatrocientos, los ancianos, las mujeres, los niños y algunos pescadores que habían quedado ocultos en los bosques de Tierra Bomba. El bárbaro Morales los hizo degollar á todos en la ribera del mar. Morillo fué relativamente más humano. Limitóse á hacer condenar á muerte y suspender de la horca al general Castillo, que había quedado oculto, y seis ciudadanos notables que confiaron en su decantada clemencia, entre los que se contaba el célebre José María García Toledo, principal promotor de la revolución de Cartagena en 1810, y que, al tiempo de establecerse el sitio, había incendiado él mismo sus propiedades en los alrededores para que no sirviesen al enemigo. Al mismo tiempo se restableció el tribunal de la inquisición en Cartagena.

VII

Mientras Morillo sitiaba Cartagena, la división de Calzada situada en Barinas, que debía obrar en combinación con su ejército para subyugar la Nueva Granada, había iniciado sus operaciones. Como los llanos de Casanare estuviesen á la sazón dominados por la caballería republicana, Calzada se dirigió allí, á fin de despejar su flanco y asegurar su retaguardia;

pero fué batido en un primer encuentro de vanguardia (31 de octubre). Desistiendo de esta empresa, dirigióse á Cúcuta y atravesó la cordillera, penetrando al territorio de Nueva Granada con 1.800 fusileros aguerridos y 500 jinetes. Las tropas de la Unión, que intentaron contener la marcha de Calzada, batidas en varios encuentros, fueron completamente deshechas en Balaga sobre el río Chitagá (25 de noviembre). Calzada ocupó Pamplona, donde encontró tendidos en sus calles los cadáveres de algunos españoles europeos que los patriotas mataron bárbaramente al tiempo de evacuarla.

Una división de 500 hombres que al mando del coronel Francisco de Paula Santander se hallaba en Ocaña y marchaba en auxilio de Cartagena, quedó cortada por la invasión de Calzada, y emprendió su retirada, reuniéndose con los derrotados de Chitagá al norte de Pamplona. De este modo, el jefe realista penetró en el corazón de la Nueva Granada, interceptó las comunicaciones entre Santa Fe y Cartagena y se dió la mano con el ejército de Morillo, recibiendo auxilios de Maracaibo.

En tan angustiosa situación, el congreso granadino dió nueva organización al poder ejecutivo de la Unión, á fin de hacer frente á los peligros que amenazaban á la república. Camilo Torres fué encargado de la presidencia con facultades extraordinarias, hasta para capitular con los españoles, adjuntándole como vicepresidente á Torices, quien como dictador de Cartagena había dado pruebas de energía. El nuevo presidente declaró que la república se encontraba expirante y que él no se hallaba con fuerzas para salvarla; pero aceptó al fin el sacrificio. Formóse entonces un ejército de 2.500 hombres bisoños, para hacer frente á Calzada, y éste se vió obligado á replegarse hacia Oca-

ña, sufriendo un contraste en su retaguardia (8 de febrero de 1816). Reforzado Calzada con 300 cazadores, reaccionó vigorosamente y atacó á los republicanos en la posición atrincherada del Páramo de Cacharí, á tres jornadas al sur de Ocaña, y después de dos días de combate los derrotó completamente, haciéndoles 300 muertos y tomando 300 prisioneros (22 de febrero). Calzada ocupó sin oposición todas las provincias de Pamplona, Socorro y Antioquía. La capital estaba indefensa. La noticia de la derrota del último ejército de la Unión llegó á Bogotá juntamente con la de la pérdida de Cartagena. Camilo Torres, á quien se hacía responsable de estos contrastes, sin esperanzas de poder salvar la república, renunció la presidencia. Fué nombrado para sucederle el doctor en medicina y leyes José Fernández Madrid, hombre de ciencia, poeta de algún mérto y publicista radical que se había señalado en los congresos por la exageración teórica de sus medidas revolucionarias. Puesto á la prueba en la práctica, declaró como su predecesor, que no era el hombre que el congreso buscaba para salvar la república, pero que aceptaba por la fuerza la tarea que se le imponía, sin responder de sus resultados. Llamó á los que voluntariamente quisiesen seguirle, y sólo seis hombres se presentaron.

Una reacción se había operado en la Nueva Granada. Los unionistas de Cundinamarca, sometidos por la fuerza de las armas, habíanse convertido por despecho en realistas. El resto del país, fatigado de la guerra, aspiraba como en Venezuela al descanso y suspiraba por el antiguo régimen. Las fuerzas morales y militares de la nación estaban agotadas, y la república granadina estaba en plena disolución. En tal situación, Fernández Madrid, autorizado por el congreso, abrió negociaciones con Morillo. El congreso se disolvió poco

después. El presidente se replegó al sur con los restos de las tropas de la Unión, las que, reunidas con las que defendían el valle de Cauca en Popayán, fueron al fin completamente destruídas hasta el último hombre por los realistas que avanzaban desde Quito á órdenes del general Sámano.

Un sacrificio heroico, que salvó el honor de las armas republicanas, señaló la derrota final de Nueva Granada. La división de Popayán, en número de 700 veteranos probados, aclamó por su jefe al comandante Liborio Mejía, y en una junta de guerra intimaron al presidente que moriría el que hablase de capitular, á lo que Fernández Madrid respondió presentando su pecho, que tal era también su dictamen. Reanimados los últimos soldados de la Unión por la energía de Mejía, resolvieron atacar la división de Quito, fuerte de 1.000 hombres de buenas tropas, que se habían fortificado en la cuchilla del Tambo, á 31 kilómetros al sur de Popayán. En el primer empuje, la caballería realista fué derrotada, y Sámano vióse obligado á encerrarse en sus trincheras. Los republicanos se empeñaron en arrebatar por asalto la posición, pero rechazados con pérdida de su artillería, dejaron en el campo 250 cadáveres y en poder del enemigo 300 prisioneros, escapando Mejía con sólo 40 heridos (21 de junio de 1816). Reunidas las últimas reliquias de la división del sur con los restos del ejército de la capital que Fernández Madrid había sacado de Bogotá, que en su totalidad alcanzaban á 160 hombres, se atrincheraron sin esperanza de triunfar en el puente del río de la Plata, al norte de Popayán, ocupando su cabeza, bajo las órdenes del coronel Pedro Monsalve. Atacados por una columna de 400 hombres, pelearon desde las 12 del día hasta el anochecer. Rotos por el frente y tomados por la espalda, todos fueron muertos y pri-

sioneros (10 de julio). Mejía fué de los últimos en abandonar el campo de batalla, y quedó prisionero. Así cayó la última bandera granadina con sus últimos soldados.

VIII

Rendido el antemural de Nueva Granada y ocupadas sus provincias centrales por Calzada, Morillo se movió de Cartagena, dejando la plaza guarnecida por 2.600 hombres á órdenes del virrey Montalvo. El resto de su disminuído ejército lo dividió en cuatro columnas ligeras, para tomar posesión del país. La principal de ellas, al mando del general Miguel de la Torre, ascendió el valle del Magdalena, y reunida con la de Calzada en Leyva, ocupó la capital de Santa Fe de Bogotá, al frente de 4.000 hombres, sin necesidad de disparar un tiro. Con la reserva situóse el general en jefe en Ocaña. Allí le alcanzó la noticia de que Venezuela se conmovía de nuevo, que la isla de Margarita se había insurreccionado por tercera vez, que las guerrillas que después de la catástrofe de Maturín se habían extendido por los llanos del oriente, hostilizaban la Guayana, y que los emigrados, encabezados por Bolívar, preparaban una expedición para hacer revivir la llama revolucionaria. Estas novedades alarmaron seriamente á Morillo en medio de sus triunfos. Dispuso, en consecuencia, que Morales se dirigiera á Venezuela con una división, á fin de asegurar su base de operaciones, mientras él terminaba la pacificación de Nueva Granada. Por la primera vez se dió cuenta Morillo de la magnitud y de las dificultades de su empresa, y con rara penetración previó su desenlace fatal. Daba la debida importancia al sostenimiento de la Nueva Granada, cuya resistencia estimaba en menos, y pensó

que Venezuela constituía el nervio militar de la revolución colombiana, pero que sus fuerzas eran insuficientes para dominar ni aun á los llaneros. Así decía desde Ocaña, dirigiéndose á su gobierno: «Cuando se »apareció la expedición de mi mando, todo plegó, y »aparentemente todos reconocieron la clemencia del »rey, menos los llaneros. Sin duda, la suerte del vi»rreinato de Santa Fe decide de la de Venezuela, pero »reforzando la expedición. Las provincias de Venezue»la están en un estado de insurrección total. La fuerza »es poca y sólo lograré por algún tiempo contrarrestar »á los rebeldes.» Así, antes de cumplirse un año de haber abierto su campaña con 16.000 hombres, sin dar una sola batalla y alcanzando siempre triunfos, se encontraba impotente ante las solas guerrillas de los llaneros de Venezuela. Como hombre de acción, que no veía más hallá del horizonte del campo de batalla, todo lo atribuía á la energía de los venezolanos. «En »el virreinato de Santa Fe — agregaba, — han escrito »mucho, y los doctores han querido arreglar todo á su »modo. En Caracas, al instante desenvainaron las es»padas.» Según él, no había más medio que establecer un gobierno militar «despótico, tirano y destructor», y domar la rebelión, por las mismas pérdidas que al principio de la conquista. Y reiterando su renuncia por lo quebrantado de su salud declaraba finalmente á su gobierno: «No hay remedio, es preciso que la »corte se desengañe, pues no cortando la cabeza á los »que han sido revolucionarios, siempre darán que ha»cer; así, que no debe haber clemencia con estos pí»caros.» Con un alcance que hace honor á su inteligencia militar, preveía que de la posición de la Guayana pendía la suerte de la expedición, pues, una vez perdido este territorio por los realistas, Venezuela y Nueva Granada quedaban en peligro. Era un vencido

en medio de sus triunfos, y esto explicará la política de terrorismo sangriento que empezó á inaugurar desde entonces.

En Ocaña publicó Morillo un indulto que comprendía á los ofiales de capitán abajo que depusieran las armas, á la vez que hacía ejecutar cruelmente á los jefes que caían en sus manos, colgando sus cadáveres de horcas ó clavando en los caminos sus miembros despedazados y expuestas en jaulas sus cabezas. El general de La Torre expidió un indulto análogo para «todos los empleados civiles que depusiesen las armas y volviesen á sus pueblos.» Morillo lo reprobó duramente, y ordenóle que aprehendiese y asegurase en estrechas prisiones á todos los que hubiesen figurado en la revolución, especialmente á los que llamaba «cabecillas.» En vano de La Torre representó que la palabra del rey estaba empeñada. El pacificador se mostró inflexible, y las cárceles de Santa Fe se llenaron de presos (22 de mayo de 1816). Morillo, sin recibir los obsequios que el pueblo le había preparado, entró de noche en la ciudad, sombrío como una amenaza (26 de mayo). Reprendió severamente á La Torre y Calzada por haber aceptado agasajos de los rebeldes, y en castigo, destinó al primero á los llanos del Orinoco y al segundo á los valles de Cúcuta. Anuló públicamente el indulto de La Torre, y dió otro, calcado sobre el de Ocaña, pero tan lleno de multiplicadas excepciones, que más parecía una bula que un acto de hipócrita benignidad, pues no alcanzaba á ninguno de los presos, y comprendía entre los delitos que llevaban aparejada pena capital, hsta los escritos y las conversaciones. Las mujeres de Bogotá se le presentaron en el día del cumpleaños del rey (30 de mayo), implorando clemencia en favor de sus padres, sus hijos y sus esposos. El las recibió groseramente y las despidió

con palabras duras y gritos destemplados. Las cárceles ordinarias no bastaron para contener los presos, y habilitáronse los claustros de los conventos para encerrarlos. El terrible pacificador se encerró en un silencio tétrico, y ocupóse en compulsar los archivos del gobierno revolucionario, buscando en ellos nuevos culpables que perseguir. El terrorismo colonial se inauguraba.

IX

Estableciόse un tribunal de sangre con la denominación de «Consejo permanente de guerra», compuesto de oficiales españoles del ejército expedicionario y presidido por el gobernador militar de la plaza. Las sentencias debían ser confirmadas por el general asistido de un asesor, que era un granadino, cuchillo de sus hermanos. Ante él comparecían los reos señalados por el índice del pacificador, para ser juzgados con arreglo al texto de las ordenanzas militares, á las leyes de Partida, y á las recopiadas de Indias y de Castilla, aplicando á dos millones de almas las penas de asonadas y tumultos en las plazas de guerra. Un fiscal formaba el sumario, y con la confesión del reo, careado con los testigos que deponían contra él, quedaba cerrado el proceso. Sin permitirle adelantar la prueba, se pronunciaba la sentencia en el término de 24 horas, previo el nombramiento de un defensor de oficio, que, según la amarga expresión de un historiador, no era muchas veces otra cosa que un verdadero acusador. Sucedió alguna vez que antes de pronunciarse la sentencia por el tribunal, Morillo anunció públicamente, por medio de proclamas, que los reos cuyos procesos estaban pendientes, morirían. Desde entonces todos

tuvieron una sentencia de muerte pendiente sobre sus cabezas.

La primera víctima que subió al patíbulo, fué el comisionado de la regencia, Antonio Villavicencio, fusilado por la espalda como traidor, por haber simpatizado con la revolución (8 de junio de 1816). Siguióle muy luego su colega Carlos Montufar, el general de los revolucionarios de Quito, José Tadeo Lozano, el primer presidente de Cundinamarca; Camilo Torres, el ilustre presidente de la república granadina, y Manuel Rodríguez Torices, el dictador de Cartagena, fueron fusilados por la espalda, sus cadáveres suspendidos de la horca y sus miembros colgados en escarpias. El primer general de la Unión, Antonio Baraya, y el heroico Liborio Mejía, el último sostenedor de la bandera republicana de Nueva Granada en el puente de La Plata, fueron ejecutados del mismo modo, y sus cabezas expuestas en jaulas. El famoso geómetra, físico, astrónomo y naturalista Francisco José Caldas, hijo de Popayán, gloria de la América y honor del mundo sabio, que cual otro Pascal, descubrió un nuevo sistema para medir las alturas; el predecesor y el colaborador de Humboldt y Bompland en sus exploraciones en lo desconocido, también fué sacrificado el 29 de octubre de 1816, por haber servido como ingeniero en los ejércitos republicanos. El implacable pacificador contestó brutalmente á los que pidieron su vida, al menos mientras concluyese los trabajos de su última expedición botánica: «La España no necesita de sabios.» La víctima subió al cadalso con serenidad y fortaleza, para enseñar á morir como había vivido, y ésta fué su última lección como filósofo animado por el espíritu de la sabiduría que lo ha inmortalizado en su martirio.

Para hacer más dolorosa la muerte y para difundir

el terror en todos los ángulos del virreinato, los condenados eran trasladados á pie á largas distancias, al lugar de su nacimiento ó á los lugares donde habían figurado, prolongando su agonía. Así desfilaron por los cadalsos 125 víctimas, la flor de la sociedad granadina, de los que la quinta parte pertenecía al gremio de doctores. A pesar del desprecio que el pacificador afectaba por los sabios y los doctores, era lo que más temía, porque veía en ellos la luz que pretendía apagar con sangre. Así decía en una carta dirigida al rey Fernando VII: «He expurgado el virreinato de Nueva »Granada de doctores que siempre son los promoto»res de rebeliones.» Para reemplazarlos, pedía «teólogos y abogados de España», porque, según sus propias palabras, «la obra de subyugación y pacificación de»bía consumarse por las mismas medidas que al prin»cipio de la conquista.» Derecho de conquista, ley de exterminio, extinción de las luces, terrorismo colonial con inquisición y tribunales militares de sangre, tal era el plan político del pacificador, en representación del absolutismo español, encarnado en el más bestial de sus reyes, «corazón de tigre y cabeza de mulo», retratado así y ¡renegado por su propia madre!

Pero no bastaba al pacificador rodear la muerte de las víctimas de ultrajes y tormentos: era necesario destruir sus herencias y afrentar su posteridad despojándola hasta de los derechos civiles y sociales. Al efecto instituyó una junta de secuestros, embargó los bienes de todos los presos, confiscó los de los muertos y redujo á la miseria á todas las familias del país. A las viudas y huérfanos que reclamaban les contestaba: «Los traidores al rey deben perder sus vidas y sus bienes.» Las familias así despojadas y enlutadas, eran confinadas á los lugares más remotos, por impías, perversas y licenciosas, poniéndolas bajo la vigilancia de

los curas y alcaldes, sujetas á una disciplina de esclavos, con prohibición de variar de domicilio ó recibir visitas y prescribiéndoles hasta el traje que debían usar. Todos los habitantes fueron constituídos en prisión, bajo pena de la vida. Uno de los seides de Morillo que más se señaló por su cruedad, el coronel Francisco Warleta, publicó un bando, en que calificando la ausencia como acto de rebeldía, disponía por un «artículo único»: «Toda persona, sin excepción de sexo »ni calidad, que, pasado el término de cuatro días, »no se reuniese á su respectiva población, será fusi»lada en cualquier parte del campo ó montaña, donde »se halle, por los destacamentos y tropas que haré »circular.» Todos los hombres fueron reducidos á la condición de presidiarios. Bajo el pretexto de abrir nuevos caminos públicos, de utilidad dudosa ó evidentemente ruinosos para la prosperidad general, los naturales del país eran forzados á trabajar en ellos á ración y sin jornal, y alejados por meses de sus hogares en lugares desiertos y malsanos. Era el sistema de la primitiva conquista, armada no sólo de látigos sino también de escorpiones, según la expresión bíblica.

El mando absoluto había enorgullecido á Morillo, y la sangre lo embriagó. El, que poco antes se consideraba sin fuerzas suficientes aun para sujetar á Venezuela, soñaba marchar con su ejército hasta el Perú, destruir la República Argentina, y regresar triunfante á Méjico, para coronar su obra de pacificación del mismo modo que Cortés y Pizarro habían operado la conquista de América. El incremento que tomaba la insurrección popular de Venezuela en las campañas, disipó estos sueños, y vióse obligado á volver á su punto de partida, para comenzar la obra de la pacificación. Dejó en Bogotá una guarnición de 3.800 hombres de tropas venezolanas, que quería mantener ale-

jadas de su tierra, y de pastusos adictos á la causa del rey, y con 4.000 hombres de sus mejores tropas europeas, atravesó la cordillera para sofocar la nueva insurrección que, según sus claras previsiones anteriores, ponía en peligro todas sus conquistas (16 de noviembre de 1816. Al despedirse de Nueva Granada—que ya no volvería á pisar,—hizo alarde en una proclama de los beneficios que le había dispensado, entre ellos el de la sangre de sus hijos derramada en los cadalsos, y llevó consigo los últimos reos destinados á la muerte, ¡y los hizo juzgar y fusilar en su frontera! Al atravesar la cordillera y pisar los llanos de Barinas, pudo convencerse por segunda vez, de que era impotente aun para hacer la guerra regular: según confesión propia, no habría podido efectuar su marcha sin los auxilios de los escuadrones de llaneros que le acompañaban, que lo salvaron de morir de hambre ó ahogarse en los ríos del tránsito.

X

El general Sámano sucedió á Morillo en el mando militar de Bogotá, permaneciendo el virrey Montalvo en Cartagena, anulada de hecho su autoridad. Era Sámano un soldado ignorante, de valor dudoso, terco é imbuído de la superioridad de raza de los españoles sobre los americanos, que, revestido del sayal de los capuchinos que gobernaban su conciencia, ostentaba una fanática devoción y consideraba acto meritorio para con Dios matar insurgentes ó rebeldes. Su primer acto fué mandar levantar la horca permanente en la plaza mayor, frente á las ventanas de su palacio, y plantar «ad terrorem» cuatro banquillos en el paseo de la Alameda. Las cárceles volvieron á llenarse y las

ejecuciones periódicas continuaron como en tiempo de Morillo. Una de sus primeras víctimas fué una mujer. Llamábase Policarpa Salavarrieta, conocida en Bogotá con el nombre de la Pola, con que ha pasado á la historia, inmortalizada por su martirio. Era una joven bella, de 25 años de edad, de ojos azules y cabellos rubios, dotada de imaginación poética y corazón sensible, en quien las blandas virtudes de su sexo se hermanaban con la fortaleza de su alma varonil. Su primera pasión al estallar la revolución, fué la patria: su segunda pasión fué un joven, Alejo Savaraín, oficial de los ejércitos republicanos, con quien debía desposarse, que había sido destinado á servir como soldado en las tropas realistas. Ella comunicó á su amante su pasión por la patria. Lo comprometió en una conspiración de cuartel que por este tiempo se tramaba en Santa Fe, y descubierta ésta, lo indujo á desertar de las banderas del rey junto con otros compañeros, llevando comunicaciones para los guerrilleros que se mantenían en armas en los llanos de Casanare, y eran la última esperanza de la revolución granadina. Sorprendido Savaraín en su fuga, y vendida la Pola por los papeles de que era portadora, entre los que se encontraban los estados de fuerza de la guarnición de Santa Fe, la joven fué reducida á prisión y sometida á un consejo de guerra. Condenada á muerte, oyó su sentencia con serenidad. Puesta en capilla, un fraile enviado por Sámano le ofreció el perdón, si confesaba quiénes le habían proporcionado los estados de fuerza. Se confesó cristianamente, y no comprometió á nadie en sus declaraciones. Marchó al suplicio con paso firme, encadenada con su amante. En el camino exclamó: «Tengo sed.» Un soldado de la escolta del suplicio le alcanzó un vaso de agua. Ella lo rechazó, diciendo: «Ni agua quiero de los verdugos de mi patria.» Sus

compañeros desfallecían, y ella los exhortó á morir como hombres, gritando en alta voz que su sangre sería vengada. Fué fusilada por la espalda, al lado de su amante, con quien se unió por siempre en la muerte (11 de noviembre de 1817). En ese día todos lloraron en Bogotá. Los granadinos consagraron á su memoria una canción fúnebre, que se convirtió en himno de guerra repetido por toda la América, y sus contemporáneos formaron de su nombre un anagrama simbólico: «Policarpa Salavarrieta: yace por salvar la patria», que es un epitafio histórico.

Morillo encontró que Sámano era un digno continuador de su política sangrienta, y le hizo nombrar virrey, en substitución de Montalvo, que, menos cruel, había manifestado tendencia á endulzar el terrorismo colonial implantado por el pacificador.

CAPITULO XLI

La tercera guerra de Venezuela

1815-1817

Carácter de la revolución venezolana.—Paralelo de la revolución argentina y venezolana.—La evolución sudamericana.—Segunda insurrección de Margarita.—La insurrección de Casanare.—Aparición de Páez.—Su retrato.—Combate de Mata-de-la-miel.—Formación del ejército del Apure.—Condensación de las guerrillas independientes al oriente de Venezuela.—Odisea de Bolívar en las Antillas.—Alejandro Petión.—Luis Brión.—Expedición de los Cayos de San Luis.—Bolívar es nombrado jefe supremo de Venezuela.—Desembarca con la expedición en Carúpano.—Se reembarca y dirígese á Ocumare.—Su fuga de Ocumare abandonando la expedición.—Los expedicionarios abandonados nombran por jefe á Mac-Gregor.—Su célebre marcha al través de Venezuela.—Bolívar en Bonaire.—Su segunda deposición y proscripción.—Su genio superior.—Los ejércitos de la insurrección venezolana.—Batalla de Quebrada-Honda.—Mac-Gregor ocupa Barcelona.—Batalla del Playón de Juncal.—Páez sitia á San Fernando.—Sitio de Cumaná por Mariño.—Los realistas evacuan Margarita.—Piar conquista la Guayana.—El Orinoco, base natural de operaciones.—Pone sitio á Angostura.—Triste papel de Bolívar en esta campaña.—Planes al aire de Bolívar.—Derrota de Clarines.—Caída de Barcelona.—Bolívar toma el Orinoco como base de operaciones.—Nueva faz de la guerra.—Famosa acción de las Mucuritas.—Morillo marcha contra Margarita.—La Torre marcha en socorro de la Guayana.—Batalla de San Félix.—El "congresillo de Cariaco".—Reveses de Mariño en Paria.—Aparición de Sucre.—El capitán Antonio Díaz.—Brión penetra con la flotilla independiente en el Orinoco.—La Torre evacua la Guayana.—Conjuración de Piar.—Juicio y muerte de Piar.—Destierro de Mariño.—Bolívar afirma su autoridad.

I

En ninguna de las colonias hispanoamericanas insurreccionadas, la guerra por su emancipación fué más porfiada, más heroica ni más trágica que en Venezuela. La primera en dar la señal de la revolución, en decla-

rar su independencia y proclamar la república, cayó dos veces, luchando con sus propios elementos y contra los más numerosos ejércitos de la metrópoli, y resurgió por la tercera vez, guerreando sin tregua, hasta alcanzar el triunfo final. Venezuela representa en el hemisferio norte el mismo papel que las provincias del Río de la Plata en el sur, con la diferencia de la doble caída que puso á prueba su fortaleza. Ella fué el núcleo que condensó los elementos revolucionarios del norte y le dió su nervio militar, á la vez que su base política, creando una nueva fuerza expansiva que se haría sentir en toda la América del Sur por el vehículo de sus soldados. Libertó á Nueva Granada esclavizada, como las Provincias del Plata á Chile, sin lo cual ni en el sur ni en el norte la condensación de sus respectivas fuerzas era posible. Así como las armas argentinas dieron la señal de la guerra ofensiva atravesando los Andes meridionales. Venezuela la inició al trasmontar los Andes ecuatoriales, cruzando los ejércitos colombianos de mar á mar como los argentinos para converger al punto estratégico de la campaña libertadora del continente. Las Provincias del Plata formaron la liga guerrera de la República Argentina, Chile y el Perú. Venezuela creó á Colombia, reuniéndose en cuerpo de nación con Nueva Granada y Quito. Los argentinos dieron á la América el genio de San Martín, Venezuela le dió el genio de Bolívar. Los dos pueblos y los dos libertadores, núcleo, nervio y pensamiento de la condensación de sus elementos revolucionarios en los dos hemisferios, siguen opuestos caminos en dirección constante, se atraen, y concurren á la batalla final, efectuando su conjunción en el centro del continente. Tal es la grande evolución que va á iniciarse. Después de la rota de Urica y de la catástrofe de Maturín, los últimos restos del

ejército republicano del oriente se habían esparcido en guerrillas en las márgenes y nacientes del Orinoco y llanos de Barcelona, mientras la insurrección se mantenía indómita en los llanos de Casanare.

La Margarita fué la primera en dar la señal de la nueva insurrección general así que Morillo emprendió su campaña contra Nueva Granada. Nombrado gobernador de la isla el teniente coronel Joaquín Urreistieta, quiso dar un golpe de autoridad ordenando la prisión de Arismendi. Los isleños se levantaron como un solo hombre en número de 1.500. Despechado el gobernador, mandó que no se diera cuartel á los insurrectos y se permitiese el saqueo libre á la tropa, incendiando el pueblo de San Juan y la Villa del Norte, de conformidad á las indicaciones de Morillo y á las instrucciones de Moxó, que le prevenía «fusilar »irremisiblemente, sin forma de proceso, ni considera»ción humana alguna, á los que auxiliasen ó siguie»sen á los insurgentes con armas ó sin ellas.» Los insurgentes aceptaron el duelo á muerte. Arismendi tomó posesión de la parte septentrional de la isla, asaltó la casa fuerte de la Villa del Norte y pasó á cuchillo la guarnición de 200 hombres que la defendía. Tomó en seguida la ofensiva; atacó los castillos de Pampatar y Porlamar, y aunque rechazado, puso sitio al gobernador en La Asunción, capital de Margarita, encerrándolo en el castillo de Santa Rosa (noviembre de 1815). El ejército de la isla se elevó al número de 4.300 infantes y 200 de caballería, mal armados, pero decididos á mantener alzada la bandera de la independencia, que ya no se abatiría jamás en su estrecho territorio.

En los llanos de Casanare la insurrección tomó cuerpo y consistencia, acaudillada por el famoso José Antonio Páez, cuya aparición hemos señalado, como la

del Aquiles de la revolución venezolana. Era Páez natural de Barinas, contaba á la sazón 26 años de edad, y había hecho la campaña de la reconquista de Venezuela, señalándose por su valor como soldado de segunda fila. Trasladado á los llanos de Casanare, después de la derrota de La Puerta y la retirada de Urdaneta, se reveló el gran caudillo, y pronto ocupó el primer puesto, que sus mismos enemigos reconocieron á su costa ser el que le correspondía. Era un criollo genuino, de raza caucasiana con mezcla de sangre nativa. De fuerza hercúlea, domador de potros y nadador infatigable, diestro en el manejo de la lanza, la espada y el puñal, era el primero en los combates y se imponía á todos por su energía personal y por su elevación moral. Cuando alguno de sus soldados cometía alguna falta, ó manifestaba disgusto por sus providencias, lo desafiaba á duelo singular, dejándole la elección de las armas, y aceptase ó no, lo vencía física ó moralmente. Sujeto á ataques epilépticos cuando se exaltaba su sistema nervioso, era un poseído en la pelea, y después de atravesar con su lanza hasta cuarenta enemigos, caía postrado en tierra como muerto. Audaz en sus empresas, y reflexivo en sus combinaciones originales, poseía, á la par del ardor del guerrero, el golpe de vista del general de caballería, y tan temerario en la acción como astuto en su preparación, siempre fué vencedor por sus propias inspiraciones. Era el ídolo de sus soldados, que le llamaban «el tío» ó «el compadre», y se familiarizaba con ellos algunas veces, empinando la «tapara» ó calabaza—el ánfora primitiva de los llaneros,—colmada de agua ó de aguardiente, ó mezclándose á sus danzas populares, en que representaba el papel de un borracho, en medio de frenéticos aplausos. De cinco pies y nueve pulgadas inglesas de altura, ágil y musculoso aunque algo grue-

so, su rostro, de contornos redondeados, sombreado por cabellos negros y crespos, con un espeso bigote (sin patillas ni sotabarba) que lo acentuaba, era simpático y varonil. De temperamento sanguíneo, tenía un nativo instinto moral que gobernaba sus acciones. Hijo de la naturaleza, criado en medio de los feroces llaneros que dominaba con su fuerza física y su voluntad superior, su índole era generosa, su carácter caballeresco y humano, y su inteligencia muy superior á su instrucción, pues entonces no sabía leer ni escribir. Era, en suma, una pobre cabeza política, con iluminaciones heroicas, manso en la paz, terrible en el combate, que se dejaba gobernar en el triunfo y dominaba á todos en el peligro. Su traje era una blusa de paño azul, polainas de llanero, la manta echada á la espalda, sujeta con un broche de plata sobre el pecho, un chambergo á lo mosquetero con el ala de adelante doblada con una cucarda venezolana prendida por una presilla de oro, al cinto una espada toledana y una larga lanza que nunca dejaba de la mano en campaña, y que era su estandarte al frente de su tienda de campaña, que era un toldo de cueros.

II

El primer combate que mandó Páez en jefe, siendo aún simple capitán, lo elevó de un golpe al rango de primer general de caballería de la América y le dió el dominio de los llanos del Apure.

Hallábase la división de Casanare acampada en el pueblo de Guadalito sobre la margen izquierda del Arauca, cuando se anunció la marcha del gobernador español de Barinas, el coronel Francisco López, á la cabeza de 1.100 jinetes y 300 infantes con un cañón.

El jefe republicano, como intimidado, reunió una junta de guerra, y propuso la retirada. Como todos guardaran silencio, Páez manifestó, que había ofrecido defender al pueblo de Guadalito, y que sin desobedecer las órdenes que se le diesen, suplicaba se le permitiese quedarse con un escuadrón para hacer frente al enemigo. Apoyado por todos los oficiales, el jefe, airado, les dijo: «Pues que los mande el comandante Páez, y síganme los que quieran á Casanare.» Y se retiró al sur del Arauca con el estado mayor, una compañía de infantería y otra de dragones, dejando á Páez en Guadalito con sólo 500 hombres de caballería.

Páez salió en busca del enemigo, decidido á batirlo donde lo encontrase. A los 20 kilómetros, en el punto llamado Mata de la Miel, sobre las nacientes del Apure, avistó la división española, con la caballería apoyada sus alas en dos pequeños bosques y en éstos oculta su infantería (16 de febrero de 1816). En el reconocimiento que practicó Páez en persona, le mataron el caballo de un balazo. Iba ya á anochecer, y algunos le indicaron que sería prudente suspender el ataque. El contestó que la obscuridad sería tan grande para unos como para otros, y con voz de mando dirigió á su tropa la proclama más original, que, como él mismo lo decía, jamás se le ocurrió á general alguno: «Compañeros: me han matado mi caballo. Si no están resueltos á vengar ahora mismo su muerte, yo la vengaré solo y me lanzaré á perecer entre las filas enemigas.» Sabían que era hombre de cumplir. Todos contestaron con entusiasmo, que irían con él á donde los llevase.

Formados los republicanos en dos líneas escalonadas, atacaron la posición española. Recibidos con fuego de cañón y fusilería, cargó á fondo la primera línea, y arrolló las dos terceras partes de la caballería

enemiga, poniéndola en fuga. En la carga de la segunda línea, fué herido el caballo de Páez; el animal, espantado, reventó las cinchas con sus corcobos y arrojó al suelo al jinete con la silla entre las piernas. Al levantarse, vió que su segunda línea había sido rechazada. Montó en el primer caballo que encontró, contuvo á los fugitivos, les hizo volver las caras, y reanimados con su presencia y su ejemplo, los llevó á revientacincha, hasta llevarse por delante los últimos 400 hombres de caballería enemiga que permanecían formados. Mientras los republicanos perseguían á los dispersos, la infantería española emprendió su retirada internándose en los bosques del Apure. Más de 400 muertos y 200 prisioneros fueron los trofeos de esta brillante jornada. El vencedor trató con generosidad á los vencidos, y todos ellos se alistaron voluntariamente bajo la bandera republicana. Esta victoria señaló al héroe.

Desde entonces, los llaneros que habían seguido á Antoñanzas, Boves y Morales, quedaron ganados para la causa de la independencia. Páez, su vínculo de unión, aclamado poco después jefe de los llanos, formó el famoso ejército del oriente ó del Apure, que es la denominación con que ha pasado á la historia. Al recibirse del mando, arengó á sus tropas, les aseguró que procuraría corresponder á la confianza que en él depositaban, y que fiasen ante todo en la Divina Providencia, pero que, mientras tanto, él iba á llevarlos aquel mismo día al encuentro del enemigo (septiembre de 1816). Invadió la provincia de Barinas.

Al mismo tiempo que el ejército del Apure se formaba, las guerrillas de Monaga, Saraza y Cedeño, se condensaban en el Alto Orinoco y los llanos bajos del oriente, formando divisiones hasta de 1.500 hombres reunidos. Alarmado el gobernador de la Guayana, des-

tacó una fuerte columna contra Cedeño, la que fué completamente derrotada (8 de marzo de 1816). Una segunda expedición de 1.500 hombres, embarcada en una escuadrilla que remontó el Orinoco, no tuvo mejor suerte, viéndose obligada al fin á reconcentrarse con sus restos á la ciudad de Angostura, capital de la Guayana.

Tales fueron las alarmantes noticias que obligaron á Morillo á abandonar el teatro de la Nueva Granada y trasladarse á Venezuela con el grueso de su ejército.

III

La insurrección que había resurgido en el Orinoco, el Apure y los llanos bajos, se extendió por las costas de Barlovento, promovida por los emigrados del oriente de Venezuela, sobre la base de la isla de Margarita que le daba un sólido punto de apoyo. La tercera y última guerra á muerte de Venezuela iba á comenzar. Aquí comienza también la nueva odisea de Bolívar.

Después de su retirada de Cartagena, Bolívar habíase aislado en la Jamaica, donde se ocupó en escribir el manifiesto y la memoria de que hemos dado cuenta, buscando nuevos medios para volver á trabajar por la independencia de su patria. Esta sombra que vagaba por los contornos de Venezuela, perturbaba la tranquilidad de sus dominadores. Se dijo en aquella época que el capitán general Moxó, por medio de un español que se trasladara á Kingston, con el designio de asesinarlo, compró á un esclavo que acompañaba al Libertador en su destierro. El asesino penetró una noche en su habitación, que estaba á obscuras; se dirigió á su hamaca, y dió dos puñaladas á un hombre

que allí dormía, dejándole muerto. Era un pobre emigrado llamado Amestoy que, sabedor de que Bolívar no dormiría aquella noche en su posada, había ocupado su lugar. El esclavo confesó su intención y su delito, y fué ahorcado; pero no se adelantó nada respecto de sus cómplices.

De la Jamaica, trasladóse Bolívar á la isla de Santo Domingo, recibiendo en el tránsito la noticia de la caída de Cartagena, de donde tardíamente había sido llamado para tomar el mando de la plaza. Gobernaba en Haití, como presidente de la república de los negros americanos, el famoso mulato Alejandro Petión, quien ha sido comparado con Wáshington, hombre de un talento notable, fundador de la independencia y legislador de su tierra natal. Ardiente partidario de la emancipación hispanoamericana, simpatizó con Bolívar, y le suministró el armamento necesario para emprender una expedición, haciéndole abrir un crédito para los gastos por medio de la casa del acaudalado comerciante inglés, Roberto Southerland. Allí se encontró también con un holandés, rico armador de Curaçao, llamado Luis Brión, quien apasionado por la persona y los proyectos del Libertador, puso á sus órdenes una escuadrilla de siete goletas armadas en guerra con 3.500 fusiles, ofreciéndole generosamente su vida y toda su fortuna para el logro de su empresa.

En el puerto de los Cayos de San Luis, que ha dado su nombre á esta famosa expedición, empezaron á hacerse sus primeros aprestos á principios de 1816. Habíanse reunido allí los salvados de Cartagena y porción de jefes y oficiales granadinos y venezolanos, entre ellos Piar, Mariño, Bermúdez, Mariano Montilla, Carlos Soublette, el coronel inglés Gregorio Mac Gregor, que había servido con Miranda, Ducoudray-Holstein y el granadino Francisco Antonio Zea, notable

hombre civil que tenía el merecido renombre de sabio. Reinaba una gran anarquía entre los emigrados: muchos no querían reconocer la autoridad de Bolívar. Fué necesario que Petión interpusiera su influencia y que Brión declarase que sólo al Libertador confiaría sus elementos de guerra, para que fuese aceptado como jefe de las fuerzas expedicionarias, hasta tanto que pisando territorio venezolano, se designase al que debía gobernarlos. Montilla, que había provocado á un duelo á Bolívar, y Bermúdez, que encabezaba la oposición, fueron excluídos de la expedición.

El 16 de marzo de 1816 zarpó la escuadrilla, mandada por Brión con el título de almirante de Venezuela, llevando á su bordo como 300 hombres que el Libertador compararía luego con los 300 de Leónidas, como compara con las Cruzadas de Jerusalén su reconquista de Venezuela. Al llegar á la Margarita, en los primeros días de mayo (1816), la escuadrilla se encontró con dos buques de guerra españoles, el bergantín Intrépido y la goleta Rita, que fueron tomados por Brión al abordaje, después de una resistencia vigorosa en que perdieron las tres cuartas partes de su tripulación. El comandante de la Rita murió en el combate, y el del Intrépido, Rafael Iglesias, se disparó dos pistoletazos cuando vió que la resistencia era inútil, para no caer vivo en manos de los independientes. La expedición desembarcó en el puerto de Juan Griego. Los españoles se reconcentraron en Pampatar y Porlamar, donde se resistieron á las tentativas que hizo Bolívar para rendirlos. De acuerdo el jefe expedicionario con Arismendi, reuniéronse los jefes y oficiales republicanos y los habitantes de la isla en la iglesia de la Villa del Norte con el objeto de nombrar, según lo convenido, jefe supremo de la república que iba á restaurarse. No podía faltar en tal ocasión una

renuncia anticipada del único designado para ocupar este puesto, contando como contaba con el voto de sus compañeros y habiéndose propiciado el poderoso apoyo de Arismendi para asegurar la unanimidad. Declaró que «no aceptaría el mando porque el ejercicio »de un poder absoluto en medio de rivalidades, era »peligroso para la independencia en aquellas circuns»tancias, y que estaba dispuesto á obedecer al que se »nombrara.» Era lo mismo que pedir el poder que reclamaba, y de que fué revestido con el título de «Jefe supremo», sin limitación alguna, y sin más condición que hacer cuanto creyese conveniente para la salvación de la patria (7 de mayo). Mariño fué nombrado segundo jefe. En posesión del mando, dirigió una proclama á los venezolanos (8 de mayo) anunciando que «el congreso nacional sería nuevamente instalado, au»torizando á los pueblos libres á nombrar sus dipu»tados sin otra convocación, confiándoles las mismas »facultades soberanas que en la primera época de la »república.»

La expedición, reforzada con cuatro buques margariteños, tomó tierra en el puerto de Carúpano en la costa de Paria. Se apoderó de dos buques de guerra enemigos y del fuerte artillado que abandonaron los españoles, estableciendo allí Bolívar su cuartel general (1.° de junio de 1816).

IV

La fama había abultado el número de los expedicionarios; decíase que formaban un ejército de tres mil hombres que el presidente Petión había puesto á disposición de Bolívar. En vez de aprovecharse del estupor que causó su atrevido desembarco, y ponerse en

campaña para reunirse á las guerrillas del oriente, que sólo necesitaban un jefe para sostener con sistema y unidad la guerra de partidarios, limitóse á desprender á Piar hacia Maturín, y á Mariño para que tomase posesión de Güiría en el promedio de la península. El permaneció en Carúpano, dando pomposos boletines, expidiendo decretos en que declaraba la libertad de los esclavos en cumplimiento de su promesa á Petión, y llamó á los habitantes del país á las armas, sin que nadie se le reuniese. En seguida convocó una asamblea popular de los habitantes del lugar, haciendo declarar por medio de ella y de la municipalidad, que «el go»bierno de la república era «uno y central.» De este modo quedó abolido el sistema federativo en Venezuela. En esto perdió lastimosamente un mes de tiempo precioso. A los veinte días sus avanzadas eran sorprendidas, estaba sitiado por tierra por una división de 1.300 hombres, y la escuadrilla española, reforzada, amenazaba cortarle su retirada por agua. Pidió auxilio á Mariño que había aprovechado mejor su tiempo, quien le envió un grueso refuerzo, con lo que pudo reunir 600 hombres. Propuso á Brión saliese á batir la fuerza marítima del enemigo; pero los corsarios se negaron á arriesgar sus buques en un combate desigual y sin objeto. Desde entonces se vió que Bolívar no tenía plan ni resolución hecha. Entretanto las guerrillas de Cedeño, Monagas y Saraza, lo proclamaban general en jefe, reclamàndo su presencia. Piar reunía una poderosa división en Maturín, y Mariño, con otra no menos fuerte, se atrincheraba en Güiría. Sólo el Libertador permanecía en la inacción y en la impotencia.

Bolívar, perdido en Carúpano, reembarcóse en su escuadrilla. En vez de adoptar el plan de campaña que aconsejaba Piar, que era tomar por base de ope-

raciones el Orinoco, ocupando la Guayana, se dirigió al norte y desembarcó con su pequeña división en el puerto de Ocumare, entre Caracas y Puerto Cabello (5 de julio de 1816). Esta extraña resolución, que da una muestra de la inexperiencia estratégica del general, sólo tiene una explicación, y era su preocupación constante de ocupar á Caracas, su ciudad natal, que le haría perder tres campañas más, y que por entonces era su único objetivo militar. Aun ocupada Caracas, era la derrota segura, en un país agotado, no dispuesto á la insurrección, y ocupado por cinco mil enemigos, de manera que esto no le daba en el mejor caso sino la misma situación que había tenido después de la derrota de La Puerta. Su conducta, poco valerosa en esta ocasión, hizo más deplorable este grave error, con daño de su fama y de su causa.

En Ocumare como en Carúpano, malgastó su tiempo en vanas proclamas, llamando al pueblo de Caracas á las armas anunció que marchaba á la cabeza de un poderoso ejército de las tres armas para darle libertad, repitiendo lo que ya había dicho, aleccionado por la experiencia, que «había cesado la guerra á muerte.» Los jefes que le acompañaban eran de opinión de avanzar rápidamente hasta Valencia, y dominar los valles de Aragua, á fin de atraer á sí las guerrillas patriotas de los llanos y formar un ejército. Bolívar, sin decidirse por la ofensiva franca, que era la única salvación posible, ni por la defensiva inerte que era la conservación estéril, adoptó un singular plan expectante, que era la perdición. Desprendió á Soublette con el grueso de su fuerza con orden de atravesar la cordillera de la costa, ocupar el desfiladero de la Cabrera, y fortificarse en este punto. Con otro destacamento se extendió por la costa hacia el sur, para reclutar soldados. El permaneció mientras tanto en el puerto, con una corta

guarnición, haciendo desembarcar el parque y una imprenta, regalo de Petión, que consideraba su arma más poderosa. El almirante Brión se hizo á la mar con parte de los corsarios, con el objeto de emprender un crucero, dejando á disposición de Bolívar un bergantín armado en guerra y dos goletas mercantes.

El mismo día que Bolívar desembarcaba en Ocumare, llegaba Morales á Valencia con la división que en auxilio de Venezuela había desprendido Morillo después de la rendición de Cartagena. Atacado Soublette por las fuerzas superiores que mandaba Morales, al pie de la cuesta de Ocumare, los republicanos se replegaron á una posición más fuerte, á fin de mantener francas sus comunicaciones con el puerto (10 de julio). Aquí se reunió Bolívar á Soublette con 150 hombres recientemente reclutados. Atacado nuevamente por Morales, que trepó con singular arrojo las alturas, fué hecho pedazos después de tres horas de fuego, dejando en el campo 300 fusiles y como 200 muertos, heridos y prisioneros (13 de julio). ¡El general dispuso que Soublette sostuviese la retirada en los desfiladeros de la montaña con un grupo que había permanecido hecho, y que Mac Gregor, con el resto de la fuerza, se dirigiese á Choroní al sur de Ocumare, mientras él personalmente hacía reembarcar el parque en Ocumare!

V

La noche del 14 de julio (1816) scorprendió al Libertador en la ocupación de hacer reembarcar su armamento y municiones. En vez de hacerlo en el bergantín de guerra, que era de la república, lo verificó en las dos goletas mercantes. Aún quedaban 1.000 fusiles y la imprenta por reembarcar. En tal circunstancia, llegó un ayudante de campo de Bolívar, quien le infor-

mó de que la vanguardia de Soublette, sorprendida, se replegaba apresuradamente á Choroní y el enemigo entraba en Ocumare. El pavor se difundió en el puerto. Unos se arrojaron al agua para ganar las embarcaciones, otros se dispersaron en los campos. Bolívar fué uno de los primeros en embarcarse, sin averiguar la verdad de la noticia, ni dictar disposición alguna, abandonando en la playa, no sólo las armas y la imprenta, sino hasta á sus heridos y demás que le acompañaban. Poco después llegaba un emisario de Soublette participando que se sostenía firme en sus posiciones; pero ya el bergantín había picado amarras y échose á la vela seguido de las dos goletas.

Toda la noche permanecieron las embarcaciones frente al puerto. Al día siguiente (16 de julio) observando que las goletas se dirigían á Bonaire, pequeña isla holandesa inmediata á Curaçao, resolvió Bolívar seguir sus aguas en vez de buscar la incorporación con sus compañeros. Por segunda vez representaba el Libertador el triste papel de ir en seguimiento de un tesoro, abandonando á sus soldados en el peligro y con ellos el honor. Al arribar á Bonaire, los capitanes de los buques pretendieron despojarlo de las armas, como anteriormente Bianchi de su tesoro. Afortunadamente, llegó allí Brión con su escuadrilla, de regreso de su crucero, y juntos se dirigieron á Choroní. Allí supo que la división abandonada á su suerte, se había internado buscando su salvación en los valles de Aragua. De regreso nuevamente á Bonaire, se encontró con Bermúdez, excluído de la expedición, y ambos jefes, aunque en desacuerdo, resolvieron dirigirse á Güiría en busca de Mariño que se sostenía en la península de Paria.

Reunidos Soublette y Mac Gregor en Choroní, infundieron aliento á sus soldados. Nombrado el intrépido Mac Gregor jefe de los restos de la expedición,

permaneció dos días en descanso á la espera de su general (15 de julio). Entonces decidieron los jefes en junta de guerra lanzarse al interior del país, para buscar su salvación en los llanos. El 17 se puso en marcha la abandonada columna en número de 600 infantes y 30 dragones. Al atravesar la cordillera del litoral, derrotó un destacamento realista que intentó cerrarle el paso, entró á Victoria dispersando su guarnición, derrotó más adelante otro destacamento mandado por el bárbaro Rosete, y atravesó el río Guarico á la salida de los llanos, donde la alcanzó un escuadrón de las guerrillas de Saraza que venía en su busca (1.° de agosto de 1816). Reunidas ambas fuerzas, se encontraron con una división realista de 1.200 hombres en la Quebrada Honda (2 de agosto). Trabada la pelea, la victoria quedó por los republicanos. Al día siguiente (2 de agosto) los abandonados en Ocumare se incorporaban á las divisiones de Saraza y Monagas y eran dueños de los llanos de Barcelona, mientras Cedeño se sostenía en el alto Orinoco. Esta fué la base del ejército que se llamó después «Ejército del Centro», que, unido al de Apure, decidió de los destinos de Venezuela. Mac Gergor fué reconocido como general en jefe del ejército del centro.

¿Qué era del Libertador? Reunido con sus armas, como en la anterior campaña con su tesoro, arribó á Güiría en compañía de Bermúdez (16 de agosto). La población se amotinó contra él, la tropa de Mariño se negó á ponerse bajo sus órdenes, la isla de Margarita desconoció su autoridad, y apostrofado públicamente por Bermúdez de cobarde desertor, que había abandonado á sus soldados en peligro, quien llegó hasta desenvainar la espada contra él, vióse obligado á reembarcarse en medio de amenazas y rechiflas. Bolívar regresó á Haití, como antes se retirara degradado de Carú-

paño, desprestigiado hasta ante su admirador el almirante Brión, y fué fríamente recibido por el presidente Petión. Los pueblos lo renegaban y dudaban de él. Empero, éste era el hombre, no sólo de la revolución colombiana, sino también de la emancipación sudamericana. A pesar de sus errores y de sus derrotas, de su inexperiencia militar como estratégico y como táctico, de su pueril vanidad teatral y de su ambición personal, era el único que poseía las cualidades del hombre superior para levantarse sobre el nivel ordinario domando la fortuna rebelde, dar unidad militar y política á Venezuela, dominar á sus groseros caudillos cautivando hasta á sus émulos, condensar los elementes revolucionarios del norte del continente, organizar un gobierno, fundar una nación guerrera que sería una fuerza americana eficiente y hacerla concurrir compacta al sur del ecuador, completando la gran campaña continental concebida é iniciada por San Martín en el hemisferio opuesto. Su preponderancia no es la obra del acaso. Su grandeza es real. Era, con todas sus deficiencias y flaquezas, el genio de la revolución del norte, animado por el fuego sagrado de la libertad y el patriotismo, con grandes ideales americanos que se dilatarían. Aleccionado en la severa escuela de la adversidad, reaparecerá necesariamente en la escena, llamado por los mismos que en estos días tan tristes para él, lo ultrajaban y lo proscribían. Y como él lo había dicho y de él se ha dicho, merecería el título de «Libertador», porque «sus servicios fueron los más »grandes que un ciudadano puede prestar á sus con»ciudadanos, y ante los ojos de un juez imparcial, sus »proporciones son mayores, si se examinan el país en »que figuraba y los recursos de que podía disponer.» La historia le debe esta justicia, al pasar la esponja por esta ingloriosa página de su vida.

VI

Mariño fué nombrado general del ejército y Bermúdez segundo jefe; pero su autoridad no se extendía más allá de la península de Paria. La revolución tenía además otros tres ejércitos en campaña: el del Apure formado por Páez, y el del Centro, formado por la división de Mac Gregor, unida á las guerrillas de Saraza y Moragas; y el de Maturín con Piar, que obraba de acuerdo con Cedeño sobre el Orinoco. Además, el ejército de Arismendi en Margarita. El ejército del centro, después del combate de Quebrada Honda, había alcanzado grandes ventajas. Una fuerte división al mando del comandante español López, que ocupaba la villa de Aragua, salió al encuentro del ejército de Mac Gregor, que se había puesto en marcha sobre Barcelona, después de ocupar los llanos (6 de septiembre). La batalla fué reñida. Las cargas de la caballería llanera de Saraza y Monagas y una impetuosa carga á la bayoneta por Mac Gregor en persona, la decidieron. Morales dejó en el campo un cañón, 500 muertos, 300 prisioneros y 300 fusiles y carabinas. Los independientes se posesionaron de Aragua y ocuparon Barcelona, evacuada por los realistas después de saquearla y degollar una parte de su población (septiembre 12). López, que después de los sucesos de Ocumare habíase trasladado al oriente, ocupó casi simultáneamente la posición de Aragua, con 3.000 hombres de infantería y caballería. Mac Gregor se puso de acuerdo con Arismendi, Mariño y Piar, solicitando su auxilio para resistir el ataque. Piar que había acudido con sus tropas al sitio de Cumaná, se trasladó inmediatamente á Barcelona y tomó el mando en jefe. Bajo su dirección

se montaron cuatro piezas, se organizaron nuevos batallones, se completó el armamento de caballería, y se marchó en busca del enemigo. Los dos ejércitos se encontraron en el Playón del Juncal, á inmediaciones de Barcelona. Al cabo de dos horas, la victoria se declaró por los independientes con una formidable carga á la bayoneta conducida por Mac Gregor, y sostenida por el fuego de artillería, arma de que carecían los realistas (27 de septiembre). Morales dejó en el campo 300 muertos, 400 prisioneros y 500 fusiles. Después de esta victoria, Mac Gregor se retiró á Margarita, enfermo y fatigado, en desacuerdo con Piar, que era un carácter dominador y violento en el mando.

Páez, á quien dejamos antes en marcha sobre el enemigo, completaba la conquista de los llanos de oriente entre el Orinoco y el Apure. El coronel Francisco López, gobernador de Barinas, vencido en Mata de la Miel, salió de nuevo á su encuentro con una columna de 1.700 jinetes y 400 infantes, y pretendió sostener la línea del Arauca. El general republicano, por medio de atrevidos y bien combinados golpes de mano y algunos combates parciales, le arrebató todas sus caballadas, obligándole á replegarse á la línea del Apure (octubre de 1816). Entonces Páez meditó apoderarse de San Fernando, llave de los llanos en la conjunción del Apure y el Portuguesa, con combinación fluvial con el Orinoco. Los realistas habían retirado todas las embarcaciones, y dominaban el río con cuatro flecheras y siete lanchas armadas en guerra, sostenidas por 400 hombres. Una partida de ocho hombres mandada por un oficial llamado Peña, á quien Páez como castigo de una falta le impuso ir á hacerse matar por el enemigo, atravesó el río en una canoa á las doce del día é introdujo el desorden en el campamento realista, muriendo el jefe español en los encuentros que se siguieron

(6 y 7 de noviembre). Dueños los republicanos de siete lanchas, salvaron el obstáculo y pusieron sitio á San Fernando (diciembre de 1816). En tales circunstancias, supo Páez la marcha de La Torre y Morillo desde Nueva Granada en dirección á los llanos regados por el Arauca y el Apure.

Mientras el ejército del centro triunfaba en Barcelona, y el de los altos llanos de oriente en el Apure, el ejército de la costa, mandado por Mariño y Bermúdez, ponía sitio á Cumaná, en combinación con las fuerzas marítimas de Margarita (septiembre). La guarnición española estrechada, se disponía á evacuar la plaza. Las fuerzas realistas, que en número de 1.000 hombres se mantenían en Margarita, acudieron en su auxilio, evacuando la isla, y obligaron á Mariño á desistir del sitio (noviembre de 1816).

Tal era el estado de la guerra al finalizar el año de 1816, tres meses después de la deposición de Bolívar en Carúpano. Á pesar de las ventajas alcanzadas, los independientes comprendían que sin una dirección que diese cohesión á sus elementos dispersos, todo era efímero. Así, el ejército del centro donde predominaban los partidarios del Libertador, fué el primero en reclamar su regreso, decididamente apoyado por Arismendi. Bolívar fué llamado otra vez á ponerse á la cabeza de los independientes. Ayudado por Brión y eficazmente auxiliado por Petión, organizó una tercera expedición (21 de diciembre de 1816) y tocando en Margarita de paso, arribó á Barcelona, á tiempo que llegaba allí Arismendi con su columna de auxilio.

VII

Al desembarcar Bolívar en Barcelona, la guerra había cambiado de aspecto. El ejército del centro ya no existía. Piar había tenido la grande inspiración de la campaña, que decidiría por acción directa de la suerte de Venezuela y Nueva Granada, y por acción refleja de la del resto de la América del Sur. El general negro había comprendido que las hostilidades á lo largo de la costa y las correrías de los llaneros en el interior, no tenían consistencia ni prometían resultados sin una sólida base de operaciones. Desde un principio había señalado el Orinoco como la línea que al efecto debía ocuparse, y la Guayana como base; pero el Libertador, sin plan de campaña fijo, no tenía más objetivo que la ciudad de Caracas, y revoloteaba alrededor de ella por el sur y por el norte, como una mariposa en torno de la luz, á riesgo de chamuscarse las alas, como sucedió. Piar, con más alcance estratégico que Bolívar, así que se vió dueño de un ejército regularmente organizado después del triunfo del Playón del Juncal, perseverando siempre en su idea, meditó trasladar la guerra al Orinoco y posesionarse de la Guayana, ocupada por los españoles desde la primera guerra de Venezuela.

El Orinoco y la Guayana eran la base natural de las operaciones de la revolución venezolana, ó más bien dicho la única. Todos lo veían, menos Bolívar, ofuscado por la atracción fantasmagórica de Caracas. La había visto Cedeño con su grosero instinto de guerrillero, al sostenerse en el Alto Orinoco, derrotando las fuertes columnas realistas que intentaron desalojarlo de sus inexpugnables posiciones. La había visto clara-

mente Morillo desde Nueva Granada al diseminarse las guerrillas en los llanos de oriente. «Perdida la pro»vincia de Guayana, decía, Caracas y Santa Fe de Bo»gotá están en peligro porque los ríos del Orinoco, »Apure y Meta, son mucho más navegables de lo que »yo pensaba, y si los rebeldes nos cortan la comunica»ción con Margarita, interceptando la remisión de ga»nados, obligarán á su guarnición á rendirse sin ba»tirse. Si Bolívar ó algún otro jefe de estimación en»tre ellos, tomase el mando de las guerrillas, po»drán obrar vigorosamente. Si la Guayana es toma»da, las dificultades para retomarla serán mayores, y »quedarán muy pocas esperanzas para las tropas del »rey.» Esto es lo que había visto y vió claro Piar, y esto lo que hizo al salvar por inspiración la revolución venezolana, y hacer abandonar á Bolívar sus vueltas estériles alrededor del fantasma de Caracas. Basta echar una ojeada sobre el mapa de Venezuela, comparándolo con la historia, seguir á lo largo de los ríos de oriente las operaciones de los ejércitos republicanos durante la guerra de la independencia, para que la demostración se imponga á los ojos. El Orinoco al norte, al fondo de Venezuela, es una base de operaciones inexpugnable, y es á la vez que una línea de operaciones y de defensa, una vía fluvial en comunicación con el exterior por el mar, que penetra al interior del país. Situado por consecuencia un ejército en la Guayana, con su frente, su espalda, sus flancos y sus comunicaciones aseguradas, la defensa de la isla de Margarita se liga con sus operaciones por mar, el ejército del Apure avanzado es su vanguardia, los llanos del centro quedan dominados por él, y el enemigo es vulnerable por todo su frente y sus dos flancos, amagando á la vez la Nueva Granada por su frontera, por lo que, razón tenía Morillo al decir, que perdida la Guayana,

estaban en peligro de perderse Caracas y Bogotá, y una vez perdida, no había esperanza para las armas españolas.

Guiado por estas luces, Piar se puso en marcha desde Barcelona á la cabeza de 1.500 hombres de las tres armas, dejando en la ciudad una corta guarnición y encomendó á las guerrillas de Monagas y Saraza la defensa de su campaña (8 de octubre de 1816). En el alto Orinoco al norte, se reunió con la división de Cedeño quien se sometió á su autoridad y acordaron conquistar la provincia de Guayana. Los realistas dominaban las aguas con una fuerte escuadrilla, y estaban fortificados en Angostura, capital de la provincia, y en la Guayana Vieja. Tenían ocupado el Cauca, río caudaloso que se derrama en el Orinoco por su margen derecha, y era por el sur la línea de defensa del enemigo dominada por tres flecheras y dos lanchas cañoneras, sostenidas por 500 infantes y 300 jinetes. El general republicano mandó construir ligeras embarcaciones de madera de ceiba cortada en los bosques; con una de ellas se apoderó de dos lanchas del enemigo, y efectuó el pasaje á viva fuerza. La artillería abrió sus fuegos para proteger la atrevida operación; dos compañías de infantería tomaron tierra en la margen opuesta, al mismo tiempo que un grueso destacamento desembarcado fuera de la vista del enemigo lo tomaba por el flanco, y Cedeño con sus escuadrones se lanzaba á nado acuchillando á caballo á las tripulaciones de las cañoneras y cargaba sobre su campamento, que puso en dispersión (31 de diciembre de 1816).

Piar avanzó sobre Angostura. La plaza estaba defendida, además de su guarnición y sus fortificaciones, por dos buques mayores de guerra, por tres goletas y cuatro cañoneras que combinaban sus fuegos con ella. Los republicanos fueron rechazados en el asalto

que intentaron para tomarla. Este descalabro no desanimó á Piar, y le sugirió una idea salvadora, que sería decisiva en las futuras campañas por las consecuencias que tuvo. Resolvió apoderarse de las misiones de Coroní, país rico en hombres y en recursos, y establecerse en ellas, para amagar Angostura por la espalda, privándola de sus subsistencias, á la vez que abría nuevas comunicaciones con el oriente por el bajo Orinoco. Los españoles que conocían la importancia de esta posición, habían guarnecido y fortificado la línea del río Coroní, sobre su margen derecha; pero estas dificultades fueron superadas. Los republicanos ocuparon las cuarenta y siete misiones que regían los frailes catalanes de la orden de Capuchinos, de los cuales veintidós fueron degollados por el oficial á quien se confió su custodia, hecho bárbaro no reprimido por el general, que sin embargo consolidó su popularidad, porque las víctimas eran muy odiadas por los neófitos indígenas. Piar estableció una administración regular en las misiones, que fué más tarde muy útil para la provisión de los ejércitos independientes en granos y ganados (febrero de 1817). En seguida, dió cuenta á Bolívar de las ventajas alcanzadas y de la posición que ocupaba. Estos hechos levantaron la fama de Piar sobre la de todos los generales venezolanos, eclipsando la del mismo Bolívar que tan triste papel había representado en el curso de la campaña.

VIII

Todos habían hecho algo, menos Bolívar. Arismendi había insurreccionado la Margarita, Mariño había dominado la península de Paria formando un ejército y puesto sitio á Cumaná. Páez había organizado el ejér-

cito del Apure, y asegurado el dominio de los llanos altos. Cedeño se había sostenido en el alto Orinoco, y Monagas y Saraza mantenido el fuego de la insurrección en el centro del país. Mac Gregor y Soublette habían salvado la columna por él abandonada en Ocumare, y atravesando el territorio de Venezuela, conquistado Barcelona y el dominio de los llanos bajos. Piar había formado un ejército en Maturín, salvado Barcelona y conquistado la Guayana, dando al ejército su base natural de operaciones. En ninguna de estas empresas tuvo participación directa ni indirecta Bolívar. Su mando en jefe, su dirección como general había sido no sólo nula, sino funesta, cuando no vergonzosa. Al asumir por segunda vez el mando, era moralmente otro hombre, más grave, más reflexivo y más dueño de sí mismo; pero militarmente no había aprendido todavía lo bastante como general estratégico. Sin ideas maduradas ni propósito determinado, y pensando que la audacia, que fía el éxito al destino, era una inspiración, improvisaba planes al aire y acometía empresas sin proporcionar los medios á las resistencias, y le aconteció lo que al que se empeña en romper un muro de piedra con la cabeza: se rompió él mismo la cabeza.

Apenas desembarcado en Barcelona, anunció en una proclama que iba á invadir la provincia de Caracas para darle libertad (8 de enero de 1817). Con este propósito temerario, formó una columna de 600 hombres sobre la base de los auxiliadores margariteños conducidos por Arismendi, y veinticuatro horas después se puso en campaña. Una división avanzada se había establecido y fortificado sobre la línea del río Unare, al sur de Barcelona en observación de la plaza en el punto denominado Clarines, rodeado de bosques. Bolívar, sin practicar un reconocimiento, atacó de frente las trincheras. Empeñado el fuego, cuarenta jinetes cayeron de

improviso por retaguardia de los asaltantes y los desbarataron totalmente. Todos perecieron.

Estaba otra vez perdido el Libertador, y más perdido que en Carúpano. En tal situación, lo único que se le ocurrió, fué dirigirse á Piar y Cedeño, indicándoles que abandonasen la empresa de la Guayana—que era su salvación,—por cuanto no había llegado la oportunidad de tomarla, y ser por otra parte imposible dominar la navegación del Orinoco; y concluía, que Cumaná era la base natural de las operaciones. La consecuencia de esta maniobra—imposible por otra parte,—era descubrir su flanco izquierdo.—Escribió á Páez aconsejándole vagamente que se uniese á Saraza, lo que si algo significaba era perder el dominio de los llanos bajos ó altos, según el punto donde operasen su reconcentración. A Monagas le prevenía que se reuniese á Saraza y Páez, y cubriese á Barcelona por ser el punto que más importaba sostener «donde estaba resuelto—son sus palabras,—á sepultarse entre sus cenizas y escombros.» Todo esto no tenía sentido militar, y si alguno tenía, sólo puede explicarse por su pueril preocupación de ocupar Caracas, que era una operación fantástica, dado caso fuese posible la soñada concentración de las fuerzas del norte de la Guayana, de las nacientes del Apure y de los llanos bajos en torno de Barcelona sitiada, cuando el enemigo condensaba sobre la plaza el grueso de sus fuerzas y Morillo ocupaba con 4.000 hombres la línea del Unare interceptando el camino de Caracas, y La Torre en combinación con Calzada ocupaba los llanos altos.

Encerrado Bolívar en Barcelona con 600 hombres bisoños y con amenaza de ser atacado por fuerzas superiores, á la vez que la marina española preponderante en la costa de Barlovento bloqueaba el puerto, se fortificó en el convento de Franciscanos de la ciudad,

que era una verdadera ciudadela. Aconsejado por la inminencia del peligro, propuso á Mariño reunir sus dos fuerzas para batir al enemigo, asegurándole que él se sostendría á la espera á todo trance en el convento. Mariño no vaciló. En el acto se puso en marcha en auxilio del Libertador con toda su fuerza disponible, que alcanzaba á 1.200 hombres, dejando guarnecida la costa de Cumaná. Reunidos los dos rivales, se reconciliaron, y Mariño reconoció á Bolívar como jefe supremo. Las dos divisiones se pusieron en campaña, sumando un total como de 2.000 hombres, pero aun así reunidos, apenas si pódían hacer frente al enemigo. Las operaciones giraban en el círculo vicioso, por no decir en el vacío, por falta de una cabeza ó de un plan, y sobre todo, por falta de una base. Bolívar improvisó entonces un nuevo plan, que no valía más que los anteriores. Resolvió trasladar el teatro de la guerra al interior, concentrando en los llanos bajos todas ls partidas dispersas en la provincia, y les señaló Aragua—el sitio de su anterior derrota en 1812,—como punto de reunión. Barcelona se sostendría con una guarnición como de 700 hombres.

Mientras tanto el Libertador se dirigía á la Guayana á fin de persuadir á Piar de concurrir al plan, y marchar sobre Caracas, con todas las fuerzas independientes reunidas en los llanos bajos. Era un plan expectante, que dependía de dos contingencias: que el enemigo, que estaba encima con fuerzas superiores, diese tiempo, y que Piar concurriese con su ejército desde el último extremo del territorio. En el mejor caso, era perder las comunicaciones de la costa, y con enemigos por los cuatro vientos, como nave batida por las olas y las velas aferradas, emprender una campaña sin rumbo fijo, cuyo objetivo lejano—Caracas,—prometía menos por el momento que la permanencia en el oriente, y

era en definitiva una derrota segura. Esto por lo que respecta á las probabilidades remotas. En el hecho, sucedió lo que necesariamente tenía que suceder, y estaba al alcance de la más vulgar previsión. Barcelona atacada, fué rendida á viva fuerza (7 de abril de 1817). La guarnición en número de 700 hombres, fué degollada desde el primero hasta el último soldado, y á más, 300 enfermos, ancianos y mujeres, perdiendo 20 piezas de artillería y 1.000 fusiles. Mariño sin fuerzas para contrarrestar al enemigo en campo abierto, no pudo amparar la plaza, y desistió de internarse en los llanos, retrogradando á la península de Paria, donde había establecido su dominio. La anarquía se introdujo en el ejército. Mariño volvió á declararse independiente. Bermúdez, Saraza, Monagas y Arismendi, con sus respectivas divisiones, que reunidas alcanzaban á 500 hombres, resolvieron esperar en los llanos de Barcelona las órdenes de Bolívar.

El Libertador llegó á Guayana con sólo quince oficiales, y se encontró con Piar á inmediaciones de Angostura. El general negro era dueño de todo el país y tenía sitiadas sus dos plazas fuertes con esperanzas de rendirlas. Su comportamiento fué noble y patriótico. A pesar del escozor que debió sentir al verse arrebatar los laureles de una campaña que él sólo había llevado á cabo, contrariando al mismo Bolívar, que no alcanzaba á comprender su trascendencia, se puso á sus órdenes. Informóle de la situación preponderante del ejército de Páez en el Apure, y le demostró que la Guayana era la verdadera y única base de operaciones. Dominada la navegación del Orinoco—lo que no era difícil con la escuadrilla de Brión unida á la de Margarita,—quedaban expeditas las comunicaciones con las Antillas para recibir auxilios del exterior, y por medio de sus ríos tributarios que penetraban al

corazón del país, se ligaban todas las operaciones fluviales y terrestres, con una barrera por delante y una comarca poblada y bien establecida á la espalda, lo que daba una completa seguridad para organizar á la defensiva un ejército sin renunciar á la ofensiva en los altos llanos, apoyando el flanco derecho avanzado en la península de Paria con el dominio de su golfo y el izquierdo en el Apure con una puerta abierta en los Andes sobre las fronteras de Nueva Granada para invadirla por Casanare. Era, pues, la base ideal de la guerra. La venda que hasta entonces había cubierto los ojos de Bolívar, cayó. Por la primera vez, vió claro en el teatro de la guerra. Inmediatamente desistió de sus inconsistentes planes anteriores, y acordó con Piar, tomar por base de operaciones la Guayana. En consecuencia, reconcentró en Angostura las divisiones de Bermúdez, Arismendi y Saraza, y dejó á Monagas en los llanos de Barcelona, para que cubriese su frente, hostilizando al enemigo con incursiones frecuentes de guerrilla (abril de 1817). ¡La revolución venezolana estaba militarmente salvada, gracias á Piar!

IX

La guerra cambiaba de faz, y se metodizaba por una y otra parte. La base de operaciones de los realistas era al occidente, dueños de las costas de Sotavento, desde Coro hasta las de Barlovento en Cumaná con el ejército de Caracas fuerte de cerca de 5.000 hombres avanzando sobre los llanos bajos de Barcelona. La zona de operaciones del ejército de Morillo era los llanos altos, con las fronteras de Nueva Granada por base y su flanco izquierdo cubierto por el ejército de Caracas. Este era el teatro elegido por el general en jefe

español para abrir la nueva campaña. Al efecto, las divisiones de La Torre y Calzada, fuertes de 4.000 hombres de tropas selectas, con 1.500 de caballería llanera, se habían reconcentrado en Guadalito, sobre el Apure, obligando á Páez á levantar el sitio de San Fernando (enero de 1817). El general republicano del Apure concibió el proyecto de atraer al invasor á su terreno, y derrotarlo sin combatir con su caballería irregular. Con tal objeto, desprendió una pequeña columna volante, con orden de hacerse perseguir hasta el punto por él elegido para librar la acción que meditaba. La Torre, que suponía á Páez muy débil, y le daba cuando más 300 hombres, cayó en el lazo. Púsose en marcha con todo su ejército, y el 28 de enero, al penetrar en una sabana extendida, llamada de las Mucuritas, se encontró con la división de Páez, fuerte de 1.100 hombres armados tan sólo de lanzas, de palos de albarico, cortados en los bosques de los llanos. El general español formó su infantería en columna cerrada, cubriendo las alas y la retaguardia con su caballería. Páez dividió su fuerza en dos columnas ligeras de ataque y una más gruesa de reserva, con el propósito de separar á la caballería enemiga de la infantería, y cargó por los flancos, esquivando los fuegos de los batallones. La maniobra surtió el efecto calculado. Los escuadrones realistas, fiados en la superioridad numérica, se comprometieron desordenadamente en la persecución de los que al parecer huían. Repentinamente, los fugitivos volvieron caras, según sus instrucciones, y apoyados por su reserva, dispersaron toda la caballería enemiga. Páez, que tenía cincuenta hombres apostados en torno de la sabana, mandó dar fuego á las altas pajas secas que la cubrían. El fuego cundió rápidamente en toda la llanura. En medio del humo del incendio, la caballería llanera llevó catorce cargas

sucesivas sobre la infantería española, qué formó cuadro para resistir. El círculo de fuego se estrechaba por momentos. La columna iba á perecer quemada. Por fortuna, encontró un gran pantano donde se refugió con el fango hasta la cintura, y así pudo salvarse. Este famoso hecho de armas, que afirmó el crédito de Páez y el predominio militar de los llaneros en su terreno, lo hizo dueño de la zona entre el Arauca y el Apure, y lo puso en aptitud de invadir la provincia de Barinas amenazando la de Caracas. Páez completó su gloriosa campaña poniéndose voluntariamente á órdenes de Bolívar, con la sola condición de mantener con su ejército el territorio por él conquistado.

Morillo, que comprendía, como se ha visto, la importancia de la posesión de la Guayana, desprendió á La Torre con una fuerte división en su auxilio. En vez de apoyar este avance y dominar los llanos altos, mientras el ejército de Caracas dominaba los llanos bajos hasta Cumaná, el general en jefe español resolvió dirigirse con 3.000 hombres á la Margarita, volviendo á su punto de partida al tiempo de arribar con su expedición á las costas americanas. Desde este día, vese que ya Morillo no domina el teatro de la guerra, y en presencia de las primeras dificultades serias que lo rodean, se muestra lo que era, un general vulgar, que ha perdido las más elementales nociones militares.

La Torre se embarcó en San Fernando, descendió el Apure, penetró al Orinoco, dominado por la escuadrilla sutil de los españoles, y llegó sin obstáculos á Angostura. Piar, después de levantar el sitio de esta ciudad, habíase concentrado en las misiones de Coroní. La Torre se puso en campaña con el intento de quitárselas. Su plan era atraer á Piar á la margen izquierda del caudaloso Coroní, con falsas maniobras, hacerle inutilizar sus caballos, contramarchar rápida-

mente á la Angostura, embarcar allí sus fuerzas é introducirse por la Guayana vieja á las misiones desguarnecidas, ocupándolas. El general negro penetró el intento del enemigo, y se propuso burlarlo. Se trasladó á la margen izquierda del río, dejando sus caballadas de refresco listas en la margen derecha y se adelantó hasta cerca de Angostura. En la noche hizo encender grandes fogatas que dejó ardiendo, y se replegó rápidamente á sus antiguas posiciones. La Torre, engañado, se lanzó á su empresa, según la había concebido, con 1.600 infantes y 200 jinetes bien armados y disciplinados. Piar lo esperó con 500 fusileros, 500 flecheros indígenas, 400 hombres de caballería y 800 indios de las misiones, armados de picas, que colocó en segunda fila. Los dos ejércitos se encontraron en San Félix el 11 de abril de 1817. Los españoles, formados en tres columnas con las alas cubiertas por su caballería, avanzaron á paso de ataque y armas á discreción. Piar los recibió con una descarga de fusilería y una nube de flechas, y cerrando sus alas en semicírculo, envolvió su ala izquierda, inutilizando los fuegos de la infantería enemiga, que cargó cuerpo á cuerpo á pica y bayoneta. Fué un combate homérico al arma blanca. Los españoles fueron todos pasados á cuchillo. Sólo escaparon 17 hombres, entre ellos La Torre. El vencedor hizo matar 300 prisioneros tomados, perdonando á los criollos, que engrosaron sus filas. Cuando Bolívar regresó de los llanos con los últimos 500 hombres que le habían permanecido fieles, y que por el acuerdo anterior con Piar, se salvaron de ser destruídos por Morillo en su marcha sobre Margarita, encontróse dueño de la Guayana y al frente de una fuerza respetable. Este fué el núcleo del ejército que mantuvo la tercera guerra de Venezuela, y le dió el triunfo final, ¡gracias siempre á Piar!

X

La autoridad de Bolívar empezó á afirmarse. Piar y Bermúdez, sus antiguos enemigos, se le habían plegado. Las guerrillas de Saraza, Monagas y Cedeño, estaban á sus órdenes. Páez le prestaba obediencia. Sólo Mariño pretendía disputarle el mando supremo, comprometiendo la causa de la revolución en presencia del enemigo. Contaba con un ejército de 2.000 hombres y era dueño de la península de Paria, desde las bocas de Drago hasta Carúpano, y dominaba el Golfo Triste con una pequeña escuadrilla. Poseído de una ambición insana y mal aconsejado por el famoso tribuno Cortes Madariaga, demócrata exagerado, que pretendía dirigir la revolución con fórmulas legales y reminiscencias de Grecia y Roma, convocó un simulacro de congreso, conocido en la historia con la denominación de Congresillo de Cariaco, por su insignificancia y por el lugar en que se reuniera, el cual asumió la representación soberana de la nación y declaró reinstalada la república federal de Venezuela (8 de mayo de 1817). Componíanlo unos cuantos empleados, figurando entre los más caracterizados el intendente del ejército Francisco Antonio Zea y el almirante Luis Brión. Eligieron una junta que desempeñase el poder ejecutivo, de la que formaba parte Bolívar, y Mariño fué nombrado «generalísimo.» El objeto era anular la autoridad suprema de que estaba investido el Libertador. Morillo dió cuenta de esta farsa parlamentaria. En marcha á su expedición contra Margarita, atacó y tomó las puertas de Cariaco, Carúpano y Güiría, y echó á pique la escuadrilla patriota del Golfo Triste, apoderándose de nuevo de toda la pe-

nínsula de Paria. Las fuerzas de Mariño fueron en gran parte destruídas, y sus prisioneros fusilados. Las divisiones que escaparon á la derrota, negaron obediencia al nuevo generalísimo, y resolvieron incorporarse al Libertador en Guayana, encabezadas por Urdaneta y por el coronel Antonio José Sucre, nombre que llenará la más gloriosa de las páginas de la emancipación sudamericana. Mariño se retiró á Maturín con el esqueleto de su ejército.

Empero, mientras los independientes no tuviesen el dominio absoluto de la navegación del Orinoco, la posesión de La Guayana era efímera. Bolívar intentó con tal objeto organizar una escuadrilla de flecheras; pero las fuerzas sutiles de los españoles eran muy superiores, y todos sus trabajos fueron vanos. Afortunadamente acudió en su auxilio Brión, que en Haití lo había puesto á flote y lo salvara en sus trances más apurados. El almirante puso á sus órdenes una flotilla, compuesta de cinco bergantines y algunas goletas, reforzada con cinco flecheras margariteñas al mando del capitán Antonio Díaz, mulato como Piar, hombre feroz y de un valor probado. Una parte de la escuadrilla española sostenía las dos plazas fuertes de la Guayana á la sazón sitiadas—Angostura y la Guayana Vieja,—y la otra cerraba las bocas del Orinoco, al amparo de las fortalezas que las defendían. Brión hizo explorar las bocas del gran río con las cinco flecheras de Díaz. Sorprendidas en uno de sus canales por diez y siete flecheras realistas, éstas se apoderaron de dos de las embarcaciones republicanas. Díaz, con las tres flecheras restantes, empeñó un sangriento combate al abordaje, recuperó sus dos embarcaciones perdidas, tomó otras dos del enemigo, echando á pique cinco de ellas, y obligó á los realistas á retirarse espantados ante tanto arrojo. Franqueado el paso, Brión forzó las forti-

ficaciones á velas desplegadas, y remontó el Orinoco. Bolívar hizo construir una batería de costa, para proteger sus operaciones.

El general La Torre, al saber el avance de la flotilla de Brión, hallándose muy escaso de víveres, desesperó de sostenerse en Angostura, y se trasladó á la Guayana Vieja con 300 hombres útiles y los enfermos. Su situación no mejoró. Vióse al fin obligado á evacuar también la Guayana Vieja, después de comer hasta los últimos cueros, embarcándose en su escuadrilla con los restos de su ejército, compuesto de 600 hombres, y descender el río haciéndose á la mar con 32 velas. Los independientes quedaron de este modo dueños de todo el territorio de la Guayana y de la navegación del Orinoco. Poco después, el héroe de la conquista de La Guayana moría en un patíbulo en el teatro de sus glorias.

Piar, que en el fondo de su alma altiva guardaba rencor contra Bolívar, por haberlo suplantado en la empresa de la Guayana, no obstante someterse á él, fué uno de los que más simpatizó con las tendencias del congresillo de Cariaco, y conspiró, de acuerdo con Mariño, en el sentido de formar una junta de guerra que limitase la autoridad absoluta de Bolívar, con el objeto de apoderarse del mando en jefe, consiguiendo ganar á sus ideas á Arismendi, que era un ambicioso sin cabeza. El Libertador sofocó prudentemente esta tentativa de sedición, limitándose á consejos y amonestaciones privadas, que restablecieron su quietud. Piar, alarmado, solicitó una licencia para ausentarse, dando por pretexto sus enfermedades. Retirado en la villa de Upata, continuó sus trabajos disolventes. Bolívar le escribió amistosamente, llamándolo á la concordia. Piar no confió en estas seducciones, porque conocía el odio que Bolívar le profesaba, y fugó á Maturín, donde se

puso de acuerdo con Mariño, para asumir una actitud independiente. La situación era peligrosa para el Libertador. Las tropas de la Guayana eran adictas á Piar, en su mayor parte, y compuestas de hombres de color, era de temerse una sublevación de raza, proyecto que se atribuía al general negro. Bolívar ordenó al general Cedeño, el compañero de Piar en la conquista de la Guayana, que lo prendiese. El hecho sólo de mandar prender á un general que se decía rebelado, prueba que, si el peligro era real, no era inminente. Piar, abandonado por sus compañeros, y seducido por las falaces promesas de Cedeño, según parece, no hizo resistencia, y fué arrestado. Conducido á la Angostura, fué procesado. Un consejo de guerra presidido por Brión, que de antemano tenía formulada la sentencia, lo condenó unánimemente á muerte (15 de octubre de 1817), y á ser degradado por los dos crímenes de inobediencia, sedición, conspiración y deserción. Bolívar confirmó el fallo, dispensando la degradación, que era un lujo de crueldad que deshonraba á los jueces y al sacrificador. Piar fué fusilado en la plaza mayor de Angostura, en presencia de todo el ejército formado (16 de octubre de 1817). El vencedor de San Félix murió con intrepidez como había vivido. Pidió por única gracia mandar su propia ejecución. No se le concedió. Al marchar al suplicio exclamó: «¡Conque no se me permite mandar mi ejecución!» Desde este momento se encerró en un sombrío silencio. Oyó leer su sentencia con desprecio, con una mano en el bolsillo, golpeando el suelo con el pie derecho, y mirando á su alrededor. Por dos veces se arrancó el pañuelo con que le vendaron sus ojos. Se descubrió el pecho y recibió la descarga que puso fin á su gloriosa vida, con la serenidad que había mostrado en los combates. Su muerte afirmó la autoridad todavía vacilante de Bolívar. Si no fué

un acto justo, fué quizá un acto necesario, que sofocó la guerra civil en germen, que traía aparejada la disolución del ejército.

Quedaba todavía Mariño en armas. Este se mantenía disidente á la cabeza de 400 hombres, en Cumaná. Bolívar comisionó á Bermúdez, el antiguo amigo de Mariño, para que le prendiese al frente de su cuerpo de tropas, como había encargado á Cedeño el arresto de Piar. Mariño, abandonado por los suyos, fué desterrado por empeño de Bermúdez. Bolívar quedó imperante y sin émulos. Su autoridad no estaba todavía bien consolidada, como luego se verá.

CAPITULO XLII

La tercera guerra de Venezuela (continuación).—Reorganización venezolana

1817-1819

Expedición de Morillo contra Margarita.—Resistencia de los margariteños.—Famosa acción del "Cerro de Matasiete".—Valerosa defensa de "Juan Griego".—Morillo desiste de la empresa de subyugar á Margarita.—Nueva política del pacificador.—Nuevo aspecto de la guerra.—Armas en balanza.—Los ejércitos beligerantes.—Bolívar apela á la opinión pública.—Bolívar y Pueyrredón, venezolanos y argentinos.—Principio de reforma política.—Bolívar abre la campaña.—Derrota de Saraza en la Hogaza.—Reunión del ejército de Angostura y del Apure.—Extraordinario pasaje del Apure por Páez.—Morillo sorprendido en Calabozo.—Célebre retirada de Morillo.—Acción del Sombrero.—Invasión de Bolívar á los valles de Aragua.—Contrastes que sufre.—Se retira á los Llanos.—Batalla de La Puerta ó Semen.—Toma de San Fernando por Páez.—Bolívar al frente de un nuevo ejército.—Retirada de los realistas vencedores.—Acción de Ortiz.—Nuevo plan de Bolívar para invadir á Caracas por el Occidente.—Derrota de Páez en Cojedes.—Aventura de Bolívar.—Sorpresa de Rincón de los Toros.—Derrota de Cedeño en el Cerro de los Patos.—Derrota de Morales por Páez en el Guayabal.—Descrédito de Bolívar.—Crítica militar de la campaña.—Bolívar convoca un congreso constituyente.—Su plan constitucional.—Es nombrado presidente de la República.—Se pone en campaña.

I

Dejamos á Morillo en marcha al frente de tres mil hombres con el objetivo de subyugar la isla de Margarita. El gobierno español daba la mayor importancia á la posesión de esta isla, y como se ha visto, fué la primera operación que en sus instrucciones encargó al ge-

neral expedicionario. La sumisión de Arismendi le había dado su dominio pacífico, pero la tercera insurrección de los isleños, á que se siguió la expedición de los Cayos y la invasión de la Guayana, le hicieron volver á su punto de partida, por considerar, según él mismo lo decía, que «en Margarita estaba la raíz del mal.» El gobierno español, por su parte, perseverante siempre en su idea, despachó por este tiempo desde la península una expedición de dos mil ochocientos hombres, al mando del general José Canterac—el mismo á quien hemos visto figurar en el Perú,—destinada á diferentes puntos de América, con el encargo de apoderarse de paso de la isla rebelde. Canterac se encontró con Morillo en el puerto de Barcelona, á tiempo que Bolívar tomaba el Orinoco por base de operaciones. En vez de aprovechar este oportuno auxilio para dar el impulso continental que debía decidir la cuestión, persistió en su resolución, aconsejado por despecho más que por cálculo. Empero, antes de lanzarse á su empresa, se posesionó de la península de Paria, expulsando de ella al ejército de Mariño, que hasta entonces la dominaba, en cuya ocasión barrió con sus armas el congresillo de Cariaco, según antes se explicó, con lo que prestó un doble servicio á la causa de la independencia, suprimiendo los obstáculos para la unidad del mando en la persona del Libertador Bolívar.

La estéril isla de Margarita, que hasta de agua potable carecía, estaba arruinada y despoblada, y sus habitantes en esta época apenas alcanzaban á 13.000. La expedición destinada á subyugarla, se componía de tres corbetas de guerra, cinco bergantines, cinco goletas, un falucho, cuatro flecheras y dos cañoneras, con 3.000 hombres de desembarco de las mejores tropas españolas. Los margariteños sólo podían oponer á la invasión 3.000 hombres mal armados de los cuales 200

eran de caballería y unos pocos artilleros. Brión, que hasta entonces protegía la isla con su flotilla, habíase retirado de sus aguas con el intento de penetrar en el Orinoco, de manera que la marina de la isla se reducía á tres grandes flecheras y una balandra. Mandaba los insurrectos isleños, en ausencia de Arismendi, el general Francisco Esteban Gómez, teniendo por jefe de estado mayor al coronel Joaquín Maneiro. Morillo efectuó su desembarco bajo fuego (17 de julio de 1817). El coronel Maneiro, con 450 hombres, favorecido por el terreno, opuso una vigorosa resistencia, causando gran daño á la división de Canterac, quien aseguraba que con sólo presentarse sus tropas vencerían á los insurgentes. El pacificador dirigió una proclama á los margariteños, ofreciéndoles perdón si deponían las armas, y que de lo contrario «no quedarían cenizas, »ni aún la memoria de los rebeldes, empeñados en su »exterminio» (julio 17). El general Gómez rechazó el perdón, y apercibido á la resistencia fortificó los puntos más ventajosos de la isla, formando en las alturas grandes montones de piedra á falta de municiones.

Porlamar fué el primer punto atacado por el ejército expedicionario, reunido en combinación con su escuadra. Los independientes, imposibilitados de sostener el castillo, lo evacuaron combatiendo, después de clavar su artillería y ponerle fuego (22 de julio de 1817). En seguida se apoderó Morillo del castillo de Pampatar (24 de julio). Los insurrectos se concentraron en La Asunción. Los españoles ocuparon el cerro de Matasiete, que domina la ciudad y sus cercanías, y maniobraron en el sentido de interponerse entre ella y la Villa del Norte. En este punto se trabó la acción que ha hecho famoso el nombre de Matasiete en los fastos venezolanos (31 de julio). Los independientes no alcanzaban á 500 hombres, mientras que los españo-

les eran 2.000 infantes y 600 de caballería; pero favorecidos por los bosques y lo escabroso del terreno que habían fortificado con reductos, fosos y parapetos, pelearon con obstinación por el espacio de más de siete horas, desde las 8'30 de la mañana hasta las 4 de la tarde, quebrando al enemigo y causándole grandes pérdidas. Morillo durmió sobre el campo de batalla, pero al día siguiente vióse obligado á emprender su retirada á Pompatar.

Rechazado Morillo por el frente, propúsose atacar las posiciones enemigas por el norte, y se posesionó del pueblo de San Juan con el grueso de sus fuerzas, ocupando una garganta que interceptaba las comunicaciones entre La Asunción y el puerto de Juan Griego, donde los margariteños abrigaban su flotilla. Este punto estaba defendido tan sólo por 200 hombres, y fué tomado después de una heroica resistencia, volando en medio del combate el parque de los independientes por la explosión de una mina que tenían preparada para el último extremo (8 de agosto). Los dispersos se refugiaron en una laguna, y resistiendo rendirse, fueron todos pasados á cuchillo. El mismo Morillo presidió á la matanza, atravesando 18 hombres con su espada. Este sitio fué bautizado con el nombre de Laguna de los Mártires Margariteños, que conserva. El pueblo de San Juan tuvo la misma suerte que Juan Griego. El general Gómez se reconcentró con sus restos á la Villa del Norte, sosteniéndose en La Asunción. Al fin hubieran sucumbido los margariteños, pero las noticias alarmantes que recibió Morillo, del estado de la guerra en el continente, lo obligaron á desistir de su empresa, al cabo de un mes de campaña, y se retiró, humillado, con mil hombres de pérdida y 700 enfermos. La isla, que el general español había dicho en su proclama de

que «no quedarían ni cenizas, ni memoria de sus rebeldes,» quedó triunfante, y el pabellón independiente quedó por siempre enarbolado en ella.

II

Morillo, de regreso al continente con los restos de su expedición (20 de agosto de 1817), se dirigió á Caracas después de afirmar su dominio militar en la península de Paria. Desde entonces inició un nuevo plan político. Publicó un indulto general y una amnistía; abolió el tribunal de secuestros y los consejos de guerra permanentes; restableció las leyes de la monarquía española, suspendidas; entregó á la audiencia y á los tribunales civiles la administración de la justicia, y en sus formas, al menos, desapareció el despotismo militar que él mismo había fundado. En seguida se contrajo á la guerra continental que había descuidado por su mal aconsejada expedición contra Margarita.

El aspecto de la guerra había cambiado con la ocupación de la Guayana, los progresos de Páez en los llanos altos, y la consolidación de la autoridad de Bolívar. El general republicano del Apure, había invadido la provincia de Barinas y ocupado su capital, derrotando en San Carlos una gruesa división que la defendía, y fusilado los prisioneros europeos en retaliación, entregando á saco el pueblo. Los llanos estaban inundados, y no era posible abrir campaña por esta parte. Bolívar, sólidamente establecido en la línea del Orinoco, había engrosado la división de Saraza, con infantería, haciéndola avanzar hasta el linde de los llanos de Caracas, para apoyar el flanco derecho de Páez. Monagas ocupaba parte de la provincia de Barcelona. Bermúdez, situado con otra división en Maturín, domi-

naba el interior de la provincia de Cumaná. El Libertador, protegido por la barrera del Orinoco, y cubierto todo su frente, organizaba un ejército de reserva á retaguardia. Las armas estaban balanceadas, pero las cabezas de los generales que las dirigían oscilaban. Morillo, sin plan de campaña preconcebido, esperaba ser atacado, sin atinar por dónde, aunque con la decisión de tomar la ofensiva, y lo mismo sucedía á Bolívar. Las operaciones de los beligerantes, comentadas por sus propios documentos, pondrán en evidencia este equilibrio dinámico y esta incertidumbre moral.

El ejército realista, que operaba en Venezuela, aparte de las fuerzas que ocupaban la Nueva Granada, é incluyendo las fuerzas conducidas por Canterac, que siguió su marcha al Perú, con algunos cuadros, constaba de nueve batallones y doce escuadrones con su correspondiente artillería, organizado en cuatro divisiones de maniobra. Una división de tres batallones y un escuadrón guarnecía á Caracas y sus alrededores. El general La Torre, con dos regimientos de infantería y dos escuadrones peninsulares, ocupaba la posición del Sombrero, sobre el río Guarico, en defensa de los llanos bajos de Caracas. El general Juan Aldama, con dos batallones y tres escuadrones, cubría la línea del bajo Apure, sosteniendo á San Fernando por su derecha. Calzada, con una división de caballería, compuesta de un batallón y varios escuadrones organizados á la usanza del país, disputaba la provincia de Barinas no ocupada por Páez, á retaguardia de San Fernando. Ochocientos hombres defendían la península de Paria y las plazas de Cumaná y Barcelona. El resto de las fuerzas estaba distribuído en las fortalezas de las costas de Sotavento, desde Puerto Cabello hasta Coro y Maracaibo.

En el orden político, también el aspecto de las co-

sas había variado un tanto del lado de los republicanos. Bolívar, dueño del poder, sintió la necesidad de regularizar su autoridad y de agregarle las fuerzas morales de la opinión, como lo había sentido antes en Caracas en medio de los triunfos de la reconquista. Era hasta entonces la única gran figura que llenaba la América. San Martín aparecía entonces en el escenario. En vista del paso de los Andes por el vencedor de Chacabuco, el director de las Provincias Unidas del Río de la Plata se dirigía á él como al representante de la revolución del norte, y á los venezolanos como á sus decididos sostenedores. «La América y el mundo—decía »el director al Libertador,—saben ya que bajo su influ»jo, renace de sus propias ruinas, siempre ilustre y »glorioso, y que sus opresores, uncidos al carro del »triunfo de su libertador, expían los crímenes con que »han manchado el suelo colombiano.» Y dirigiéndose el director argentino á los venezolanos, les decía: «Llega»rá el día en que, coronadas de laureles, vayan á unir»se nuestras armas triunfantes, llevando desde los ex»tremos del continente austral al centro obscuro donde »mora, como en sus últimas trincheras, el despotismo »agonizante, la paz, la fraternidad, la libertad, obje»tos de tantos anhelos y de tantos trabajos.» Bolívar contestaba: «V. E. hace á mi patria el honor de con»templarla como un monumento solitario, que recorda»rá á la América el precio de la libertad. Venezuela, »consagrada toda á la santa causa de la independencia, »ha considerado sus sacrificios como triunfos. La san»gre, el incendio de sus poblaciones, la ruina absolu»ta de todas las creaciones del hombre, y aun de la na»turaleza, todo lo ha ofrecido en aras de la patria. »No he sido más que un instrumento puesto en acción »por el gran movimiento de mis conciudadanos. El pue»blo argentino es la gloria del hemisferio de Colón, y

»el baluarte de la independencia americana. Yo espe»ro que el Río de la Plata, con su poderoso influjo, »cooperará eficazmente á la perfección del edificio polí»tico á que hemos dado principio desde el primer día »de nuestra regeneración.» Y dirigiéndose á su vez al pueblo argentino, le decía: «Vuestros hermanos de Ve»nezuela han seguido con vosotros la gloriosa carrera »que desde 1810, ha hecho recobrar á la América la »existencia política. En todo hemos sido iguales. Sólo »la fatalidad, anexa á Venezuela, la ha hecho sucum»bir. Ocho años de combates, de sacrificios y de rui»nas, han dado á nuestra patria el derecho de igualarse »á la vuestra, aunque infinitamente más espléndida y »dichosa. ¡Habitantes del Plata!: La República de »Venezuela, aunque cubierta de luto, os ofrece su »hermandad, y cuando cubierta de laureles, haya ex»tinguido los últimos tiranos que profanan su suelo, »entonces os convidará á una sociedad, para que vues»tra divisa sea UNIDAD, en la América Meridional.» Tenía que responder á esta espectabilidad y aceptar ante el mundo la responsabilidad que le correspondía, revistiéndose de formas regulares.

Como acto preparatorio de la convocación de un congreso y como medio de suplir á su ausencia, organizó, á la vez que una alta corte con la plenitud del poder judicial, un consejo de estado, con carácter facultativo y legislativo. Manifestó en el acto de su instalación (30 de octubre de 1817), que la dictadura había sido una necesidad de las circunstancias, como la única posible en tiempos calamitosos; que la república había existido sin leyes y sin tribunales, regida por el solo arbitrio de los mandatarios, sin más guías que sus banderas, ni más principio que la independencia; pero que el tercer período de Venezuela presentaba un momento favorable para poner al abrigo de las tempestades

el arca santa de la constitución, y presentarse ante el mundo con un centro fijo de autoridad que diera garantías á los extraños y confianza á la nación. «El go»bierno que, en medio de tantos escollos, no contaba »antes con ningún apoyo, se hallará en lo futuro prote»gido, no sólo por una fuerza efectiva, sino sosteni»do por la primera de todas las fuerzas: la opinión pú»blica.»

La guerra y la política marchaban de frente, en líneas paralelas por una y otra parte.

III

Hechos estos arreglos políticos y administrativos, Bolívar remontó el Orinoco, y tomó tierra sobre su margen izquierda, á 156 kilómetros de Angostura. Era su plan reunirse á la división de Saraza, situada en los lindes de los llanos altos de Caracas, y atacar á Morillo donde lo encontrase, si no conseguía traerlo á su terreno. Movido, más por su inspiración que por el cálculo, soñaba con marchar en triunfo hasta Caracas, que era siempre su objetivo. «Las tropas de Saraza— »decía,—pueden alcanzar á 2.500 hombres y, 1.500 que »yo llevo de tropas escogidas y disciplinadas, el suceso »es infalible contra Morillo, si logramos la fortuna de »alcanzarlo. Así, he determinado marchar en su busca »yo mismo, para destruirlo. Todo nos promete una com»pleta victoria. En el caso de que los enemigos sean »superiores en número, me retiraré.» Al mismo tiempo, Páez debía llamar la atención del enemigo por la parte de Barinas, y converger al punto estratégico, que era siempre Caracas. A Brión, le escribía: «Yo marcho á »reunirme á Saraza, y espero participar bien pronto »la destrucción del pequeño y miserable cuerpo, único

»que puede presentar el enemigo después de haber agotado sus esfuerzos y recursos.» A Saraza le decía, refiriéndose á la división enemiga situada en el Sombrero: «La Torre viene buscando ver repetir la escena de »San Félix. Sin embargo de que yo creo que su divi»sión es suficiente para destruir ese miserable cuerpo, »será muy conveniente evite comprometer una batalla »antes de reunirnos.» Las divisiones de Bermúdez en Cumaná, y Monagas en Barcelona, debían, mientras tanto, cubrir el flanco derecho en observación del enemigo sobre la costa hostilizada, y servir de punto de apoyo en caso de un contraste.

El plan no era mal concebido como irrupción sobre el centro de la línea realista, pero á condición de que los enemigos permaneciesen inactivos y sus divisiones diseminadas como se hallaban. Además, reposaba sobre un supuesto falso, cual era la debilidad numérica del ejército español, que una vez reconcentrado era invencible por la calidad de sus tropas. Por lo demás, tan ignorante se hallaba un general como otro de sus respectivas posiciones como de sus planes. Por lo que respecta á Morillo, no tenía plan ninguno, sino el impedir la reunión de la caballería de Páez con el ejército de operaciones de Bolívar. En consecuencia, se situó en Calabozo como punto central del teatro de la guerra, defendiendo el llano y cubriendo los valles de Caracas, con la división de La Torre avanzada sobre el Sombrero, según antes se explicó. La Torre se hallaba ignorante de la posición y fuerzas de Saraza, como éste de las del enemigo; pero noticioso del movimiento de Bolívar, se propuso batir separadamente los dos cuerpos de ejército, antes que operasen su reunión. Con 1.100 infantes y 300 jinetes, se puso en marcha sobre Saraza, que era un guerrillero valiente, pero incapaz de combinar una operación ni dirigir un combate regular.

Sorprendió la vanguardia independiente, se encontró con el grueso de la columna fuerte de más de 2.000 hombres, en el sitio llamado de la Hogaza, sobre la margen izquierda del río Manapire, afluente del Orinoco, y la batió ignominiosamente, degollando toda su infantería y dispersando toda su caballería (2 de diciembre de 1817). Los republicanos dejaron en el campo tres cañones, 1.200 muertos, sus banderas y una imprenta. La pérdida de los realistas no alcanzó á 200 entre muertos y heridos, contándose entre éstos el general La Torre.

El plan de Bolívar había fracasado, y se vió obligado á repasar el Orinoco. En Angostura reforzó su columna, dispuso que Monagas se le incorporara, y embarcándose de nuevo, resolvió unir sus fuerzas con las de Páez, quien prudentemente se había retirado de San Fernando ante el avance de Morillo en Calabozo y el amago simultáneo de la división de La Torre. Este era el plan indicado, que el Libertador ejecutó en un principio con audacia y felicidad, pero cuyos resultados no correspondieron á sus esperanzas ni á las ventajas que alcanzó, por los grandes errores tácticos que cometiera, como se verá luego. Reunido Bolívar con Páez, encontróse al frente de 2.000 infantes y 2.000 soldados de caballería, y se puso en marcha sobre San Fernando. Tenía que atravesar el Apure, y Páez le había ofrecido embarcaciones para efectuar el pasaje. Llegados á la línea del río, Bolívar observó que todas las canoas estaban en la ribera opuesta, bajo la protección de una cañonera y tres flecheras artilladas. Estaba vestido con un dormán verde ceñido con tres órdenes de botones y alamares rojos, polainas de llanero y un casco de dragón en la cabeza, que un comerciante de Trinidad le enviara como modelo. En la mano llevaba una lanza corta con banderola negra y en ella,

debajo de una calavera y dos canillas cruzadas, el lema: «Libertad ó muerte.»—¿Dónde tiene usted esas embarcaciones? preguntó á Páez.—Ahí están, contestó éste, señalando las embarcaciones enemigas.—¿Y cómo las tomaremos?—Con caballería.—¿Y dónde está aquí esa caballería de agua?—Páez por toda respuesta se volvió á su guardia de honor, y separando cincuenta hombres mandados por el coronel Francisco Aramendi, se puso á la cabeza gritándoles: «¡Al agua muchachos! ¡Sigan á su tío!» Picando espuelas á su caballo se lanzó al agua seguido de sus soldados, nadando contra la corriente con lanza en mano, á la vez que daban gritos para ahuyentar los caimanes que los rodeaban. La escuadrilla rompió el fuego, pero al ser abordada, su tripulación se echó al agua llena de espanto. Páez condujo en triunfo catorce embarcaciones tomadas de este modo. El Libertador asombrado exclamó: «¡De no haberlo visto, no lo creería!»

Bolívar se detuvo poco en San Fernando, donde continuaban sosteniéndose los realistas y se limitó á establecer el bloqueo. Su objeto era marchar rápidamente sobre Morillo sin pérdida de tiempo. El general español estaba á obscuras de los movimientos de los independientes, y al recibir aviso de su aparición en los llanos, reunió apresuradamente en Calabozo 1.600 infantes y 300 jinetes, con las tres piezas tomadas á Saraza en la Hogaza (10 de febrero de 1818). Disponíase á marchar en auxilio de San Fernando, cuando á las 8 de la mañana del 12 de febrero, se le presentó el ejército republicano y desplegó en batalla en orden de columnas formando un semicírculo en la llanura. Fué una sorpresa. A los primeros tiros de las avanzadas, Morillo montó á caballo, y formando su ejército en tres columnas sobre la villa, se adelantó á sostener sus escuadrones de vanguardia que huían acuchillados por la

espalda, siendo envuelto él en su fuga. Una compañía de cazadores españoles del regimiento de Navarra, sostuvo valerosamente la retirada, pereciendo entera. Los republicanos no dieron cuartel. Morillo se encerró en Calabozo, fortificado con cuatro reductos angulares y una casa fuerte. Bolívar le intimó rendición, diciéndole que perdonaría hasta á Fernando VII, si se hallara en la plaza. En seguida se replegó quince leguas á retaguardia para dar descanso á sus tropas. Aquí terminan los sucesos felices de esta campaña, tan brillantemente iniciada y empiezan los desaciertos.

El general español, en la difícil situación en que se encontraba, sin caballería y sin víveres, resolvió emprender la retirada fiado en la solidez de sus batallones. Enterró su artillería, hizo pedazos 800 fusiles, trofeos también de la Hogaza, y en la noche del 14 de febrero se puso en marcha, con sus heridos, enfermos y bagajes en dirección al Sombrero sobre la margen del Guarico. Para llegar á este punto tenía que atravesar ciento cuatro kilómetros de un campo quemado cubierto de cenizas y sin agua. Morillo marchaba á pie á la cabeza de las columnas. Bolívar se puso con su caballería en seguimiento del enemigo con ocho horas de retardo, ordenando á su infantería que le siguiera. El día 15 á las doce, dió alcance á la columna realista, que se había detenido á beber en el arroyo de Oriosa, que cruza el camino que llevaba. La caballería patriota dió varias cargas, que fueron rechazadas, y procuró entretener al enemigo á la espera de la infantería, que llegó al anochecer. Los españoles se formaron entonces en tres columnas cerradas y continuaron su marcha en actitud imponente. Al día siguiente llegaba Morillo al Sombrero. Allí empezaba el país montuoso. La caballería republicana estaba inutilizada por las rápidas marchas, y neutralizada por la naturaleza del terreno. El

ejército español se estableció en la margen derecha del Guarico, cuyas barrancas escarpadas cubiertas de bosque hacían inexpugnable su posición. La pérdida de los españoles en esta célebre retirada de treinta horas, fué de cien rezagados, que fueron muertos por los patriotas.

En el Guarico cambió la escena. Las tropas republicanas sedientas, se precipitaron al río y fueron fusiladas por los realistas. Bolívar atacó la posición por el frente, y fué rechazado con pérdida de cien hombres. Intentó llevar el ataque por un flanco, y fué igualmente rechazado (16 de febrero). Morillo continuó en la noche su retirada hacia los valles de Aragua, desde donde dictó sus disposiciones para reconcentrar su ejército diseminado. La campaña estaba terminada sin ningún resultado decisivo, y se abría una nueva en condiciones más desventajosas para los republicanos.

IV

Después de ocupar momentáneamente la posición del Sombrero abandonada, Bolívar retrogradó á Calabozo. Empeñado siempre en su idea de marchar sobre Caracas, tuvo allí una conferencia borrascosa con Páez. El general llanero sostenía que no debían abrirse operaciones, ofensivas, sin asegurar la base de operaciones y que dejar á retaguardia una plaza fortificada como la de San Fernando, con acceso fluvial sobre la Guayana, era perder los llanos que ocupaban. Por último, que la caballería no podría operar con ventaja en los valles, hallándose por otra parte mal de elementos de movilidad. Que lo primero era tomar á San Fernando. Bolívar, aunque no convencido, condescendió con el plan de su teniente, dejándole marchar con su divi-

sión; pero él, encaprichado siempre en su idea, convertida en manía, permaneció en Calabozo con tres batallones bisoños que sumaban 1.000 hombres y 1.200 de caballería. Con esta fuerza invadió los valles de Aragua. La población lo recibió con entusiasmo, y levantó allí un nuevo batallón de 500 plazas. Estableció una reserva en Victoria á órdenes de Urdaneta, hizo adelantar toda la caballería con 200 infantes hasta la Cabrera, con orden de fortificarse allí, y con el grueso de sus fuerzas se propuso batir á La Torre, que aún no se había incorporado á Morillo con su cuerpo de ejército (marzo 12). Morillo, reconcentrado en Valencia, llamando á sí el cuerpo de La Torre y la división que operaba en Barinas, tomó la ofensiva. Sorprendió en la Cabrera á Saraza, cuyo flanco izquierdo había quedado descubierto; batió en Maracay la división de Monagas, que ocupaba el camino de Caracas, y avanzó sobre Victoria (14 de marzo). Bolívar estaba perdido. Vióse obligado á emprender su retirada á los llanos que el enemigo amenazaba cortarle (marzo 15).

El ejército republicano hizo alto en La Puerta, lugar dos veces funesto para sus armas, y que debía serlo por tercera vez (marzo 16). El libertador, en vez de continuar la retirada, que era su única salvación, se decidió á dar una batalla. Contaba sólo con 2.000 hombres, de ellos 1.000 de infantería. El terreno que eligió fué una extensa llanura rodeada de bosques y cubierta de paja, y limitada al sur y al norte por montes elevados, que forman una garganta que da salida á la llanos altos, razón por que se llama La Puerta, según antes se explicó. Tenía al frente una cañada barrancosa por la que corre el río Semen, que dió su nombre á la jornada. Morales, que se había avanzado con la vanguardia realista, inició el ataque á las 6 de la mañana del 16 de marzo, y aunque combatió valientemente, fué

deshecho con pérdida de 600 hombres. Morillo al ruido de la fusilería, acudió presurosamente con dos batallones, y desplegando en la llanura contuvo con sus fuegos á la caballería republicana triunfante. Apoyado sucesivamente por su reserva, cargó al frente de un escuadrón de artillería volante, y aunque malamente herido de un balazo, hizo flamear una bandera tomada en la pelea, y exhortó á sus tropas á completar la victoria. El ejército republicano desapareció como el humo del combate, dejando en el campo más de 400 muertos y 600 heridos. Bolívar perdió en esta batalla hasta sus papeles, y parece que había perdido hasta la cabeza. Furioso y desesperado, había prodigado su persona en lo más recio del combate, como si buscase la muerte, comprendiendo tal vez la enorme responsabilidad que sobre él pesaba por las inmensas faltas cometidas persiguiendo una empresa insensata, sin poner siquiera los medios para evitar una catástrofe.

Afortunadamente Páez se había posesionado de la plaza de San Fernando, tenazmente defendida (6 de marzo), y apoderándose de 20 piezas de artillería, 18 buques de guerra y 63 flecheras con 400 prisioneros, matando ó dispersando el resto de la guarnición, que al principio constaba de 650 hombres. El general llanero, unido con la división Cedeño, que había permanecido en la alto Orinoco, acudió en auxilio del Libertador, y se reunió con él á inmediaciones de Calabozo. La campaña estaba restablecida. La Torre, que había tomado el mando del ejército vencedor en Semen, al llegar á Calabozo se enconró con otro ejército tan fuerte como el suyo, con una caballería que dominaba el llano y que no podía contrarrestar. A la vez, vióse obligado á replegarse á las montañas de Ortiz sobre el río Poga, cubriendo la entrada de los valles. Bolívar

y Páez, con 2.000 jinetes y 800 infantes, marcharon en su busca. El jefe español, después de distribuir convenientemente sus fuerzas, habíase situado en unas alturas con 950 infantes y un escuadrón de caballería. Bolívar se empeñó en forzar la posición por el frente (26 de marzo). Al cabo de cuatro horas de fuego, consiguió ocupar una de las alturas; pero los españoles se replegaron en orden á otra más fuerte. Páez hizo echar pie á tierra á 200 hombres de caballería para reforzar la infantería; pero fué rechazado con grandes pérdidas. La Torre se retiró prudentemente á la villa del Cura. Dueño del terreno, Bolívar se encontró derrotado. Un simple movimiento de flanco ocupando con la caballería la espalda de la débil división realista, le habría dado probablemente el triunfo; pero estaba escrito que esta campaña, bien concebida y felizmente iniciada, debía terminar desastrosamente por una serie no interrumpida de errores.

V

Rechazado Bolívar por el oriente y por los valles y montañas del sur, no desistía de su empeño de penetrar á Caracas, y se propuso efectuarlo por el occidente, siguiendo el itinerario de la reconquista por la prolongación de la cordillera oriental que divide á Venezuela en dos zonas con las costas de sotavento á un lado y las de barlovento al otro. En consecuencia, después del rechazo de Ortiz, se replegó á Calabozo, y dispuso que Páez abriese operaciones ofensivas por la parte de San Carlos. En previsión de este movimiento, La Torre se había concentrado en San Carlos y sus alrededores con cerca de 4.000 hombres, interponiéndose entre las columnas de Bolívar y de Páez con sus

reservas en Valencia. El general llanero, contagiado por la manía de las batallas, sin contar con más de dos batallones que apenas alcanzaban á 350 plazas y cinco escuadrones, esperó en Cojedes el ataque que le traía el enemigo con fuerzas superiores y mejor disciplinadas. Concibió un racional plan de combate, pero como él mismo lo ha dicho refiriéndose á este momento, no hay hombre cuerdo á caballo. Arrebatado por la sangre, cargó impetuosamente á la cabeza de uno de sus escuadrones, arrolló un ala del enemigo, pasó á retaguardia de la línea rompiendo un batallón que se hallaba en reserva; pero al volver sobre sus pasos, su ejército había desaparecido. La infantería republicana, que peleó valientemente rompiendo el fuego á tiro de pistola, fué deshecha y degollada, y la caballería que la acompañaba huyó cobardemente (2 de mayo de 1818). Páez quedó dueño del campo y derrotado, y se retiró á San Fernando del Apure con los restos que pudo reunir, que no alcanzaban á la mitad de las fuerzas con que había abierto su campaña.

Bolívar, mientras tanto, sin darse cuenta de las maniobras de La Torre ó ignorándolas, y á fin de combinar sus operaciones con las de Páez, trasladóse al occidente de Calabozo á un lugar llamado Rincón de los Toros, entre los ríos Tiznado y Chiguas, afluentes del Portuguesa. En este punto estableció su campado la división de Cedeño para cubrir su retaguardia en los llanos que abandonaba. Allí se encontró rodeado de partidas enemigas, que eran dueñas de toda la campaña. Una columna destacada por Morillo á órdenes del comandante Rafael López, tenía por especial encargo impedir su reunión con Páez, y atacarlo donde lo encontrase. Al acercarse al Rincón de los Toros, cogió un prisionero que le informó del lugar donde se encontraba Bolívar á larga

distancia de su campamento, dándole el santo y seña. El capitán español Javier Renovales se ofreció á penetrar con 30 hombres al campo republicano y matar á Bolívar, mientras López atacaba la descuidada división. La noche era de luna. La partida realista llegó á las 4 de la mañana hasta la inmediación de la mata ó bosque donde se hallaba el Libertador con su estado mayor, que dormía en hamacas colgadas en los árboles. Renovales se encontró con una patrulla mandada por el coronel Santander, jefe de estado mayor, á tiempo que la luna se ocultaba en el horizonte, y rindiendo santo y seña, siguió adelante. Al llegar á la mata, la partida hizo fuego sobre las hamacas. El Libertador, que estaba despierto, se incorporó, y las balas pasaron por encima de su cabeza. Corrió á tomar su caballo, que huyó espantado por los tiros. En la obscuridad no acertó á dirigirse á su campamento, y se internó en un espeso bosque, donde vagó toda la noche solo y á pie, despojándose de su gorra y dormán para no ser conocido (abril 17). Al día siguiente fué encontrado por los dispersos de su división, que había sido sorprendida y destrozada. Pidió un caballo, y todos se lo negaron, hasta que un soldado le dió el suyo, quedando á pie, sin dar su nombre, y sólo un año después pudo descubrir por casualidad quién había sido el que lo auxilió en tan duro trance. Procuró reunirse con Páez, y erró durante tres días por las márgenes del Portuguesa, con una escolta de cuarenta hombres. Al fin se dirigió á San Fernando, adonde llegó enfermo y triste, pero no desalentado. Allí se encontró con Páez derrotado, y dictó medidas para levantar nuevos cuerpos.

No habían terminado aún los desastres de esta campaña, por consecuencia de los errores del general. Incurriendo en la misma falta que cuando dió á Saraza el

mando de una fuerte división avanzada que era incapaz de manejar, confió á Cedeño, tan incapaz como el derrotado en la Hogaza, una columna de 1.000 jinetes y 300 infantes, con encargo de dominar los llanos de Calabozo. Morillo, que después de las ventajas alcanzadas, había dispuesto que Calzada con su división maniobrase sobre el Apure, dispuso al mismo tiempo que Morales con una gruesa columna ocupase los mismos llanos. Cedeño esperó al enemigo en el cerro de los Patos, á 10 kilómetros de Calabozo, y fué batido tan ignominiosamente como Saraza en la Hogaza, con pérdida de toda su infantería y dispersión de toda su caballería (20 de mayo). Apenas doscientos hombres se salvaron. Morales, ensoberbecido con su victoria, avanzó hasta el Guayabal, á 15 kilómetros de San Fernando. Páez atravesó el Apure al frente de su guardia de honor, y le sorprendió y derrotó completamente, obligándole á replegarse á Calabozo (28 de mayo de 1818). Era la estación de las lluvias y los ríos salidos de madre habían inundado los llanos, convirtiéndolos en un inmenso lago. Los beligerantes se pusieron en cuarteles de invierno.

La campaña estaba terminada. El ejército con que se abriera no existía. Toda la infantería había desaparecido; el armamento estaba destruído y las municiones agotadas. De todas las conquistas del año anterior, los independientes sólo ocupaban la plaza de San Fernando. El Libertador había perdido, juntamente con su ejército, su crédito como general y su autoridad moral como gobernante. Sólo quedaba en pie el núcleo del ejército del Apure y la base de operaciones de la Guayana conquistada por Piar.

La situación del ejército realista no era mucho mejor, á pesar de sus triunfos. Morillo contaba todavía con doce mil hombres diseminados en Venezuela y Nue-

va Granada; pero sus fuerzas vivas estaban gastadas. El mismo lo reconocía. «Estamos entregados á la más »espantosa miseria, sin dinero, sin armamento, sin ví»veres, y sin la esperanza de poder variar la suerte. »Doce batallas campales consecutivas en que han que»dado muertos en el campo de batalla las mejores tro»pas y jefes enemigos, no han sido bastante para exter»minar su orgullo ni el tesón con que nos hacen la »guerra.»

La escuadra española estaba desmantelada en Puerto Cabello, y los corsarios argentinos y venezolanos dominaban el mar de las Antillas, con los puertos de Margarita por centro de operaciones. Bolívar había contribuído á este resultado, quebrando el nervio de la más poderosa expedición que la metrópoli hubiera hecho para sojuzgar á sus colonias rebeladas; pero la responsabilidad que sobre el Libertador pesaba por sus errores, era inmensa. Todos atribuían, y con razón, el desgraciado éxito de las operaciones á la mala dirección de la guerra. El tiempo, que ha agrandado su gloria, ha confirmado este juicio de sus contemporáneos.

Un juicioso historiador colombiano, admirador del genio de Bolívar, ha hecho la crítica de esta campaña con tanta justicia, como severidad. Prescindiendo de la derrota de Saraza en la Hogaza, de que es responsable por imprudencia, pero que fué reparada por su rapidez en reunirse con el ejército del Apure y la feliz sorpresa de Morillo en Calabozo, hechos que le hacen grande honor, todos los desastres que se siguieron son consecuencias de sus errores. Después de haber experimentado en la marcha hacia el Sombrero y en el paso del Guarico la superioridad de la infantería española, cuando 1.400 hombres en retirada no pudieron ser destruídos ni aún conmovidos por todo el ejército indepen-

diente en las llanuras con una caballería muy superior, no debió empeñarse en perseguir á Morillo, en las montañas, donde aquella superioridad—aparte de la numérica,—era mayor, y su arma principal se utilizaba. La situación falsa en que se colocó en los valles de Aragua, donde podía ser cortado y destruído enteramente por fuerzas muy superiores y de mejor calidad, agravada por el avance de su vanguardia sobre Valencia y camino de Caracas con su flanco y retaguardia descubiertos, son errores que no tienen explicación militar. La batalla de Semen ó La Puerta, innecesariamente comprometida, cuando pudo retirarse á los llanos haciendo la guerra en posiciones á que se prestaba el terreno, es el hecho que ha merecido la más justa crítica de los militares. La batalla de Ortiz, consecuencia de otro error estratégico, fué mal empeñada y peor dirigida, cuando un simple movimiento de flanco le hubiese dado la victoria y salvádole de una derrota. Su plan de campaña de invadir á Caracas por el occidente, lanzando á Páez en aventuras sin darse cuenta de los movimientos del enemigo, que interceptaron sus columnas de maniobra, acusan una ciega obstinación sin objetivo claro. La sorpresa del Rincón de los Toros, manifiesta tanto olvido como desprecio de las precauciones más ordinarias en campaña al frente del enemigo. La pérdida de la división de Cedeño, comprometida sin objeto, cuando pudo y debió hacerla retirar en tiempo, repasando el Apure, fué el último grande error de la campaña, que acabó con los últimos restos del ejército republicano.

VI

La suerte de las armas republicanas no había sido más feliz en el oriente, y la autoridad del Libertador anulada en el Apure, era allí desconocida. Los partidarios de Mariño le habían vuelto á llamar, y éste, apoyado por el gobernador Gómez de Margarita, se puso de nuevo al frente de las tropas de Cumaná, asumiendo su antigua actitud disidente. Bermúdez, que con 800 hombres permaneció fiel, había sido completamente derrotado, con pérdida de su artillería, repasando deshecho el Orinoco. Monagas, que ocupaba con los restos de su división los llanos de Barcelona, estaba reducido á la impotencia. La opinión general era contraria al Libertador.

Tal es la situación política y militar con que se encontró Bolívar al regresar á Angostura, dejando á Páez al mando del ejército del Apure, donde apenas era él obedecido. Empero, con su inquebrantable constancia, con su genio creador en la desgracia, se contrajo á formar un nuevo ejército y nuevo estado, revelando cualidades de flexibilidad y de método que no se le conocían. Creó nuevos batallones reclutados en las misiones de Coroní, reorganizó las divisiones de Saraza y Monagas, y encargó á Bermúdez levantar nuevas tropas en la Guayana. El oportuno auxilio de cinco mil fusiles y abundantes pertrechos de guerra conducidos por Brión desde las Antillas, le proporcionó el material de guerra de que carecía. En medio de estos trabajos, como la espada de acero de buen temple, que se dobla sin quebrarse, se amoldó á las circunstancias con una moderación y una prudencia que no estaban en su naturaleza soberbia. Se reconcilió con Mariño, y

confirmó su autoridad, nombrándole comandante del ejército de Cumaná. El ejército del Apure, movido por el coronel inglés Wilson que mandaba un contingente de voluntarios de su nación enganchados en Europa, se había substraído á su comando, y proclamado á Páez general en jefe con el apoyo decidido de los llaneros que adoraban á su jefe y que lo consideraban superior á Bolívar. El, sin darse por entendido de esta sublevación, le envió los auxilios necesarios para sostener la guerra. La más acertada de sus medidas y que debía influir sobre su destino futuro fué enviar al general Francisco de Paula Santander con 1.200 fusiles y un cuadro de oficiales con el encargo de formar un cuerpo de ejército en la provincia de Casanare, reconcentrando todas las partidas dispersas y amagar la frontera de Nueva Granada. Santander era granadino y era el hombre de la empresa. Hombre de letras por vocación y soldado por elección, había hecho todas las campañas de la revolución, conservando su carácter mixto. Dotado de una inteligencia vivaz y bien cultivada con principios democráticos que formaban su conciencia política, con un patriotismo de buena ley, aunque no exento de una ambición legítima, era un hombre de acción y de pensamiento, llamado á figurar en la guerra y en la paz. El Libertador hizo preceder su marcha de una proclama profética dirigida á los granadinos: «El día de la América ha llegado. Ningún poder humano puede retardar el curso de la naturaleza guiado por la mano de la Providencia. El sol no completará el curso de su período, sin ver en todo vuestro territorio altares á la libertad.» La profecía se cumpliría. En su tránsito por el Apure, Santander fué detenido por Páez, que se mantenía en un estado de disidencia pasiva. Bolívar allanó prudentemente esta dificultad. En seguida remontó el Orinoco con una escuadrilla de veinte embarcacio-

nes, con algunos batallones para reforzar el ejército del Apure. Tuvo allí una entrevista amistosa con Páez, lo sometió sin violencia á su autoridad suprema, y confiándole el mando en jefe regresó á Angostura con el objeto de consolidar las bases vacilantes de su gobierno político.

Los hombres pensadores que acompañaban al Libertador en sus trabajos y aun militares de alta graduación que le eran más adictos, le manifestaron con energía que el país estaba descontento de ser gobernado por un solo hombre con facultades absolutas, sin freno alguno y sin rumbos políticos, y que era necesario que se estableciera por lo menos una forma de representación popular, que diese más solidez á su propio poder y más respetabilidad á la república en el interior y el exterior. Bolívar, dándose cuenta de su situación, se dejó persuadir, sin manifestar displicencia. Reorganizó el consejo de estado que había caído en desuso, y lo incitó á que se ocupara de la convocación de un congreso constituyente, iniciando la reorganización de la república colombiana. Dictóse en consecuencia un reglamento electoral, apuntando en él la idea de que Venezuela debía formar una sola república con Nueva Granada, y que desde luego debía ser llamada la provincia de Casanare, á tener representación como parte integrante de la nación. El Libertador, al anunciar á los pueblos la próxima convocatoria, declaró que los ponía en posesión de sus derechos, «sin más condición »que la de elegir para sus magistrados á los ciudada»nos más virtuosos, olvidando, si podían, en las elec»ciones, á los que les habían dado libertad.» Y como no podía faltar la renuncia anticipada de fórmula, terminaba con estas palabras: «Por mi parte, yo renuncio »para siempre á la autoridad que me habéis conferido, »y no admitiré jamás ninguna que no sea la de simple

»militar, mientras dure la guerra de Venezuela.» Pero agregaba, contradiciéndose: «El primer día de la paz será último de mi mando» (22 de octubre de 1818).

El escenario se magnificaba. Las corrientes magnéticas de la revolución sudamericana se tocaban. El mundo empezaba á intervenir indirectamente en el gran movimiento que se operaba en las colonias hispanoamericanas insurreccionadas. La figura de Bolívar se agrandaba. La revolución estaba triunfante en el sur del continente y se preparaba á dar el golpe de muerte al poder colonial en su centro. San Martín había triunfado en Maipú, y se preparaba á libertar al Perú. El director de Chile se dirigía al Libertador, como antes el de las Provincias del Río de la Plata, reconociendo la solidaridad de la causa continental en pro de la emancipación del Nuevo Mundo. En vez de proclamas se cambiaban ahora boletines de victoria. O'Higgins se dirigía al pueblo de Venezuela, felicitándolo por los triunfos que hacían inmortales sus armas bajo las inspiraciones de su jefe supremo, y le invitaba á la alianza: «La causa que defiende Chile es la misma en que »se hallan comprometidas Buenos Aires, Nueva Grana»da, Méjico y Venezuela; es la de todo el continente »americano. Separados estos países unos de otros, ha»rían más difícil y retardarían el fin de la contienda »de que pende la felicidad ó la humillación de veinte »millones de habitantes. Las armas de Chile y Buenos »Aires pronto darán libertad al Perú, y la escuadra de »este estado puede franquear las comunicaciones con la »Nueva Granada y Venezuela y ayudar á las protestas »de estos países.» El campo de acción de Bolívar se ensanchaba y sus horizontes se dilataban. La España desesperanzada de someter por las armas á sus colonias rebeladas, solicitaba la mediación de las altas potencias de Europa á título de reconciliación. El Libertador,

apoyándose en la autoridad de jefe de estado y de una asamblea de notables, declaró en un manifiesto solemne á la faz del mundo: «que la República de Venezue-»la por derecho divino y humano, estaba emancipada »de la nación española; que no había solicitado ni so-»licitaría mediación de las altas potencias europeas pa-»ra reconciliarse con su antigua metrópoli; que no tra-»taría jamás con la España sino de igual á igual en la »paz y en la guerra, y por último, para mantener sus »derechos soberanos, el pueblo venezolano estaba re-»suelto á sepultarse entero bajo sus ruinas, si la Es-»paña, la Europa, y el mundo entero se empeñasen en «conservarlo bajo el poder español.» Bajo estos auspicios se abrió el congreso convocado por el Libertador.

VII

El 15 de febrero de 1819 se instaló solemnemente en Angostura el segundo congreso venezolano. El dictador abdicó en sus manos el poder absoluto de que estaba investido, diciéndoles modestamente: «En medio de un »piélago de angustias no he sido más que un juguete »del huracán revolucionario que me arrebataba como »débil paja. No he podido hacer bien ni mal. Fuerzas »irresistibles han dirigido la marcha de nuestros suce-»sos: atribuírmelas no sería justo, y sería darme una »importancia que no merezco. Apenas se me puede su-»poner simple instrumento de los grandes móviles que »han obrado sobre Venezuela. Yo deposito en vuestras »manos el poder supremo. En vuestras manos está la »balanza de vuestros destinos.»

En un elocuente y meditado discurso, de su punto de vista el más lógico que haya brotado de su cabeza, expuso Bolívar por la primera vez su plan de organi-

zación constitucional, renovando la idea de la unión de las repúblicas de Venezuela y Colombia en una sola nación, germen de la república colombiana. Proclamó la excelencia del gobierno democrático, que establecía la igualdad, y se pronunció abiertamente contra la federación, á que atribuía una debilidad orgánica; pero observó que ninguna democracia había tenido estabilidad, mientras que las monarquías y las aristocracias, y aun las tiranías, contaban siglos de existencia, de lo que deducía que era necesario buscar la solución del problema, combinando lo bueno de la república con lo estable de las monarquías. Como modelo, presentó la constitución de la Inglaterra, en cuanto tenía de republicana y de conservadora, proponiendo que se instituyese un senado hereditario como la cámara de los pares de la Gran Bretaña, y que sus descendientes fuesen educados especialmente en un colegio nacional como legisladores perpetuos por razón de legado. «Y que »esto sería la base eterna y la traba del edificio cons»titucional, y el alma de la república, que pararía los »rayos del gobierno y rechazaría como cuerpo neutro »las olas populares; el iris que calmaría las tempesta»des y mantendría la armonía entre los miembros y la »cabeza de este cuerpo político.» En cuanto al poder ejecutivo, la idea de la presidencia vitalicia estaba en su cabeza, inoculada desde muy temprano por su maestro Simón Rodríguez, y afirmada por el gobierno de Petión en Haití; pero no se atrevió á proponerla, porque sintió que no tendría apoyo, y se limitó á aconsejar que se le revistiese de todos los atributos de la Gran Bretaña, menos la corona, reuniendo en el mandatario electivo todas las facultades del monarca y del gabinete. Según su teoría, «el poder ejecutivo en una república, »debía ser el más fuerte, porque todo conspira contra »él, en tanto que en las monarquías debía serlo el le-

»gislativo porque todo conspira en favor del monarca.» «Un magistrado republicano—decía,—es un individuo »aislado en medio de una sociedad. Es un atleta lan»zado contra una multitud de atletas.» No obstante proclamar la igualdad y repudiar las distinciones nobiliarias, los fueros y los privilegios, proponía la creación de una nueva nobleza indígena, por razón de los servicios de los causantes, y designaba como senadores y próceres perpetuos á los libertadores y á sus herederos legítimos de la gloria: «Es un oficio—decía,— »para el cual se deben preparar los candidatos, y un »oficio que exige mucho saber. Todo no se debe dejar al »acaso y á la ventura en las elecciones. El pueblo se »engaña más fácilmente que la naturaleza perfecionada »por el arte. Los libertadores de Venezuela son acreedo»res á ocupar un alto rango en la república que le de»be existencia. Es de interés público, es de la gratitud »de Venezuela, es del honor nacional, conservar con »gloria hasta la última posteridad, una raza de hom»bres virtuosos, prudentes y esforzados, que han fun»dado la república á costa de heroicos sacrificios. Si el »pueblo de Venezuela no aplaude la elevación de sus »bienhechores, es indigno de ser libre y no lo será ja»más.» En su anterior proclama de convocatoria, había encargado á los pueblos que en las elecciones «se olvidasen de sus libertadores, si podían.»

No podía faltar la tradicional renuncia de aparato, cuando él era el único candidato posible para el mando supremo, y lo había disputado y estaba resuelto á disputarlo á todos, en lo que hacía bien, aun cuando entrase por mucho en ello la ambición personal. «En »este momento, el jefe supremo de la república no es »más que un simple ciudadano, y tal quiere quedar »hasta la muerte. Serviré, sin embargo, en la carrera »de las armas, mientras haya enemigos en Venezuela.

»La continuación de la autoridad en un mismo indivi»duo, frecuentemente ha sido el término en los gobier»nos democráticos. Nuestros ciudadanos deben temer »con sobrada justicia, que el mismo magistrado que los »ha mandado mucho tiempo, los mande perpetuamen»te. Meditad vuestra elección.» El mando perpetuo fué, sin embargo, la gran pasión de su vida, y al iniciar la creación de un senado hereditario preparaba la institución de la presidencia vitalicia, que estaba ya en su cabeza y que se apoderaría de su alma hasta la muerte. El congreso no tenía que meditar. Lo nombró presidente de la república (febrero 10). El congreso mandó publicar el nombramiento como un hecho consumado (febrero 17). El se sometió como violentado. Se ha disculpado su falta de seriedad comprometida con palabras de carácter irrevocable y argumentos contrarios á su propia conciencia, diciendo que tenía por objeto realzar la autoridad moral del congreso, dejándose forzar la mano para recibir el poder de sus manos como un depósito y una carga pública. La explicación es plausible, y debe equitativamente tenerse en cuenta, porque desde ese día gobernó siempre acompañándose con los congresos y repetó su libertad y sus opiniones, y aun en medio del gran poder, que le constituyó una dictadura de hecho, apeló á su voto en las grandes crisis. Cuando se divorció de los congresos, cayó en el vacío.

El congreso al ocuparse del plan presentado por Bolívar, aceptó por transacción un senado vitalicio en vez de hereditario, adoptó la forma del gobierno unitario, fijó la duración del presidente en cuatro años, reelegible por otros cuatro solamente, y arregló los demás poderes públicos, vaciándolos en el molde consagrado del sistema republicano-representativo. Pero como esta constitución debía ser sometida al voto del

pueblo, y esto no era posible, nunca estuvo en vigor, y sólo quedó planteada su armazón. Por un decreto legislativo, se declaró que el presidente en campaña, ejercería una autoridad ilimitada en las provincias que fuesen teatro de la guerra, y que el vicepresidente en ejercicio del mando político no tendría acción en ellas ni sobre los ejércitos que las ocupasen, donde imperaría únicamente la autoridad del jefe supremo de las armas. Era el hecho una dictadura militar, con carta blanca para conquistar y ocupar provincias substraídas á la potestad civil.—Más adelante se verán las consecuencias de esta disposición.—Mientras tanto, Bolívar delegó el mando político en el vice Francisco Antonio Zea, que como granadino representaba el vínculo de las dos repúblicas colombianas. El Libertador se puso en campaña, seguido de un batallón de 500 voluntarios ingleses al mando del coronel Elsom, enganchados en Inglaterra (27 de febrero de 1818).

VIII

Por varias veces hemos hecho mención de la presencia de jefes y soldados europeos, especialmente ingleses, en el ejército republicano, y esta es la ocasión de explicarla, en el momento en que este elemento entra colectivamente á representar un papel histórico en la guerra de la independencia colombiana. Venezuela, no obstante la virilidad de sus hijos y los heroicos esfuerzos con que mantuvo sola la lucha por el espacio de ocho años contra los más numerosos y aguerridos ejércitos españoles, fué la única república sudamericana que apeló al recurso de voluntarios reclutados en el exterior para aumentar sus fuerzas, y tuvo á su servicio cuerpos enteros de soldados de otras nacionalida-

des, mandados por jefes y oficiales extranjeros con su denominación de origen. Bolívar, que como todo libertador internacional, tenía algo de cosmopolita, no participaba de las preocupaciones de sus compatriotas contra los extranjeros, y procuró siempre atraerse su concurso, no sólo como fuerza material sino como elemento regenerador en la milicia. Sin educación militar él mismo, con más instinto guerrero que ciencia estratégica, con más ímpetu que táctica, era hasta entonces un montonero de genio, unn especie de Sertorio, como le placía ser apellidado, pero que comprendía que la guerra para dar resultados, tenía que hacerse con método y disciplina, y que necesitaba formar una nueva escuela. Así decía al emprender su expedición de los Cayos, asimilándose algunos elementos extraños: «La »guerra no se hace con correr y montar á caballo, que »es lo único que nos suministran los llanos.» Y al inaugurar el congreso de Angostura señalaba la concurrencia extranjera como el principal factor de la consistencia bélica del ejército venezolano.

Bolívar veía que por ese mismo tiempo San Martín en el hemisferio opuesto del continente, al frente de un pequeño ejército bien organizado y bien dirigido, alcanzaba triunfos decisivos sobre las mejores tropas españolas, cual nunca había presenciado la América insurreccionada, y que sus armas libertadoras se extendían por todo el continente del sur. Comprendía que necesitaba un núcleo más compacto que el de los llaneros, y una infantería mejor disciplinada para hacer la guerra con eficacia. Aleccionado por sus últimos descalabros, debidos tanto á su imprudencia cuanto á la poca consistencia de sus tropas de pelea en combates regulares, estaba penetrado de que sin un ejército sólido y regularmente organizado en la escuela de la táctica y la disciplina europea, todas las ventajas que obtuviese

serían efímeras, y el triunfo definitivo, si no imposible, sería por lo menos desastroso, triunfando sobre ruinas. En esta escuela, el gran guerrero llegaría á ser un gran capitán, con menos ciencia y precisión matemática que San Martín, pero con más atrevimiento y más laureles. Tomaría como el general de los Andes la ofensiva, atravesaría como él la Cordillera, libertando pueblos; se hará libertador no sólo de Venezuela sino también libertador americano, y más táctico que hasta entonces y con ejércitos más consistentes, ganará batallas decisivas, sin experimentar los repetidos reveses que habían neutralizado sus constantes esfuerzos y esterilizado sus mismas victorias hasta entonces.

Desde 1815 se habían iniciado trabajos para enrolar un cuerpo auxiliar de irlandeses, pero sólo en 1817 empezó á metodizarse en Inglaterra el alistamiento de voluntarios contratados, bajo la dirección del agente venezolano en Londres, Luis López Méndez, de quien decía Bolívar que sin los oportunos y eficaces auxilios de todo género que le prestó, nada hubiera podido hacer en la célebre campaña de 1819, que por este tiempo preparaba, y que le dió la preponderancia militar. Los soldados debían recibir 20 dollars como precio de enganche, gozar de un sueldo de 2 chelines diarios, raciones como en el ejército inglés, y al finalizar, un premio de 500 dollars y un terreno en propiedad. Varios oficiales ingleses y alemanes celebraron contratos con López Méndez, en 1817, para conducir á Venezuela cuerpos de tropas organizadas, de artillería, lanceros, húsares y rifleros. La primera expedición que salió de Inglaterra, fué el cuadro de un regimiento de «Húsares y lanceros (120 hombres) venezolanos», organizados por un coronel Hippisley, que resultó ser más una comparsa de teatro con brillante uniforme, pero que sin embargo sirvió de plantel á un cuerpo de caballería regu-

lar. El coronel Wilson—el mismo que hemos visto figurar en el Apure conspirando contra Bolívar,—y el coronel Skeenen, organizaron el plantel de otro cuerpo de caballería. Una expedición de 300 hombres de la misma arma á cargo del mismo coronel Skeenen, naufragó en las costas de Francia. Campbell formó la base de un batallón de rifleros, famoso después en las guerras de la independencia de Colombia. Un oficial subalterno, con el título de coronel, llamado Gilmour, creó la base de una brigada de artillería de noventa plazas.

El alistamiento en favor de la independencia venezolana, se convirtió en una pasión, á pesar de las severas medidas del gobierno inglés que lo prohibía (Enlistament bill). La corriente de voluntarios se aumentó considerablemente en 1818 y 1819. El general English, que había hecho la guerra de la península española con Wéllington, contrató el envío de una división de 1.200 ingleses, que por este tiempo arribaron á Margarita, de la que salió el famoso batallón Carabobo, que tan gran papel representó en las batallas. El coronel Elsom, el mismo que acompañara á Bolívar al ir á tomar el mando del ejército del Apure, condujo á más de los 500 hombres que formaron el famoso batallón que sucesivamente se denominó Legión Británica y Batallón Albión, 300 alemanes contratados en Bruselas al mando del coronel Uzlar. El general Mac Gregor, á quien ya conocemos, llevó á las costas venezolanas una legión extranjera de 800 hombres, que tomó parte activa en las operaciones subsiguientes. Además de otros contingentes extranjeros de menos importancia, formóse una legión irlandesa por el general Devereux, el iniciador de la idea de reclutar tropas extranjeras èn Europa. De ella formaba parte un hijo del gran tribuno de Irlanda, O'Connell, quien al

ofrecerlo al Libertador le escribía protestando de su «adhesión á la santa causa de la libertad y de la in»dependencia de Colombia, que tan gloriosamente sos»tenía», hacía votos por que viese á los enemigos de su patria confundidos y exterminados, y fuese al fin de su carrera tan venerado y amado como el «gran prototipo Wáshington.»

Al tiempo de instalarse el congreso de Angostura y recibirse la noticia de que la expedición del general English y otros cuerpos extranjeros contratados habían arribado á Margarita, Bolívar dispuso que Urdaneta se trasladase á la isla para darles organización. Urdaneta encontró allí 1.200 ingleses y 300 alemanes. Esta fuerza debía operar por las costas de Cumaná y Caracas, mientras el Libertador abría su campaña por los llanos altos de Venezuela. El coronel Mariano Montilla, hasta entonces enemigo declarado de Bolívar, se reconcilió con él, y tomó el puesto de jefe de estado mayor de las tropas extranjeras que amenazaban sublevarse contra sus jefes. Montilla restableció la armonía y estableció el orden en este agrupamiento todavía informe. Había servido como guardia de corps en España y viajado mucho en Europa; hablaba varios idiomas extranjeros y conocía las costumbres de los nuevos auxiliares; era enérgico y activo y poseía buenos conocimientos militares. Era el último enemigo del Libertador que reconocía su autoridad suprema, y que cooperando eficazmente en sus empresas, le fué fiel hasta el fin.

Al mismo tiempo que la noticia del arribo de la expedición de English, llegó á Angostura el batallón inglés de 500 plazas mandado por el coronel Elsom, con que el Libertador remontó el Orinoco para unirse al ejército del Apure y abrir la campaña de los llanos altos de Venezuela.

IX

Morillo había abierto ya su campaña. El 30 de enero de (1819) pasó revista á siete batallones y diez y seis escuadrones, perfectamente disciplinados y pertrechados, que alcanzaban en su totalidad á 6.500 hombres. Páez, que había abandonado la línea del Apure á su aproximación, incendiando á San Fernando, se trasladó al sur del Arauca con cuatro mil hombres, dos mil llaneros de caballería y cuatro batallones con un escuadrón de dragones ingleses, con abundante reserva de caballos de repuesto. El ejército español avanzó hasta el Arauca, llevando á la rastra de la cola de sus caballos algunas canoas, que surcaban el llano como trineos. Páez defendió el paso del río, en dos puntos, que los españoles al fin tomaron con intrepidez bajo el fuego (4 de febrero de 1819). El general llanero ensayó un nuevo sistema de guerra. Comprendiendo que su infantería bisoña y menos numerosa no podía competir con la del enemigo, la puso en seguridad á su retaguardia. El se quedó con 1.500 hombres bien montados. Morillo ignoraba la situación de los republicanos. Sólo algunas partidas sueltas se presentaban por sus flancos ó su retaguardia, cambiaban algunos tiros y se perdían en el vasto horizonte de las sabanas. Desprendió á Morales con una vanguardia de 3.000 hombres, con el objeto de explorar el campo y recoger ganados. Hallábase ocupado uno de sus escuadrones en esta faena, cuando se presentó Páez con 1.200 jinetes escogidos, lo acuchilló hasta su campamento, y cargó sobre la reserva, trabándose un recio combate. A la aparición de la reserva, la columna llanera se retiró al galope (14 de febrero). En la noche tomó la reta-

guardia de los invasores, y obligó á Morillo á retrogradar al día siguiente, haciéndolo vagar sin rumbo por la inmensa llanura, en persecución de un fantasma, que le retiraba los ganados, mataba á las partidas que se apartaban del grueso del ejército y hostigaba constantemente sus flancos de día y de noche, obligándole á marchar reconcentrado. Las enfermedades empezaron á hacerse sentir en las tropas españolas, por efecto de los pantanos y lo ardiente del clima. Al cabo de nueve días de campaña, el general español comprendió que tenía que habérselas con un adversario más hábil que él, que se proponía agotarlo en vanas marchas y contramarchas, desistió de su empresa y se replegó á la línea del Apure, sobre la base de San Fernando fortificado, con el grueso de sus fuerzas, situando algunas divisiones en Barinas, Calabozo y Sombrero.

Tal era el estado de la campaña cuando Bolívar se reunió á Páez al sur del Apure. El ejército republicano se componía entonces de 3.500 hombres disponibles de infantería y caballería. El general en jefe, siempre inclinado á la ofensiva, considerando el ejército español muy debilitado en su primera línea, resolvió buscar una batalla. Su primera descubierta sufrió un serio contraste. La segunda tentativa sobre un punto avanzado de 400 hombres infantes y un escuadrón de carabineros al mando del coronel español José Pereyra, tuvo un éxito desgraciado. Pretendió sorprenderlo en persona con 800 infantes y 200 jinetes en un punto llamado Gamarra, y á pesar de su superioridad fué rechazado, con pérdida considerable de muertos y prisioneros, y algunos dispersos (27 de marzo). Estos descalabros hicieron desistir á Bolívar de su plan ofensivo, y repasó prudentemente el Arauca. Con la presencia de Bolívar al frente del ejército volvían otra vez los contrastes.

Morillo avanzó en masa hasta las inmediaciones del Arauca. Páez quiso mostrarle que, si era el primer general de caballería irregular de la América, era también uno de los primeros héroes modernos. A la cabeza de 150 jinetes escogidos, atravesó el río á nado, y avanzó á galope sobre el campo enemigo. Atacado por una columna de caballería de 800 hombres, sostenida por el fuego de dos cañones volantes, se puso en retirada, amagando cargas, hasta traer á sus contrarios á la inmediación del río donde se hallaba un batallón de cazadores emboscado sobre la margen derecha. Páez, aprovechando la sorpresa, hizo volver caras en pelotones de 20 hombres, y cargó por todos los costados, obligando á los carabineros á echar pie á tierra para defenderse y echó el resto de los escuadrones intimidados sobre su infantería. La noche se acercaba, y Morillo, creyendo ser atacado por todo el ejército independiente, se reconcentró en un bosque inmediato. Páez repasó el río con dos muertos y algunos heridos, dejando al campo cubierto de cadáveres enemigos. Este combate fabuloso se llamó de Las Queseras del Medio, por el lugar en que se dió (3 de abril de 1819).

Después de estos combates, sin más resultado que hacerse respetar ambos ejércitos, Morillo se limitó á algunas correrías por la margen norte del Arauca, y á los pocos días se replegó al Apure. Bolívar quería invadir la provincia de Barinas. Páez le aconsejaba seguir el sistema de guerra que tan buenos resultados había dado, diciendo con calma y estilo sanchesco: «Paciencia, mi general, que tras un cerro está un llano. El »que sabe esperar lo que desea, no toma el camino de »perder la paciencia.» El Libertador le replicaba: «¡ Paciencia ! ¡ Si no me deserto es por que no sé para dónde ir !» Las lluvias de la estación pusieron fin á esta campaña, los llanos volvieron á anegarse, convir-

tiéndose en un mar, y ambos ejércitos entraron en cuarteles de invierno.

En este momento tuvo Bolívar la gran inspiración de la campaña, que debía asegurarle la inmortalidad y decidir de los destinos de la América, produciendo en el norte del continente la catástrofe de las armas españolas que ya se había operado en el sur con el paso de los Andes por San Martín, y la reconquista de Chile en Chacabuco y Maipú, con el dominio del mar Pacífico, que preparaba la conquista del Perú. Un oficial, que se retiraba disgustado de la provincia de Casanare, se la sugirió. Informado de que Santander tenía 1.200 infantes disciplinados y 600 hombres de caballería bien montados, y que con esta fuerza acababa de rechazar una invasión que desde Nueva Granada le había llevado el coronel José María Barreiro, con un ejército de más de 2.300 hombres (abril de 1815), empezó á ver más claro en el teatro de la guerra. Al mismo tiempo Santander lo llamaba á reunir sus fuerzas con las de Casanare, y emprender la reconquista de Nueva Granada. Bolívar, por intuición comprendió que el triunfo de Venezuela estaba en Nueva Granada, como antes había comprendido que la salvación de Nueva Granada estaba en Venezuela, atravesando las montañas como lo había hecho San Martín. Convocó una junta de guerra, le comunicó su atrevido proyecto, que fué acogido con entusiasmo por sus jefes. Quedó acordado que el Libertador invadiría la Nueva Granada, mientras Páez, al frente del resto del ejército del Apure mantenía la campaña de los llanos, llamando la atención por Barinas, así al ejército de Morillo como al que defendía Nueva Granada. Al mismo tiempo, Brión, con la escuadrilla republicana, tomando á su bordo las tropas auxiliares extranjeras que se hallaban en Margarita á órdenes de Urdaneta y Montilla, de-

bía hostilizar las costas de Caracas, ocupando á los realistas por la espalda. Jamás Bolívar, después de su famosa reconquista de Venezuela, tan desastrosamente terminada, había concebido un plan de campaña más grandioso, más bien combinado, aun fallando en algunos de sus cálculos, ni de más trascendentales consecuencias. Aquí se revela la penetración y el alcance del genio. Los destinos de la América iban á cambiar en el norte, al atravesar Bolívar los Andes ecuatoriales, como cuando San Martín atravesó en el sur los Andes meridionales. Las dos grandes masas batalladoras y redentoras de las colonias hispanoamericanas se acercaban, y los dos grandes libertadores del sur y del norte del continente iban á operar su conjunción.

CAPITULO XLIII

Boyacá.—Colombia.—Carabobo

1819-1822

Bolívar emprende la reconquista de Nueva Granada.—Paso de los Andes ecuatoriales.—Maniobras estratégicas de Bolívar.—Acción del Pantano de Vargas.—Batalla de Boyacá.—Reconquista de Nueva Granada.—Renovación de la guerra á muerte.—Creación de la república de Colombia.—Expedición de los voluntarios británicos sobre las costas de Venezuela.—Actitud de Morillo.—Sublevación de la expedición de Cádiz.—Influencia de la revolución liberal de España en la guerra sudamericana.—Armisticio de Trujillo y regularización de la guerra.—Ruptura del armisticio de Trujillo.—Pronunciamiento de Maracaibo.—Preponderancia política y militar de los independientes.—Bolívar abre nueva campaña.—Segunda y última batalla de Carabobo.—El congreso de Cúcuta y su espíritu republicano.—Renuncia de Bolívar.—El congreso de Cúcuta dicta la constitución de Colombia.—Análisis de esta constitución.—Actitud de Bolívar en presencia del Congreso.—Rendición de Cartagena.—La independencia de Colombia asegurada.—Los realistas reaccionan.—Morales se apodera de Maracaibo, Santa Marta y Coro.—Capitulación de Morales.—Toma de Puerto-Cabello.—Triunfo final del norte de la América Meridional.

I

La inundación de los llanos, que facilitaba la ejecución del plan de Bolívar para invadir la Nueva Granada, por cuanto detenía á Morillo en sus acantonamientos, dificultaba su marcha para reunirse con Santander en Casanare. Tenía que atravesar una vasta extensión cubierta casi totalmente de agua, vadear siete caudalosos ríos á nado conduciendo su material de guerra, y le quedaría aún la mayor dificultad á ven-

cer, que era el paso de la cordillera nevada en pleno invierno. Todo fué superado con constancia sufriendo las más grandes penalidades. El Libertador se reunió con Santader al pie de los Andes en las nacientes del río Casanare que se derrama en el Meta (11 junio de 1819). Llevaba cuatro batallones de infantería: Rifles, Bravos de Páez, Barcelona y Albión, este último compuesto totalmente de ingleses. La caballería componíase de dos escuadrones de lanceros y uno de carabineros de los altos llanos de Caracas, con un regimiento nombrado guías del Apure, en que figuraban los contingentes británicos de esa arma. El total del ejército expedicionario ascendió á 2.500 hombres, regularmente armados, pero casi desnudos. Santander tomó la vanguardia con la división de Casanare y penetró en los desfiladeros de la montaña por el camino de Morcote con dirección al páramo de Pisba, que conduce al centro de la provincia de Tunja al occidente de los Andes (25 de junio). Este punto se hallaba defendido por un ejército disciplinado de 2.000 infantes y 400 jinetes al mando del coronel José María Barreiro, con sus avanzadas sobre la cordillera. En Bogotá se hallaba una reserva respetable, que aunque debilitada por la marcha del batallón Numancia en 1818 en auxilio del Perú amenazado por San Martín después de la batalla de Maipú, contaba todavía con más de 1.000 veteranos, además de las tropas que guarnecían Cartagena y el valle de Cauca, sin contar el ejército realista que ocupaba Quito. Bolívar á pesar de su inferioridad numérica, confiaba en el efecto que produciría la sorpresa y en el apoyo que esperaba encontrar en el país que iba á conquistar.

Al trasladarse el ejército invasor del llano á la montaña, el paisaje cambiaba. Los nevados picos de la cadena oriental de los Andes se divisaban á la distan-

cia. Al inmenso y tranquilo lago sin horizontes de la planicie, se sucedían grandes masas de agua que descendían bramando de las alturas. Los caminos eran precipicios. Una selva tropical de árboles gigantescos que retiene las nubes en sus cimas, y de que se desprende una lluvia incesante, sombrea los estrechos desfiladeros. A las cuatro jornadas, todos los caballos se habían inutilizado. Un escuadrón de llaneros desertó en masa al verse á pie. Los torrentes eran atravesados por angostos y vacilantes puentes formados con troncos de árboles, ó por medio de las aéreas taravitas: cuando daban vado, eran tan impetuosos, que la infantería tenía que formarse en dos filas, abrazados los hombres del cuello para vencer el ímpetu de la corriente, que arrastraba para siempre al que perdía su equilibrio. Bolívar pasaba y repasaba con frecuencia á caballo estos torrentes, transportando á la grupa de una orilla á otra á los enfermos, á los más débiles ó á las mujeres que acompañaban á sus soldados. Este era relativamente el jardín selvático de la montaña, en que la temperatura húmeda y caliente hace soportable el tránsito con el auxilio de la leña. A medida que se asciende, el aspecto de la naturleza varía y las condiciones de la vida se alteran. Inmensas rocas caóticas superpuestas y montones de nieve, forman el límite monótono del desierto escenario: las nubes que coronan las selvas de la falda, vense á los pies en las profundidades de los abismos; un viento glacial y silencioso cargado de agujas heladas, sopla en esta región; no se oye más ruido que el de los torrentes lejanos y el grito del cóndor; la vegetación desaparece, y sólo crecen allí los líquenes, y una planta, que por su tronco con hojas velludas á manera de gasa fúnebre y coronada de flores amarillentas, ha sido comparada á una antorcha sepulcral. Para hacer más lúgubre el camino,

todo su trayecto estaba señalado por cruces de los viajeros muertos á lo largo de él. Este era el páramo.

Al entrar el ejército expedicionario en la región glacial del páramo, los víveres se habían agotado: el ganado en pie, único resurso con que se contaba, no pudo acompañar á los soldados en sus fatigas. Al tocar la cumbre, se encontraba el desfiladero de Paya, que bien defendido, podía detener la marcha de un ejército con solo un batallón. Estaba defendido por un destacamento de 300 hombres, que la vanguardia al mando de Santander desalojó fácilmente. El ejército empezaba á murmurar. Bolívar, para dominar moralmente este desaliento, convocó una junta de jefes, y después de manifestarles los obstáculos mayores que aun quedaban por vencer, les consultó sobre si debía perseverarse ó no en la empresa. Todos fueron de opinión de seguir adelante. Esto infundió nuevo aliento á las tropas.

Al trasmontar la gran cordillera, más de cien hombres habían muerto de frío, de ellos cincuenta ingleses. Ninguna cabalgadura había podido resistir á la fatiga. Fué necesario abandonar las armas de repuesto, y parte de las que los soldados llevaban en las manos. Al descender las pendientes occidentales de la cordillera, el ejército de Bolívar era un esqueleto. En tan deplorable estado ocupó el ameno valle de Sagomoso en el corazón de la provincia de Tunja (6 de julio de 1819). Desde este punto, el Libertador envió auxilios á los cuerpos retrasados, reunió caballos, desprendió partidas al interior, se puso en comunicación con algunas guerrillas que existían en el país. El enemigo sorprendido, que ignoraba el número de los invasores, se mantuvo á la defensiva en fuertes posiciones. Reconcentrado el ejército independiente, después de algunos reconocimientos recíprocos y combates de vanguar-

dia, Bolívar, por una hábil marcha de flanco, tomó la retaguardia del enemigo y ocupando un país abundante en recursos, remontó sus fuerzas. Con poca diferencia, los movimientos estratégicos de San Martín al pasar los Andes meridionales, se repetían. Barreiro abandonó las posiciones que había ocupado por el frente, y se atrincheró en un punto llamado los Molinos de Bonza, cubriendo el camino de la capital de Bogotá amenazado. Bolívar ocupó á su frente una posición inexpugnable. Ambos ejércitos permanecieron así á la defensiva, observándose.

Era urgente para los invasores tomar la ofensiva, antes que la fuerte guarnición de Bogotá con que contaba el virrey Sámano, se pudiese unir con la división de Barreiro, y que Morillo acudiese en auxilio del país invadido. Bolívar, por una nueva y atrevida marcha de flanco, atravesó el río Sagomoso, se puso sobre su retaguardia buscando una batalla, y obligó á los realistas á abandonar sus atrincheramientos, y á situarse en el Pantano de Vargas. La acción que se empeñó fué reñida, aunque indecisa. (25 de julio). Al principio llevaron la ventaja los españoles, que tomaron la iniciativa, pero restablecido el combate, Bolívar se replegó á la posición que antes ocupara, imponiendo con su actitud al enemigo. En seguida hizo un movimiento general, trasladándose á la margen derecha del Sagomoso, y amagando un ataque, obligó á Barreiro á replegarse, á fin de cubrir el camino de Tunja y Socorro, que parecía ser el objetivo (3 de agosto). Para hacer creer al enemigo que volvía á su antigua posición, ejecutó una ostensible marcha retrógrada á la luz del día; pero en la noche, efectuó una contramarcha y ocupó la ciudad de Tunja, donde se apoderó de 600 fusiles y de los depósitos de guerra, sorprendiendo á su débil guarnición (5 de agosto). De este modo que-

ió interpuesto entre el ejército realista en campaña y Bogotá, cortando las dos fuerzas que defendían el valle del Alto Magdalena. Barreiro, comprendiendo la importancia decisiva de este movimiento, se apresuró á restablecer sus comunicaciones perdidas, y se puso resueltamente en marcha hacia Bogotá. Ya era tarde. No tenía sino dos caminos precisos á seguir, que el ejército republicano dominaba desde las alturas de Tunja. Bolívar, observando que tomaba el más directo que conducía á Boyacá, pequeño río que corre hacia el oriente, ocupó sobre su margen derecha el puente por donde necesariamente tenía que atravesarlo el enemigo.

II

Simultáneamente aparecieron las cabezas de columnas de los dos ejércitos beligerantes sobre el puente de Boyacá. El ejército realista constaba de 2.500 hombres, de ellos 400 de caballería con tres piezas de artillería. El ejército republicano se componía de 2.000 hombres de infantería y caballería. La batalla se inició sobre el mismo puente por un combate de vanguardia, en que las guerrillas españolas fueron arrolladas. Contenido Barreiro en su marcha, formó su infantería en columnas sobre una altura con la caballería á sus costados y su reserva, desplegando por la derecha un batallón de cazadores para tomar con fuegos convergentes diagonales y de flanco á los republicanos que avanzaban en columna de ataque. Un batallón realista desplegado en cazadores por su izquierda á lo largo de una cañada, fué desalojado, y dejó descubierto el flanco. El centro y la derecha republicana cargaron por esta parte y envolvieron la posición enemiga, al mismo tiempo que la caballería y la izquierda atacaban de

frente. La caballería realista huyó: la infantería en retirada, procuró en vano rehacerse en otra posición más á retaguardia; atacada de nuevo allí, rindió sus armas. La vanguardia al mando de Santander completó la derrota.

Fué una victoria completa. Dado el primer impulso por el general que tan hábilmente la preparó, el valor de las tropas y la inspiración de los jefes divisionarios José Antonio Anzuátegui, Santander y el coronel Juan José Rondón, hicieron lo demás. Anzuátegui y Rondón, fueron los héroes de la batalla: el primero, dando la carga decisiva al frente de la infantería de la derecha y del centro, que envolvió al enemigo, y Rondón al dar la carga final con la caballería llanera. Los voluntarios ingleses se probaron por primera vez, acreditando la solidez británica que nunca desmintieron. Trofeos de esta gran jornada, fueron: 1.600 prisioneros, entre ellos el general en jefe enemigo, Barreiro, que tiró al suelo su espada por no rendirla, con 37 oficiales más 100 muertos, la artillería y todo el armamento. Todo el ejército realista en campaña de la Nueva Granada, quedó completamente destruído. Boyacá es, después de Maipú, en el orden cronológico, la gran batalla sudamericana. Estas batallas cambiaron los destinos de la guerra. Boyacá determinó la preponderancia de las armas independientes al norte del continente, como la de Maipú la había establecido en el sur, tomando San Martín y Bolívar la ofensiva al atravesar los Andes, para converger ambos hacia el punto estratégico de la campaña continental iniciada por San Martín. La Nueva Granada quedó por siempre conquistada para las armas republicanas, el poder de Morillo en Venezuela empezó á quebrarse, los realistas quedaron aislados en tres puntos del continente—Venezuela, Quito y el Perú,—la República de Colombia se formó, y las

dos revoluciones del sur y del norte de la América, empezaron á condensarse y sus masas batalladoras á operar su conjunción á la par de los dos grandes libertadores que las acaudillaban.

La derrota de Boyacá difundió el pánico en Bogotá. El virrey Sámano, aturdido, fugó con 200 hombres hacia Cartagena, abandonando los archivos y cerca de un millón de pesos depositados en las cajas reales. El resto de la guarnición, en número de 800 hombres, se retiró hacia el norte con el coronel Sebastián de la Calzada. El Libertador con una débil escolta, ocupó triunfante la capital en medio de bendiciones y aclamaciones populares (10 de agosto). La victoria esta vez no fué manchada con sangre derramada en holocausto de las furias de la guerra á muerte. No era ya el hombre de 1813 y 1814. Limitóse á hacer fusilar á uno de los prisioneros que había encabezado la sublevación de Puerto Cabello en 1812. Con una asombrosa actividad dominó todo el país, que respondió con entusiasmo á su llamado. Las nueve provincias de la Nueva Granada, Socorro, Pamplona, Tunja, Antioquía, Neiva, Margarita y Chocó hasta Popayán, pobladas por un millón de almas, quedaron libres. Levantó nuevos batallones, formó un nuevo ejército para hacer frente á Morillo por el occidente y dar impulso á la guerra por la parte del sur.

Donde triunfaba Bolívar, no podían faltar honores excesivos que desvirtuaban con pueriles ostentaciones su grandeza real, tanto más grande cuanto la actitud del triunfador es más modesta y se muestra más austera. Cuando Wáshington atravesó el Delaware y triunfó en Trenton, cambiando los destinos de la guerra norteamericana, nadie se habría atrevido á ofrecer al héroe ni siquiera una corona de encina del bosque por no ofender la seriedad de su carácter, y el con-

greso se limitó á investirlo con la dictadura militar por seis meses, en señal de merecida confianza por haber salvado la república. Cuando San Martín libertó á Chile y el Perú, se substrajo á las vanas pompas del triunfo, y respetando su modestia, los pueblos se limitaron á simples votos de gratitud, que eran tan merecidos como los de Bolívar. La municipalidad de Bogotá, sabiendo que halagaba su avidez de honores pomposos, decretó, á más de una cruz de honor, que era de regla, una solemne entrada triunfal á la ciudad y una corona de laurel; un cuadro emblemático de la Libertad sostenido por el brazo de Bolívar, que se colocaría en la sala capitular; una columna conmemorativa con su nombre en la parte superior, y la celebración perpetua de la gran batalla en cada aniversario por todos los años venideros. El Libertador recibió en aquel día por segunda vez la corona de laurel con que su efigie ha pasado inmortalizada á la posteridad, y aunque se excusó modestamente de ceñirla esta vez, ella sienta bien en una cabeza atormentada, llena de viento y de grandes ideales. Una corona de laurel en la serena cabeza de Wáshington, haría caricatura.

Pero ideas más grandes que el viento de la vanagloria ocupaban la cabeza laureada del Libertador. Usando de las amplias facultades que le había conferido el congreso en los países adonde llevara las armas libertadoras de Venezuela, echó los primeros fundamentos de la República de Colombia, que era el gran sueño de su vida. Nombró á Santander vicepresidente de la Nueva Granada, delegando en él sus facultades, bajo su dirección suprema. Al anunciar á los granadinos esta nueva organización, les dijo: «La reunión de la »Nueva Granada y Venezuela en una misma repúbli»ca es el ardiente voto de todos los ciudadanos sensa»tos. Pero este acto tan grande y sublime, debe ser

»libre. Espero la soberana determinación del congreso »para convocar una asamblea nacional que decida la »incorporación de Nueva Granada.» Santander convirtió en hecho esta proclama por parte de la Nueva Granada, imponiéndolo á sus conciudadanos.

Una hecatombe, que reabrió por parte de los independientes el período de la guerra á muerte, marcó esta época gloriosa con una mancha de sangre. El vicepresidente Santander, en ausencia de Bolívar, hizo fusilar, con gran aparato militar, á los treinta y ocho oficiales prisioneros de Boyacá, con el coronel Barreiro á la cabeza, agregando al número de las víctimas un paisano que no había tomado armas, por haber protestado contra el bárbaro sacrificio en presencia de los banquillos ensangrentados (11 de octubre). Este acto de inútil crueldad, que contrariaba la nueva política militar del Libertador, ejecutado por un hombre culto como Santander, fué justificado públicamente por su autor en nombre de la venganza, recordando los fusilamientos hechos por los españoles y por el mismo Barreiro en el curso de la campaña, á la vez que alegaba el ridículo pretexto de falta de fuerzas para custodiar los prisioneros, resumiendo su teoría de diente por diente, con estas feroces palabras: «Si ellos nos degüe»llan cuando caemos en sus garras, ¿por qué no los po»dremos degollar nosotros, si caen en nuestras manos?» Otros han procurado explicar el hecho más humanamente que él, alegando que su alma estaba exasperada, á causa de que la madre de Santander había tenido que sepultarse en un subterráneo para librarse de las persecuciones de Sámano, y que murió al volver á abrazar á su hijo, á consecuencia de las enfermedades contraídas en esta sombría reclusión.

III

Al regresar el Libertador de Angostura, encontróse con una nueva situación de que ya tenía noticia anticipada (diciembre de 1819). El vicepresidente Zea había sido depuesto por una revolución, substituyéndole Arismendi en el mando. Mariño era el general en jefe del ejército del oriente. Bolívar había sido calificado de desertor por haber emprendido la reconquista de Nueva Granada sin autorización del congreso, esparciéndose luego la voz de haber sufrido una derrota con pérdida de todo su ejército. La noticia de Boyacá cayó como una bomba en Angostura. La imponente aparición de Bolívar, anonadó á los revolucionarios, y avergonzó á los cobardes. Su longanimidad dominó moralmente á todos. Sintiéndose fuerte por la victoria, por la adhesión de sus soldados y por la opinión de los pueblos, borró generosamente el pasado, perdonó en silencio á sus enemigos impotentes y á los amigos débiles que dudaron de su genio y fortuna. Reasumió el mando, se presentó ante el congreso y le impuso con un «fiat» como hecho consumado, la reunión de Venezuela con Nueva Granada. «¡Legisladores! dijo: La unánime determinación de vivir libres y de no vivir es»clavizados, ha dado á la Nueva Granada un derecho »á nuestra admiración, y su anhelo por la reunión de »sus provincias á las provincias de Venezuela, es uná»nime. Los granadinos están convencidos de la inmen»sa ventaja que resulta á uno y otro pueblo de la »creación de esta nueva república compuesta de es»tas dos naciones. La reunión de Nueva Granada y »Venezuela es el objeto único que me he propuesto »desde mis primeras armas: es el voto de los ciuda-

»danos de ambos países, y es la garantía de la liber»tad de la América del Sur. El tiempo de dar una »base fija á nuestra república ha llegado. A nuestra »sabiduría corresponde decretar este gran acto social »y establecer los principios del pacto sobre los cuales »va á fundarse esta gran república. ¡Proclamadla á »la faz del mundo!»

El congreso venezolano, con la asistencia de cinco diputados granadinos por la provincia de Casanare, decretó la «República de Colombia», reuniendo en una sola nación la antigua capitanía de Venezuela y el virreinato de Nueva Granada, que comprendía el territorio de Quito, en una extensión de 115 mil leguas cuadradas, desde las bocas del Orinoco en el Atlántico y el golfo de Méjico, hasta el golfo de Tumbes y el istmo de Panamá en el Pacífico. La nueva república, constituída en unidad de régimen, se dividiría en tres grandes departamentos—Venezuela, Quito y Cundinamarca (Nueva Granada),—gobernado cada uno de ellos por un vicepresidente. Una nueva ciudad que llevaría el nombre de Bolívar, sería la capital de la república. La bandera sería la tricolor enarbolada por Miranda en 1906. Un congreso nacional constituyente se reuniría en San José de Cúcuta en la frontera de los dos Estados. Bolívar, fué nombrado presidente interino de Colombia, Santander, vicepresidente de Cundinamarca y Roscio de Venezuela. La república colombiana así constituída, con el nombre del descubridor de América. sería proclamada y jurada en los pueblos y en los ejércitos, celebrándose su nacimiento el día del Salvador del mundo, y conmemorado cada uno de sus aniversarios como en las olimpiadas griegas, con premios á la virtud y á las luces. Así se evocaban los grandes recuerdos de la historia bajo la advocación del cristianismo y las tradiciones del mundo antiguo, sinte-

tizando la unidad simbólica del cosmopolitismo de la nueva creación (17 de diciembre de 1819).

Arreglado este gran asunto político, la guerra llamó la atención del Libertador. Los españoles, dueños de todo el occidente de Venezuela, ocupaban todas las plazas fuertes de las costas del Barlovento y Sotavento desde Cumaná hasta Cartagena, y de Panamá. Morillo contaba con doce mil hombres para sostener la guerra, y parte de la provincia de Poyán y la de pasto al sur, estaban en poder de los realistas apoyados á su espalda por los ejércitos de Quito y el Perú. El virrey Sámano se sostenía con dos mil hombres en Cartagena y dominaba el bajo Magdalena; una expedición de veinte mil hombres, destinada al Río de la Plata, y de que se ha dado ya noticia, debía reforzar también el ejército de Morillo en Costa Firme. Así, los ejércitos con que tenía que combatir Colombia por el sur y por el norte, alcanzaban á cerca de veinte mil hombres, sin contar los del Alto y Bajo Perú, que San Martín mantenía en jaque después de Maipú. Las tropas que podía oponer Colombia, no alcanzaban á la mitad de las realistas; su infantería era muy inferior á la española en número y calidad, y las fuerzas físicas del país estaban casi agotadas.

El contingente de los enrolamientos extranjeros no había producido el efecto que se esperaba, que era remontar la infantería republicana y darle nuevo temple para reconcentrarla en una masa. La expedición de 1.500 ingleses y alemanes de que se hiciera cargo Urdaneta y Montilla al tiempo de abrir Bolívar su campaña de Boyacá, había sido desgraciada en sus empresas. Según el plan convenido, esta división debía operar con la escuadrilla de Brión sobre la costa de Caracas en unión con 500 margariteños, al mismo tiempo que Bolívar atravesara los Andes, y el ejército del

Apure llamase la atención por Barinas, sosteniendo las divisiones de Bermúdez y Monagas la línea de operaciones en el oriente. No habiendo podido realizar en su oportunidad esta operación, Urdaneta se diririgió á Barcelona y apoderóse de esta plaza á viva fuerza (17 de julio de 1819). Atacado por fuerzas superiores, antes de ponerse en comunicación con las divisiones republicanas que ocupaban los llanos, se retiró embarcado, á la costa de Paria, donde reforzada la expedición, intentó apoderarse de la plaza de Cumaná, siendo al fin rechazado (5 de agosto). Los restos, muy disminuídos y desmoralizados se reconcentraron en Maturín. La primera expedición de Mac Gregor, no había sido más feliz. Después de apoderarse de Portobelo (10 de abril de 1819), fué derrotado con grandes pérdidas á los pocos días de ocuparlo (29 de abril). Con una segunda expedición preparada en Haití, tomó posesión de Río Hacha, rindiendo á su guarnición (5 de octubre), pero la conducta licenciosa de sus tropas sublevó contra ellos los moradores de la ciudad y lo obligó á reembarcarse. Desde este día Mac Gregor desapareció de la escena de la revolución venezolana, en que con tanto brillo había figurado. Felizmente, por este mismo tiempo arribó á Margarita la primera división de la legión irlandesa contratada con D'Evereux, fuerte de 1.200 hombres, á la vez que se anunciaba la llegada de otros cuerpos extranjeros á Angostura. Bolívar puso á órdenes de Montilla á los irlandeses, con instrucciones de hostilizar con la escuadra de Brión las costas de Sotavento hasta Santa Marta, amagando á Cartagena, á fin de ligar sus operaciones con las que él preparaba desde Nueva Granada en el bajo Magdalena, á la vez que el ejército del Apure reforzado y las divisiones de éste convergían á Caracas para atacarla por el sur. Para

ejecutar este plan, Bolívar se puso de nuevo en campaña á los trece días de su regreso á Angostura (24 de diciembre de 1819).

El ejército del Apure, durante la campaña de Nueva Granada, había concurrido indirectamente á su éxito. Páez, dejando á la retaguardia su infantería, invadió la provincia de Barinas, y procuró llamar la atención del enemigo por la parte de Cúcuta. Obligado á replegarse en su primera entrada, no obstante algunas ventajas que alcanzó, hizo atacar con el margariteño Antonio Díaz la escuadrilla sutil que tenían los realistas en el Apure, compuesta de diez flecheras tripuladas por un batallón, la que fué rendida en combate, ocupando los independientes la plaza de San Fernando con el dominio de toda la navegación del río, desde el Orinoco hasta el corazón de los llanos (30 de septiembre). Morillo, sorprendido por la invasión de la Nueva Granada, permaneció en inacción en Calabozo. Limitóse á desprender á La Torre con una columna de 1.000 hombres sobre el valle de Cúcuta, la que fué obligada á retirarse por la división de Soublette situada en Pamplona, que se transportó al oriente de la cordillera. Unidos Páez y Soublette en los llanos, amenazaban á Caracas. Para dar consistencia á esta actitud, Bolívar reforzó el ejército del Apure con dos batallones—uno de ellos inglés,—elevando su fuerza hasta el número de 3.000 hombres de las tres armas. A la vez dirigió una fuerte división venezolana en auxilio de Nueva Granada á cargo del coronel Manuel Valdez con el objeto de dar impulso á la guerra del sur por la parte de Quito.

El general en jefe español, paralizado y sin ispiraciones, se limitó á una estrita defensiva, cuidando sólo de conservar su base de operaciones al occidente de

Venezuela, amenazada simultáneamente por el sur y por las costas marítimas á fines de 1819, al tiempo de ponerse el Libertador en campaña.

IV

La contienda entre independientes y realistas, que debía decidirse por el choque de los elementos militares con que por este tiempo contaban los beligerantes en Venezuela, Nueva Granada, Quito y el Perú, habría presentado otras fases y tal vez retardado el triunfo de la emancipación sudamericana de haberse realizado la poderosa expedición de veinte mil hombres que preparaba la España, para reabrir la lucha en el Río de la Plata y llevar á cabo la pacificación de Tierra Firme reforzando á Morillo. El resultado pudo ser definitivamente el mismo; pero con más grandes sacrificios estériles por una y otra parte. Felizmente para la América, y también para la España, la contienda se terminó en palenque cerrado con las mismas fuerzas que por este tiempo estaban en acción. Un acontecimiento extraordinario, que fué más decisivo que la conquista de Nueva Granada por Bolívar y la expedición del Perú por San Martín, vino á intervenir poderosamente en los destinos de ambos mundos. Nos referimos á la sublevación de la expedición de Cádiz en 1820, y al alzamiento del liberalismo español en España, que al proclamar la constitución de 1812, modificó la monarquía absoluta, obligándola á seguir una nueva política respecto de las colonias insurreccionadas, y la desarmó militarmente ante ellas.

Ya hemos historiado los antecedentes y preparativos de la gran expedición de Cádiz, así como su disolución, y las consecuencias del alzamiento liberal de Espa-

ña en 1820, que inauguró la nueva político colonial con la famosa proclama-manifiesto de Fernando VII, declarando á los rebeldes sudamericanos simples disidentes y convidándolos á la paz y á la conciliación «como iguales.» Esta variación se hizo sentir simultáneamente en el sur y en el norte del continente. Al mismo tiempo que San Martín invadía el Perú y denunciaba el armisticio de Miraflores, Bolívar firma un armisticio con Morillo para tratar de la paz, y regularizar la guerra. Reabiertas las negociaciones pacíficas en Punchauca, Bolívar las rompió por su parte en Venezuela, renovando las hostilidades como lo verificó poco después San Martín, combinando ambos desde entonces sus operaciones militares. Como se ha visto, este soplo de paz que atravesaba los mares, debía dar nuevo pábulo á la guerra. La revolución liberal, al reaccionar contra la política guerrera del rey absoluto, desarmó á la España respecto de sus colonias rebeladas, y su separación fué un hecho á que ella concurrió indirectamente. En presencia de esta situación, y sin esperanzas de nuevos auxilios de la metrópoli, Morillo después de firmar el armisticio de Trujillo con Bolívar (25 de noviembre de 1820), tuvo la conciencia anticipada de su derrota una vez abandonado á sus propias fuerzas, y aprovechó la ocasión para renunciar su espinoso cargo, y desaparecer por siempre de la escena americana, dejando la guerra en el estado en que se hallaba después de la reconquista de Nueva Granada (diciembre de 1820).

El armisticio fué mal observado, sobre todo por parte de los independientes. Vigente aún, y hallándose los comisionados colombianos en Madrid para tratar de la paz con el gobierno español, la provincia de Maracaibo se pronunció por los independientes y declaró su voluntad de unirse á Colombia (28 de enero de 1821). El

general La Torre declaró que consideraría tal ocupación como un acto hostil, violatorio del compromiso celebrado entre los beligerantes. Bolívar le daba la razón, desaprobando el acto, pero sostuvo que estaba en su derecho y lo mantuvo como hecho consumado. El armisticio fué en consecuencia denunciado antes de fenecer y las hostilidades se reabrieron (28 de abril de 1821), precisamente en el mismo día en que San Martín se movía de Huaura y abría nuevamente su doble campaña militar y diplomática sobre Lima, bajo la bandera blanca del armisticio de Punchauca.

La opinión revolucionaria y las armas independientes habían hecho grandes progresos, antes y después del armisticio. La guerra había cambiado de faz. Montilla, con la expedición embarcada en la escuadrilla de Brión, se había apoderado de Río Hacha y Santa Marta, y sitiaba á la sazón á Cartagena por mar y por tierra, con un ejército de 3.000 hombres y amenazaba el bajo Magdalena. Bolívar, dueño de las provincias de Marinas, Mérida y Trujillo, tenía en campaña al frente del enemigo dos ejércitos en el occidente, uno de 5.000 hombres en Barinas, y el del Apure á órdenes de Páez, compuesto de 4.000 hombres de caballería á su retaguardia. Bermúdez, con otro ejército de más de 2.000 hombres, amenazaba por el oriente la provincia de Caracas. El ejército de Nueva Granada, apoyaba á Montilla en el valle del Magdalena y mantenía la guerra por la parte del sur. La Torre, reducido á la defensiva adoptada por Morillo, contaba todavía con 9.000 hombres en campaña, además de las guarniciones de las plazas fuertes de las costas de Barlovento y Sotavento, y se sostenía en Cumaná, Barcelona, Guayra, Puerto Cabello y Cartagena que resistía. Perdido Maracaibo, sus comunicaciones quedaban cortadas, y los independientes podían combinar libremente las

operaciones de los ejércitos de Nueva Granada y Quito. Por la parte del sur, el ejército español que defendía el Perú, se encontraba completamente aislado, después de la invasión por San Martín y el pronunciamiento de la provincia de Guayaquil.

V

Bolívar abrió su nueva campaña haciendo invadir la provincia de Caracas por una división del ejército de oriente al mando de Bermúdez, la que después de ocupar la capital, y algunos triunfos y derrotas sucesivos, vióse obligada á evacuar el territorio conquistado, contribuyendo empero á distraer é inutilizar una parte considerable del ejército de La Torre. El Libertador, situado en San Carlos, llamó á sí la división de Urdaneta y parte del ejército de Apure, y al frente de 6.000 hombres de infantería y caballería, se puso en marcha sobre el enemigo. El general en jefe español, se reconcentró á vanguardia de Valencia con un ejército de cinco batallones, alguna artillería y una numerosa caballería mandada por Morales, que alcanzaba á poco más de 5.000 hombres. Esta inferioridad numérica se aumentó, por tener destacada La Torre una división de dos batallones y un escuadrón sobre su derecha en Barquisimeto, que amagada por otra de Bolívar, fué reforzada con otros dos batallones y un escuadrón, privándose así del concurso de cuatro batallones y de dos escuadrones de sus mejores tropas.

Los dos ejércitos beligerantes maniobraban con los últimos ramales de la cordillera de por medio: el ejército realista, cubriendo las costas de Sotavento, que constituían su base de operaciones, y la ciudad de Valencia, llave de todo el valle que conduce á la capital

y á las costas de Barlovento y Sotavento: el ejército independiente, procurando forzar el paso de la montaña. La Torre, en vez de disputar el paso de la cordillera, se limitó á cubrir sus gargantas con destacamentos, formando su línea en la extensa sabana de Carabobo, funesta á las armas realistas, y se atribuye á esta circunstancia la resolución del general español con el objeto de vengar en el mismo campo sus anteriores derrotas. Fué un error, que agregado á la división de sus fuerzas, presagiaba una nueva derrota.

Bolívar marchando en masa sorprendió el principal desfiladero que daba acceso al llano, y desde allí dominaba con la vista el campo de batalla; pero para descender á él tenía que marchar en desfilada por otra estrecha garganta boscosa de la parte alta de la sabana, dominada por la artillería enemiga, á cuyo pie lo esperaban los batallones españoles formados en columna con sus escuadrones sobre los flancos y retaguardia prontos á cargar en su apoyo. En estas condiciones el ataque no ofrecía probabilidades de buen éxito. Bolívar vaciló; pero sus generales eran de opinión de seguir adelante. Cuéntase por un contemporáneo, que un guía que escuchaba la discusión, manifestó que conocía un camino por el cual podía tomarse al enemigo por el flanco. Bolívar lo interrogó minuciosamente, y convencido de la posibilidad de la empresa, dispuso que Páez, con 1.500 jinetes, el batallón Apure y la Legión Británica, atacase al enemigo por su punto más débil, que era su derecha—izquierda republicana,—mientras él permanecía en observación sobre la altura con el grueso del ejército. Un abra del bosque por esa parte, permitía esta operación arriesgada; pero á su pie había que atravesar en desfilada un riachuelo de la sabana dominado por una colina que ocupaban los realistas.

El batallón Apure llevaba la vanguardia conducida

por Páez en persona. La Torre, que comprendió la importancia del movimiento, se puso al frente del segundo batallón Burgos—gemelo del primero rendido en Maipú,—y seguido por dos batallones más, sostenidos por fuegos de artillería, rechazó y dispersó al Apure á tiempo de salvar el obstáculo. Acude en su auxilio la Legión Británica, mandada por el coronel John Farrier; despliega con sangre fría en batalla; clava la bandera en el suelo; la primera fila hinca rodilla en tierra, y al grito de «¡Viva América libre!» rompe un mortífero fuego que restablece el combate. La infantería patriota se rehace, su caballería amaga el flanco derecho de la posición española; Farrier, agotados sus cartuchos, carga á la bayoneta con su intrépida legión; el enemigo pierde la altura que ocupaba, procura rehacerse más á retaguardia, pero la caballería realista derrotada, introduce el desorden en sus filas, y sus batallones deshechos se ponen en retirada, rindiéndose bajo la lanza de los escuadrones llaneros dirigidos por Páez. Un batallón, el Valencey, sostuvo valerosamente la retirada, y salvó el honor de las armas españolas en este día, rechazando las repetidas cargas en una marcha de más de 30 kilómetros, hasta reunirse con los restos de su derrotado ejército, que se encerraron en Puerto Cabello (24 de junio de 1821).

Esta batalla, complemento de la de Boyacá, que ha sido llamada el Waterloo colombiano, aseguró para siempre la independencia de Venezuela y Nueva Granada, como Maipú y la expedición del Perú la había asegurado ya al sur del continente, concurriendo las tres á preparar el triunfo definitivo de la emancipación sudamericana.

VI

Bolívar entró por segunda vez triunfante en Caracas, y dominó casi todo el territorio de Venezuela. Los realistas sólo ocupaban Cumaná, Puerto Cabello y Cartagena. Era sin disputa dueño del poder y nadie podía negarle la gloria de Libertador de su patria. Su mando político y militar, era una necesidad pública y un deber para él. Precisamente fué este momento para hacer una de sus acostumbradas renuncias, con carácter de indeclinable, que sería una farsa indigna de su grandeza, si no tuviese su explicación. Dirigióse al congreso nacional que se había instalado en Cúcuta en vísperas de la batalla de Carabobo (6 de mayo) y manifestó, que habiendo sido nombrado por el congreso de Venezuela, no se consideraba presidente de Colombia, y que sin los talentos que el puesto requería, porque su oficio era de soldado, si el congreso persistía en que continuara en la presidencia, «como él temía, renunciaba desde ese momento para siempre hasta el glorioso título de ciudadano y abandonaba de hecho las riberas de su patria.» Esta nueva renuncia era una imposición ó era dictada por el orgullo. Era lo uno y lo otro.

El congreso de Cúcuta, compuesto de hombres civiles, en que predominaba el elemento legista, era radicalmente republicano, y repugnaba tanto los abusos del gobierno militar implantado de hecho como las antidemocráticas teorías constitucionales del Libertador. A oídos de éste llegaron las murmuraciones y sintió las resistencias cívicas que encontraban sus ideas de organización. Su renuncia era, pues, una protesta contra las acusaciones que le hacían y un medio indirecto de

obrar sobre las opiniones dominantes en el congreso. Esto hace honor á Bolívar en medio de su poderío, porque prueba que las elecciones fueron libres, y que no pretendió ejercer presión sobre los diputados; pero hace más honor aún al congreso, que firme en sus creencias y resistiendo al imperio de la fuerza triunfante y al prestigio de la gloria, sostuvo con firmeza los verdaderos principios de la revolución sudamericana, impidiendo que el Libertador hiciese sancionar la constitución republicano-monárquica, con senado hereditario como lo propuso en Angostura, y con presidencia vitalicia, como la impuso más tarde á Bolivia y el Perú, haciendo imposible así este bastardo sistema constitucional en Colombia. Esto prueba, como la resistencia de la República Argentina á los planes de monarquía, y la del Perú al plan de monarquización ideado por San Martín, que la revolución sudamericana era genuinamente republicana, y que sus libertadores no podían luchar contra esta irresistible corriente.

Firme en sus convicciones republicanas, el congreso de Cúcuta, no se dió por entendido ni de la protesta indirecta de Bolívar, ni de las resistencias armadas del pretorianismo. Tranquilamente, discutió y votó la constitución de Colombia. No sólo no consagró en ella el bello ideal de Bolívar, que era la presidencia vitalicia, con un senado hereditario, sino que borró de la ley fundamental de la unión de Venezuela y Nueva Granada, el senado vitalicio que el congreso de Angostura había aceptado por transacción. Consignó en ella que el gobierno sería por siempre popular y representativo, y que el presidente duraría sólo cuatro años, y no sería reelegible. Que el general en jefe de los ejércitos de la república, no ejercería en campaña las facultades del poder ejecutivo, lo que importaba abolir la dictadura militar. Por último, que la cons-

titución no podría ser reformada, sino pasados diez años. En lo único que coincidió con las ideas prácticas del Libertador, fué en proclamar el sistema unitario y en instituir que la república se dividiese en seis ó más departamentos administrativos, lo que fué un doble error, porque rompía la tradición histórica y violaba la ley orgánica, si bien montaba una poderosa máquina de guerra, violentando lo espontaneidad de los pueblos. Bogotá fué declarada capital de la república, violando una ley geográfica, que introdujo un principio de disolución en la constitución de Colombia. En seguida nombró á Bolívar «como él lo temía,» presidente de la república de Colombia, y á Santander vicepresidente.

Bolívar, que había declarado solemnemente, que renunciaría hasta el título de ciudadano y se ausentaría para siempre de su patria, si era nombrado presidente, reiteró su renuncia, vaciada en el molde artificial de las anteriores. Después de repetir que estaba profundamente penetrado de su incapacidad para el gobierno, que no era sino un soldado, y que el bufete era para él un suplicio, que le alejaba del ejercicio del mando, concluía diciendo: «Si el congreso general persis»te, después de esta franca declaración, en encargarme »del poder ejecutivo, yo cederé sólo por obediencia.» Era borrar con el codo lo escrito con la mano y lo que todo el mundo sabía que haría al fin, porque ninguna otra cosa era posible. Al tomar posesión del cargo, obedeciendo al mandato del congreso, pronunció las palabras más elocuentes de su vida, tan llenas de verdad como faltas de sinceridad. «El clamor de mi concien»cia y de mi honor me piden á grandes gritos que no »sea más que ciudadano. Siento la necesidad de dejar »el primer puesto de la república, al que el pueblo »señale como jefe supremo de su corazón. Yo soy el

»hijo de la guerra: el hombre que los combates han »elevado á la magistratura; la fortuna me ha sostenido en este rango y la victoria lo ha confirmado. No »son estos los títulos consagrados por la voluntad na»cional. La espada que ha gobernado á Colombia, no »es la balanza de Astrea. Un hombre como yo, es un »ciudadano peligroso en un gobierno popular. Quiero »ser ciudadano, para ser libre, y para que todos lo »sean.» Hermosas palabras, que convertidas en actos en su oportunidad, habrían hecho la grandeza política del Libertador, como hicieron con menos prosopopeya la de Wáshington, y que llevadas por el viento del olvido no aprovecharon ni siquiera como lección á su mismo autor.

El dictador de Colombia, reducido—al menos teóricamente,—á la condición de presidente constitucional de la república, y limitado en sus facultades como generalísimo de sus ejércitos, mostró en esta ocasión, como en el resto de su grandiosa y corta dictadura, que si abrigaba grandes ambiciones, no era un déspota ni quería ser tirano. Tuvo la moderación que cabía en su naturaleza autoritaria, adherida al poder personal. Juró y promulgó modestamente la constitución de Colombia, y asumió el papel de guerrero que le correspondía, renunciando al ejercicio del mando supremo, que delegó en el vicepresidente de la república.

Bolívar, á pesar de la moderación que ostentaba como soldado de la ley, no podía renunciar á la dictadura militar que ejercía de hecho, y que las necesidades de la época justificaban. Recabó y obtuvo del congreso una ley, por la cual se le constituía en árbitro absoluto del departamento de la guerra, dejando á su discreción organizar como lo entendiese mejor, las provincias que sucesivamente fuesen libertadas—«las provincias de operaciones,» como él las llamaba,—pro-

mulgando ó suspendiendo en ellas el imperio de la constitución, que sólo regiría en territorio no ocupado por las armas libertadoras (9 de octubre de 1821).

En el mismo día en que Bolívar se recibía de la presidencia de Colombia, Montilla entraba triunfante en Cartagena después de catorce meses de sitio, y le enviaba las llaves de las puertas de Nueva Granada (1.° de octubre de 1821). Las provincias del Istmo, Panamá y Veraguas, proclamaron casi inmediatamente su independencia, declarando su voluntad de unirse á Colombia, y las fortalezas de Chagres y Portobelo quedaron por los independientes (28 de noviembre de 1821). En Venezuela, los españoles sólo ocupaban las plazas fuertes de Cumaná y Puerto Cabello sobre la costa de Barlovento con 5.000 hombres. Para cuadrar el territorio de la República de Colombia, sólo quedaba Quito por someter. Hacia allí convergían las armas libertadoras de Bolívar triunfantes en el norte, y las de San Martín dueño de la mitad del Perú, con un pie en Guayaquil. La guerra del sur llamaba al Libertador.

Para completar el cuadro de la heroica lucha sostenida por Venezuela y Nueva Granada en pro de su independencia (aunque sea anticipando el orden cronológico) relataremos rápidamente los últimos sucesos que le pusieron término glorioso, y fueron la consecuencia del triunfo de Carabobo.

Al trasladarse Bolívar al nuevo teatro de la guerra, dividió á Venezuela en tres departamentos militares, cuyo mando confió á Mariño, Páez y Bermúdez, bajo la dirección superior de Soublette (1.° de agosto de 1822). Poco después, la ciudad de Cumaná se rindió á Bermúdez (16 de octubre). Los españoles quedaron reducidos al estrecho recinto de Puerto Cabello, con una guarnición de 4.000 hombres. Morales, que sucedió por este tiempo en el mando á La Torre, desplegó una

actividad y una energía asombrosas, cambiando momentáneamente el aspecto de la guerra. Con una expedición de 1.200 hombres, se trasladó por mar á la península de Guajira, se apoderó de Maracaibo (7 de septiembre), derrotó una división de 1.000 hombres que Montilla desprendió para hacerle frente (12 de noviembre), sublevó á la provincia de Santa Marta y aseguró la provincia de Coro (3 de diciembre). Los republicanos reaccionaron prontamente con no menos energía y actividad. Santa Marta fué recuperada por Montilla, y Coro por Soublette (enero de 1823). El coronel José Padilla, que al frente de la escuadrilla independiente había contribuído eficazmente á la rendición de Cartagena, forzó la entrada del lago de Maracaibo bajo el fuego de las fortalezas enemigas, y derrotó la escuadra española que lo dominaba (24 de julio). Morales capituló (3 de agosto). La plaza de Puerto Cabello fué tomada por asalto por Páez (7 á 8 de noviembre de 1823). La guerra del norte de la América meridional estaba terminada.

INDICE DEL TOMO QUINTO

CAPITULO XXXVI

Revolución de Quito y Venezuela.—Primera caída de Venezuela

1809-1812

CAPITULO XXXVII

Revolución de Nueva Granada y Quito

1809-1813

Marcha regular de la revolución sudamericana.—Centros regionales de insurrección.—Las dos hegemonías emancipadoras de la América del Sur.—Primera revolución de Quito.—Sus enlaces con la revolución de Nueva Granada.—Revoluciones de Cartagena, Casanare, Pamplona y del Socorro.—Carácter complicado de la revolución neogranadina.—Revolución de Santa Fe de Bogotá.—Anarquía política.—Federalistas y unionistas.—Constitución republicano-monárquica de Cundinamarca.—Reaparición de Nariño.—Revolución interna de Santa Fe.—Nariño, dictador de Cundinamarca.—Acta de federación de las provincias de Nueva Granda.—Gartagena y Santa Marta declaran su independencia de la metrópoli.—El federalismo y unitarismo conspiran contra la organización nacional.—El congreso federal se traslada á Mariquita.—Sombra del gobierno parlamentario.—Geografía de la reacción realista en Nueva Granada.—Guerra entre Cartagena y Santa Marta.—La reacción en el Istmo de Panamá.—La reacción al sur de Nueva Granada.—Primer triunfo de la insurrección en Palacé.—Derrota de Tacón.—La guerra de Popayán contra Pasto y Patía.—Nueva revolución de Quito.—La guerra en Quito.—Quito declara su independencia.—Muerte de Ruiz de Castilla.—Campaña de Montes contra Quito.—Caída de la revolución quiteña.—Revolución interna de Nueva Granada.—Segunda guerra civil.—Situación política y militar de Nueva Granada á fines de 1812.—Los realistas de Quito invaden á Nueva Granada por el Sur.—Nariño es nombrado general de la Unión.—Campaña de Nariño sobre Pasto.—Derrota del ejército de la Unión.—Nariño prisionero.—Reaparición de Bolívar.—Su campaña en el Alto Magdalena.—Segunda guerra de Cartagena y Santa Marta.—Bolívar concibe el proyecto de reconquistar á Venezuela.—Atraviesa los Andes.—Primera campaña de los valles de Cúcuta.—Memoria política y militar de Bolívar.—El Presidente Camilo Torres apoya el pensamiento de Bolívar.—Nueva Granada resuelve la reconquista de Venezuela.

CAPITULO XXXVIII

Reconquista de Venezuela.—Guerra á muerte.—Primeras grandes campañas de Bolívar

1813

CAPITULO XXXIX

Segunda caída de Venezuela

1814

CAPITULO XL

Disolución de Nueva Granada.—Expedición de Morillo.—Terrorismo colonial

1815-1817

CAPITULO XLI

La tercera guerra de Venezuela

1815-1817

CAPITULO XLII

La tercera guerra de Venezuela (continuación).—Reorganización venezolana

1817-1819

CAPITULO XLIII

Boyacá.—Colombia.—Carabobo

1819-1822
